

TE
ENCONTRARÉ
EN LA
NIEBLA



ÁLVARO DE MINA



Te Encontraré En La Niebla

TE ENCONTRARÉ EN LA NIEBLA

ÁLVARO DE MINA

La búsqueda de un amor perdido entre la guerra

Vigo-Londres, 2017-2029

*Para mis padres Mina y Álvaro,
por educarme con cariño y sonrisas,
y por lo mucho que he aprendido de ellos.
Su recuerdo siempre viaja conmigo.*

*Para mi hermana Tere,
por quererme y soportarme,
y por ser la única que nunca se va.*

Y para Keira y Bea.

«El amor se hace más grande y noble en la calamidad.»
Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*.

1. Cumpleaños Feliz

Londres, 2 de febrero de 2029

2. Ven Conmigo

Vigo, 26 de julio de 2018

3. El Día Sin Datos

Vigo, 2 de mayo de 2017

4. Golpe De Estado

Vigo, 2 de mayo de 2017, 12:36 h.

5. La Niebla

Pontevedra, 2 de mayo de 2017, 15:00 h.

6. Aitana y Rubi

Pontevedra, 3 de mayo de 2017

7. La Defensa de Vigo

Vigo, 7 de mayo de 2017

8. La Leyenda

Vigo, 18 de mayo de 2017

9. Una Larga Noche

Pontevedra, 10 de junio de 2017

10. Verano en el Bosque

Pontevedra, 17 de junio de 2017

11. Bajo un trillón de estrellas

Fraga de Catasós, Lalín, 14 de septiembre de 2017

12. Feliz Navidad

Cabo Silleiro, Pontevedra, 24 de diciembre de 2017

13. Amor y Odio

Cabo Silleiro, 25 de diciembre de 2017

14. No Tiene a Nadie

Verdoejo, Portugal, 26 de diciembre de 2017

15. La Isla de los Grobits

Tui, 25 de enero de 2018

16. Cielo de Acero

Cabo Silleiro, 18 de marzo de 2018

17. El Error

Cabo Silleiro, 18 de marzo de 2018

18. Esta Tierra Amarga

Oporto, Portugal, 11 de junio de 2018

19. Luna de Sangre

Costa Atlántica, Galicia, 27 de julio de 2018

20. Diario de un Preso

Viernes, 19 de octubre de 2018

Domingo, 28 de octubre de 2018

Lunes, 5 de noviembre de 2018

Domingo, 18 de noviembre de 2018

Martes, 4 de diciembre de 2018

Domingo, 6 de enero de 2019

Lunes, 21 de enero de 2019

21. Sargento de hierro

Londres, 2 de febrero de 2029

22. Justo a Tiempo

Vigo, 5 de mayo de 2029

«Nadie se queja de la niebla. Ahora ya sé por qué; aunque resulte molesta, permite hundirse en ella y sentirse seguro.»

Ken Kesey, *Alguien voló sobre el nido del cuco.*

1. Cumpleaños Feliz

Londres, 2 de febrero de 2029

El día de su decimosexto cumpleaños no podía haber comenzado mejor.

Jimena despertó con los tonos de varios mensajes recibidos en su viejo iPhone; su novio le deseaba un feliz día llenando la pantalla con besos en forma de corazón y explicándole que no asistiría a primera clase por tener que acudir a una cita médica sin importancia. Más tarde se verían y podría darle aquellos besos en persona.

Posó el teléfono en la base de carga inalámbrica de la mesilla de noche, se desperezó estirando todas las extremidades de su cuerpo y, de un solo impulso, apartó el conjunto de sábanas y edredón nórdico para levantarse con ímpetu de la cama. Abrigió sus tobillos subiendo los calcetines de invierno por encima del pijama rosa de franela y se calzó las zapatillas con el interior de borreguito. Cubrió su cabeza con la capucha del pijama, adornado con orejas de conejo, y avanzó hasta las opacas cortinas grises. Las corrió, levantó la parte inferior de la ventana y sacó medio cuerpo por ella.

El invierno era su estación preferida del año. Le gustaba el frío y, sobre todo, la nieve, aunque no recordaba cuándo había visto nevar por primera vez.

El día anterior habían comenzado a caer los copos con fuerza en el centro de Londres y había llegado a cuajar vistiéndolo las calles con un algodonoso paisaje; lo que para el resto de la ciudad era un engorro por los problemas del tráfico, los retrasos en los trenes y los resbalones sobre las placas de hielo, pero no para ella. Para ella era una alegría inmensa, y mucho más en un día como aquel. Miró hacia la izquierda para observar el pequeño reducto de la avenida Holland Park que alcanzaba a ver desde su ventana y se quedó un buen rato mirando cómo los copos caían lentos cubriendo los árboles de blanco, enmarcados con un cielo encapotado. Cerró los ojos para sentir en su cara cómo el frío estiraba sus mejillas de manera tan placentera, respiró hondo un par de veces antes de volver a abrirlos y ver cómo uno de los camareros del restaurante *The Castle* estaba quitando, a paladas, la nieve acumulada en la noche y que entorpecía la puerta de entrada al local. Volvió adentro cerrando la ventana y corrió por el pasillo de su casa para entrar como un vendaval en la habitación de su madre, hasta tirarse encima de ella para despertarla cantando. Todo en ella era felicidad.

—*Happy birthday too mee! Happy birthday to meee! ¡Me deseo a mí mismaaaa, happy birthday to meeee!*

—Feliz cumpleaños, cariño —le dijo su madre, sin llegar a despegar los

párpados por completo. Lo primero en que pensó, mientras su hija le hacía rebotar sobre el colchón de su cama, era que había llegado el día al que tanto temía—. Buenos días.

—¡Buenos días, *Mum*!^[1]

Unas horas más tarde, cuando volvió a casa después del instituto, Jimena se quitó los guantes y se agachó para recoger la correspondencia que había en el suelo de su portal, en el número 8 de Claredon Road, y se dispuso a separar la suya de la que venía dirigida a la señora Farhills, propietaria de toda la finca y que, además, regentaba la floristería del bajo. Jimena llevaba viviendo en el segundo piso de aquel edificio de dos plantas recién pintado de celeste, casi cinco años, desde que su madre encontrara trabajo en la librería *Daunt Books*, muy cerca de allí. Había sido una suerte tremenda el haber conocido a la señora Farhills, ya que les ofreció el apartamento mucho más económico de lo que costaba normalmente por aquella zona. Pero prefería tenerlas a ellas de inquilinas, pagando mucho menos, que a otro joven amante de las fiestas caseras y la música rock.

Para ellas aquel apartamento era perfecto, así no tendrían que alejarse demasiado del barrio donde habían vivido con su tío Fran ni del instituto donde estudiaba Jimena. Desde entonces, tan solo se acordaban de que tenían que comprar un buzón para sustituir el que se había llevado el anterior inquilino, cada vez que al entrar en su edificio sentían el ruido de la correspondencia arrastrada por la puerta. Entre las cartas y panfletos de publicidad había una nota escrita a mano con mala caligrafía, pero perfectamente reconocible para ella.

«*Surprise!!!!!!*

Hi Candle. Mss. Farhills have something for you.

With Love.

Eric.»^[2]

Desde que era muy joven sus amigos le llamaban *Candle*, por haber nacido en el *Candlemas day* —el día de la Candelaria—. Fue la señorita Dalloway, la primera maestra de educación infantil que tuvo en el Cañada Blanch Spanish School, la que bautizó a la niña con ese apelativo por primera vez. Decía que era como una enorme vela; cada vez que entraba en clase lo iluminaba todo.

El primer día en que, a las puertas del colegio, la madre de Jimena escuchó cómo una compañera de clase llamaba así a su hija, se quedó paralizada. Era consciente de que la niña sabía alguna cosa de su pasado, pero nunca le había contado cuál era su verdadero nombre. Casi lo había llegado a olvidar por completo hasta que escuchó por primera vez aquel: «*Morning, Candle!*»^[3]. A medida que la chiquilla se hacía mayor, y cada vez que escuchaba cómo alguien la llamaba de esa manera, pensaba en que algún día tendría que contarle toda la verdad y se preguntaba cómo empezaría esa conversación, la que planeaba en la oscuridad de su habitación tantas veces.

Después de pasar muchas noches en vela leyendo una y otra vez todo lo que había escrito Álex, había decidido que el día en que Jimena cumpliera los dieciséis años le haría el regalo más importante de todos. Así podría conocer toda su historia, tal y como él había escrito once años antes.

Ese día acababa de amanecer.

2. Ven Conmigo

Mi nombre es Álex Nogueira Ariza. Nací en Vigo el 28 de julio de 1981, y voy a contar cómo sobreviví a los primeros meses de la segunda guerra civil española. Necesito dejar por escrito toda la verdad sobre cómo conocí a mi hija pequeña, para que así, cuando ella tenga la edad suficiente de comprenderlo, pueda conocer toda su historia y lo que tuvimos que pasar hasta que la llevé con su madre; el gran amor de mi vida. La que un día perdí entre la niebla.

Vigo, 26 de julio de 2018

Las rodillas me dolían mucho más que las posaderas. Aún no había cumplido los treinta y siete años —faltaba un día y pocas horas—, pero mis piernas y mi espalda ya no eran las mismas que cuando tenía veinte, así que, desmonté del caballo, lo dejé atado a un árbol cercano al borde del acantilado y me senté en una roca a su sombra, en lo más alto de la sierra. El paseo a caballo no había sido lo único que había hecho mella en mi cansado cuerpo, a ello había que sumarle la intensa ola de calor que nos aplatanaba y el estrés del día previo a la batalla.

Keira —mi hija de siete años—, de haber estado allí conmigo, habría llegado corriendo y subiría de un salto a mi regazo, apoyaría sus patitas delanteras en mi pecho y, moviendo el rabo a toda velocidad, me lamería la cara entera para luego quedarse dormida sobre mis piernas. La echaba mucho de menos. Tanto como lo hago ahora mismo, mientras escribo estas líneas.

Las echo mucho de menos.

Dejé la mirada perdida en el horizonte anaranjado del crepúsculo, mientras Violeta y Rubi comenzaban a descender hasta las inmediaciones del merendero donde habíamos instalado la base militar de campaña, unos cuantos metros de altitud más abajo. Para Violeta, aquella había sido su primera experiencia a lomos de una yegua.

Desde aquel alto de la sierra de O Galiñeiro, en las cercanías de Vigo, las vistas son tan espléndidas que quedé absorto con los auriculares puestos, disfrutando de la poca brisa veraniega que apaciguaba el sofoco de una tarde calurosa que llegaba a su fin, y escuchando *Come Away*, del trío australiano Sons Of The East.

*She sits, and she waits by the tree,
and she thinks no one comes to me...^[4]*

Con la música en mis oídos, sucumbió el ruido de mis compañeros de la tropa republicana, a lo lejos, que atormentaban el fondo de aquel paisaje con gritos y canciones de guerra provocadas por una euforia de ginebra barata mojando sus gargantas. Yo no quería aquello, ya no, pero no tenía más remedio que estar allí y sobrevivir el tiempo necesario. Por eso les había pedido a Rubi y Violeta que me dejaran un rato a solas. Necesitaba evadirme del odio que nos invadía y contagiaba cada vez que estábamos a punto de una

acometida nueva. Un odio tan amargo como necesario para elevar el nivel de adrenalina y soportar así el horror de la guerra.

Todo había sucedido muy rápido, demasiado. Y ahora me encontraba allí, frente a mi ciudad. Observándola como un forastero y recreando en mi cabeza cada paso que deseaba dar por aquellas calles con mis tres chicas favoritas, las cuales se encontraban muy lejos de mí. Pero no podía dejar de pensar en ellas.

«Ven conmigo, por favor. No me dejes sola», me había suplicado ella.

...Come away with me, baby. Join me in my car...^[5]

El sol cambió de color todo el paisaje que envolvía con su luz. Surgió un rojo intenso propio del estío, que me recargó con las fuerzas necesarias y el valor para afrontar lo que se me venía por delante. Los azules y blancos de un océano inmenso me recordaban la distancia a la que me encontraba de sus vidas y me aportaban la seguridad de que había hecho lo correcto, pese a haber cometido el mayor error de mi vida. Las sombras oscuras de las montañas, el verde de los árboles y el pardo de la tierra, me las traían a cada una de ellas hasta mí; el cabello de una, los ojos de otra y el pelaje de la tercera. El sol estaba a punto de esfumarse y, en esos pocos segundos que tardó en hacerlo, me volvió a recordar que faltaba muy poco para conseguirlo. Solo tenía que aguantar un embiste más. Quizás un puñado de ocasos más y todo se habría acabado.

*...We can go real far away,
away from here...*^[6]

Subí el volumen de la canción al máximo y recordé la última vez que me había parado a observar el momento exacto en que el sol es tragado por el océano Atlántico, más allá de las Islas Cíes. Todo un espectáculo que, con la bruma lejana, parecía haber sido teñido por el pincel de Turner.

Yo ya había estado aquí en otra ocasión, al mismo lugar en el que me encontraba ahora mismo y con la misma puesta de sol, ya que había venido a pasar el día montando a caballo junto a unos amigos. Amigos distintos a los que ahora me acompañaban, pero entonces, también para uno de nosotros cuatro había sido su primera vez a caballo.

De aquella otra jornada campestre habían pasado poco más de dos años.

Dos aciagos años. Pero parecía que aquel día había sucedido en otra vida. Ahora todo era diferente; mucho más triste.

Desde allí parecía que nada hubiera cambiado, era una vista perfecta y casi exacta a la misma de entonces, pero si te acercabas unos pocos kilómetros hasta algún sitio más cercano a Vigo, como el monte Alba, entonces notabas cómo el paisaje cambiaba notablemente. Todo estaba destruido. Muchos edificios habían desaparecido por los bombardeos, sobre todo se echaba en falta el gran bloque del Hospital Xeral, el que había sido en su día el edificio más alto de Galicia e, inevitablemente, marcaba el *Skyline*^[7] de la ciudad. Allí ya solo funcionaba el servicio de urgencias en el edificio contiguo al desaparecido rascacielos, todo el resto del complejo hospitalario estaba en ruinas. Si aguzabas un poco más la vista, todo Vigo parecía taciturno; lleno de escombros, las calles cubiertas de polvo, la naturaleza se había echado encima de las casas abandonadas, la mayoría de los campos estaban sin cultivar, la actividad en el puerto era escasa y todo parecía oscuro y viejo, a pesar de que ya se había empezado a reconstruir la ciudad y hacía meses que los bombardeos habían cesado. Aunque, reparando en ello, me di cuenta de que tan solo faltaban unas pocas horas para que comenzaran otra vez las explosiones, las pérdidas humanas, los cristales rotos, la desolación, la sangre a borbotones y los lamentos.

Estábamos preparados para recuperar la ciudad y la república. Aun así, Vigo ya no era la misma. Pero desde la sierra de O Galiñeiro, aquella puesta de sol, más allá de las Islas Cíes, seguía siendo tan mágica y excepcional como siempre.

Para Sara, en aquella ocasión hacía dos años, también había sido su primera vez aupada a un caballo, y estaba muy nerviosa. Al principio se negó, pero después de una larga charla acabé por convencerla. Le dije que estuviera tranquila, que los caballos se sabían el recorrido de memoria y además venía un guía acompañándonos, no iba a pasar nada. A ella siempre le gustaba que le dijera que todo iba a salir bien, le hacía sentirse segura. A veces me decía: «Dime que el domingo va a hacer sol y vamos a poder ir a la playa». O como aquella vez que tuvieron que operar a nuestra perrita: «Dime que se va a poner buena, Álex», y yo se lo decía, aunque no tuviera la seguridad de que fuera a ser cierto. Le inspiraba confianza y le gustaba oírlo. Le aportaba tranquilidad. Siempre decía que mi intuición funcionaba mejor que sus dudas, pese a que ella era mucho más fuerte y segura de sí misma que yo. Y como dice la canción

de Supersubmarina: «Pequeña de las dudas infinitas, aquí estaré esperando mientras viva».

Al cabo de unos minutos de estar montada sobre su Yegua, ya estaba sonriendo e imitando a una amazona sobre su corcel. Pasamos un día cojonudo, incluso haciendo bromas sobre los golpes de cada trote en nuestras partes y el dolor de culo que íbamos a tener al final de la jornada. Después de dejar los caballos en las cuadras y darles de comer, bajamos al merendero donde el dueño del centro ecuestre nos había preparado la cena. En el último momento decidimos que nos quedaríamos allí a dormir los cuatro juntos; Ana, David, Sara y yo. En el pequeño refugio para montañeros que ahora estaba ocupado por los altos mandos del ejército republicano. Después de haber disfrutado de una buena cena, subimos para ver el atardecer mientras bebíamos chupitos de licor café casero, y sentados sobre la misma piedra en la que me encontraba yo ahora mismo, bajo el mismo árbol. Nuestros amigos bajaron a la cabaña y nosotros dos nos quedamos allí un rato más para disfrutar de la, ya finalizada, puesta de sol.

Por desgracia, nuestra vida en este momento es muy diferente a la de entonces. Todo nuestro mundo había cambiado en una sola noche. Ya nada era igual.

Entonces me di cuenta, miré el móvil y confirmé mis dudas; estábamos a 26 de julio de 2018. Y, más o menos a esta misma hora, pero en junio del 2016, todas las televisiones nacionales estaban dando la misma noticia; la nueva fuerza política de izquierdas había ganado las elecciones.

Cuando volvimos a la cabaña, David, el novio de Ana, nos recibió emocionado gritando: «¡Ganamos, tío! ¡¡Ganamos!!».

No nos lo podíamos creer, por fin la sociedad había votado el cambio. Lo celebramos tanto como un gol de nuestro *Celtiña* en el último minuto para acabar ganando el partido. Aún había esperanza de que el país saliera de la crisis y que pudiéramos avanzar. Aquel sueño, que había comenzado con el movimiento del 11 de mayo de 2011 con miles de jóvenes acampando en la Puerta del Sol de Madrid y extendiéndose al resto del país, acababa de hacerse realidad. Los meses con un presidente en funciones se habían terminado.

Estábamos entusiasmados celebrando la victoria y el *sorpasso*^[8] de la izquierda. Sara no tanto como los demás, ella tenía miedo de las consecuencias que aquello podría acarrear. Temía que esa gran revolución de la sociedad trajese grandes represalias. Con el auge de los partidos de

extrema derecha como Vox, y el fantasma fascista recorriendo Europa, los partidarios de esas ideas en nuestro país no se iban a quedar sin hacer nada. Qué razón tenía; casi un año después de aquellas elecciones estalló la guerra.

En la Sexta, García Ferreras iba haciendo sus cábalas con su ya famoso *pactómetro*, y calculando diferentes combinaciones entre los escaños alcanzados por los partidos para llegar a los 176 necesarios de la mayoría absoluta.

El PP Y Ciudadanos sumaban 162, PSOE y PP 173, Podemos y PSOE se quedarían a un solo escaño con 175, así que solo había dos pactos posibles para alcanzar el gobierno. Uno entre PP, PSOE y Ciudadanos, que obtendrían 234 escaños, más que suficientes, pero algo difícil de creer a no ser que los de izquierdas se bajasen los pantalones uniéndose a la derecha, y así perder toda la confianza de sus votantes y afiliados. Y la otra opción, más lógica, era la unión entre Podemos y PSOE, siempre y cuando convencieran al partido animalista PACMA —los que por primera vez habían obtenido un escaño—, para que se uniesen a ellos y formar gobierno.

Con la noche avanzada, comenzaron a salir las primeras imágenes de los líderes en sus sedes. Los primeros en hacerlo, levantando sus puños, fueron Iglesias y Garzón, que con su unión para estas elecciones habían creado un partido político de primera, uniendo la revolución de los jóvenes con la izquierda más clásica. Todo un acierto. El famoso *sorpasso* era ya una realidad.

Nosotros nos fuimos a dormir contentos por el resultado, aunque con un notable e incómodo dolor de nalgas. Yo, en particular, ya tenía ganas de levantarme para comprar el Faro de Vigo, repasar los resultados, leer las primeras impresiones y, por supuesto, disfrutar con la foto de portada; la de los puños en alto.

Días más tarde, como bien había vaticinado Ferreras, PACMA, el partido al que votaba Sara en apoyo incondicional a nuestra hija Keira, o *Chuchi* —como la llamábamos cariñosamente entre nosotros por ser la Yorkshire más bonita del mundo—, aceptó el pacto junto con Podemos y Socialistas para formar el nuevo gobierno de Izquierdas.

Pero desde el mismo día siguiente a aquellas elecciones, la derecha más rancia del país entró en cólera. Las primeras represalias fueron parecidas a la de las anteriores elecciones del 20 de diciembre del 2015, cuando finalmente no se llegó a formar gobierno. Un grupo de treinta personas, miembros de Hogar Social Madrid de ideología nazi ultraderechista, atacó el acto donde

Podemos celebraba los resultados, pero esta vez con máscaras antigás y lanzando botes de humo, propinando patadas y puñetazos a todo aquel que estuviera allí, periodistas incluidos. A los pocos minutos llegó la policía para desalojar al grupo extremista y aquello se convirtió en una batalla campal. No hubo muertos, pero si decenas de heridos.

Aquel lunes, 27 de junio de 2016, cada uno de nosotros se fue a trabajar con agujetas en los muslos; ellos tres a Pontevedra y yo me quedaba en Vigo. Sara a la tienda de ropa de una cadena sueca para la que trabajaba como dependienta; Ana quedó en casa disfrutando de sus últimos días de vacaciones; David a la ferretería de la que era propietario, y yo a los grandes almacenes donde trabajaba como dependiente para una firma de moda italiana. Vivíamos una vida normal como la de otros tantos millones de personas en el país: trabajar, ir al gimnasio, cambiar pañales, cantar en la ducha, hacer la comida, atender a los clientes, bajarse el nuevo capítulo de Juego de tronos, hacer números para llegar a fin de mes, discutir por unos celos tontos, pedir una pizza, hacernos cosquillas, ir al cine, follar, cambiar las sábanas, hacer la compra, bajar a la playa, darnos una ducha caliente, pasar horas en Instagram o rascarnos la barriga en el sofá. Todo eso que hacemos día a día y que estábamos a punto de perderlo por completo. Nuestra monótona y apacible vida acababa de cambiar y entre tanto entusiasmo no nos habíamos enterado, de hecho, no nos dimos cuenta de la que se nos venía encima hasta varios meses después.

Sara y yo llevábamos casi seis años de relación y nos iba muy bien, pero no genial. Hacía tres meses que ella había cambiado de trabajo y se había ido a vivir a Pontevedra, dejamos el piso que compartíamos en Vigo y yo volví a vivir con mi hermana. Desde entonces, nuestra relación comenzó a cambiar. Se mostraba más fría conmigo y no nos veíamos tanto como cuando vivíamos juntos, eso era normal, pero había algo que me daba mala espina. En su Instagram apareció un nombre que se repetía dándole *like*^[9] a todas sus publicaciones, al que yo no conocía. No le di mayor importancia, cualquiera podía ser, pero con el pasar de los meses también le ponía comentarios y daba la sensación de que se conocían. En una ocasión le pregunté quién era aquel tipo y me contestó que era un camarero de un bar cercano a la tienda donde trabajaba, nada más, ahí quedó todo. Además de eso, y de que ella no acababa de decidir cuándo nos iríamos a vivir juntos de nuevo, la relación la seguíamos llevando bien. Vamos, que nuestra vida era muy normal, con los

problemas y sueños que puede tener cualquier pareja de enamorados que viven separados.

Aunque lo habíamos hablado unas cuantas veces, yo aún no sabía con certeza si ella no quería dar el paso de volver a vivir juntos y lanzarnos de cabeza a intentar ser padres, por el miedo que le daba el tener un hijo, por si se veía obligada a serlo al volver a vivir conmigo o porque no estaba segura de sus sentimientos hacia mí. Yo, por mi parte, tenía claro que lo único que me importaba de verdad en la vida eran ellas; Sara y Keira. Sabía que era la mujer de mi vida, y quería que lo nuestro creciera y comenzáramos a disfrutar de nosotros dos teniendo una relación normal, no solo viéndonos los domingos y cuando teníamos algún día de descanso por culpa de la maldita distancia. Porque, aunque era una distancia corta, era suficiente como para que, con nuestros horarios, se hiciera imposible el vernos durante la semana. Yo quería ser padre y era una de esas conversaciones que teníamos a menudo, pero no era lo que más me importaba en la vida. No era mi prioridad. Aunque sí tenía esa gran ilusión pese a que a mí también me daba pavor tener un hijo. Lo único que sabía con certeza era que nuestra relación había cambiado, estábamos bien, pero eso no era suficiente para ninguno de los dos. Aun así, fuimos postergando la conversación sobre cuándo volveríamos a vivir juntos. Mientras tanto, nuestras vidas siguieron su curso. Y ese creo que fue el principio de nuestro final.

A los pocos meses de tener nuevo presidente ya se empezaron a notar los cambios. Metieron a mucha gente poderosa en la cárcel, cosa que no había sido así en los años anteriores. Fueron cayendo uno a uno todos los corruptos de las tramas del PP; caso Gürtel, Bárcenas, Pokémon, Acuamed, Púnica, etc. Bajaron algunos impuestos, como el tan discutido 21% de cultura que pasó a ser del 10%. Se empezaron a notar las medidas de la izquierda y la oposición cada vez estaba más nerviosa, incluso se prohibieron los encierros y las corridas de toros en todo el territorio nacional. Pero la noticia bomba llegó al acabar el verano de 2016, cuando solo habían transcurrido tres meses desde el cambio de gobierno; el 21 de diciembre se llevarían a referéndum vinculante dos cuestiones; la independencia de Cataluña y la instauración de la 3ª república en el estado español.

Aquello iba a traer cola.

Desde aquel anuncio, las protestas en Cataluña fueron masivas y continuas, tanto a favor como en contra de la independencia. Pero también las hubo en

diferentes ciudades del resto del país. Sobre todo, en Madrid, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Bilbao y Vigo, donde los balcones se llenaron de banderas de España, algunas con el águila mustia del franquismo en repulsa al nuevo gobierno y favorables al no en las dos preguntas que se iban a hacer en el referéndum del 21 de diciembre; no a la independencia de Cataluña y no a la instauración de la tercera república. Lo bueno de todo aquello, por llamarlo de alguna manera, era que descubríais gente entre tus allegados a los que les salió su vena más monárquica y con ello ya sabías a quién había que ir dejando de llamar amigo.

En aquellos meses el congreso de los diputados se convirtió en un auténtico circo; si ya lo era antes, ahora aún más. Pero también eran muchos los que defendían el sí para las dos cuestiones. Se debatió poco y casi siempre mal. Las encuestas, según qué medio las hiciera, daban una victoria rotunda al no y en otras los resultados eran totalmente opuestos. Aquello era un despropósito generalizado. Lo peor es que si ya había dos Españas, ahora aquella diferencia era aún mayor. Tanto como para que amigos de toda la vida dejasen de dirigirse la palabra o para que familiares acabasen por romper con su relación. En nuestro entorno ya no solo existían las guerras livianas, divertidas e inofensivas sobre si eras más de Coca Cola o Pepsi, Celta o Dépor, Britney o Christina, Cola Cao o Nesquik, o la clásica entre Beatles y Rolling. No, ahora también había entrado en nuestras discusiones de sobremesa, el mucho más serio y divisorio; ¿Republicano o Monárquico? Un auténtico despropósito. Diferencias, por cierto, a las que yo siempre me decantaba por la primera de cada una de las opciones.

El día del referéndum, aquel 21 de diciembre de 2016, no fue una jornada electoral como a las que estábamos acostumbrados; pacíficas y soporíferas. En los noticiarios no sacaron las típicas anécdotas sobre una monja a la que se le había caído el carné dentro de la urna, ni tampoco salió cómo votaban muchas personas disfrazadas de Papá Noel, qué las hubo, dada la fecha elegida tan cercana a nochebuena. Y es que, sucedieron tantos altercados en tantas ciudades, que no hubo tiempo en los informativos para nimiedades de aquel tipo. En las localidades más grandes hubo problemas de todos los colores, siendo pocos los sitios en los que se había votado con normalidad. Hubo cargas policiales excesivas, heridas, disparos, gritos, peleas, confrontaciones, escaparates rotos... En algunos colegios fue imposible ejercer el derecho a decidir con tranquilidad, ya que algunos grupos de extrema derecha, en la noche anterior, habían entrado en los locales y prendido fuego a

las instalaciones con todo el material dentro; urnas y papeletas incluidas. Con el fatídico resultado de un conserje muerto por quemaduras en el instituto Columela de Cádiz.

Por la tarde aparecieron en varias cadenas de televisión los mismos que estaban a favor de no, y que eran miembros de partidos, que se sabía, habían participado en los sabotajes. Pues bien, esas personas llegaron a decir que aquel referéndum no tenía validez ninguna, porque el gobierno no había sido capaz de controlar a la población, esa misma que ellos habían provocado para cometer aquellos actos más que vandálicos. Aun así, con una participación del 72% de españolas y españoles con derecho al voto, se decidió que aquel referéndum tenía toda la validez del mundo. Finalmente, aquel 21 de diciembre de 2016 a las 23:35 de la noche, con el 99,62% de los votos escrutados, dieron el resultado que cambiaría la historia de España:

¿Quiere que Cataluña sea un estado independiente en forma de república?

No: 72% Sí: 28%

¿Quiere que España pase a ser una república semi parlamentaria?

No: 31% Sí: 69%

Un mes después, el 23 de enero de 2017, el rey Felipe VI y su familia volaron hasta Suiza. Al día siguiente se instauró la tercera república en España.

3. El Día Sin Datos

Vigo, 2 de mayo de 2017

El primer martes de mayo de 2017 ocurrió lo conocido popularmente como: «La revuelta del día sin datos», o «El día sin datos», a secas.

Después de meses de manifestaciones, sabotajes a empresas asociadas al nuevo gobierno republicano e infinitas protestas por todo el país, todo ello provocado por la derecha más radical y los partidarios en pro de la monarquía, esa mañana de mayo nos despertamos sin datos ni wifi en el móvil. Tampoco había cobertura telefónica ni señal en los pocos teléfonos fijos. Nada. En todos los terminales salían las mismas dos palabras aterradoras: «Sin servicio».

El día anterior, el primero de mayo, ya había habido una buena suma de cargas policiales y saqueos por todo el país. Las manifestaciones por el día del trabajo, sumadas a la inestabilidad del momento, fueron la combinación perfecta para que explotaran los nervios de ambos lados de la sociedad.

En una de aquellas manifestaciones, la que se organizó en defensa de la república por el paseo de la Castellana de la capital, fallecieron tres jóvenes. Por la tarde, después de que todo el mundo viera en los telediarios las cargas, los abusos policiales y, sobre todo, la noticia de aquellos tres asesinatos, se convocaron por medio de las redes sociales otras tantas manifestaciones en multitud de ciudades de todo el país para el día siguiente. En Vigo saldrían, como era habitual, desde la esquina de la calle Urzaiz con la avenida Gregorio Espino, muy cerca de mi casa.

Pero el martes por la mañana, con la caída de la señal telefónica, la gente se puso muy nerviosa. Todo el mundo salió a la calle para ponerse en contacto con sus familiares y amigos. Los bares estaban abarrotados con gente tratando de encontrar alguno con señal wifi, buscar inútilmente un teléfono fijo o, simplemente, para mirar en la tele lo que estaba pasando en todo el país. Los vecinos se llamaban unos a otros para preguntar si en su casa había wifi, como cuando se va la luz y sales al rellano para saber si el apagón es en tu casa, en el edificio o en el barrio.

La multitud por las calles era extraordinaria. No se podía subir a los autobuses porque todos iban llenos y los pocos taxis que pasaban por la calle no te paraban, era imposible tomar uno. Los escasos negocios que permanecían abiertos comenzaron a cerrar sus verjas y, en los autobuses, la gente se peleaba por subir. ¡Peleas de verdad! La confusión se hizo con todo el mundo y los nervios dieron paso al caos más absoluto. Primero con pequeños

hurtos, luego con saqueos y disputas. Muchos, al darse cuenta esa mañana, se aprovecharon de la situación y lo primero que hicieron fue ir a asaltar negocios. ¿Por qué? Como buen gallego que soy, esa pregunta se responde muy fácil con otra: «¿Cómo llamas a la policía sin no funcionan los teléfonos?», pues por eso. Los vándalos se aprovecharon de la situación, aunque también los había que no eran tan vándalos hasta ese momento y, al ver las lunas rotas de los negocios, aprovecharon la coyuntura para llevarse una *Tablet*, un abrigo de piel o un exprimidor; cualquier cosa que estuviese a mano valía con tal de llevársela gratis a casa.

Pero ese no era el único problema. A pesar de que, probablemente, más de la mitad de la población ya sabíamos lo que era vivir sin móviles, ahora dependíamos tanto de aquellos aparatos que todo el mundo entró en pánico sin saber qué hacer. Para unos su principal preocupación era el dinero que tenían en el banco, y lo primero que hicieron fue salir de casa y dirigirse a la sucursal más cercana para quitar todo lo que podían de los cajeros. Ahí fue cuando se dieron cuenta de la magnitud del problema; era imposible sacar dinero.

Ni por ventanilla ni mucho menos desde los cajeros, ya que estos necesitaban estar conectados a la red. Para numerosas empresas el inconveniente era no poder realizar ningún tipo de operación, ya que dependían totalmente de la gestión en línea. El tráfico en las ciudades más pobladas fue otro de los grandes hándicaps, muchos de los servicios de transporte e incluso los semáforos, eran regidos por servicios de inteligencia artificial. La anarquía en las vías de mayor tránsito comenzó a derivar en multitud de accidentes que, como consecuencia, llevaron a un caos mayor, si cabe.

Yo no tenía manera alguna de ponerme en contacto con Sara. Habíamos hablado en las últimas semanas sobre qué haríamos si estallaba la guerra, ya que era una posibilidad que se llevaba hablando en Twitter y Facebook desde hacía semanas, pero no habíamos concretado nada. Los rumores eran tales que, incluso una periodista muy conocida en las mañanas televisivas del país hizo un comentario algo amenazante a una colaboradora de izquierdas, diciendo algo así como: «Si seguís por ese camino de decisiones tan radicales, vais a provocar un golpe de estado o algo peor». Aquello no nos sorprendió en absoluto, ya que no era la primera vez que aquella mujer soltaba un comentario del tal calibre. Hasta en una ocasión se atrevió a convencer a una anciana de las consecuencias que podría tener el votar a Podemos,

comparándolo con lo sucedido en la crisis de Grecia. Absolutamente bochornoso.

Pero esos rumores existían, eso es cierto. Y aquella periodista no se equivocaba en el resultado, aunque sí en quién lo provocaría, ya que fueron los partidos que le eran más simpáticos quienes provocaron aquella situación. Sara y yo lo comentábamos, pero no habíamos trazado un plan ni decidimos qué íbamos a hacer si sucedía tal cosa. Nadie lo había hecho, por lo menos, no los ciudadanos de a pie. Tan solo habíamos especulado.

¿De verdad iba a haber un golpe de estado? ¿Una guerra? No nos entraba en la cabeza. Lo veíamos como algo que solo pasa en otros países o en otras épocas pasadas, aquello no podía ser verdad.

Vivíamos en democracia, o eso creíamos, y democráticamente habíamos decidido pasar a ser una república, pero con una constitución de cuarenta años tan obsoleta y una derecha tan rancia, corrupta, mentirosa y tan heredera del franquismo, que era cuestión de tiempo el que algo gordo ocurriera. La sociedad había tragado demasiado. Se estaban realizando unos cambios demasiado radicales en nuestra sociedad política, y tan fulminantes para los corruptos que quisieron morir matando.

Al igual que sucedía en el final de la película *Las bicicletas son para el verano*, donde un joven Gabino Diego interpretando a Luisito, le cuenta a su padre —el colosal actor Agustín González—, en un Madrid desolado por la guerra, que mientras estallaba el conflicto, él y su amigo Pablo habían hablado de que una batalla en la ciudad era imposible; aquello solo podía suceder en los libros. Y así estábamos nosotros ahora; incrédulos ante la posibilidad de que una guerra cayera sobre nuestras cabezas, algo impensable. En ese momento todos los españoles nos sentíamos igual que Luisito.

En la parte sentimental, nuestra relación en ese momento ya había llegado a un punto muerto. Dos meses antes al día sin datos habíamos discutido por una tontería; ella canceló una cena que teníamos programada desde hacía semanas para salir con sus amigas, simplemente se había olvidado de nuestra cena y quedara con ellas. A mí me jodió bastante, y no solo tuvimos una riña por teléfono sin más, la conversación fue subiendo de tono y los dos nos fuimos diciendo cosas de las que nos arrepentimos después. Todo acabó con un: «Pues lo nuestro se acaba aquí», con el que Sara finiquitó la conversación.

Estaba enfadado, mucho, sobre todo porque una discusión tonta la fuimos llevando hasta un lugar muy extremo. Nos echamos en cara cosas que no venían a cuento y no tenía la sensación de que en dos o tres días la cosa se

fuese a arreglar, como había pasado en alguna otra ocasión anterior. En los días siguientes no nos hablamos. El ego de cada uno estaba tocado.

Yo pensaba que tenía razones notables para haberme cabreado, y ella, por su parte, seguro que también, pero los dos habíamos sido culpables de aquello. A pesar de que fue ella la que decidió que todo se terminase, yo me sentía culpable por haberle echado en cara cosas por una simple confusión. No tenía nada que reprocharle. Pero ahí se acabó nuestra relación de pareja.

Unas semanas después, un amigo en común me contó que la habían visto paseando con un chico por la ciudad. Yo a ella no le pregunté nada, no era quién de hacerlo. Habíamos roto y tanto uno como el otro teníamos el derecho de salir o de conocer a quién nos diera la gana. Más adelante en el tiempo, y poco a poco, fuimos volviendo a mensajearnos, sobre todo, para quedar y que yo pudiera ver a Keira y pasear con ella. A partir de entonces volvimos a tener una relación, pero diferente a la anterior. Esta vez solo éramos amigos. Mi interior sufría una especie de dualidad; me dolía saber que estaba conociendo a otra persona y me alegraba que fuera feliz. Parece una frase muy cursi, pero era totalmente cierta, me hacía sentir bien el saber que ella se encontraba bien. Entonces pensé en que quizás ese no había sido nuestro momento. Su amor hacia mí se había apagado, pero el mío hacia ella aún no. Al igual que nos había sucedido cuando éramos unos adolescentes, pero al revés.

En aquel verano de 1998, después de estar todo el mes de julio tonteando y todo agosto saliendo juntos, llegó septiembre para terminar con nuestro romance veraniego. Para mí ella había sido importante. Siempre lo había sido. Pero, como yo era un año y cuatro meses mayor que ella, quizás me lo tomé de otra forma. Yo tenía muy presente que una vez acabado aquel verano ella se volvería para Pontevedra con su familia y yo me quedaría allí, en Vigo. Pero ella no, ella aún no había cumplido los dieciséis años en aquel último verano que nos vimos y creyó que, de alguna manera, podíamos seguir saliendo en la distancia hasta el verano siguiente en que nos volveríamos a ver, pero no fue así. Aquel fue el último verano en que nuestros respectivos padres decidieron alquilar una casa en la misma playa de Coruxo donde veraneábamos desde 1992, cuando nos vimos por primera vez. Después de aquello, ella siguió enamorada de mí sin yo saberlo.

No nos volvimos a ver hasta que nuestros caminos se volvieron a cruzar doce años después, cuando coincidimos en aquel ascensor del centro comercial donde los dos, aquel mismo día, comenzábamos a trabajar. También

sucedió un verano, en el que yo acababa de cumplir los veintinueve años y a ella le faltaban cuatro meses para cumplir los veintiocho.

Por eso, ahora que habíamos roto, lo único que podía hacer era seguir conservando su amistad sin ninguna pretensión y esperar a que nuestro momento llegase otra vez, al igual que ella lo había hecho en la ocasión anterior. Estaba decidido a esperar lo que hiciera falta, como aquel personaje literario que esperó por su amada 51 años, 9 meses y 4 días.

A pesar de todo, ella era mi amiga de toda la vida. Mi mejor amiga. Y en aquel día sin datos, mientras todos dudaban qué hacer, yo lo tenía muy claro. No me pregunté por qué tenía que hacerlo, simplemente lo tenía que hacer. Era como ese lema de la película *La Llamada*: «Lo hacemos y ya vemos». Tenía que llegar a Pontevedra de la manera que fuera para poder encontrarla. Tenía que comprobar que ella y Keira estaba bien y luego... luego ya veríamos qué hacer. Necesitaba hacerlo. Toda la situación del país me parecía demasiado grave como para pensar, de manera egoísta, en que nosotros dos habíamos roto hacía dos meses y yo ya no tenía ninguna responsabilidad de buscarla. Además, era el sexto cumpleaños de Chuchi y tenía que llevarle sus regalos; una nueva pelotita naranja, como la que habíamos perdido en la playa, y un chubasquero amarillo.

En aquel tiempo yo ya vivía solo en Vigo, otra vez, en el piso que habíamos heredado de nuestros padres. Y mi hermana Tere, que llevaba unos meses sin empleo, vivía con su novio Sebas en una aldea cerca de Mondariz, una localidad a 35 kilómetros de Vigo. Pero dos semanas antes al día sin datos, ella encontró trabajo en un supermercado cerca de nuestro piso, y entonces pasó a vivir conmigo de lunes a viernes. Los viernes por la tarde, al salir del trabajo, Sebas la recogía para pasar el fin de semana en el pueblo y la volvía a traer los lunes por la mañana. Por eso aquella mañana del 2 de mayo, el día sin datos, mi hermana estaba en casa.

Nuestros padres; Fermina y Florentino, habían fallecido hacía bastantes años y los dos de cáncer. Así que, a pesar de tener cuatro tíos y doce primos hermanos con los que apenas teníamos relación, más allá de las cenas de navidad, bodas y entierros, nosotros dos estábamos solos. Tere, tres años mayor que yo, era más parecida a mi padre y yo a mi madre. Aunque yo de mi padre había heredado la paciencia y la constancia, mientras que mi hermana se había llevado la inquietud de nuestra madre.

Recuerdo cuando cayeron las torres gemelas en el 2001, yo tenía 20 años y

vivía en Cádiz. Cuando llegué de trabajar al medio día y encendí la televisión, Matías Prats lo estaba contando en directo. Mi madre me llamó por teléfono a los pocos segundos de caer la segunda de las torres.

—Tito, vete al banco a sacar todo el dinero y luego vete al supermercado a comprar latas, pasta, arroz y agua.

Desde muy pequeño me llamaba Tito, casi todos mis amigos y familiares lo hacían. Me lo había puesto mi abuela materna porque, con cuatro o cinco años, me parecía mucho al Tito de la serie *Verano Azul*; rubio, con el mismo corte de pelo y tanto o más travieso que él, aunque más inocente. Desde entonces, mucha gente no sabía ni que me llamaba Álex.

—Pero, *Ma...* Tranquila, mujer. ¡Que esto no va a ir a más!

—¡Tú hazme caso a lo que te digo! ¡Que acaban de decir en Telecinco que la base americana de Cádiz está en alerta roja y salieron aviones ya de ahí! — En referencia a la base de Rota— ¡Y llena la bañera de agua, hombre! ¿¡Qué te cuesta!?! ¡Hazlo y *San se acabó!*

—*Vaaale*, luego voy al cajero y saco pasta. Al volver hago la compra, que me hace falta. Pero lo demás... ¡no seas exagerada, mujer! Anda, que no va a pasar nada. Ponme con *Pa*.

Mi padre, más pausado y cauto, me recomendó que, aunque solamente fuera por darle el gusto a mi madre, le dijese que sí, que lo iba a hacer, así ella quedaba mucho más tranquila.

Pues eso lo tenía también mi hermana. Así que ella, viendo lo que se nos podía venir encima, en los últimos días había llenado la despensa a tope.

Al cabo de un rato, después de ver las noticias mientras nos tomábamos un Cola Cao, nos pusimos en marcha. Las revueltas se habían extendido por todo el país, y en la televisión recomendaban que no se saliera de casa y que no se acudiera a las manifestaciones programadas para esa tarde. Los militares habían salido a la calle y, según que canal vieras, unos decían que era para controlar la situación y otros que era un golpe de estado en toda regla, además, llegaban rumores de que en congreso estaba pasado algo gordo. Pero yo tenía que ir hasta Pontevedra y Tere quería ir a casa de Sebas.

—Tú vete a la farmacia a comprar Ventolin —le dije a Tere, puesto que los dos somos asmáticos desde niños—. Todos los que puedas. Yo voy andando hasta la gasolinera de la avenida de Madrid a pillar una garrafa de gasolina y pilas para la linterna, por si acaso.

—Pero, Tito, vamos a ver... ¿No es mejor que vaya yo con el coche a la gasolinera, y tú a la farmacia? —respondió preguntando, con los mofletes

enrojecidos como cada vez que se ponía nerviosa.

En el garaje teníamos un Seat León acumulando polvo, ya que no habíamos renovado el seguro y hacía más de dos semanas que no habíamos bajado a encenderlo, pero en estos momentos nos daba igual, era la única forma de salir de la ciudad.

—Está todo dios con los coches en la calle, *Teriña*. Y todo dios va a ir a echar gasolina. Va a haber unas colas de la hostia allí, ¡mira que tráfico hay! Que a lo mejor allí no hay nadie y esto es una paranoia mía, pero por *siaca* voy yo andando, que llegaré antes, me cuelo y a tomar por culo. Esto es sálvese quien pueda. En cuando podamos nos vemos aquí. Mira, la gasolinera está a quince minutos, así que, si en una hora no estoy aquí, vete a Mondariz a casa de Sebas. Si el coche arranca por lo menos puedes salir de la ciudad y si te quedas sin gasolina en medio del camino, pues... no sé... luego sigues caminando o haces autostop. Y, si no... te vuelves y nos vemos aquí, ¿ok?

—Vale, en una hora aquí. Pero... ¡espera! ¿Si no vuelves, cómo quedamos luego?

—Si llego y no estás, ya me las apañaré. Voy a tratar de ir a Pontevedra a buscar a Sara y luego me vuelvo para Vigo.

—Ya, pero... ¿luego?

—Luego ya veremos. Si no pasa nada y todo se calma nos volvemos para aquí. Que tenemos comida suficiente y el hornillo de gas por si cortan la luz.

—Qué exagerado eres *filliño*. Pero vale, quedamos así.

—Tú no, la que compró dieciocho latas de atún no es exagerada.

¿Lo estábamos siendo?

Mientras llenaba las bañeras de agua pensaba que aquello no podía ser verdad, parecía una película. ¿Estaba siendo exagerado todo aquello? ¿Nos estábamos precipitando? Igual no pasaba mucho más, habría un par de asaltos, revueltas y los militares o la policía calmarían todo en unas horas y ya está, pasaría a ser una simple anécdota. Quizás lo mejor sería quedarse en casa, no salir hasta que todo se calmase y ya está. ¿Para qué tanto jaleo?

En cualquier otro momento de mi vida seguro que habría hecho así, o sea... nada. Pero el no tener ninguna noción de dónde ni cómo estaban Sara y Keira, me comía por dentro. ¿Dónde estaba? ¿Habría ido al trabajo?

Ella entraba muy temprano en el *H&M*, así que, igual entonces aún había señal en los móviles y había hecho su rutina diaria. Si así fuese, ella se habría ido a currar, le pillaría todo esto en la tienda y seguiría allí dentro. O igual ya no había datos y se había quedado en casa. Si aún siguiésemos saliendo juntos

hubiera sabido si se había ido para el trabajo o no, por su mensaje de buenos días a las 08:15 junto al emoticono con el beso en forma de corazón, pero hacía meses que no recibía un mensaje como ese. Deseaba con todas mis fuerzas que aquello fuera una situación desmedida que quedase en nada, pero no fue así. Cuando entré por la puerta de casa ya supe que mi hermana se había ido. Había pasado mucho más tiempo del que habíamos acordado.

Lo primero que hice fue quitarme los auriculares, soltar la mochila y la garrafa de gasolina, para ir al baño a verme las heridas de mi pequeña disputa con aquel tipo de la gasolinera.

El golpe del pómulo me dolía con tan solo mirarlo, y aquel ojo rojo me daba una grima horrorosa —Aunque aquello no había sido nada comparado con lo que tuve en la cara unas horas después—. Lo peor era mi mano derecha, no recordaba que doliese tanto pegarle a alguien en la cara. La última vez que había llegado a las manos con otra persona había sido con quince años en la, ya desaparecida, discoteca *Sol* de Vigo, donde un chaval le faltó el respeto a una amiga mía, yo le pedí que se disculpara y nos liamos a tortas. Pero no recordaba que doliese tanto, ahora parecía que tenía un guante puesto bajo la piel de lo hinchada que tenía la mano. Lo fácil que parece en las películas y lo mucho que duele en la realidad un simple puñetazo. Me lavé un poco las heridas y bajé al garaje a ver si Tere se había llevado el coche.

No estaba allí, y viendo como estaban las calles de gente y coches, probablemente no había avanzado mucho, pero yo ahora tenía que buscar algún método para irme hasta Ponte^[10]. Todo lo importante estaba en aquella ciudad y tenía que llegar cuanto antes.

Hacía más de quince años que no cogía un coche, pero estaba decidido a volver a hacerlo. Tan solo tenía la cercana experiencia del par de clases prácticas que me había dado Sara hacía un par de años con su Seat Ibiza, al que llamábamos *La bala azul*, para ver si lograba perder el miedo a conducir, y la verdad es que no se me había dado mal. Pero ahora... ¿Qué coche cogía? Probé uno por uno los pocos coches que quedaban en el garaje del edificio, pero ninguno estaba abierto y, de haberlo estado... «¿Cómo lo voy a encender?», pensé, mientras seguía probando los que me quedaban inútilmente.

Estaba haciendo cosas sin sentido. Así que subí a casa para sentarme un minuto y hacer el ritual que hago siempre que estoy nervioso o necesito pensar; enchufarme los cascos y ponerme alguna canción que me ayudase. Sí, yo tenía canciones que me ayudaban para todo lo que necesitaba. Algunos

to man pastillas, yo escucho canciones. Unas me ayudaban para encontrar el sueño, otras para tomar una decisión, otras las usaba como banda sonora para algo que estaba haciendo en ese momento —aunque fuese lavar la loza—, con otras cantaba delante del espejo, otras las usaba para ir a trabajar, otras para bailar, otras para escapar, otras para llorar. Estas últimas son las más necesarias.

La verdad es que siempre estaba con los auriculares puestos, la mayoría de las veces sin escuchar nada, tan solo con tenerlos enchufados a las orejas me servía para concentrarme ante cualquier situación. Pero esta vez necesitaba algún tema en concreto que me ayudase a pensar con fluidez. Puse *All I want* de Kodaline, sin ninguna pretensión, solo porque me gustaba mucho aquel tema. Mientras tanto, saqué el paquete de tabaco del bolsillo interior de mi chupa negra, cogí el Zippo y encendí un Lucky.

*All I want is nothing more
to hear you knocking at my door...* [\[11\]](#)

Me asomé a la ventana como cualquier otra mañana después de desayunar, pero no era un día cualquiera. Veía a la gente caminando nerviosa, el tráfico ajetreado, pitidos y explosiones de, lo que creía entonces, eran petardos a lo lejos. Dudaba entre echarme a andar camino de Pontevedra y alguna otra opción a la que aferrarme, pero no la encontraba. Y no podía llamar a nadie que me acercase hasta allí. Los trenes no funcionaban y tomar un bus era misión imposible.

Eché mano al móvil para consultar en Google cuántos kilómetros había entre Vigo y Ponte, y así calcular cuánto tardaría caminando, pero claro, no había internet, era el *día sin datos*. Sabía que, haciéndolo en coche, el trayecto era de apenas media hora, así que, con las cuentas de la vieja calculé que en seis horas estaría allí. Vamos, como si fuese una etapa del camino de Santiago.

...but if you loved me, why did you leave me... [\[12\]](#)

Mientras tanto, mi cabeza volaba. Pensé en ir puerta por puerta preguntando a los vecinos si me dejaban su coche, pero... qué me iban a decir: «¡Sí, claro!, ¡todo tuyo!». No, eso no era buena idea, tenía que pensar algo más. Entonces se me ocurrió que quizás podría bajar hasta la frontera con Portugal para ver

si allí había cobertura, así podría llamar a Sara para ver si estaba bien, aunque perdería toda la mañana y me alejaría mucho de ella. Además, si es que soy gilipollas: «¿Cómo voy a llamarla si a ella tampoco le va el móvil?», pensé. «¡Que estamos sin datos! ¡Joder, Álex, céntrate!», me grité en voz alta.

...to find somebody. I'll find somebody.... [\[13\]](#)

Escuchar música me ayuda, siempre lo hace. Y esta vez no iba a ser menos. Así que me senté a escuchar la canción sin pensar en nada, no sé por qué ni cómo, pero mi mirada recayó en una fotografía que tenía en la estantería encima de la tele. No es que me gustase mucho aquella foto, pero como estaba en un marco gordo y pesado, yo la usaba como apoyo para los juegos de mi vieja PlayStation 3. Era una imagen con mis compañeros del equipo de fútbol del colegio, más en concreto, de cuando ganamos la liga local de 1989, ante todo pronóstico, contra los favoritos del Colegio Hogar. En ella estábamos todos, incluso los que no jugaron aquel día; David, Rubén, Álvaro, el entrenador José, Santi, Porto, Guille, Ordoñez, Lucas, Berna, el otro Álex y yo.

Hacía tiempo que no veía a ninguno de ellos, menos a Lucas, que era vecino mío. «¡Claro, Lucas!», pensé.

Él vivía un piso más abajo, en el 1ºC, y no es que tuviéramos mucha amistad, pero la suficiente para que me debiera un par de favores de alguna chapuza que le había hecho en su casa. Bajé corriendo y golpeé la puerta llamando al timbre a la vez, pero no contestaba nadie. Una puerta se abrió detrás de mí. Era Marina, la del 1ºB. Una mujer amable y dicharachera, hasta que falleció su marido hacía más de una década. Ahora, era una señora encantadora de pelo plateado y rondando los ochenta años, que seguía siendo tan amable como antes pero menos dicharachera. De esas ancianas a las que le ves un brillo de nostalgia permanente en sus ojos.

Me quité los auriculares y los dejé colgando sobre el pecho.

—¿Qué pasó, Tito? Lucas y Gwen no están —me advirtió Marina con tono asustado, mientras se ataba la bata.

—¡Mierda! —respondí.

—Se fueron a la aldea el fin de semana y aún no han vuelto. Pero... ¿Qué te ha pasado en la cara?

—¡Mierda! ¡No, coño, no! —maldije entre dientes— Nada, esto ...nada, un golpe que me di con una puerta.

—Vaya, hombre. ¿Para qué los llamabas? ¿Necesitas algo?

—Nada, Marina... —Entonces se me vino a la cabeza una oportunidad, que no se ni cómo me vino, se me encendió la bombillita de repente—. Que me quedé de puerta afuera, dejé las llaves dentro y mi hermana no está, y no funcionan los móviles así que no tengo cómo localizarla.

—¡Pero, quédate en mi casa a esperarla, hombre! Además, ahí fuera no están las cosas como para esperar en la calle, ellos no creo que vengan hasta que todo se calme. Pasa *pa'* dentro, anda —insistió haciendo un gesto con la mano y abriendo más la puerta.

—Ya..., no, Marina, muchas gracias. Igual voy a casa de algún amigo luego, pero... era porque Lucas tiene llaves de mi casa —Todos los vecinos, en una de las últimas reuniones a las que yo no iba nunca, habían aconsejado dejar copia de las llaves de unos en casa de los otros, por un problema que había habido de una fuga de agua en el quinto y tuvieron que llamar a los bomberos para entrar; una movida de la leche que costó una pasta y, por supuesto, hubo que hacer derrama al estilo de *La que se avecina*— ¡Ah, pero tengo yo la de ellos! No irás a robar nada, ¿no? —preguntó esbozando una sonrisa cómplice— Espera que la busco.

Yo ahora solo tenía que cruzar los dedos para que no viniera ella a abrirme la puerta, que se pusiese a husmear y ver lo que yo hacía dentro, aunque era verdad que tendría que buscar unas llaves. De fondo, y desde los auriculares sobre mi pecho, seguía escuchando la maravillosa parte instrumental de la canción de Kodaline.

Lucas tenía su garaje privado dentro del comunitario y separado con un portalón metálico. Y es que, hace muchos años, el anterior propietario, que era el dueño del bar del bajo de mi edificio, comprara varias bodegas a otros vecinos y las unió para hacerse una bodega más grande y guardar cosas del bar. Cuando este se jubiló, y para poder irse a vivir a la aldea, por una parte, vendió el bar, y por la otra vendió el piso junto con el garaje, que lo acabó comprando mi compañero del colegio. Allí, Lucas guardaba tres motos.

Yo nunca había cogido una moto en mi vida, pero supuse tenía que ser como una bici, incluso más fácil. Así que solo tenía que entrar, coger las llaves del portalón y de las motos, y bajar para llevarme una de ellas.

—Toma, aquí están. Creo que la grande es la de la puerta. ¿Se las devuelves tú? —me dijo Marina.

—Ay, gracias. Sí, yo se las doy. Muchas gracias, de verdad.

—Espera que te doy un *Tupper* para luego, *filliño* —me dijo volviendo a

meterse dentro de casa.

—¡Qué va! ¡No te molestes, mujer! —Pronuncié cuando ya era tarde. Al rato apareció con una bolsa en la mano.

—Aquí tienes, macarrones con carne y tomate. Que me salen fenómenos.

—Muchísimas gracias, de verdad. Bueno, voy a ver si encuentro mis llaves.

—Sí, ¡Ah! ¡Y no te olvides de devolverme el *Tupper*!

—Sí, sí, descuida —contesté. Y ella, sonriendo, cerró la puerta.

Yo sabía que no me iba a acordar de devolvérselo, pero Marina, que me había visto crecer, ya tenía la suficiente confianza conmigo como para subir ella a buscarlo; no sería la primera vez.

Abrí la puerta y me puse a buscar por todos los cajones. Primero los del recibidor de la entrada y nada. Luego los del comedor y tampoco. Después busqué por todos los rincones de la casa sin obtener mejores resultados. ¿Dónde coño guardaba las llaves esa gente? ¿Se las habrán llevado todas? Por algún lado de aquel piso tenía que haber alguna copia.

Me senté un instante a respirar hondo en el sofá y detenerme a pensar con claridad mientras veía la sombra de mi reflejo en la pantalla de la televisión apagada. La canción ya había terminado. Traté de calmarme, pero los sonidos de revuelta en la calle y los nervios me impedían pensar con lucidez. Era todo muy extraño. De pronto estaba en casa de mi vecina, solo, buscando unas llaves para robarle la moto a un amigo de la infancia y parecía que había estallado la puta segunda guerra civil. De pronto me fijé en que, en una de las estanterías del mueble del salón, había un juego de muñecas rusas, de esas que se pueden guardar una dentro de la otra, y me levanté para abrir la más grande. Allí estaba el manojito de llaves; me las llevé todas.

Volví a subir a mi casa y repasé con rapidez qué era lo necesario para meter en la mochila; cartera, teléfono, cargador, tabaco... Entonces pensé en que, tal y como estaban las cosas de feas en la calle, igual no podría volver esa noche a dormir a casa, además había la posibilidad de que no lograra encontrar a Sara y tuviera que volver de vuelta a Vigo, y si se me acababa la gasolina tendría que volver caminando en medio de la noche. Así que también decidí meter una botella de agua y las cosas que me había dejado Tere en la mesa de la cocina; tres aerosoles para el asma y una caja de Ibuprofeno. A ello le sumé lo que yo había cogido *prestado* de la gasolinera; linterna, pilas y una lata de recarga para el Zippo. Tenía la sensación de que se me olvidaba algo, repasé qué era lo más necesario, pero no caí en la cuenta y, a pesar de seguir

con esa angustiosa sensación, bajé al garaje.

En el garaje de Lucas había una KTM Duke, naranja y negra, que era la con la que se movía habitualmente. Sabía que se llamaba así porque lo ponía en letras a ambos lados del depósito de gasolina, de no ser así, para mí simplemente era una moto naranja y negra. Yo no entiendo una mierda de motos, pero lo que sí se, es que era preciosa e imponente. También tenía una de esas modernas de tres ruedas; dos delante y una detrás, de color azul con detalles en blanco, con el símbolo de Yamaha y la palabra *Tricity* escrita en el culo de la moto. Y al fondo del garaje, cubierta por una lona, estaba la niña de sus ojos; una vespa antigua totalmente reformada. Siempre me hablaba de ella, y a pesar de que nunca lo vi conduciéndola, sí que de vez en cuando me lo encontraba en la calle sacándole brillo. Yo, como no tenía ni la menor idea de motos, decidí encender las dos más grandes para probarlas en el garaje. La vespa era preciosa pero no me iba a llevar muy rápido y no se la quería *escarallar*^[14] en una cuneta. La primera que probé, nada más encenderla, me di cuenta de que iba a marchas y no tenía tiempo de ponerme a aprender. Estaba decidido, tomaría prestada la de tres ruedas en la que solo había que abrir gas para conducirla.

4. Golpe De Estado

Vigo, 2 de mayo de 2017, 12:36 h.

No me costó mucho aprender a manejar la moto, era más sencillo de lo que esperaba; acelerar y frenar. Aunque, a veces, cuando me venía arriba acelerando y me topaba con una curva cerrada, esta me llevaba hacia afuera, pero al final le cogí el tranquillo. Lo difícil fue decidir por dónde salir de la ciudad. Hay múltiples salidas de Vigo, pero yo quería salir hacia el norte para dirigirme a Pontevedra y llegar cuanto antes. Lo más rápido es coger la autopista para cruzar la Ría de Vigo por el puente de Rande, pero sabía que esa iba a ser la opción que todo el mundo tomaría de querer salir de la ciudad. La segunda alternativa más demandada era la carretera nacional por la costa, bordeando la ría y pasando por Redondela. Y después habría otras muchas que, aunque dando más rodeo y recorriendo más kilómetros, yo creía que serían más seguras; yendo por carreteras comarcales y caminos sin asfaltar. Así que, tomaría rumbo al este en dirección al aeropuerto de Peinador, de paso, podía parar en casa de mi mejor amigo para ver cómo estaban él y su familia, antes de continuar mi camino. Algo que decidí sobre la marcha.

En las calles había de todo; desde gente paseando tranquilamente con bolsas de la compra, otros caminando apresurados, y hasta pequeños ladrones que salían corriendo de los supermercados siendo perseguidos al grito de: «¡Al ladrón, al ladrón!». Aun así, las cosas por el barrio del Calvario estaban más tranquilas que en la gasolinera a la que había ido hacía apenas una hora, lo único que había cambiado era que, de pronto, había mucho más tráfico, con los coches atascados en los cruces haciendo sonar el claxon y algún comercio que otro comenzaba a echar el cierre. Uno de esos locales era de mi amigo Chinto, que regentaba una joyería. Cuando me subí con la moto encima de la acera para adelantar a los coches estancados, pasé por delante de su negocio y vi que estaba bajando la persiana.

—Chinto, tío, ¿cierras? —le dije, mientras detenía la moto a su lado.

—Hostia, Tito. Sí, *meu*^[15], cierro. Que la cosa se está poniendo chungu. Parece ser que ha habido un golpe de estado. En Madrid ya andan a tiros. La

gente está en la calle protestando y los militares están tirando a dar, ya se han cargado a varios, lo acaban de decir por la radio.

—¡No jodas! —exclamé sorprendido.

—¡Sí, sí! Acaban de recomendar que la gente se meta en sus casas y que estemos atentos a la tele o la radio para más instrucciones, pero en la Cope no dicen nada, solo se escuchan marchas militares.

—¡Qué hijos de puta!, pues estamos jodidos.

—Nada, tío, me piro al colegio a recoger a Raquel y los niños.

—Vale, tío. Yo marchó también —le dije mientras me volvía a poner el casco.

—¡Oye, vete para casa! —me gritó cuando ya había avanzado unos metros — ¡Yo que tú no andaba con la moto por ahí hoy!

—Ya, pero tengo que ir antes a Ponte.

—¿A Pontevedra? —preguntó sorprendido— Estás *colgao*. Me acaba de decir un cliente que los de Figueirido acababan de tomar la ciudad. Por la diputación y todo eso.

En Figueirido se encontraba el cuartel de la BRILAT —Brigada de Infantería Ligera Aero Transportable—, situada a pocos kilómetros de la capital de la provincia y, a pesar de que hacía años que no se llamaba así, todo el mundo se refería a ella por sus antiguas siglas. La verdad es que Pontevedra era el peor sitio al que ir en una situación como esta. Por un lado, al sur, estaba el cuartel de la BRILAT y por el otro, al suroeste, la escuela naval militar de Marín, una de las localidades cercanas a la ciudad. Donde había estudiado Felipe VI, el último rey de España. De hecho, Sara había nacido allí, en Marín, rodeada de marineros de uniforme blanco a lo *Oficial y Caballero*. Pero yo tenía que ir de todos modos.

Decidí salir de Vigo por el cruce de las tres fuentes de la calle Aragón y tirar por la avenida del Aeropuerto, pero antes, al llegar a las fuentes, vi que en el instituto del Calvario —el IES Castelao—, donde yo había estudiado el bachillerato, todos los alumnos estaban saliendo y bajando la pequeña colina, invadiendo los carriles de las tres rotondas por todos lados. No sabía lo que les habían contado, pero no era nada tranquilizador verlos salir apresurados. Supuse que habían cancelado las clases y, alertados, se dirigían a sus casas. Continué subiendo y en diez minutos ya estaba entrando en la urbanización donde vivía mi mejor amigo, Simón. Llamé a la puerta y me abrió uno de sus dos hijos mellizos de seis años, en pijama, tan tranquilo, con una sonrisa de oreja a oreja y ajeno a todo lo que estaba sucediendo. No habían ido al

colegio porque los dos estaban saliendo de un proceso gripal.

—¡Hola Tito! —gritó Iago al verme, abriendo los brazos para que lo cogiera en el *colo*^[16]. Detrás de él apareció María, su madre.

Simón no estaba, había bajado temprano para abrir la peluquería que regentaba en el barrio del Calvario —por la que yo había pasado hacía unos minutos—, y con la que había ganado varios premios. El negocio, que llevaba su mismo nombre, *Simón R. Puga*, era una humilde barbería de barrio, pero, con el tiempo y los galardones recibidos, se fue convirtiendo en una de las más distinguidas a nivel nacional. Lo malo de ello era que estaba todo el día trabajando, a veces no descansaba ni siquiera los fines de semana. Su mujer, no podía contactar con él.

—Tú tranquila que seguro que estará bien. Habrá ido a casa de sus padres o estará en la *pelu*, no te preocupes —Traté de calmarla mientras mi tocayo Álex, el otro mellizo, se aferraba a mi pierna esperando su turno para que también lo cogiera en brazos—. Yo tengo que ir a Ponte a buscar a Sara, necesito encontrarla.

—¿Y si no consigo contactar con él? ¿Y si no vuelve? —preguntó comenzando a alterarse, poniéndose cada vez más nerviosa.

—¿Cómo no va a volver?! ¡Volverá, mujer! Ahora vete con los niños a casa de tu madre. Quedaos allí y déjale aquí una nota diciéndole donde estáis para que lo lea al llegar.

—¿Y si bajas a Vigo un momento para ver si está bien? —me rogó cogiéndome la mano.

—Hostia no me pidas eso, tía, no puedo. Tengo que llegar cuanto antes a Pontevedra y no sé cuánto me va a durar la gasolina que tiene la moto. Igual bajo a Vigo, subo y se queda seca. Escucha, aquí arriba estáis bien, no hay revueltas ni altercados, y abajo, por el Calvario, tampoco había mucho. Hay cuatro chavales aprovechando la confusión para robar en las tiendas de móviles y el resto son colas pacíficas en los supermercados y gasolineras —Escuchar aquello la tranquilizó algo, aunque no fuera del todo cierto—. Simón no va a tener ningún problema, habrá ido a comprar al súper de al lado y vendrá para aquí, no te preocupes. Hacemos una cosa: voy a Ponte, me aseguro de que Sara esté bien y te prometo que, al volver, por la tarde, vengo directamente para aquí, ¿vale?

En ese momento no sabía que aquella promesa no la podría cumplir. Me arrepentí de no haber sido más espabilado y no haberme parado en la *pelu* antes de emprender mi salida de la ciudad, pero entre esquivar los coches,

manejar la moto y los nervios, ni siquiera se me había pasado por la cabeza y pasé por allí de largo.

—¿Crees que esto va en serio y va a ir a más? —preguntó María algo más relajada.

—No creo. Ni de coña. Esto se para en unas horas o, como mucho, en un día. Mientras tanto, cuando estéis en casa de tu madre, por si acaso, no le abráis la puerta a nadie desconocido. Hay mucho listo y no se puede llamar a la policía, así que más vale prevenir. Ya verás como no es nada. Mira en Turquía el verano pasado, ¿te acuerdas? Hubo un intento de golpe de estado donde la gente se echó a la calle y todo se acabó en unas horas, y aquí ... ¡Joder! Aquí no creo que se nos vaya tanto de las manos, ¿no?

—Ya, si tienes razón, no creo que llegemos a tanto, pero estoy acojonada. Las teles privadas han dejado de emitir los programas en directo y han puesto reposiciones de concursos, algo gordo está pasando. Solo en televisión española, que están poniendo continuamente un faldón diciendo que pronto habrá un comunicado en directo.

Me fui después de bromear un rato con los niños, no sin antes tener que prometerles, cruzando los meñiques con ellos, que al volver les daría una vuelta con mi moto nueva. Otra de las promesas que tampoco pude llevar a cabo. Me subí a la moto mucho más preocupado que antes. La cosa se ponía cada vez peor. Lo de las televisiones era algo muy raro. Cada vez tenía más claro que todo aquello había sido provocado y no una simple caída accidental de la red. Que dejaran de emitir los programas en directo podía ser a consecuencia de esa caída de internet, pero no sabía si eso podía influir tanto como para no poder emitir un programa. Cuando arranqué la moto y me puse en marcha, recordé una noticia del 2015 en la que se contaba cómo un ataque de piratas informáticos había dejado al canal internacional francés *TV5 Monde* sin emisión y con la pantalla en negro durante bastantes horas. Más tarde, a medida que fueron arreglando el problema, tan solo habían podido recuperar la emisión con programas ya grabados. Aquel ataque en Francia duró menos de un día, pero desde entonces quedó claro que, si alguien quería bloquear un canal de televisión de un país, podía hacerlo.

Continué mi salida de la ciudad pasando por el monte de A Madroa, donde tiene los campos de entrenamiento el Real Club Celta, llegué al zoo, dejé atrás el monte Vixiador, bajé por Negros y llegué a Redondela sin ningún problema. Allí pensé en seguir tirando por carreteras secundarias, pero al ver el poco tráfico y la tranquilidad del municipio, que parecía seguir con su rutina

habitual, seguí la marcha por la carretera nacional. Por el camino, varios kilómetros antes de llegar a Pontevedra, me crucé con varios camiones del ejército de tierra cargados de soldados bien pertrechados en dirección a Vigo. Ahí me acojoné de verdad. No eran uno ni dos, sino que conté hasta una docena de vehículos. Una cosa es verlos en la tele tomando las grandes ciudades y otra cosa muy distinta era verlos en directo y con tus propios ojos, pasando a toda velocidad a menos de tres metros de ti, con los soldados asomando sus fusiles en ristre.

Por el sur tan solo hay tres entradas principales a la ciudad, además de otras por carreteras comarcales. Una es la avenida de Marín, que llega hasta la urbe en paralelo a la ría de Pontevedra. La segunda opción es la autopista AP-9, por la que te adentras a la ciudad desde el puerto, y la tercera, en la que yo me encontraba, era la nacional 550, por la que ibas a dar a la avenida de Vigo y al cruce de las dos estaciones; la de tren y la de autobuses.

Aquella carretera nacional, paralela a la vía férrea y antes del cruce de las estaciones, llegaba hasta una gran rotonda recién construida hacía muy poco tiempo. Allí se unían las diferentes vías de acceso a la ciudad de Pontevedra y tenía que llegar hasta ese lugar como fuera, ya que, desde allí, tendría varias rutas que podría tomar hasta el centro urbano.

A medida que me iba acercando a la ciudad el número de coches en la carretera también iba en aumento, hasta que el trayecto se convirtió en caravana. Algo había más adelante que impedía la circulación fluida. Me eché hacia el lado derecho para seguir más despacio sobre el arcén y me metí en el parking de un concesionario cercano para poder avanzar un poco, pero varias motos delante de mí impidieron que pudiera seguir mucho más. Me puse en pie sobre el asiento para ver lo que sucedía y descubrí a lo lejos, cerca de una rotonda, la figura de dos camiones militares cruzados en la vía, cortando el tráfico en ambos sentidos. Eran iguales a los que me había cruzado antes —los típicos con la lona verde militar cubriendo la parte de atrás—. Entre ellos habían dejado un espacio custodiado por dos soldados, el espacio justo para que pudiesen parar los coches uno a uno por el centro de la vía, pero, unos metros por delante de estos camiones, había otro vehículo parado exactamente en medio de la carretera, como una especie de todoterreno, pero más grande y totalmente blindado con una plataforma elevada en la parte de atrás, con un lanzamisiles o algo parecido, y un soldado a los mandos. La escena acojonaba de verdad. Alrededor del vehículo había varios soldados más cargando sus fusiles G36. Era como un control de carretera, pero ocupando toda la vía y

con militares en vez de la policía o la guardia nacional republicana. Desde mi posición no lograba ver con claridad qué era lo que estaban haciendo; si trataban de encontrar a alguien en particular o si estaban impidiendo el acceso a la ciudad, así que me propuse buscar una ruta alternativa para no perder tiempo.

Mientras trataba de girar la moto, no con poca torpeza, para volver atrás hasta encontrar algún otro acceso, no me quitaba de la cabeza la imagen de todos aquellos soldados empuñando sus armas. Yo mismo, en su día, había tenido en mis manos uno de los primeros fusiles G36 que se utilizaron en el ejército español.

En el año 1999, yo estaba haciendo el servicio militar obligatorio en la Base Aérea de Cuatro Vientos, en Madrid, y todos los chavales de mi quinta hicimos la instrucción con los famosos y viejos fusiles Cetme, o como lo llamábamos entonces; *El chopo*, e hicimos las maniobras y las prácticas de tiro con ellos.

El gobierno de Aznar había suspendido hacía unos años el servicio militar —la única medida acertada de su mandato—.

Y, aunque aún no se había hecho efectiva la suspensión, en mi cuartel, aquella cuarta promoción del 99 a la que yo pertenecía iba a ser de las últimas en que se hiciera la mili, para pasar a ser un cuartel de soldados profesionales. Pero para cuando estaba a punto de ser *un flecha*, que así se llamaba a los que teníamos la mili casi hecha, y ya era todo un veterano, nos reunieron para explicarnos que al Cetme también lo jubilaban. El gobierno ahora había comprado miles de fusiles nuevos a los alemanes y nosotros íbamos a ser los primeros en probarlos. Y, ¡joder! ¡Qué diferencia! Sobre todo, en cuanto al peso. Aquello era como no llevar nada. No como con el chopo que pesaba cuatro kilos y pico, y acababas teniendo un callo tremendo en la curvatura de la mano, entre el dedo pulgar y el índice, de sostenerlo durante horas en formación. Además, el tiro era mucho más dócil, y en las prácticas con el nuevo fusil —de apenas tres kilos— alguno ya conseguía, por lo menos, hacer diana, y se veían menos balas perdidas reventando en las rocas del fondo de la montaña.

Y ahora, allí estaba yo, preguntándome si volvería a escuchar, después de casi dieciocho años, el sonido de un G36. Solo esperaba que la diana no fuera yo por tratar de escabullirme de aquel control militar.

Retrocedí como pude en dirección contraria, hacia Vigo, buscando alguna opción para poder bordear el puesto de control y llegar a la ciudad. Me metí

en un vivero muy conocido de la zona para buscar una salida, pero no la había. Continué retrocediendo y seguí unos pocos metros más adelante, hasta que, entre unas viviendas a la izquierda, encontré un camino asfaltado que bajaba hacia lo que parecía ser un acceso privado de aquellos vecinos. Y sin saber muy bien hacia dónde me llevaría, tiré por allí. Desde el principio del camino tan solo se podía ver que daba hasta un terreno abierto y baldío de tierra, matojos y los restos de una fogata reciente, seguramente el dueño de aquella finca solo usaba el campo para quemar rastrojos, ya que el resto del campo estaba completamente abandonado. Cincuenta metros más al fondo, junto a la arboleda, se adivinaban las vías del tren. Aceleré y crucé la finca.

Por allí pasan dos líneas del ferrocarril Vigo-Pontevedra; una es la del tren de alta velocidad, la otra es por donde pasa el regional. Había un camino en paralelo a la línea de alta velocidad, a la derecha, pero era demasiado estrecho como para continuar con la moto por él. Pero entre las dos vías, había una separación pedregosa de, más o menos, dos metros de ancho que suponía me iba a llevar hasta la misma estación, y tan solo tenía que superar con la moto los dos raíles de la vía del Regional. Eso si conseguía subir con la moto el pequeño montículo de tierra por donde corrían las vías. Así que retrocedí un poco para coger velocidad, y aceleré de nuevo para cruzar los raíles. Cuando estaba a punto de llegar al comienzo del montículo, tiré del manillar de la moto hacia mí como si fuesen los mandos de una bici, para intentar un caballito o algo parecido, y llegar con velocidad hasta el raíl para saltarlo a modo rampa, lo cual no sucedió. La moto se paró en seco chocando las ruedas delanteras con el montículo de tierra y salté por los aires cayendo con la espalda sobre las vías de hierro.

No sé por qué, pero estando en el suelo se me vino Antonio Recio a la cabeza diciendo: «Hostia terrible». Con más dolor en el ego que en la espalda, me arrastré por la tierra y me escondí agachado detrás de la moto, temeroso de que algún militar hubiera reparado en mi «jugada maestra», seguramente me estaban viendo desde los coches parados en la carretera, pero esos no me preocupaban. Los militares estaban lejos y desde allí, ni yo los veía a ellos ni viceversa; me tapaba una hilera de casas bajas y árboles. Lo único que pensé es que, más adelante sí me podrían ver, en cuanto avanzase con la moto. Así que me levanté pensando en la manera en que iba a subir aquel montículo de tierra que me separaba de las vías.

Entonces recordé que una vez yendo con mi padre al monte Alba a coger musgo para el Belén, el coche se nos quedó atascado en el barro y las ruedas

resbalaban sin poder hacer tracción, mi padre me hizo bajar del coche para buscar piedras y colocarlas pegadas a las ruedas. Así lo haría ahora también, pero pegando las piedras y unos maderos a la rueda delantera y hasta los raíles, haciendo una especie de rampa.

Pasé sin mayor apuro. Ya tenía vía libre.

Lo malo era que, con la moto ya entre las vías y montado en ella, se veía toda la carretera, y por lo tanto desde la carretera también me podían ver a mí muy claramente dirigiéndome hacia la ciudad. Aunque la carretera se encontraba a unos cien metros de distancia, llamaba mucho la atención ver a un tío subido en una moto conduciendo entre las vías del tren, pero no lo pensé mucho. Los auriculares los llevaba puestos, como siempre, así que saqué el móvil, busqué en mi *playlist*^[17] algo para motivarme y acelerar sin mirar atrás, o en este caso, sin mirar hacia mi izquierda. Como si el no verlos o no escucharlos a ellos fuera a hacer, por arte de magia, que ellos tampoco reparasen en mí. Necesitaba algo que me hiciera venirme arriba. Muy arriba. Algo que me hiciera acelerar y dejar de pensar en la locura que iba a hacer, algún tema que me hiciera hervir la sangre y darlo todo. Tenía que ser Bon Jovi con *You give love a bad name*, el único tema que me podía provocar ese subidón de adrenalina necesario en ese momento, útil en cualquier instante del día. El corazón me latía con fuerza cuando le di al *play*.

Shot through the heart and you're to blame.

Darling, you give love a bad name.^[18]

Y abrí gas al máximo.

Al llegar a la altura del control ni siquiera giré la cabeza para comprobar si me habían visto. No noté que me siguieran o que se hubieran dado cuenta de mí, además, solo me preocupé de acelerar y mirar hacia delante tratando de permanecer centrado entre las dos vías.

En poco más de dos minutos supe que estaba llegando, ya que a ambos lados se levantaban las vallas metálicas que separan las vías del tren de los terrenos privados, haciendo que estas impidieran el paso a cualquier animal o persona que quisiera cruzar por allí y provocar un accidente. Pensé en seguir un poco más y llegar hasta la misma estación, pero era muy probable que también aquel lugar estuviera tomado por los militares. Por otro lado, si seguía por allí hasta la estación, igual tenía alguna manera de continuar con la moto. Otra vez estaba bloqueado, no sabía que *carallo* hacer. Pero la sospecha

de que la estación estuviera vigilada pudo más, así que, volví a hacer la misma maniobra que antes con las piedras para sortear el obstáculo de los raíles, pero esta vez para salir de allí. Pasé sobre el primero sin problemas, el segundo tan solo lo podía pasar con las ruedas delanteras, ya que no había más espacio para que entrara la moto entera entre el raíl y la alambrada. No había contado con eso. En realidad, sí que lo había, si se me hubiera ocurrido pasar las ruedas delanteras, girar el manillar a la derecha y meter la moto de manera horizontal en el espacio que quedaba paralelo al raíl, pero no fue así, no me dio tiempo a pensar en eso porque de pronto, me di cuenta de algo en lo que ni si quiera se me había pasado por la cabeza. Tenía a tanto volumen la música que, con el solo de guitarra de Richie Sambora, no me había dado cuenta de que se acercaba un tren por la misma vía que yo bloqueaba con media moto. Cuando fui consciente de ello, aceleré para acercar la moto al vallado lo máximo que pude, hasta que las ruedas comenzaron a derrapar. Me subí al asiento, luego al manillar e intuí de reojo que el tren estaba a punto de alcanzarme. El maquinista comenzó a hacer sonar la bocina con un pitido largo, grave y prolongado. Era tan potente que, a pesar de tener los oídos algo taponados por los auriculares, me hizo polvo los tímpanos. Lancé la mochila por encima de la valla, luego me impulsé y, cerrando los ojos, me quedé colgando de ella habiendo pasado tan solo medio cuerpo por encima.

Todo esto ocurrió en un solo segundo; sentí el aire en mi cara, la bocina dejándome sordo y el tremendo ¡Crash! de la locomotora destrozando la moto. Noté trozos de ella saltando por los aires, haciendo que casi me cayera del gran golpe, cuando la moto chocó con la valla.

Estaba muy cabreado conmigo mismo, no porque pudiera haber muerto, sino que estaba verdaderamente jodido pensando en que esa moto valdría una pasta y no sabía cómo *carallo* se lo podría pagar a Lucas.

Salté al suelo al tiempo que se acababa la canción, quedándome unos segundos medio en shock, aliviado, sentado en la gravilla y apoyando mi espalda en la alambrada, cuando vi que el tren se había detenido más adelante y alguien se bajaba a la altura de los primeros vagones. Cogí la mochila y eché a correr sin quitarme el casco ni volver la vista atrás.

El asentamiento de los gitanos a las puertas de la ciudad me indicaba dónde me encontraba, tan solo tenía que caminar desde allí unos 300 metros por la vieja carretera, por la que pasa el Camino de Santiago portugués, hasta llegar al cruce de las dos estaciones donde comienza el paseo del río Gafos. Yo seguía maldiciéndome por haber perdido la moto.

Nadie me seguía, así que me quité el casco y lo escondí entre unos matorrales al borde de la acera con la intención de recuperarlo más tarde, y continué caminando a paso tranquilo hasta llegar a la rotonda que daba entrada a la ciudad. A mi izquierda estaba la estación de autobuses, a la derecha, al otro lado de la calle se encuentra la estación de tren, seguida de las salas de cine en las que, hacía tan solo unas semanas, Sara y yo habíamos estado viendo *El Bar* de Álex de la Iglesia.

Frente a los cines, comienza el camino de tierra que baja hasta dar con el río Gafos, donde empieza el paseo, el que tantas y tantas veces hicimos los domingos con Keira. Este paseo fluvial de, más o menos 1.5 Km de recorrido va a dar hasta casi el centro de la ciudad, muy cerca de mis tres objetivos; el apartamento de Sara, la tienda donde trabajaba y el piso de su padre. Sara, cada mañana antes de ir a trabajar, siempre dejaba a Keira en casa de su padre, así que, yo tenía muy claro que en alguno de los tres sitios tenía que estar. Lo bueno que tiene este paseo de tierra, con bancos de madera y zonas ajardinadas, es que puedes llegar hasta el corazón de la urbe cruzándote con muy poca gente; algunos runners y perritos jugando con sus dueños. Además, las aceras se encuentran a varios metros por encima del paseo del río y desde ellas no te pueden ver, ya que todo el camino está bordeado de árboles frondosos y un túnel que pasa por debajo de una de las calles de la ciudad, lo que ofrece una mayor intimidad.

En Pontevedra el ambiente era todo lo contrario al que había percibido en Redondela e incluso mucho más ajetreado que en Vigo. Pero supuse que era debido a la cercanía de los cuarteles y todos los emplazamientos de la diputación provincial que se encuentran en la capital de la provincia. Cruzé la carretera, no sin antes ver cómo en las escaleras de la estación de autobuses unos soldados increpaban a un grupo de chavales que tenían unas pañoletas moradas atadas al cuello, apuntándolos con sus fusiles y obligándolos a que se tiraran al suelo. Eché a correr aprovechando el revuelo de la gente que estaba alrededor protestando por el trato hacia los jóvenes y crucé la calle hasta el paseo del río. Pensaba en que si me parasen los militares no me podrían hacer nada; me preguntarían hacia dónde me dirigía, me pedirían el DNI y poco más. ¿Qué más me podrían hacer?, ¿detenerme?, y... ¿por qué? Pero probablemente me quitarían tiempo y yo tenía que llegar cuanto antes hasta Sara para ver si todo iba bien. Cuando estaba bajando la cuesta hacia el río, vi como a aquellos chavales se los llevaban detenidos.

Nada más comenzar el trayecto del río me crucé con varias personas

apuradas que me decían que no fuera hacia el centro, que allí estaba la cosa chungu; la gente se había echado a la calle a protestar el golpe de estado que estaba sucediendo y, junto con las protestas programadas por las muertes del día anterior en las manifestaciones del primero de mayo, se estaba liando parda.

Vi venir hacia mí a la dueña de Lobo; un Pinscher inquieto que solía jugar con nuestra Chuchi. Cuando se acercó le pregunté si venía del centro y cómo estaba la situación por allí. Me dijo que no fuese si podía evitarlo, y que ella se iba corriendo a casa porque en la TVE estaban anunciando que pronto harían conexión en directo con el congreso para dar un aviso importante; unos soldados habían asaltado el congreso, retenían en una de las salas al primer ministro y amenazaban con matar al presidente de la república. Alguien saldría a hablar en unos instantes.

El militar que habló era el General José Enrique García Santos. Pero de eso me enteré mucho más tarde.

El camino por el paseo del río hasta el centro de Pontevedra fue más sencillo de lo que esperaba. Tan solo me iba cruzando con gente que me informaba del peligro que me encontraría si continuaba en esa dirección: «Por el centro la cosa está muy chungu. Yo soy tú, y daba la vuelta», me dijo un chaval de unos veinte años. «¡Por dios! ¿Pero qué está pasando?», le decía una señora a otra, echándose las manos a la cabeza. Pero no me crucé, ni vi ningún policía o militar durante todo el recorrido. En ese momento comencé a acelerar el paso hasta que, poco a poco iba escuchando, a lo lejos, más jaleo. A los pocos metros eché a correr. Tenía que llegar cuanto antes a la tienda donde trabajaba Sara, en el mismo centro de la ciudad, donde las cosas parecía que estaban mucho peor.

Al acabar el paseo del río salí hacia el parque de Campolongo para subir por el lateral izquierdo de la iglesia de San José. Ese parque es un lugar amplio con zonas verdes, bancos y fuentes, donde cada tarde se llena de familias, juegos, risas, niñas y niños, bocatas, bicicletas y balones de fútbol. Y aunque a estas horas del mediodía tendría que estar mucho más tranquilo, con estudiantes saliendo del instituto y señoras volviendo del mercado con los carritos llenos, la escena que estaba viviendo no se parecía a ninguno de esos dos momentos tan típicos. Ahí fue cuando me empecé a poner mucho más nervioso. La gente alborotada iba de un lado para el otro, las madres tiraban de sus hijos, los más pequeños lloraban, los adolescentes corrían con las mochilas a la espalda y, a lo lejos, se escuchaban explosiones y gritos. Un olor

extraño llamó mi atención, me detuve para ver de dónde procedía, levanté la cabeza y observé que por detrás de los edificios salía una columna de humo blanco, en ese instante unos gritos llamaron mi atención haciendo que bajase la vista, y menos mal que lo hice; una moto a toda velocidad venía hacia mí esquivando a la gente. Me dio el tiempo justo para girar el cuerpo, como un recortador, y tan solo me pasó rozando la ropa. Una chica que salía del gimnasio, frente a la iglesia, no se percató de que se le venía la moto encima, y el motorista, después de evitar golpearme a mí, no pudo hacer lo mismo con ella; le golpeó con el manillar en el brazo y ambos cayeron al suelo. Me acerqué para ayudar a la chica mientras los demás transeúntes le llamaban la atención al joven por ir conduciendo por una zona peatonal, y él se levantó doliéndose de un brazo y pidiendo mil disculpas.

—Lo siento, lo siento mucho, perdón. Es que tengo que llegar a casa rápido. Perdona —se excusó, dirigiéndose asustado a la chica.

Ella estaba bien, tan solo estaba sobresaltada. Le ayudé a levantarse preguntándole si se encontraba bien y asintió con la cabeza dándome las gracias.

—No pasa nada, es normal. Todo el mundo va para sus casas corriendo, en el gimnasio nos han dicho que estaban deteniendo a un montón de gente —aclaró la chica.

—Sí, yo vengo de Pasarón —apuntó el joven, tratando de levantar la moto—. Están llevando allí a todo el mundo. A mi padre también se lo llevaron.

Esa frase se le ahogó en la garganta y, con los ojos comenzando a brillar, arrancó la moto y se marchó.

¿Por qué estaban deteniendo a la gente, y por qué la llevaban al estadio de fútbol? Si era verdad que los estaban llevando allí, era porque probablemente estaban deteniendo a tanta gente que no cogían en la comisaría. Supuse que a aquellos chavales de la estación de autobuses también los estarían llevando allí, pero... ¿Cuál era la razón? ¿Con qué motivo? Mientras me hacía todas esas preguntas dejé atrás la iglesia y continué calle arriba por las escaleras que dan a la cafetería *Nox*, donde tantas y tantas veces había parado con Keira a tomar café después de un buen paseo por el parque. Al llegar escuché la voz de un hombre hablando por un megáfono, pero no lograba entender el mensaje, ya que a las puertas de la cafetería se arremolinaban una treintena de personas hablando y discutiendo algo que estaban viendo en la televisión de la terraza. Yo también me detuve y le pregunté a Jacobo, uno de los camareros, qué estaba pasando.

—Van a emitir un comunicado o algo así. Acaba de salir la del telediario diciéndolo.

La imagen fija con fondo azul y el símbolo de TVE en color blanco, pronosticaban que algo extraordinario iba a suceder. A los pocos segundos, lo que tardé en encender un cigarro, y sin ningún tipo de música en la entradilla, apareció Ana Blanco. Algo inusual, ya que, por aquel entonces, presentaba el Telediario de las 21:00h. Su rostro parecía estar sin maquillar y vestía un jersey rojo.

Parecía asustada, como sobrepasada por los acontecimientos; no ofrecía la imagen relajada de siempre. Estaba muy seria y en su voz se notaba un nerviosismo nada habitual en ella. Sosteniendo un papel entre sus manos temblorosas, leyó directamente:

«A continuación, y debido a los últimos acontecimientos que se están desarrollando en Madrid, emitiremos en directo desde el congreso de los diputados un bando oficial, por orden y mando del teniente general del ejército de tierra, el Excelentísimo Señor... —agachó la vista para leer el nombre en el papel y continuó— Don José Enrique García Santos. Buenas tardes.»

En el mismo instante en que Ana Blanco acabó de pronunciar «Buenas tardes», el regidor pasó de pinchar la cámara que la enfocaba a ella en primer plano, a otra más lateral con una toma general del plató, en la que se vio, durante menos de un segundo, a tres soldados apuntando los fusiles hacia ella, la cámara enfocó al suelo y la emisión se cortó. Fue una imagen que nos dejó helados a todos los que estábamos allí en ese momento y que, sin duda, pasará a la historia de la televisión. Fue un momento tan impactante que todos los que estábamos en aquella terraza soltamos una exclamación al unísono. Estaba claro que el regidor había hecho aquello de manera voluntaria para que toda España supiera lo que estaba sucediendo.

Nada más. No hubo más palabras.

Después de aquel ínfimo segundo tan impactante, volvió a salir la imagen fija de las siglas de televisión española y rápidamente apareció en escena un militar. De unos 60 años, sentado en un sillón detrás de una mesa de madera noble, con varias carpetas apiladas delante suyo. Vestía uniforme del ejército de tierra y muchas pequeñas condecoraciones coloridas sobre el pecho, de cara redonda y semblante brusco, sin apenas cuello, con la barbilla prácticamente pegada al pecho, cabello canoso e inminente calvicie, con gafas de montura negra, barba recordada blanca y destacado sobrepeso. Miraba hacia la izquierda de la pantalla y preguntó: «¿Ya?». Se escuchó a alguien

decir: «Adelante», el militar giró la cabeza hacia la cámara y comenzó a hablar.

«En Madrid, a 2 de mayo de 2017. Yo, José Enrique García Santos, general del ejército de tierra y jefe del estado mayor de defensa. Hago saber, que ante los acontecimientos que se están desarrollando en la capital de España y el consiguiente vacío de poder, es mi deber garantizar el orden en la totalidad de la nación en tanto se reciban las correspondientes instrucciones que dicte su majestad el Rey...»

Cada vez se juntaba más gente en la terraza delante del televisor. La escena no podía ser más surrealista.

«... En consecuencia, dispongo:

Artículo 1º: Todo el personal afecto a los servicios públicos de interés civil queda militarizado con los deberes y atribuciones que marca la ley.

Artículo 2º: Se prohíbe el contacto con las unidades armadas por parte de la población civil. Dichas unidades, repelerán sin intimidación ni aviso previo todas las agresiones que puedan sufrir con la máxima energía. Igualmente, repelerán agresiones contra edificios, establecimientos, vías de comunicación y transporte, servicios de agua, luz, electricidad y telefonía. Así como dependencias y almacenes de primera necesidad.

Artículo 3º: Quedarán sometidas a la jurisdicción militar y tramitados por procedimientos sumarísimos, todos los hechos comprendidos en el artículo anterior. Así como, los delitos de rebelión, sedición y de atentado o resistencia a los agentes de la autoridad. Los de desacato, injuria, amenaza o menosprecio a todo el personal militar que lleve distintivo de tal, cualquiera que lo realice, propague, incite o induzca. Igualmente, los de tenencia ilícita de armas o cualquier otro objeto de agresión.

Artículo 4º: Quedan prohibidos todos los paros y huelgas. Se considerará sedición el abandono del trabajo, siendo responsables los dirigentes de sindicatos y asociaciones laborales.

Artículo 5º: Quedan prohibidas todas las actividades públicas y privadas de todos los partidos políticos, prohibiéndose igualmente las reuniones superiores a cuatro personas, así como, la utilización por los mismos de cualquier medio de comunicación.

Artículo 6º: Se establece el toque de queda, desde las 21:00 y hasta las 07:00 horas. Durante el citado plazo todos los grupos familiares tendrán que pernoctar en sus respectivos domicilios. Se castigará con pena de prisión

desde la primera falta.

Artículo 7º: Solo podrán circular los vehículos y transportes públicos, así como los debidamente autorizados. Permanecerán abiertas las estaciones de servicio y suministro de carburantes que diariamente se señale.

Artículo 8º: Todos los cuerpos y seguridad del estado se mantendrán bajo mi autoridad.

Artículo 9º: Igualmente, asumo todo el poder judicial y administrativo, tanto del ente autonómico como de los provinciales y municipales.

Artículo 10º: Estas normas estarán en vigor el tiempo estrictamente necesario para recibir instrucciones de su majestad el Rey o de la superioridad.

Este bando, surtirá efecto desde el mismo momento de su publicación. Por último, se espera la colaboración activa de todas las personas patriotas amantes del orden y la paz, respecto a las instrucciones anteriormente expuestas. Por todo ello, termino con un fuerte: ¡Viva el Rey! ¡Viva por siempre España!».

Remató el discurso alzando el tono de voz y estirando el brazo derecho con la mano abierta, haciendo el saludo fascista.

Todos cuantos estábamos allí quedamos por un instante petrificados. Unos preguntaban a otros qué significaban algunos de los artículos, otros se echaban las manos a la cabeza incrédulos ante tal situación. Yo aún tardé en reaccionar unos segundos. Hice un resumen mental mientras reanudaba mi marcha. O sea, que no se puede deambular de nueve a siete de la noche y no se pueden hacer reuniones de más de cuatro personas. Si te acusaban de cualquier cosa que ellos se inventaran, los juicios serían sumarísimos y que, además, no se podía protestar ante tal situación. En definitiva, que no se podía hacer nada que a ellos no le gustase. Pero estaba claro que en ese mismo instante en que yo estaba repasando las normas dictadas, en todo el país la gente se estaría echando a la calle con más ahínco para protestar e impedir que unos golpistas acabaran con la república.

La primera república, la de 1873, había durado menos de dos años, la segunda casi ocho, y en esta ocasión tan solo habían pasado tres meses y ocho días desde su aprobación en las cortes, el pasado 24 de enero. Estaba claro que en España la república estaba maldita.

5. La Niebla

Pontevedra, 2 de mayo de 2017, 15:00 h.

Cuando enfilé la calle Sagasta descubrí que la confusión entre la gente era mucho mayor, y avancé chocando con unos y otros hasta que logré alcanzar la calle Benito Corbal, la más comercial de Pontevedra, donde se encontraban todas las tiendas de moda, incluida la de Sara.

La mayoría de los comercios estaban cerrados o lo estaban haciendo en ese momento, y la tienda de la multinacional sueca donde trabajaba ella también tenía su gran verja echada. Me detuve unos segundos pegando la cara al escaparate para comprobar si había movimiento dentro, o por si veía alguna luz que delatase la existencia de alguien en su interior, pero estaba todo apagado y no había señal alguna de ella ni de cualquiera otra de sus compañeras. Entonces volví a escuchar la voz del hombre del megáfono y giré la cabeza en la dirección de la que provenía el sonido, que salía de un coche militar, a mi derecha: «Vuelvan a sus casas, por favor, vuelvan a sus casas. Se ha decretado el estado de sitio», continuó repitiendo el mensaje una y otra vez. Entonces, un gran estruendo hizo retumbar toda la calle y muchas personas entonaron un grito de pánico al mismo tiempo. De manera instintiva me agaché cubriéndome la cabeza por si me caía algo encima, como tantos otros transeúntes, parecía haber caído una bomba o un edificio entero. El tremendo ruido venía de la zona de la Praza da Ferrería, hacia el oeste, y me hizo girar la vista hacia allí. A los pocos segundos, los gritos de la gente corriendo desde esa dirección hacia la mía, hicieron que me reafirmara en mis sospechas; aquello tenía que haber sido una bomba de gran magnitud, algo gordo había pasado y lo peor era que yo tenía que ir en esa dirección para llegar hasta el siguiente sitio donde poder buscar a Sara.

Mientras me acercaba, el olor que me había llegado cuando estaba en el parque se hizo mucho más intenso, al igual que la cantidad de gente con la que me cruzaba que, a medida que me iba acercando más y más a la zona vieja, ese número seguía en aumento, con lo que, cada vez, se hacía mucho más difícil avanzar. Todo era un auténtico caos.

Corriendo como pude, decidí meterme por la callejuela del lateral derecho de la Iglesia de la Peregrina, exactamente donde, en diciembre del 2015, al anterior presidente Mariano Rajoy le habían propinado un puñetazo. Aquellas imágenes dieran la vuelta al mundo a los pocos minutos de haber sucedido la agresión. Pues exactamente en el mismo sitio donde había sucedido aquel viral puñetazo, me quedé parado en seco. Y es que, en la misma plaza delante de la iglesia de la Peregrina, había un grupo de militares y policías cargando contra la gente, dando porrazos y soltando botes de gas lacrimógeno. Por eso detuve mi carrera. Ese era el olor extraño que había percibido antes. No me podía creer que estuvieran juntos militares y policía. «¿Había habido un golpe de estado y la policía estaba del lado militar?», me pregunté. No sabía si era lo normal en estos casos, ya que nunca había vivido algo así, pero me llamó la atención. No entendía nada. Supongo que ellos estaban tan confusos como la población civil y aún no tendrían muy claro de quién obedecer las órdenes.

Me subí al muro de la iglesia para ver por dónde podía tirar y, entre la nube de humo, pude ver que la calle Michelena, frente a la iglesia, pero la tenían totalmente bloqueada. Apostados en forma de muro humano los militares y policías aguardaban desafiantes a quienes se acercasen. En un principio entre el espesor de aquella niebla artificial no me había dado cuenta, pero al fondo de esa calle, a la altura del ayuntamiento, había un tanque y más soldados. Aquel estruendo que había hecho retumbar la ciudad hacía unos minutos había salido del cañón de aquel tanque y su objetivo había sido la casa consistorial. Desde mi posición tan solo atisbaba humo, la parte superior del tanque y la silueta de hombres militares armados. De pronto mis pulmones me pidieron ayuda. Noté que se me cerraba el paso del aire, la garganta y los ojos me picaban horrores y comencé a lagrimar.

Después de subirme la sudadera por encima de la nariz, busqué el Ventolin en el bolsillo izquierdo de mi pantalón vaquero, donde lo llevaba habitualmente, pero allí no estaba. Quizás con los nervios no lo había guardado allí o puede que lo hubiera perdido la última vez que lo había usado, pero tenía varios en la mochila de los que había comprado mi hermana, así que, me la quité de la espalda, la apoyé en el suelo y me agaché a rebuscar. No era capaz de abrir los ojos, me lloraban y picaban tanto que era imposible hacerlo, pero palpando di con una de las cajas, la abrí por el lado del prospecto, como siempre, y traté de calmar la respiración. Inspiré y espiré dos veces largas apretando la sudadera contra mi cara, tratando de no respirar mucho más tiempo aquel gas y antes de insuflarme tres dosis seguidas del

Salbutamol. Luego me aseguré de que lo guardaba en el pantalón para tenerlo a mano; seguro que me volvería a hacer falta pronto.

Al haberme agachado, entre el humo, los gritos y la confusión, debí de desorientarme, ya que a los pocos metros de haber empezado a correr hacia, lo que yo creía que era mi izquierda para enfilear la calle Oliva, tropecé y me golpeé con algo bruscamente antes de caer al suelo. Otra hostia tremenda. Esta vez en la frente, justo encima de la ceja izquierda. Durante unos segundos y completamente aturdido, no sabía ni donde estaba ni qué me había ocurrido. Sentí un hilillo de sangre resbalando por la frente cuando me di cuenta de que me había pasado de largo. Me levanté sin apenas ver nada a mi alrededor y, palpando con las manos el objeto con lo que había chocado, supe que lo que había frenado mi escape había sido la estatua del Loro Ravachol; todo un símbolo de la ciudad. Y de la misma manera en que sucede en las películas, asomé poco a poco su cabeza entre el humo y, con esa sonrisa sarcástica que le había dado fama, parecía estar descojonándose de mi torpeza.

Apenas unos segundos después, mientras me erguía volviendo a taparme la cara con la sudadera y echándome la mano al chichón, que crecía y sangraba a la vez, escuché un disparo, dos, tres..., al cuarto ¡pum! noté el mayor dolor que había sentido en mi vida. Fue en el costado izquierdo, unos centímetros por encima de la cadera. Caí al suelo retorciéndome de dolor cuando alguien me pisó, cayó a mi lado y nos ayudamos mutuamente a levantarnos. Me fui de allí ciego por el humo y tanteando la pared con las manos, hasta que reconocí el cajero automático del banco Santander de la esquina. Ya estaba en la calle Oliva siendo arrastrado por el empuje del gentío.

Avanzando sin apenas poder abrir los ojos, con los pitidos en el pecho al respirar cada vez más profundos, el sabor metálico de aquel gas que estaba ingiriendo tan asqueroso, la garganta tan seca que hasta impedía el paso de la saliva, notando como crecía a latidos el golpe en la frente y encorvado por el dolor de aquella pelota de goma en el costado, me alejé de allí tropezando con un sinfín de gente para tratar de llegar a casa de Sara. Solo quería encontrar pronto un lugar donde no hubiera tanta gente y donde pudiera respirar aire limpio, sentarme y vaciar una botella de agua por encima de la cabeza. No lo pude hacer hasta que llegué al edificio de correos, que hace esquina y tiene unas escaleras de piedra que ascienden hasta la puerta principal. Me metí ahí y me dejé caer en sobre las escaleras. Saqué la mochila, me limpié la cara, bebí, y respiré hasta que me recompuse. Había que seguir, ya faltaba poco.

En la calle Raiña Victoria Uxía era donde vivía Paco, el padre de Sara, y

allí había muchísimo jaleo. Quizás era el lugar en el que mayor tensión se palpaba de ciudad. Y era normal, ya que allí se juntaron dos factores en un mismo instante.

La calle va desde el edificio de la audiencia Provincial, donde yo me encontraba, en el este, hasta la rotonda previa a la plaza de toros en el oeste, al acabar la alameda de Montero Ríos. Los dos extremos de la calle están separados por, más o menos, cuatrocientos metros. Y la fatal casualidad hizo que, por un lado, en la explanada del parking detrás del edificio de la Audiencia Provincial, se estuvieran juntando miles de personas para comenzar la manifestación organizada por los sindicatos y, recientemente, prohibidas por aquel militar de la televisión. Y, por otro lado, en el extremo opuesto de la calle se apostaban decenas de militares y dos tanques bordeando la alameda, sobre todo, los dos edificios de la diputación Provincial de Pontevedra.

La noche anterior, cuando aún teníamos internet, había corrido como la pólvora por las redes sociales aquella convocatoria. El motivo era protestar por la muerte de los tres jóvenes de la manifestación del día del trabajo en Madrid a causa de varios disparos, todos ellos en la cabeza. Menos a uno de ellos. Al más joven, de tan solo 18 años, también le habían disparado en el cuello. Varios testigos dijeron que el primer disparo fue el que recibió en el pescuezo. El chaval cayó al suelo y cuando unos amigos lo estaban tratando de sacar de allí recibió el segundo en la cabeza. Unos decían que había sido la policía quien había disparado, otros que los ejecutores de aquellos asesinatos habían sido tiradores apostados en diferentes edificios del Paseo de la Castellana, para provocar el pánico y lo que estaba sucediendo ahora mismo; miles de revueltas y protestas por todo el país.

Un experto ex militar aparecería unas horas después en el programa *Más vale tarde* de La Sexta, acompañando a Mamen Mendizábal para analizar el video que un *Instagramer* había colgado, en el que se veía a ese joven tirado en el suelo, a dos metros del que grababa, justo tras recibir el primer disparo. A su lado había una chica arrodillada tratando de taponar la herida del cuello, con las manos ensangrentadas y gritando desesperada por alguien que la ayudara, mientras el chico tan solo logró emitir un ahogado y profundo gemido. Alrededor solo se veían cientos de piernas corriendo sobre el asfalto. El hombre, que estaba grabando en vertical, se acercó un poco más al él y fue entonces cuando se vio la espeluznante imagen de la cabeza del chico, ya moribundo, rebotando contra el suelo, tan solo unas décimas de segundo antes de escucharse el segundo disparo. Sobre el vestido blanco de la chica se

adivinaban, salpicadas, varias partes de masa cerebral o cuero cabelludo de su compañero, y los quince segundos de video se cortaban ahí.

Mientras la presentadora resaltaba la extrema dureza de las imágenes, el experto decía que por el rebote de la cabeza en el suelo y los restos que salieron despedidos hacia la izquierda y sobre la chica, el disparo tenía que venir sí o sí de un lugar alto y lateral, no de un policía en la calle. «Con absoluta certeza», reafirmó. Luego trató de lavarse las manos diciendo que, evidentemente, no lo podría asegurar al cien por cien ya que para ello tendría que examinar el orificio de entrada para ver el ángulo, pero que casi seguro que aquel disparo, sea quien fuere, lo había cometido desde un punto bastante alto y lateral.

Pero aquel acontecimiento del que, en cualquier otro momento, se hubiera estado hablando semanas en todas las televisiones, saliendo en prime time los testigos, amigos, policías..., a estas alturas del día ya había pasado a un segundo plano. Ahora aquella manifestación se estaba enfocando en todo lo sucedido en las últimas horas.

A las pancartas de CCOO, UGT y la CIG^[19], se sumaban las particulares, ya con mensajes dirigidos a los recientes golpistas y en favor de la república.

En el otro extremo de la calle los militares se estaban poniendo cada vez más nerviosos y ya habían asaltado los dos edificios de la diputación. Se escuchó una ráfaga de disparos a lo lejos y entre los soldados que estaban en las inmediaciones de los edificios. Una de las funcionarias que trabajaba en el edificio principal de la diputación había conseguido escapar de allí en medio de la confusión y, corriendo de camino a su casa, le contó a un vecino lo que acababa de pasar. Ese vecino estaba en la manifestación y aquella noticia se hizo eco en cuestión de segundos; acababan de matar a la presidenta de la diputación de Pontevedra. Y en medio de los dos frentes, entre la diputación y la manifestación, estaba edificio donde vivía Paco. Aquella situación era una bomba de relojería a punto de explotar.

La imagen de aquel barrio distaba mucho de la que ofrecía cada año a mediados de agosto, cuando se llenaba de atracciones de feria, olor de almendras garrapiñadas, niños jugando, música, puestos de comida y pequeñas tiendas de venta ambulante con motivo de las fiestas de la Peregrina, patrona de la ciudad. Ahora toda la alameda y la calle Victoria Uxía, estaban cubiertas de tanques, cientos de soldados, manifestantes cabreados y coches del ejército de todas las clases y tamaños.

No había vehículos en la carretera, a excepción de los que permanecían aparcados, ya que por ambos lados el tráfico estaba cortado. Bajé por la calle Rosalía de Castro hasta el portal del recién estrenado piso de Sara y estuve llamando un buen rato, pero nadie contestó. Volví a subir hasta Victoria Uxía, y levanté la vista seis pisos por encima del bar *El dulce de leche*, para observar si notaba algún movimiento en la ventana de la antigua habitación de Sara. Antes de subir el pequeño escalón del portal, me vino el olor tan característico de los pequeños cruasanes de la cafetería en la que, para mi gusto, servían el mejor café de la ciudad. Llamé al portero automático, pero nadie contestó. Insistí varias veces repitiéndome a mí mismo y en voz alta: «¡Vamos, vamos! ¡Que haya alguien, por favor!», pero no respondía nadie. Ahora sí que estaba jodido, pues ya no tenía otra opción por dónde tirar. No sabía dónde estaba ella, ni Paco, ni Keira. Haber llegado hasta allí no había valido para nada. Sin teléfono era imposible contactar con ella o con alguien cercano que supiera a donde se habrían ido.

Cuando estaba dando media vuelta para irme y sin saber muy bien qué pasos seguir, escuché que se abría el portal. Salió un matrimonio de ancianos agarrados del brazo, eché mano a la puerta y la sostuve para que salieran, consiguiendo así entrar en el edificio. La puerta de seguridad del ascensor se estaba cerrando, lo habían vuelto a llamar y yo no tenía tiempo para esperarlo, así que subí corriendo las seis plantas con los ojos aún llorosos, la respiración cortada y el sabor metálico en la boca: «Ahora sí que me vendría bien un cafecito en *El dulce de leche* acompañado de un cruasán», pensé. Con una parada en el descansillo de la tercera planta para tomar aire, conseguí llegar. Llamé, llamé y volví a llamar, pero tampoco me contestó nadie. Guardé silencio y pegué la oreja a la puerta, tenía la esperanza de escuchar algo. Pensé en llamar a Keira para ver si la habían dejado allí, y lo hice, pero mientras lo hacía sabía que ella no estaba en casa. Si hubiese estado allí ya me habría dado cuenta, seguramente hubiera sido ella la que me habría olido con solo haberme acercado y estaría rascando la madera de la puerta con sus patitas y gimoteando para que le abriera, para, tan pronto como lo hiciese, saltar a mis brazos, llenarme de lametazos y morderme la nariz. Como siempre hacía cuando nos volvíamos a ver después de unos días o unos minutos separados.

Me senté exasperado en el rellano. Estaba sudando, aún con los ojos llorosos. Recobré la respiración y saqué de la mochila una botella de agua para ver si me quitaba ese puto picor y ese odioso sabor amargo de la boca.

La espalda la tenía absolutamente empapada. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos un segundo para pensar. Me dolía todo.

Entonces se abrió otra de las puertas del rellano; era una de las vecinas de Paco.

—¿Hijo, estás buscando a alguien? —preguntó una asustada anciana.

—Sí, señora, vine a ver si estaban Sara o Paco en casa.

—Pues que mala pata, *meu rei*, se acaban de marchar. Hace apenas dos minutos que salieron de casa los dos, junto con la *perrña*.

—¿Cómo? ¿Dos minutos? ¿Está usted segura? —pregunté incorporándome.

—Sí, hijo, sí. Me preguntaron si necesitaba algo y se marcharon. Hace muy poquito que salieron y cogieron el ascensor. Decían algo de ir en un coche u otro. Sariña le dijo a *seu pai*^[20] que iban mejor en el coche de ella, que lo tenía en el garaje.

¡No me lo podía creer!, ¡mientras yo subía exhausto los seis pisos, ellos estaban bajando en el ascensor!: «¡Joder, qué mala suerte!, por unos segundos», pensé.

Le di las gracias a la señora y bajé corriendo, casi saltando los escalones. Mientras lo hacía, iba pensando en lo típico que se piensa en esos momentos de mala suerte: «Si yo hubiera corrido más; si hubiera cogido algún atajo; si no me hubiera parado a ver el mensaje de aquel militar por la tele; si no me hubiera chocado con la estatua del Loro Ravachol...». Y aunque esos pensamientos no me llevaban a nada, en el fondo me sentía culpable de no haber hecho las cosas mejor para haber llegado antes a su casa. Solo un par de minutos me hubieran bastado para encontrarla en su casa y, nada de lo que pasó entonces, ni nada de lo que pasó en los meses siguientes, hubiera sucedido. O sí, nunca lo sabría. El maldito efecto mariposa. Cómo alguna de aquellas decisiones o eventualidades a lo largo de aquella mañana lo había cambiado todo para siempre. Al igual que sucede en la película *Dos vidas en un instante*, donde se ven dos historias muy diferentes en la relación de una pareja, dependiendo de si la protagonista —interpretada por Gwyneth Paltrow— llega a tiempo para subirse al metro, o si llega tarde y lo pierde. La peli es una mierda y, de hecho, fue la única película en la que me quedé dormido en el cine viéndola. Pero la premisa de la historia te hacía pensar. La vida es así; llena de pequeños instantes en los que la decisión de tomar un camino u obviarlo puede determinar tu destino.

Sara tenía una plaza de garaje alquilada en el edificio de enfrente, justo

debajo de un restaurante italiano. Tan solo tenía que cruzar la calle para llegar hasta allí. Pero cuando salí del portal tuve que frenar mi carrera de golpe; la manifestación ya había comenzado. La cabeza de esta acababa de pasar por delante y era tanta la gente que incluso se agolpaban por encima de las aceras. Quizás tomé otra decisión equivocada y traté de cruzar en recto aquella estresante marea de gente y voces. Para cuando lo hice, la puerta del garaje ya estaba cerrada. No sabía si había llegado tarde o a tiempo. Esperé unos segundos, pero en el garaje no había movimiento alguno. Busqué a un lado y a otro desesperado. Se escucharon, otra vez, varios disparos lejanos y dirigí la vista hacia el final de la calle. Allí estaba el coche de Sara, justo a punto de llegar a la zona cortada por los militares. Habían salido antes de que pasara la multitud. Traté de correr, pero era imposible. Avancé empujando, pidiendo mil disculpas y cualquier cosa que se me iba ocurriendo para pedir perdón, pero por mucho que me esforzaba era imposible avanzar. Salí de entre aquel aglutinamiento yendo hacia la derecha de la *mani*, para subir por las escaleras que dan al palomar del Parque de las Palmeras, y así, adelantar por allí hasta las siguientes escaleras que bajarán a la calle. Sabía que haciendo eso perdería de vista el coche durante unos segundos, pero al menos, cuando volviera a bajar ya habría adelantado al gentío y podría echar a correr hasta el vehículo.

Esprinté con todas mis fuerzas. Tenía que llegar a *la bala azul* como fuera. La música en mis oídos comenzó a sonar sola. Al echar a correr, o con los golpes de la gente, se debió de activar de manera automática la *playlist* del iPhone en el bolsillo interior de mi cazadora, y apareció la voz de Julia Brennan.

They say: Don't let them in.

Close your eyes and clear your thoughts again... [\[21\]](#)

Mis cálculos no fueron del todo acertados, pero casi.

Al bajar hacia la calle me introduje de nuevo en la manifestación, pero esta vez muy cerca de la cabeza. Tan solo tenía que adelantar a siete u ocho hileras de personas y a los que portaban la gran pancarta inicial, donde iban los principales responsables de los sindicatos y alguna que otra celebridad de la ciudad gritando eslóganes al unísono, mientras los militares comenzaban a avanzar hacia nosotros. En ese momento me sentí igual que el personaje de Patricia Arquette en *Más allá de Rangún*, en la que de repente y sin saber muy

bien cómo, la protagonista queda atrapada en la capital de Birmania —actual Myanmar—, debido a las revueltas sociales de 1988.

...Cause inner demons fight their battles with fire... [\[22\]](#)

Entre las cabezas de la gente vi que el Ibiza se detenía a la altura de la gran Cruz de piedra del paseo Montero Ríos, levantada en 1941 por el movimiento Falangista en honor a sus caídos. Habían avanzado algo, ya que el coche se encontraba parado por detrás de la primera línea de soldados, que seguían avanzando hacia mi posición. Muy cerca ya de la rotonda previa a la plaza de toros, un militar estaba encorvado sobre la ventanilla del coche hablando con Sara, parecía que le estaba pidiendo la documentación. Pensé que tenía una oportunidad. Probablemente los militares habrían cortado el tráfico impidiéndoles pasar y yo podría llegar hasta ellos. Me relajé un segundo, pensé que no podrían seguir su marcha. Entonces me pareció ver a Keira cómo se asomaba a la luneta trasera, por encima de los asientos. Quizás no fue así, pero me pareció ver su cabecita entre los reposacabezas.

...So angels, angels please just keep on fighting... [\[23\]](#)

De pronto cayó un bote de humo muy cerca de mí y la gente de mi alrededor se agitó nerviosa. Previendo que me iba a faltar el aire, saqué el Ventolin. El coche seguía parado así que aproveché el momento y me detuve un instante, el tiempo justo para verme engullido algo más por el gentío. Tardé entre diez o quince segundos en volver a respirar con normalidad, abrirme paso y subirme la sudadera azul por encima de la nariz, pero fueron los suficientes para que todo cambiara. Alcé la vista y me pareció ver cómo los cañones de los tanques giraban apuntando a nuestra posición. De pronto se escuchó un gran estruendo por detrás de esos tanques y la Gran cruz de piedra fascista reventó por la base, haciendo caer sus sesenta toneladas sobre la carretera, por donde estaba Sara en ese momento. «¡No!», exclamé, emitiendo un grito que murió como un susurro en mis labios.

Quise avanzar para llegar hasta allí cuanto antes. Traté de hacerme hueco agarrando por los hombros y tirando hacia atrás a las personas que tenía delante, incluso dando empujones, pero lo que pasó después hizo que aquello fuese imposible.

*...So, angels please, please stay here.
Take the pain, take the fear...^[24]*

Estábamos a unos cincuenta metros de los soldados, que continuaron avanzando hacia nosotros disparando al aire y soltando más botes de humo. Se volvieron a escuchar más estruendos de cañonazos, uno de ellos fue a dar en la esquina del edificio donde estaba el garaje de Sara, a treinta metros detrás de mí. El impacto fue tan grande que miles de trocitos de ladrillo, cascotes de hormigón y cristales cayeron sobre todos nosotros, y en varios de los coches aparcados empezaron a sonar sus alarmas. El polvo blanco nos cubrió. Aquel aviso provocó el efecto contrario al deseado por los militares y algunos de los manifestantes empezaron a tirarles piedras, sacadas de aquellos restos del edificio, con mayor rabia, mayores gritos y un mayor odio. Un grupo de personas, que se encontraban a mi izquierda e iban con la cabeza cubierta con las capuchas de sus sudaderas, al grito de uno de ellos —el cual no logré entender—, se cubrieron el rostro con unos pañuelos morados que llevaban al cuello, al igual que aquellos dos chavales en la estación de autobuses, y sacaron todo tipo de armas; escopetas de caza, pistolas, revólveres, tirachinas..., comenzando a disparar a los soldados. Yo no tenía ni idea de quienes eran, ya que no llevaban distintivo alguno, más allá de los pañuelos, pero estaba claro que era un grupo organizado, habían ido preparados para eso y estuvieron esperando el momento adecuado para hacerlo.

Unas semanas después, supe que otros miembros de aquel grupo habían sido los responsables de derribar la gran cruz de piedra. Y no tenían nada que ver con el golpe, sino todo lo contrario.

*...Angels please, protect me from these rebels.
This is a battle I don't want to lose...^[25]*

Había muchísima confusión en ese momento, fueron unos segundos de caos absoluto en los que, otra vez, la gente echó a correr en todas direcciones. Unos, a la izquierda, saltaron la valla de un instituto; otros fueron hacia atrás para bajar por la calle Palamios; los más enfervorecidos de aquel grupo armado se quedaron allí parapetándose entre contenedores o detrás de los coches aparcados a ambos lados para seguir disparando, y otros escaparon hacia la alameda. El tercer estruendo gordo fue a parar allí, por donde estaba escapando esa gente y haciendo añicos el palomar, que desapareció por

completo. Estaba claro que los militares no estaban tirando a dar, de otra manera habríamos muerto todos en aquel mismo instante con solo uno de aquellos cañonazos, pero cambiaron de parecer en cuanto aquel grupo armado empezó a dispararles. Yo no sabía cómo reaccionar. Mi único objetivo era ver si la cruz había caído encima del coche o cerca, pero no lograba ver con claridad. Tenía que saber si habían conseguido pasar, si ya estaban en la rotonda, en la plaza de toros, o habían conseguido bajar hacia el puerto. Pero no supe reaccionar. Yo fui de los pocos que se quedaron inmóviles, en mitad de los dos carriles de la carretera sin saber hacia dónde ir mientras el ejército se acercaba disparando. El cuarto gran estruendo volvió a dar en el mismo edificio al que había ido a parar el segundo, pero más abajo, haciendo añicos la cristalera y el resto del restaurante italiano. El edificio parecía que se iba a venir abajo. En ese momento ya había muchos cuerpos agonizando en el suelo, algunos parecían estar inertes, centenares de personas ensangrentadas pedían ayuda con la ropa hecha jirones, gritando palabras de auxilio y, otros cientos, desorientados, corriendo, pisoteándose.

Tuve mucho miedo, miedo de verdad. Aquello no era una simple protesta, allí había muertos y yo no quería ser uno de ellos.

*...Cause inner demons juts won't go away.
So Angels please...^[26]*

Entre el polvo de los escombros, la lluvia de cristales, el humo, los gritos, los soldados y los empujones, yo no lograba ver con claridad dónde se encontraba *la bala azul*. Y, al igual que me había pasado con la estatua del loro hacía unos minutos, de pronto, entre todo aquel humo apareció a lo lejos su silueta azul. No sabía cómo, pero Sara había pasado el control. Aceleró, y hasta me pareció escuchar el chirriar de las ruedas del Ibiza sobre el asfalto, estaba girando la rotonda a toda velocidad para bajar por la izquierda hacia el puerto. Hice el amago de empezar a correr, pero me detuve, ya no llegaría a tiempo. Detrás del coche iban tres soldados corriendo y apuntando sus fusiles. Comenzaron a disparar. Solo me dio tiempo a ver cómo la luneta trasera del coche se hacía mil pedazos.

...Take the pain. Take the fear...^[27]

Los *Inner Demons*^[28] de Julia Brennan se fundieron entre una niebla que lo

cubrió todo. No escuché nada más.

Estaba tan centrado en ver qué le pasaba a Sara, a Paco y a Keira, que no me había percatado lo que se me venía encima. A pocos metros tenía una recua de soldados disparando sus fusiles.

En ese momento todo se volvió blanco y brillante a mi alrededor. Algo me quemó la cara, sobre el pómulo izquierdo. No sentí un gran dolor, solo un escozor agudo y un pitido en el oído que me desgarraba el cerebro. No sabía si me había vuelto sordo de repente, pero no entendía lo que me decía un chaval que, agarrándome de la pechera de la cazadora, tiraba de mí a la vez que movía la boca y hacía grandes aspavientos.

Desde ahí todo lo recuerdo lento. Quizás fue por el shock, pero desde que vi cómo disparaban al coche en el que viajaba todo lo que daba sentido a mi vida, lo recuerdo así; muy lento y envuelto en un silencio ensordecedor.

Había sonidos, pero no los reconocía, solo retumbaban en mi cabeza junto con aquel pitido. El chaval siguió tirando de mí hasta la parte de atrás de un camión aparcado. Yo no pude reaccionar de ninguna manera, tan solo vi cómo el coche desaparecía entre el humo. El color blanco lo ocultó todo. En unos segundos parecía que estábamos cubiertos por una niebla espesa, contaminada con una mezcla de polvo y gases.

En ese instante debió ser cuando caí al suelo inconsciente, porque no recuerdo nada más; tan solo a Sara desapareciendo entre la niebla.

6. Aitana y Rubi

Pontevedra, 3 de mayo de 2017

No sabía si estaba tratando de continuar durmiendo o despertando. Lo intentaba, pero no conseguía diferenciarlo. Tenía pesadillas mezcladas con sueños raros y confusos, aunque alguno maravilloso. Entre esos sueños vi cómo mi madre entraba en la habitación en la que yo estaba durmiendo, con aquel vestido que tanto le gustaba y que ella misma había confeccionado; largo, de verano, de tela suave y fina con olor a lavanda, amarillo, con pequeños lunares azules y escote estilo Sabrina, muy años cincuenta. Estaba preciosa con aquel vestido y el pañuelo atado a la cabeza. Me ayudaba a incorporarme y con mucho cuidado me daba de beber de un tetrabrik por una pajita. Unas veces era una sopa, y en otras, era un yogurt líquido. La sentía tan cerca y la veía tan nítida que hasta me veía reflejado en sus ojos color miel, e incluso llegaba a sentir el olor de su piel. Y yo quería quedarme allí con ella para siempre. Ella era paz. Pero, de pronto, su cara se tornaba borrosa y no conseguía distinguirla. Abría los ojos en un hospital y al instante se convertía en mi habitación, pero no era mi cama. Me sentía incómodo. Le decía que me ayudase a incorporarme. Tenía que encontrar a Sara, y mi madre me preguntaba quién era ella. Entonces caía en la cuenta de que mi madre había fallecido hacía años y no había llegado a saber que, de mayores, habíamos sido pareja. Me dio mucha pena el pensar que solo había conocido a la Sara adolescente, le iba a encantar la mujer en la que se había convertido. Noté cómo se me caían las lágrimas, y aquella figura, que ya no era mi madre, me decía poniéndome un paño mojado sobre la frente que no podía levantarme; hoy no iría al colegio. No entendía nada. La echaba mucho de menos. En mis pesadillas veía cómo el coche de Sara, acribillado a balazos, acababa cayendo a la desembocadura del río Gafos y, entre todo aquel humo, unas veces salían nadando y otras veces yo me tiraba al agua, pero no conseguía sacar a ninguno de los tres del coche. Otras veces era yo el que se acababa ahogando. Volví a tener sueños con mi madre, que aparecía y desaparecía de la habitación entre un humo blanco, pero al momento ya no era mi madre la que entraba en aquel dormitorio en el que yo no podía levantarme de la cama, como si estuviera enfermo; era una mujer desconocida. Tan solo veía sus grandes ojos negros y su voz susurrándome: «Despacio. Bebe despacio», decía. Y otra vez volvían las pesadillas.

En algún momento entreabrí los ojos, pero los volví a cerrar. Era tal el dolor de cabeza que solo quería quedarme así y seguir durmiendo, pero era

imposible. Mientras me debatía entre esos pensamientos, ya medio despierto, recordé a Sara. Tenía que aclarar mis ideas para diferenciar entre lo que había sido real y los sueños. Intenté volver a recapitular lo que había pasado por enésima vez; el coche bajando por la cuesta hacia el puerto, los soldados disparando, el boquete en el edificio, el palomar destrozado, la gente asustada, la luna trasera del coche hecha trizas, el olor del café y cruasanes de *El dulce de leche*, los gritos, el olor a pólvora, Keira viéndome por el cristal. Me venían flashes mezclados y el dolor de cabeza se iba haciendo cada vez más agudo. Como cuando un dolor de muelas te ataca de noche y la intensidad va en aumento hasta que tu cuerpo no puede soportarlo y es el propio dolor el que hace que despiertes del todo. Me pasó lo mismo.

Ya estaba despierto.

Al hacerlo me descubrí llorando y me costó ser consciente de que había sido un sueño, pero ya estaba despierto. Pensé en levantarme a tomar un Espidifen y volver a dormir. Necesitaba dormir más. Estaba muy cansado, completamente abatido. Pero me incorporé y quedé unos segundos sentado, con los pies descalzos sobre una alfombra suave mientras me secaba las lágrimas, tratando de despertar del todo. Recordé los sueños con mi madre, la volví a echar de menos y hasta me dio pena no poder seguir soñando con ella.

Siempre tuve la convicción de que cuando soñaba con mis padres, era porque desde algún lugar habían venido a visitarme y así, hacerme ver que seguían conmigo. Y venían a menudo. A veces, incluso me daban consejos: «No leas hasta tan tarde», me decía mi padre, o «Levántate despacio», me había dicho mamá hacía solo un rato. Entonces me di cuenta: «¿Dónde estoy?».

La alfombra de pelo blanco que estaba pisando no era mía, ni tampoco parecía de un hospital. En los hospitales no hay alfombras. Levanté la cabeza y un pinchazo de dolor me hizo llevar la mano al pómulo izquierdo, justo entre la sien, el ojo y la oreja. Tenía puesto un vendaje muy aparatoso alrededor de toda la cabeza tapándome el ojo, pero con algunos apósitos más gordos en la oreja y el pómulo.

Estaba en una casa desconocida. Definitivamente la habitación no era de un hospital, a pesar de que, las paredes, la alfombra, la ropa de cama y la decoración, eran de color blanco, mientras que todos los muebles eran negros. Por los carteles y fotos de las paredes me dio la sensación de que allí dormía un adolescente. Había una foto a gran tamaño de Zayn Malik y Taylor Swift, un cartel de la película *Guardianes de la galaxia* y dos pósteres de los videojuegos *The last of Us* y *Uncharted 3*. En una balda de la pared, encima

del escritorio, había un detalle por el cual aquel chaval ya me caía de puta madre. Tenía diferentes figuritas de series; Arya Stark, Tyryon Lannister y el dragón Drogon, de *Juego de Tronos*; Daryl Dixon y Negan de *The Walking Dead*, y un Stormtrooper de *Star Wars*.

Me levanté para salir de la habitación, pero al pasar por delante del espejo pegado a la puerta del armario, vi que, amén del aparatoso vendaje en la cabeza cubriéndome el ojo izquierdo, tan solo tenía puestos los calzoncillos. Estaba tan aturdido que no me había dado cuenta. También destacaba el moratón de la pelota de goma en mi costado, dibujando una figura esférica perfecta. Y el ojo derecho, el bueno, hinchado y con la esclerótica teñida en sangre del puñetazo en la gasolinera. Estaba hecho un despojo. Busqué mi ropa, pero tan solo estaba mi chupa negra sobre la silla del escritorio junto con mi mochila. Abrí el armario y... ¡Sorpresa! Todo era ropa de chica. Los prejuicios me habían hecho pensar que estaba en la habitación de un chico, pero no era así. Cogí un pantalón de chándal, me cabía, pero era tan estrecho que parecía llevar unos leotardos como los de los bailarines de danza clásica. Probé una sudadera que parecía bastante amplia, pero no lo suficiente. Allí no había nada que me pudiera servir. Me iba a poner la cazadora, pero era ridículo salir de aquella manera. Así que, finalmente, salí en calzoncillos con la cazadora motera entre las manos.

Al abrir la puerta sentí el reconfortante olor a café recién hecho. El salón estaba muy bien ordenado. Amplio y limpio. Todo blanco y negro, al igual que el dormitorio. Con una decoración super minimalista; un mueble para la televisión y la PlayStation 4, una mesa baja de color blanco del Ikea delante de un sofá gris con cheslón, una estantería de metal con libros y videojuegos, y una planta haciendo esquina al lado de la puerta que daba a la cocina.

Escuché el tintineo de un cubierto sobre el plato.

—¿Hola? —pregunté tímidamente, tratando de obtener respuesta y advertir a quién fuera que ya estaba despierto.

—¡Hola! ¡Estoy aquí, en la cocina! ¡Ven! —respondió una voz de mujer.

Con la vergüenza de presentarme con aquellas pintas; en calzoncillos, cazadora motera en mano y hecho una piltrafa, me asomé intrigado. A la vez que trataba de meter para dentro mi incipiente barriga cervecera y ponía las manos por delante para cubrirme algo con la chupa.

—Hola. ¡Buenos días! —le dije esbozando una sonrisa—. Perdona, es que... no encuentro mi ropa.

—¡Ay, sí, coño! Perdona. Creo que ya está seca, espera. Y... ¡Buenos días!

La desconocida y atractiva mujer de pelo largo y negro, delgada, pero de complexión atlética y ojos grandes, al igual que su sonrisa y su pecho, se levantó de un salto dejando el Kiwi a medio comer y los cubiertos sobre el plato, para salir por la puerta que tenía a su espalda a una especie de balcón o terraza donde estaba mi ropa colgada del tendedero. Físicamente, la chica se parecía bastante a Sara; el mismo color de ojos, el mismo pelo, quizás un poco más alta y algo más joven, pero incluso en su estilo de andar por casa eran semejantes.

Llevaba una camiseta de tirantes de color negro con la palabra *Sexist* escrita en blanco sobre el pecho, y encima de las letras tachadas, *ist*, una *Y* en rojo, formando la palabra *Sexy*. Debajo llevaba un short blanco de algodón, probablemente era la parte de abajo de un pijama, y el detalle que más me llamó la atención, además de sus labios gruesos, eran las zapatillas grises con el emblema del videojuego *Assasin's Creed*. Estaba claro que aquella chica, era una *gamer*^[29] de libro.

Me dio la ropa y la sentí ruborizarse. Yo le di las gracias, me di la vuelta para dirigirme a la habitación para vestirme, pero me volví a girar hacia ella.

—Perdona, eh..., me llamo Álex. ¿Tú eres...?

—Aitana. Soy Aitana, la hermana de Rubi —se acercó y me dio dos besos con una sonrisa fresca—. Encantada. Bonitos tatuajes —apuntó, señalando a Peter Pan volando sobre mi hombro izquierdo.

—Igualmente, o sea... igualmente encantado, no a los tatuajes... bueno, ya me entiendes —respondí confuso, mientras me volvía para la habitación.

Y volví a girarme otra vez.

—Y, Rubi... ¿es?...

—Mi hermano. Bueno, o sea... el que te trajo hasta aquí.

Los dos hicimos una larga pausa. Yo pensando en quién coño sería Rubi y ella tan confundida como lo estaba yo.

—¿Quieres desayunar..., o prefieres ducharte antes? —preguntó rompiendo el silencio incómodo.

—Sí, sí. Claro. Voy a ducharme antes. Gracias —repetí.

—Tienes toallas limpias en la estantería del baño. Y ¡cuidado con el vendaje! Aunque... bueno, luego te tengo que volver a hacer la cura.

La ropa recién lavada olía genial, a suavizante. Aunque la sudadera, una de mis preferidas, de color celeste con el símbolo de *Lembranzas Galegas*^[30] — el grupo de danza folclórica en el que había bailado hasta hacía unos años—, tenía restos de sangre por el pecho y en los bordes de la capucha, que no

habían salido con la lavadora. Me jodió, pero allí no tenía otra cosa, y a pesar de que ya estábamos en el mes de mayo y por el día hacía calor, por las tardes refrescaba bastante y la necesitaba. Yo, que tenía la puta manía de olvidarme siempre en el súper de comprar suavizante, sentí que aquel olor a lavanda me llevaba de vuelta a casa, no a mi casa actual, si no a mi casa cuando aún vivía mi madre, ya que era el suavizante que siempre usaba ella. Quizás aquel olor fue el que había traído a mi madre hasta mis sueños.

Me preguntaba quién era Rubi, ya que no conocía a nadie con ese nombre. Me pregunté también cuánto tiempo llevaría yo allí, en aquella casa. Y también, si había perdido la memoria o si estaba teniendo lagunas. De manera instintiva, como cada mañana al salir de la ducha, cogí el móvil para enterarme de las noticias de última hora en Twitter y cotejar cuantos *likes* había tenido mi última publicación en Instagram. Pero aún no había datos ni cobertura telefónica, se me había olvidado aquel pequeño detalle.

Cuando acabé de vestirme con los vaqueros rotos, una camiseta blanca y mientras me calzaba las *Superstar* blancas de rayas negras, traté de hacer memoria sobre qué me había pasado. Lo último que recordaba era la imagen del coche de Sara bajado por la cuesta, escapando de los militares que iban disparando tras ella. Y luego humo y polvo blanco; no recordaba nada más. Así que tenía que preguntarle a aquella desconocida, que debería rondar los 25 años, qué era lo que sabía de mí o qué era lo que su hermano, el tal Rubi, le había contado sobre mí.

—¿Cómo quieres el café? —preguntó Aitana, mientras yo tomaba asiento.

—Con leche y una de azúcar, si puede ser.

—¿La leche de soja, sin lactosa o semi desnatada? Esas son las tres opciones de esta casa —preguntó volviendo a lucir su amplia sonrisa.

—¡Caray! ¡Qué despliegue! —contesté devolviéndole la sonrisa— Prefiero semi.

—Sí, es que los tres tenemos gustos diferentes—aclaró mientras sacaba la leche de la nevera.

—Perdona la indiscreción, pero... ¿quién es el tercero?

—Nuestra abuela Tonia, que vive con nosotros. Está en un centro de día. Mi hermano salió a llevarla. Rubi —puntualizó—. Estará a punto de volver. ¿A qué no adivinas quién bebe cada tipo de leche? —me retó, mientras introducía mi café en el microondas.

—Vamos a ver... la leche sin lactosa es de tu abuela, la de soja es la tuya y la semidesnatada de tu hermano. ¿Acerté?

—Perfecto. Pero bueno, tampoco era muy difícil, ¿eh?

—Y siguiendo con la indiscreción ..., ¿vuestros padres no viven aquí?

—No, nuestra madre murió hace cinco años y a nuestro padre nunca lo conocimos.

Cuando me sirvió el café, Aitana se sentó a mi lado y continuó comiéndose el kiwi que había dejado a medias. Le conté que no sabía con certeza si conocía a su hermano o si tenía alguna especie de laguna en la memoria y me había olvidado de él, así que le describí todo lo que recordaba que había pasado; desde que empezó la manifestación hasta que vi como el coche de Sara marchaba cuesta abajo. Ella me explicó todo lo que su hermano le había contado y lo que pasó después.

Rubi estaba en la manifestación, no solo por motivos de protesta contra los asesinatos de los chavales de Madrid o por el golpe de estado que se había ejecutado aquella mañana. Él estaba allí por una razón mayor, la cual ella no aprobaba, pero su hermano ya era mayor de edad, aunque desde hacía pocos meses, y no podía impedirselo. El chico, a pesar de tener tan solo dieciocho años, tenía las ideas políticas muy claras. En los últimos meses, con todas las protestas alrededor del país, los cientos de altercados y las habladurías de que podría haber un golpe de estado o una guerra para derrocar la república, empezó a seguir en Twitter a una cuenta llamada @resistenciacivil, un grupo de gente que se autoproclamaban defensores de la 3ª república y antifascistas. A priori eran pacifistas, pero con el paso de los días sus declaraciones se fueron tornando a tuits como: «Defenderemos la república con toda nuestra fuerza y hasta el final. Aunque derramemos sangre», una declaración de intenciones en toda regla. Y comenzaron a realizar pequeños sabotajes en las sedes de los partidos monárquicos, como sellar las cerraduras con silicona o hacer grafitis en las puertas de las sedes o empresas afines a los partidos de derechas que querían acabar con la república.

Él quería unirse a ellos, a la Resistencia, y aunque su hermana trató de persuadirle para que no lo hiciera, tenía las ideas muy claras y no cesó en el empeño. Pero no era nada fácil encontrarlos. Al parecer, hasta hacía dos meses no se había creado una sede en Galicia, pero cuando Rubi descubrió la cuenta de Twitter llamada @resistenciacivilgalega, se llenó de ilusión y esperanza. Pocas semanas después ya había crecido de manera importante el número de cuentas iguales enmarcadas en diferentes ciudades del país; Vigo, Oviedo, Bilbao, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Cádiz..., así hasta treinta y siete. Esas sedes que vinieron después ya acertaban el nombre escribiendo

solamente las iniciales R.C —Resistencia Civil— y acabando con la ciudad. Como la de aquí, que se llamaba @RCPonte. En esa cuenta se enteró de que algunos miembros de la Resistencia *Galega* iban a acudir a la manifestación.

Él no sabía cómo encontrarlos y tampoco dijeron que fueran a llevar ningún distintivo ni nada parecido, por lo menos, no lo dijeron por Twitter. Supongo que esas cosas las hablarían en sus reuniones privadas, pero él tenía la esperanza de descubrirlos de algún modo, conocerlos y poder unirse a ellos.

Así que fue a la manifestación para tratar de descubrirlos, pero al parecer, no consiguió hacerlo hasta que la cosa se puso tensa. Entonces vio a un grupo de gente que llevaban sudaderas y se cubrieron la cabeza con las capuchas, se pusieron unos pañuelos morados tapándose el rostro, sacaron las armas de sus mochilas y comenzaron a disparar. Él, asustado, se ocultó de los disparos detrás de una camioneta y ahí fue cuando me vio a mí.

Le dijo a su hermana que yo estaba en ese grupo, que vestía sudadera debajo de la cazadora, aunque con la capucha sin poner, pero cubriéndome el rostro con ella, además de llevar una mochila al igual que los demás. Luego vio que me quedé quieto y recibí un disparo en la cara, los soldados estaban a punto de alcanzarme y decidió agarrarme de la cazadora y tirar de mí para luego arrastrarme bajo la camioneta. Ahí ya estaba semi inconsciente. Cuando los soldados pasaron un poco de largo persiguiendo al grupo armado, entre él y un amigo me trajeron hasta su casa. Cuando llegó Aitana a casa abroncó a su hermano, por no llevarme a un hospital o a la clínica de cirugía estética donde trabajaba ella, pero él le explicó que yo era miembro de la resistencia y que probablemente me hubieran detenido de haberme llevado a cualquiera de los dos lugares. Que ya no se podía confiar en nadie.

—Me llamó a la clínica y me rogó que le ayudara —prosiguió Aitana—. Me mintió diciéndome que le habían herido en una pierna y se asustó tanto que, en vez de ir hacia la clínica, subió a casa porque pensaba que podía curarse él mismo. Pero se dio cuenta de que estaba perdiendo mucha sangre y se mareaba. No le pregunté nada, solo le dije que hiciera un torniquete por encima de la herida y la presionara con una toalla, y que no dejara de hacerlo hasta que yo llegase allí, que presionara muy fuerte. Le dije al doctor Aguirre, mi jefe, que me tenía que marchar por una urgencia familiar. Habitualmente tardo diez minutos andando de casa al trabajo, pero creo que hice el recorrido en uno. Mientras giraba la llave de casa, me di cuenta de que tenía auténtico pavor, tenía muchísimo miedo de perder a mi hermano. Al entrar, ver que él estaba bien, y descubrir que me había mentado, quería pegarle una bofetada.

Pero había sido tan grande el susto que solo pude abrazarlo y llorar. Después me contó todo lo que te dije y te curé el despilfarro ese que tenías en la cabeza.

—¿Qué tengo? ¿Fue mucho? —pregunté tocándome el vendaje.

—Tuviste una suerte increíble, Álex. Una bala te debió de pasar rozando, entre el ojo y el pómulos. Lo malo es que te arrancó la parte superior de la oreja, ahí incidió un poco más la bala, pero tranquilo que el oído no está afectado. Mira la parte buena, te quedará una cicatriz super sexy en la cara —bromeó levantando una ceja—. Te tuve que dar unos cuantos puntos de sutura y el ojo lo tienes para el arrastre, hinchado y mucho más rojo que el otro, pero en unos días ya estarás bien. También en esa misma ceja tenías una herida en la que te di otro zurcido, pero muy pequeño. Y en el ojo que tienes descubierto y a la *virulé*, te debieron de dar una pedrada o llevarías algún golpe —En referencia al primer golpe que había recibido aquel día, el de la gasolinera.

—Bueno, mientras aún me conserve un trozo de oreja para sostener los auriculares del iPhone, cojonudo —contesté sonriendo.

—Y si perdieras la oreja entera... siempre puedes ponerte unos auriculares rollo ochentero, de esos grandes que están de moda. Como Cristiano Ronaldo cuando va a jugar —bromeó, mientras se levantaba para servirse un vaso de zumo.

—Yo es que soy más de Iago Aspas, pero... bueno, me vale el ejemplo.

Después me cambió el vendaje y me dio una pastilla para el dolor.

—Vete para cama porque vas a caer redondo, necesitas descansar.

Así fue.

Desperté a las tres de la tarde.

Cuando salí al salón, un chico joven y delgado estaba sentado en el sofá jugando a la *PlayStation*. Mataba zombis en el *The last of us*. Reconocí el juego al instante, ya que yo también era un gran aficionado al mismo juego. Parecía mucho más joven que los años que tenía, aparentaba quince o dieciséis años. Muy delgado, de hombros estrechos, ojos marrones con semblante inocente y pelo corto, tan negro como el de su hermana, peinado con raya al lado y tupé.

—¡Hola, tío! Álex, ¿no? Encantado de conocerte —dijo pausando el juego y levantándose para darme la mano.

—Sí. Y tú debes de ser Rubi. Encantado. Ya me ha hablado tu hermana de ti. ¿Qué tal con Joel y Ellie? ¿Matan muchos zombis? —pregunté señalando a la tele, en referencia a los protagonistas del juego.

—Sí, bueno... Es que no echan nada en la tele, tío.

—¿Aún no hay emisión normal en las privadas? —pregunté asombrado.

—¡Qué va! Nada. Menos en la primera, que ponen cada dos por tres el mensaje del golpista ese dictando las normas esas. Los demás canales solo ponen programas repetidos. Menos mal que ayer estrenaron una serie nueva; *La casa de papel*, muy guapa. Pero no hay tele en directo, se los cargaron los putos fascistas. Lo puto peor es que aún no hay internet. Estamos igual en todo el país, lo dijeron por el chisme ese —señalando a una radio de marca Casio pequeña y negra, que había encima de la mesa—. Es la única puta forma de escuchar noticias reales —contestó indignado—. Y menos mal que mi abuela aún usa el viejo trasto este. No hay una noche que vaya *pa'* cama sin escuchar al menos, cinco minutos de *Hablar por hablar*.

—Pero sigue, sigue jugando que ahora te viene una fase chula, ya verás —insistí.

Me senté con él y le conté que yo no pertenecía a la resistencia mientras que, de vez en cuando, le daba consejos sobre el juego, ya que yo me lo había acabado varias veces y me lo sabía de memoria. Le expliqué que había oído hablar muy poco sobre la resistencia, solo sabía de su existencia por algún informativo sobre pequeños sabotajes que habían cometido, pero nada más. También le conté el motivo por el que yo estaba allí, en la manifestación, y por qué me había quedado en shock. Y que lo de la capucha y la sudadera cubriéndome el rostro había sido pura coincidencia.

—Joder... pensaba que serías uno de ellos y así, al ayudarte, podría unirme a vosotros—respondió decepcionado y pausando el juego—. Si hasta me saqué el carné de conducir en un mes por si era un requisito para entrar.

—Yo... lo siento, Rubi. Te agradezco de todo corazón que me ayudeses y te debo una, para siempre. O si puedo hacer algo por ti, cualquier cosa..., dímelo —traté de calmarlo dándole unos golpes en la espalda.

—De momento... —hizo una pausa, mientras lo atacaba un zombi que no consiguió matar— ¿Cómo coño mato a estos? ¡Joder! —exclamó dejando caer el mando.

—Ahí tienes que acercarte por detrás en modo sigilo. Cuando estés pegado a su espalda, usa una daga pulsando el triángulo. Así te cuelgas sobre él y le clavas la daga en el pecho y le cortas el cuello al zombi. La daga y el triángulo nunca fallan.

Aquel chaval estaba cabreado y no solo por el juego. Pensó que podría

tomar partido en todo aquello que estaba sucediendo en el país de forma activa y ahora estaba completamente hundido. Me recordaba mucho a Ponyboy Curtis, el protagonista de la película *Rebeldes*, por su forma de hablar y expresarse, con la inocencia infantil mezclada con la pasión de la juventud. Hasta tenía un cierto parecido físico con el jovencísimo C. Thomas Howell, el actor que lo interpretó, incluso vestía muy parecido; con camiseta sin mangas de color blanco y pantalón vaquero.

Yo no tenía forma alguna de contactar con la resistencia y así poder devolverle el favor. Pero sí podía tratar de quitarle esa idea de encima.

—Mira, todo lo que está pasando ahora en el país lo más probable es que se acabe en un par de días. Seguro que en las grandes ciudades la cosa ya habrá parado. Tenemos que poner la radio y ya verás cómo hay noticias de que el golpe de estado ha sido un fracaso. Lo que tienes que hacer es quedarte en casa hasta que todo se calme. No merece la pena andar con unos tipos que ni si quiera conoces que van armados hasta las cejas por ahí disparando. Te puedes complicar la vida muchísimo, y si te pillan con ellos acabarás en la cárcel, o peor aún, con un tiro en el pecho, y luego... ¿qué?... ¿Se queda sola tu hermana cuidando de tu abuela? Tienes toda la vida por delante, Rubi. Esto no es un juego de la *Play* donde si te matan, vuelves a empezar. Aquí solo tienes una vida. Hazme caso. No te la compliques por gente que ni siquiera conoces.

El chico asintió con la cabeza semi agachada, pero no quedó para nada conforme. Me recordó a mí cuando era joven, con las ganas tremendas de comerme el mundo, de hacerlo todo y probar de todo. Y con un fuego dentro queriendo explotar. En sus ojos se notaba la pasión desenfadada de la adolescencia combinada con una bondad abrumadora. Le conté que me recordaba a Ponyboy Curtis. Él no sabía quién era, así que le expliqué a grandes rasgos de qué iba la película. Y, aunque le recomendé el libro, al enterarse de que también había una peli prometió bajársela en cuanto hubiera internet.

Me invitaron a comer e incluso a quedarme allí el tiempo que hiciera falta. Yo quería seguir buscando a Sara, pero como no sabía aún que pasos seguir, decidí quedarme una noche más, ya que Aitana me recomendó que me quedase y esperase al día siguiente al cambio de vendas para ver cómo evolucionaban las heridas.

Ella se fue a trabajar después de comer. Volvería por la noche y le recordó a su hermano que fuese a buscar a la abuela antes del toque de queda. Yo le dije a Rubi que tenía que salir un rato, quería fumar y además necesitaba tomar

el aire. No es que sea un fumador empedernido, además mi asma lo complicaba bastante y mi doctora siempre me echaba la bronca por no dejarlo, pero acababa por mentirle y decirle que lo había conseguido. De vez en cuando me fumo un cigarro o cuando estoy muy nervioso por algo. Fumaba una media de un paquete a la semana desde hacía dos años. Y antes de eso, la media era de un paquete al día. Había cambiado bastante y me conformé con eso, a pesar de ser totalmente consciente de lo gilipollas que era; fumador y asmático. El combo más estúpido y dañino de la historia.

Antes de salir a la calle me enchufé los cascos para escuchar *Only The Wings*. Necesitaba tranquilidad y Ólafur Arnalds, con aquella maravillosa composición, me la iba a dar.

Nada más pisar la acera, me di cuenta de que aquella tarde no era como la de un día normal, todo estaba excesivamente tranquilo. No había nadie paseando y, en algunas calles, parecía una ciudad desierta de un mundo distópico, con un silencio solamente roto por algún que otro coche. Me había pasado casi un día entero durmiendo, así que ya estábamos a miércoles 3 de mayo.

Estaba en la plaza de Galicia, muy cerca del lugar en el que había ocurrido todo hacía tan solo veinticuatro horas. Me senté a fumar en uno de los banquitos de madera de la plaza, alrededor de una fuente que siempre estaba apagada. El ambiente era muy parecido al de cualquier domingo en una tarde de invierno, cuando muy poca gente sale a pasear y se quedan en casa con los niños.

Me encontraba muy cerca del piso de Sara y del de su padre, así que me acerqué. Estuve un buen rato llamando al portero automático de ambos portales, pero nadie me abrió. Esperé algo más, pero nadie salió, ni entró, ni tampoco respondieron a ninguno de mis múltiples timbrados en ninguno de los dos edificios.

La ciudad estaba hecha jirones, los coches que habían quedado aparcados estaban cubiertos de polvo y había varios de ellos totalmente calcinados, de los que solo había quedado parte del chasis y aún humeantes. La calle estaba cubierta por una capa de polvo blanquecino y salpicada de zapatos desparejados, piedras, casquillos de bala, papeles, cristales y prendas de ropa alrededor de grandes charcos de sangre seca. El muro de la alameda con incontables agujeros de bala, el palomar destruido. El edificio que había recibido los cañonazos no llegó a caer, pero si acabó ardiendo entero. Supongo que habrían explotado las tuberías del gas por algún cañonazo que yo

no llegué a presenciar. Desde el bajo y hasta la tercera planta, todos los pisos de la esquina habían quedado al descubierto, dejándose ver los restos de las tres cocinas y los tres salones. Tan solo se distinguía un sofá entero en la segunda planta, lo demás que se intuía era restos de mobiliario y algún cuadro totalmente negro en la pared del tercer piso. Los escombros de cemento, ladrillo, electrodomésticos y restos de muebles hacían una montaña por el que podías llegar escalando hasta la primera planta, todo ello calcinado.

Entonces vi a un niño que, con lágrimas secas en sus mejillas y un abrigo amarillo de lana hecho trizas, rebuscaba entre los cascotes. Me acerqué a preguntarle si le podía ayudar o saber dónde estaban sus padres, pero cuando me vio llegar saltó del montón de piedras y se marchó corriendo. Preocupado por su estado traté de seguirlo, pero dobló una esquina y lo perdí de vista. No lo volví a ver.

Estuve tentado a seguir caminando y comprobar cómo había quedado el resto de la ciudad, sobre todo, la parte que no había visto del paseo de Montero Ríos, donde estaban los edificios de la diputación que también habían ardido, para seguir hasta el fondo y llegar hasta el ayuntamiento ya en la calle Michelena. Pero el dolor de cabeza y de la cicatriz del pómulo comenzó a resurgir y decidí volver para el piso a descansar.

Casi todos los negocios estaban cerrados, a excepción de un par de ellos; el café *La Audiencia* y el videoclub *San José*, un par de edificios antes de llegar a casa de Rubi y Aitana. Me hizo gracia que un negocio tan en declive a estas alturas como un videoclub y en la situación en la que estábamos, permaneciese abierto. Entré con la intención de alquilar *Rebeldes*, pero al llegar al mostrador dispuesto a pagar, el chico me preguntó si era socio, a lo cual respondí que no. Y para alquilar la peli necesitaba serlo, pero no llevaba el DNI encima para poder identificarme y, sin él, el chico no podía cubrirme la ficha. Antes de salir hacia a la calle, decepcionado, le pregunté si me la vendía. Quedó unos segundos con gesto pensativo y respondió: «Supongo que sí». Eché mano al bolsillo y descubrí que no llevaba dinero encima. Rebusqué en los bolsillos de la cazadora y tampoco, no tenía ni un solo euro. El chico se dio cuenta de que no tenía dinero y, sin preguntarme, me dijo: «Mira, no hace falta. Voy a cerrar porque... así como están las cosas... Llévatela, ya me la pagarás».

A Rubi le encantó la peli, tanto como a mí me había fascinado la historia de Susan E. Hinton cuando leí su libro por primera vez con doce o trece años.

—¡Pero, este tío es el de *Misión imposible*! —gritó sorprendido, al ver a

Tom Cruise con veinte años.

Le expliqué que casi todos los chicos y chicas que salían en esa película luego serían grandes estrellas. Con diferencias, evidentemente, unos con más éxito que otros. Pero la dirección de reparto había tenido muy buen ojo con Patrick Swayze, Diane Lane, Matt Dillon, Robe Lowe, Emilio Estévez, Ralph Macchio o el propio C. Thomas Howell. Y flipó aún más cuando leyó en la carátula que el director era Francis Ford Coppola.

—¡Joder! ¿El de *El Padrino* dirigió esto!?

Al poco de acabar la película y cuando aún estábamos comentándola, entró Aitana por la puerta. Venía resoplando y levantando las cejas. Estaba claro que algo le acababa de pasar.

Rubi se sorprendió.

—¡Hostia, Tana! ¿Qué haces aquí? —preguntó Rubi a su hermana, levantándose exaltado del sofá.

—Nada, no te preocupes. Es que no fue el jefe —contestó Aitana dejando la chaqueta sobre la mesa, para sentarse con nosotros—. El doctor Aguirre no fue a la clínica. Estuvimos esperando por él, ya que tenía una operación programada para esta tarde, pero no apareció. A la chica la mandamos para casa y a las que están en el postoperatorio, mañana les damos el alta. Como sigue sin haber línea telefónica me fui a su casa, me encontré con su mujer, que estaba destrozada, y me contó que lo habían detenido. Anoche se lo llevaron a Pasarón —el estadio de fútbol convertido en cárcel—. Mañana cerramos la clínica y se cancela todo lo que había programado. Ya nos informará su mujer de cuándo podremos volver al trabajo. Es que está la cosa ahí fuera que no sabéis, ¿eh? Son unos hijos de puta. Están deteniendo a todo dios por tonterías. Es indignante.

Al doctor Aguirre lo habían detenido por ir en contra de la corona. La noche anterior, tres hombres de traje oscuro llamaron a su puerta, al abrir se identificaron como agentes de la N.U.P —Nueva Unión Patriótica—, fundada hacía unos meses por un sobrino de García Santos, el militar golpista. Y simplemente le dijeron que quedaba detenido. Se lo llevaron esposado después de un tenue rifirrafe. «Tranquila, mi amor. Será una confusión, ya verás», le dijo a su mujer para que se tranquilizara.

Ella los siguió en su coche para ver a dónde lo llevaban. Al llegar al estadio, subió a las oficinas del Pontevedra F.C. que ahora estaban convertidas en una especie de recepción carcelaria, y la tuvieron más de tres horas allí esperando. No era la única. Se encontró con cientos de personas confundidas y

enfadadas, al igual que ella.

Después de esas interminables horas de espera le hicieron pasar a una oficina y, amablemente, le ofrecieron sentarse en una butaca, donde la dejaron esperando veinte minutos más custodiada por dos hombres de traje y armados. A la izquierda de ella se abrió otra puerta, por la que entró un hombre de unos treinta años, con un traje oscuro e impecable de tres piezas, con la cadena de un reloj de bolsillo colgando sobre la americana, el pelo peinado hacia atrás completamente engominado y luciendo bigotito fino y bien recortado. Apareció con un cigarro en la boca y recolocándose los puños de la camisa, que traía remangadas por encima de la chaqueta. Dejó la puerta entreabierta en un provocado despiste, y ella pudo ver cómo a su marido lo tenían sentado en una silla, atado con las manos por detrás del respaldo y los pies unidos a cada una de las patas de madera delanteras. Aquello no estaba ocurriendo en aquella oficina contigua, sino que, había una tercera sala más alejada que se podía ver a través de una pared de cristal.

Ella, al darse cuenta, quiso entrar en aquella habitación y llamó gritando el nombre de su marido: «¡Manuel! ¡¡Manuel!!», pero los dos hombres que la vigilaban la retuvieron agarrándola de los hombros y haciendo que se volviera a sentar. Dejaron la puerta de esta manera el tiempo suficiente para que viera, horrorizada, la paliza que le estaban propinando. Mientras que el doctor, sollozando, gritaba que no sabía de qué le estaban hablando, ella pedía misericordia. Uno de los hombres que la retenía avanzó unos pasos para cerrar la puerta, pero antes de cerrarla se escuchó clamar al doctor con voz llorosa: «¡Por favor! ¡No, por favor!». El gorila sudoroso que tenía delante, con camiseta verde de asas y unos tirantes negros sujetos al pantalón de camuflaje, le respondió con una patada en la cara, haciendo que el doctor cayera hacia atrás. La puerta se cerró.

La mujer, cuando volvió a escuchar las acusaciones hacia su marido, se defendió diciendo que eso era mentira, nunca había pertenecido a ningún partido político ni nada parecido. Estaban cometiendo un error. «Estoy segura de que lo están confundiendo con otra persona, de verdad. ¡Por favor!», rogó la mujer. A lo que aquel hombre de semblante chulesco la miró fijamente, y esbozando una sonrisa ladeada, después de exhalar el humo del cigarro, respondió: «Eso lo dicen todas, señora». Se levantó de la butaca, se colocó delante de ella apoyando el trasero en el borde de la mesa y le explicó, en un tono muy calmado, que tenían pruebas suficientes de que su marido era contrario a la corona. Y allí se iba a quedar retenido durante un tiempo.

«A ver si así se le quita la tontería al rojo de su marido, señora» —le espetó.

Con un chasquido de dedos le hizo una seña a uno de los hombres que seguían detrás de la esposa del doctor, y este le acercó una *Tablet*. Lo encendió y le mostró a la mujer varias capturas de pantalla con diferentes imágenes. En unas se veía cómo el doctor Aguirre le había dado «*me gusta*» desde su cuenta *@Aguirre_doc65*, a diferentes publicaciones de la Resistencia Civil. Y en una, solamente una, se veía que el doctor había retuiteado un post del gobierno de la república, fechada el 15/07/2016, poco después de las elecciones, donde se leía: «Todos a la cárcel», seguido de una foto donde se veía a Rajoy ya derrotado, saliendo del congreso saludando con la mano. Sobre la foto, se enumeraban todos los casos de corrupción del PP aún pendientes, o en proceso de juicio por aquel entonces; Gürtel, Lezo, Bankia, Púnica, Acuamed, Imelsa, Taula, Brugal..., así hasta veintisiete. Y para rematar, le mostró un tuit que su marido había subido el 25 de enero de 2017, un día después del referéndum, con una foto de Felipe VI acompañada del texto: «Cierre usted la puerta al salir, gracias». La mujer no pudo hacer otra cosa que marcharse para su casa desconsolada.

—Por un simple tweet, ya ves. Así están las cosas ahí afuera, detienen a la gente por cualquier mierda —dijo Aitana, sobrecogida.

Encendimos el transistor de la abuela para enterarnos de cómo estaban sucediendo los últimos acontecimientos en el país. Y era tanta la información que estaban dando que no pudimos despegarnos de la radio en unas cuantas horas.

Las principales cadenas de radio habían sido tomadas por parte del ejército golpista y no tenían emisión, con excepción de la cadena COPE que emitía de manera incesante, al igual que la TVE, el bando dado por el general García Santos, además de marchas militares. Pero si buceabas entre otras frecuencias acababas encontrando alguna emisión pirata que, de manera interrumpida, iban dando información sobre diferentes zonas. Gracias a ello nos enteramos de un montón de cosas.

La ciudad en la que estábamos, Pontevedra, había sido tomada por la parte militar que apoyaba el golpe, mientras que, en otras cercanas como Vigo o Santiago, no habían tenido el éxito esperado. Había otras zonas en las que apenas habían tenido resistencia alguna, como gran parte de Andalucía, Murcia o Valencia. Otras en las que la lucha seguía en aquel momento, como las dos gallegas ya mencionadas, o varias provincias de ambas castillas. Y en

las dos grandes ciudades; Madrid y Barcelona, pese a estar varios edificios importantes tomados, no habían sucumbido al golpe. E incluso, en muchos de esos barrios la población seguía haciendo una vida completamente normal.

Enumeraban los muertos por centenas e informaban de los edificios emblemáticos que habían sido destruidos. Hacían recomendaciones típicas; no salir de casa, administrar la comida, hacer acopio de agua, tener velas y cajas de fósforos a mano, pero, ante todo, mucha calma. La situación era extremadamente complicada y en algunos lugares, a pesar de que nadie había declarado un estado de guerra, lo parecía mucho.

Pero no todo eran malas noticias, aquel periodista también informó de que no todo el estado mayor era cómplice del golpe de estado. Algunos generales de los tres ejércitos, sobre todo de la Armada, se habían pronunciado por la radio y estaban totalmente en contra del general García Santos. E incluso habían dicho que la marina pondría todos sus medios para evitar que aquel atentado a la democracia tuviera éxito. Luego, aquel locutor desconocido anunció que seguidamente pondría grabaciones de diferentes entrevistas realizadas por él mismo en diferentes localizaciones del sur de Galicia.

El primero en hablar fue un hombre que, sin ocultarse, dio sus nombres y apellidos. Era de Monforte de Lemos, y decía que allí no había ni rastro de ningún golpe de estado o de ningún militar. Lo que sí declaró fue que tanto el alcalde como los demás concejales del ayuntamiento habían desaparecido.

La siguiente entrevista fue al propio alcalde de Vigo, Abel Caballero, que, con su tono coloquial de siempre, dijo que de ninguna manera los golpistas iban a amedrentar su ciudad, y que los vigueses y viguesas estuvieran muy tranquilos ya que había puesto todos los medios a su alcance para que la ciudad retomase pronto la normalidad. Y concluyó:

«Si esos indeseables osan meter un solo pie en la ciudad, saldrán escaldados como lo hicieron las tropas francesas el 28 de marzo de 1809. Quedan avisados. En esta, la mejor ciudad del mundo, no entrarán los fascistas. ¡No pasarán!».

El alcalde trató así de avivar el ánimo de sus conciudadanos, rememorando el espíritu de la reconquista de Vigo de hacía más de doscientos años, cuando nuestra ciudad consiguiera ser la primera de toda Europa en expulsar a las tropas Napoleónicas.

Luego contaron que ya habían tratado de meter una patita en las calles de Vigo, pero que, en aquellas primeras horas, la gente del barrio de Teis, al norte de la ciudad, se había echado a la calle y junto con miembros de la

comandancia de marina de Vigo, policía local y bomberos, consiguieran parar la entrada de los carros blindados que se dirigían a la ciudad, con los que yo me había cruzado el día anterior, y se habían vuelto en dirección a Pontevedra.

Me quedé pensando en lo jodido que lo tendrían miles y miles de militares que no pensarán igual que su jefe, el general García Santos. ¿Obedecerían sus órdenes? Entonces caí en la cuenta de que Paco, el padre de Sara, había sido miembro de la armada y había llegado a ser Capitán de Fragata, que no era poca cosa. Aunque ya estaba retirado por una enfermedad degenerativa, a pesar de sus sesenta y un años. ¿Tendría algún peligro haberlo sido? Seguro que, si lo detuvieran, tendría más problemas que el doctor Aguirre por haber escrito cuatro tuits en contra de la corona.

Rubi, que había salido a buscar a su abuela al centro de día antes de que dieran el toque de queda, ya estaba entrando por la puerta. La abuela era encantadora, una señora mayor como las de los cuentos infantiles. A sus ochenta y nueve años se movía ágil con la ayuda de un andador, al presentarme a ella me agarró con sus dos manos mis mejillas y me dio dos besos. Ella estaba fastidiada porque habían cancelado el programa de radio que escuchaba por las noches y que, a ver cómo iba a coger el sueño ahora. Luego, mientras Aitana la acostaba en su cama, la señora dio las gracias a Dios por tenerlos allí con ella.

Esa noche obligué a Aitana a que se fuera a dormir a su cama, que bastante se la había robado ya, y me quedé a dormir en el sofá. Como siempre, al igual que la abuela de ellos, me enchufé los auriculares para tratar de dormirme cuanto antes.

7. La Defensa de Vigo

Vigo, 7 de mayo de 2017

Llegamos a mi casa el domingo por la mañana.

No encontré nada cambiado, tan solo la bolsa con los macarrones con tomate dentro del *Tupper* de mi vecina, que había olvidado meter en la nevera. Pero no había ninguna nota de mi hermana, por lo que supuse que había llegado a Mondariz y que estaría allí con Sebas. Quise pensar así, ya que no había ninguna manera por la que saber con certeza dónde se encontraba.

Estando en casa de Aitana, al volver del videoclub, había caído en la cuenta de que no tenía ni un euro encima. Eso era lo que me había faltado por coger el Día Sin Datos, aun siendo consciente de que me olvidaba algo cuando hice la mochila antes de robar la moto de mi vecino. Pero esa no había sido la razón de volver a Vigo, era que en Pontevedra se había corrido la voz de que los golpistas iban a sacar otra vez los tanques para entrar en la ciudad olívica por la fuerza. Santiago ya había caído, pero Vigo, la mayor ciudad de Galicia, aún se resistía a hacerlo. Las palabras del alcalde socialista habían hecho el efecto contrario en los partidarios del golpe. Y los altos mandos militares de la provincia, de postura radicalmente opuesta a la del alcalde, habían ordenado entrar en Vigo por las buenas o por las malas, así que después de correr ese rumor y por si acaso eran ciertos, todos los que pudieron salieron de Pontevedra y demás localidades cercanas, para ir a Vigo y defender la ciudad con uñas y dientes. El lunes 8, mucho antes de que se hiciera de día, me desperté con el jaleo que había en la calle.

La tarde anterior había pasado un coche varias veces por delante de casa anunciando por un megáfono que se convocaba una reunión pública delante de la sede de la CIG —Confederación Intersindical Galega—, para el día siguiente a las 8:00 de la mañana.

Abrí la persiana de mi habitación y vi cientos de personas abarrotando la glorieta de mi calle, frente a la sede de la CIG. Desperté a Rubi y Aitana, que dormían en la habitación de mi hermana, nos vestimos, desayunamos rápido y bajamos para ver qué iban a anunciar.

Ya estaba todo organizado por los diferentes sindicatos en colaboración con el ayuntamiento y las fuerzas del orden republicano. Pidieron a la población cortar los accesos a la ciudad ya que preveían que esa mañana vendrían los tanques *santistas* —a partir de entonces se llamó así a los partidarios de García Santos—, aunque los *milenials*, la población más joven, se referían a ellos como los *Garcíers*.

Todo se fue de las manos en cuestión de horas.

Hubo varios muertos durante aquel día, pero los santistas no parecía que obedeciesen todas las órdenes que les daban. Supongo que era normal, muchos de aquellos soldados eran de Vigo o tenían familia allí, y se debatirían entre mil dudas. Resistimos, aunque fuimos retrocediendo poco a poco, cada vez más. Pero esa noche se aguantó y no llegaron a entrar en el centro de la ciudad. Las tres entradas que vienen del norte, desde Pontevedra, quedaron bloqueadas casi en el mismo punto.

En la Avenida de Galicia los tanques santistas llegaron hasta pasar el restaurante *Las Tres Torres*, por la autopista llegaron hasta la altura del puente de Ángel de Lema y Marina, y por la nacional 522 no pasaron de la curva del Parque de Bomberos, que nos echaron una mano enorme y, gracias a ellos, que bloquearon la carretera con varios de sus camiones, los tanques ni se acercaron.

Por las demás entradas a la ciudad; este y sur, se seguía haciendo guardia, pero por aquellas vías, en principio, no debería haber problemas.

Para alejarse de los disparos, aquellos vigueses que tenían aldea o algún familiar con quién alojarse en la zona tomada por los santistas, comenzaron a irse de la ciudad, sobre todo las familias con niños. Y ese mismo día en el que miles de personas estábamos cortando las carreteras, haciendo trincheras con coches, camiones y contenedores, jugándonos a vida, otros muchos miles se estaban marchando de la ciudad por las carreteras de las playas, al sur. Era una marcha lenta con miles de familias por las aceras y carreteras. Aunque no había nada que reprocharles. Yo, de haber tenido familia, también hubiera hecho lo mismo.

La buena noticia llegó a la mañana siguiente, a pesar de que aún no había amanecido, cuando parte del regimiento de caballería Farnesio Nº12, del ejército republicano de tierra, entró en Vigo por la autovía del este de la ciudad, procedente de Valladolid, con casi quinientos soldados que se mantenían fieles a la república y, por supuesto, en contra del golpe de estado.

Los vecinos que estaban cortando la entrada al final de la autovía, al comienzo de la Avenida de Madrid, entraron en pánico al verlos llegar.

Por aquel entonces aún no se sabía quiénes estaban a favor y quiénes en contra. No se sabía con certeza qué altos mandos del ejército eran garcíers/santistas. Ni quiénes eran, ni cómo se llamaban, o si todo el ejército de tierra estaba en favor del golpe o solo en parte. Pero al ver que todos aquellos vehículos militares se detuvieron pacíficamente en una hilera

interminable y algunos de aquellos soldados de alto rango se bajaron de sus vehículos para hablar con ellos, los vecinos ya se relajaron algo más.

Aunque continuaron sin dejarlos pasar, y así siguieron bloqueando su entrada durante una hora más, hasta que llegó el alcalde acompañado del jefe de la guardia republicana de la ciudad y se reunieron con el coronel que estaba al mando de aquel operativo. Traía una carta firmada por el primer ministro de la república, el presidente y con las ordenes selladas por el nuevo jefe del estado mayor de las fuerzas armadas republicanas, el general Alfonso Martín Castell, donde decía que aquel regimiento de caballería venía para defender la ciudad e impedir la entrada de los golpistas anti republicanos.

El desfile dejó con la boca abierta a los miles de ciudadanos que se abrieron a ambos lados de la calzada para dejar pasar a la comitiva, entre vítores, alabanzas y palabras de agradecimiento. Llegaron con vehículos de exploración de caballería, carros de combate Leopard, carros de combate blindado Centauro, vehículos de alta movilidad táctica, blindados sobre ruedas, varios camiones Iveco y Pegaso, además de otros tantos vehículos todo terreno Nissan Patrol y Land Rover. A las 07:30 de la mañana del martes 9 de mayo, estaban subiendo la Avenida de Madrid para pasar por la avenida Gregorio Espino, frente a mi casa, Travesía de Vigo y hasta llegar al lugar en donde estábamos nosotros, en la otra punta de la ciudad resistiendo a las tropas santistas. A los civiles nos ordenaron irnos a nuestras casas y la batalla la continuaron ellos.

Dos días después todo parecía haberse calmado. Aunque a través de la radio supimos que la cosa en el resto del país se estaba poniendo muy negra. Aquella noche, la del 11 de mayo, nos fuimos a dormir habiéndonos despedido, y al día siguiente, viendo que las cosas estaban más tranquilas, Aitana y Rubi se volverían para Pontevedra. Pero a la mañana siguiente nos despertamos sobresaltados por las explosiones y ya nadie más pudo salir de la ciudad Olívica.

El viernes 12 de mayo, los golpistas procedentes de otras bases militares habían entrado a la ciudad por las tres vías posibles; norte, este y sur, en un ataque al unísono. Las tropas republicanas se vieron desbordadas, aunque después de un duro intercambio de golpes, consiguieron retenerlos al noreste y sur. Por el este habían conseguido avanzar hasta la misma estación de autobuses, al principio de mi calle. El frente había llegado hasta la puerta de mi casa.

Aquello ya era una auténtica guerra pese a que, todavía, no se había

decretado ningún estado de guerra oficial. Ocurrió lo mismo en diferentes partes del país, aunque las noticias nos llegaban a cuenta gotas. El día siguiente, el sábado 13, las dos Españas nos fuimos a dormir después de haber escuchado el gallo de nuestro representante en Eurovisión. Porque la televisión española siguió emitiendo sus programas habituales. De lo que estoy seguro es que, aquella noche, no solo los republicanos estábamos cachondeándonos con aquella anécdota.

Días más tarde, debido a los bombardeos, tuvimos que dejar el piso. Y a todos los ciudadanos de aquellos barrios que nos quisiéramos quedar en la ciudad, a los que no se querían pasar al bando nacional o para todo aquel que no tuviera medios para hacerlo, el ayuntamiento nos alojó en diferentes hoteles del centro y en unas enormes carpas instaladas por el ejército a lo largo de la alameda en la Plaza de Compostela y en el paseo de Montero Ríos, donde nos tocó a nosotros, muy cerca del club Náutico, en el puerto.

Aitana se unió a la cruz roja ayudando a atender a los heridos, mientras que Rubi y yo nos unimos al grupo de Resistencia Civil de Vigo. Por fin Rubi había conocido a la resistencia y estaba donde deseaba. Pero una vez instalados nos llegó una mala noticia, parecía ser que el día anterior, el 15 de mayo, había habido una matanza en todo el país. Se conoció popularmente como *La Purga de los mandos*. Muchos de los altos mandos de las partes del ejército, políticos o sindicalistas que no habían apoyado el golpe y que habían apresado, los habían fusilado. Se comentaba que habían sido cerca de 2 000. Pensé en Paco, el padre de Sara. No sabía dónde estaban, pero él había sido capitán de fragata de la armada y, a pesar de que ya no ejercía, tenía miedo de que hubiera sido apresado y fusilado en aquella matanza. Aquel día también acabaron con la vida del primer ministro de la república, y alguien de la izquierda reaccionó asesinando al sobrino de García Santos, el fundador de la fascista Nueva Unión Patriótica.

Al principio, como miembros de la RCV —Resistencia Civil de Vigo—, nuestro trabajo consistía en ayudar a los demás civiles; mayores, niños o personas con capacidad reducida. Les llevábamos comida, mantas, ropa, y les ayudábamos a levantar trincheras delante de sus portales con sacos de arena, al igual que hacíamos con los monumentos más emblemáticos de la ciudad. Pero cuando la contienda se puso mucho más dura y el número de heridos del ejército republicano comenzó a aumentar, nos pidieron ayuda a todo aquel que

tuviera alguna experiencia policial, militar o a cualquiera que supiera disparar un arma. Repartieron fusiles y, como única protección, un casco militar. La conflagración de verdad había comenzado y fue mucho más aterradora de lo que nos habíamos imaginado.

Entre los días 16 y 18 de mayo recibimos ataques continuos sin descanso alguno.

Lo peor eran los ataques por aire con Eurofighters. Cuando los radares detectaban que se acercaban y hacían sonar las sirenas desde el cuartel de campaña en el puerto, ya era tarde. Como no estuvieras a cubierto no te daba tiempo a nada. Lo peor era si te pillaba cerca de algún blindado, porque al principio siempre caían en ellos, lo bueno de que te cayera el bombazo de un misil o un obús cerca, era que no te enterabas de que acababas de morir, pues desaparecías por completo en el mismo instante. Lo malo era cuando te pillaba a pocos metros, te destrozaba por dentro los pulmones, los intestinos, el hígado, todo, pero seguías vivo unos minutos y eras consciente de que no tenías nada que hacer para conservar la vida. Eso si no te seccionaba algún miembro o se te clavaba algo en el cuerpo, cualquier cosa que saliera despedida en el impacto. En el primer ataque aéreo fueron a por todos, les dio igual si mataban a civiles, soldados, reventaban coches, derribaban edificios y hospitales. Primero mandaron decenas de drones por toda la ciudad. Pensábamos que llevarían cámaras para saber dónde estábamos, que seguramente también, pero no solo eso, cada varios metros soltaban gases lacrimógenos; cada dron tiraba diez botes de aquel humo denso. No podáis moverte porque no veías nada, con suerte y si hacía viento, se despejaba rápido para meterte en un portal, pero al momento llegaban los misiles de los Eurofighters. No te enterabas de que venían, cuando los oías, ya habían pasado. En aquel primer ataque yo estaba en la calle Pizarro. La onda expansiva de un misil me lanzó varios metros por el aire, con la buena suerte de no hacerme nada grave, pero con la mala suerte de que caí con la cabeza encima de un coche totalmente en vertical. No fue nada gordo, solo el golpe, pero se me abrieron los puntos de la cicatriz desde el pómulo y hasta detrás de la oreja. Lo peor fue que tres de mis compañeros de la RCV que estaban más atrás que yo, desaparecieron en el acto y un cuarto, aún vivo, estaba sin un brazo echando sangre a chorros a la altura del hombro, algo se lo había seccionado. Yo estaba encima del coche, aturdido, viéndolo como si se tratase de una película gore, bajé de allí por el capó mientras escuchaba sus gritos desgarradores. Murió en pocos segundos, tan pocos que cuando llegué a su

lado ya era un cuerpo inerte. Un sanitario se acercó, me vendó la cabeza y me fui directo a buscar a Rubi, que lo había perdido de vista. Fui preguntando por él a los compañeros, hasta que lo encontré en el cruce de la calle Extremadura con Jenaro de la Fuente, detrás de los escombros de una casa en ruinas y tirado en el suelo. Vivo.

Salimos hacia las tres fuentes de la calle Aragón, frente a mi antiguo instituto, para defender las barricadas y comenzar a disparar casi sin ver a qué o a quién. Las siguientes horas nos parecieron durar meses en acabarse.

A partir de ahí el enfrentamiento se convirtió en una batalla calle por calle, soldado contra soldado, edificio por edificio, donde te tenías que enfrentar cara a cara con tus oponentes. A veces entraban por un lado e íbamos allí, luego un tanque entraba por otro y allí nos íbamos también. A media tarde nos dijeron que estaban subiendo por la calle Travesía de Vigo y allá bajamos. Esa zona de la rotonda por donde cruza la Travesía de Vigo, ya la tenían casi tomada y tuvimos que dar un rodeo por la calle peatonal del barrio del Calvario y bajar hasta, precisamente la peluquería de mi amigo Simón, al principio de la calle Gregorio Espino, para defender la entrada al túnel en la plaza Kruckenberg, en el lado sur de la rotonda. No estaban ganando terreno, pero les estaba costando. Allí, parapetados tras las barricadas de la glorieta y después de una larga e intensa hora de disputa, Rubi y yo nos separamos. No sé cómo ocurrió, pero en cierto momento cuando me giré, ya no estaba, ni él ni nadie. Yo tenía los auriculares puestos bajo el casco y escuchaba en bucle *This is War* de 30 Seconds to Mars, necesitaba hacerlo, me ayudaba y me inspiraba a tener el valor del que carecía para olvidar el miedo y enfrentarme a aquella barbarie. Lo único malo era que los sonidos más sutiles no los escuchaba, por eso, quizás Rubi me había avisado y yo no me había enterado. Cuando me di cuenta de que ya no estaba detrás de mí, también caí en algo peor; estaba rodeado. Y debió de haber pasado un tiempo razonable, mucho más que una hora, porque ya era noche cerrada. Yo estaba tan concentrado en que las tropas golpistas no avanzasen de frente, que descuidé mi retaguardia, ni siquiera me di cuenta de que ya no había luz en la calle.

Los santistas habían cruzado por el lado derecho de la rotonda, frente a la peluquería, y yo no tenía por dónde salir. Las barricadas que tenía a mi izquierda, en la Travesía de Vigo, estaban compuestas por una hilera de coches que estaban ardiendo, los edificios de ese lado también, y a la derecha de la gran rotonda estaban acercándose los fascistas de García Santos en dirección a la peluquería, a mi espalda. No sé cómo pasó, pero yo estaba del

otro lado de las barricadas, totalmente expuesto. Mi única escapatoria era cruzar lo más pegado posible a la hilera de coches y contenedores ardiendo para meterme por el estrecho callejón de la calle Rosario, tratar de llegar a la callejuela del Pino y salir de allí volviendo hacia atrás por esa calle hacia Urzáiz, donde teníamos otra línea de parapetos.

Volví a ver a mi alrededor y estaba en un embudo, aquella era mi única escapatoria posible, lo malo era que los edificios del callejón también estaban en llamas. No entendía por qué no me habían disparado ya, quizás porque mis ropas eran las de cualquier civil y, entre sus tropas, también había civiles batallando. O porque todo estaba oscuro y solo se me veía con el reflejo anaranjado de las llamas cercanas, o porque, quizás, no se podían creer que un imbécil del otro bando se hubiera quedado por delante de su línea de defensa.

Los santistas también se acercaban subiendo la Travesía de Vigo hacia mi posición y aquellos eran casi todos militares. Si no me habían visto ya, lo harían en cuanto me levantase y echara a correr, pero no lo dudé ni un instante. Mi única salida era correr entre las llamas de los edificios y los coches, que iluminaban mi única escapatoria entre las sombras de la noche.

Al hacerlo comenzaron a dispararme, pero fueron veinte o treinta metros escasos y me tiré con las piernas por delante entre dos de los coches en llamas, para luego, seguir por el callejón del Rosario hacia la calle Pino. Me detuve en la entrada de un garaje justo antes de meterme por una especie de túnel que hay entre los edificios que estaban ardiendo, para limpiarme la sangre que volvía a brotar de mi pómulo, tocarme la cara y comprobar que el calor abrasador tampoco me había quemado ninguna otra parte de mi cuerpo, pero sabiendo que no podía quedarme allí parado mucho tiempo. No solo porque caían cascotes, papeles, muebles y trozos de cortinas en llamas, también porque si alguno de los soldados se hubiera percatado de que me había metido por allí, vendría detrás y no tardarían mucho en llegar.

Asomé la cabeza y entre el humo vi que, al otro lado del túnel y en el siguiente cruce a la derecha, había varios soldados santistas apostados entre dos contenedores, pero solo tenía esa opción.

Tenía que meterme en la puta boca del lobo e ir hacia ellos. Esperé unos segundos para tomar aire, respirar y pensar cuáles serían mis siguientes pasos. Para salir vivo de allí debía tener muy claro qué era lo que iba a hacer. Traté de hacer memoria y recordar con qué mobiliario urbano contaba en la siguiente calle para poder protegerme de sus disparos. Pero además de la estrecha columna frente a la puerta de la droguería *El Pino*, que

hace esquina con el túnel que yo tenía que atravesar y frente a los soldados, después no tendría nada con lo que poder parapetarme. Quizás algún coche y algún portal, pero durante los cincuenta metros siguientes no tendría nada más hasta llegar a la entrada de un garaje que recordaba a la izquierda. Si conseguía llegar hasta allí, luego tan solo tendría cien metros más que tendría que correr para llegar a las barricadas donde se suponía que estaban mis compañeros. Solo esperaba que me reconociesen y no me disparasen a mí en cuanto me vieran acercarme. Sabía que era prácticamente imposible conseguirlo y que lo más seguro era que fuera a morir allí, en una de las callejuelas de mi barrio. Pero tenía una ventaja..., que conocía bien cada recoveco de aquella calle. Así que abrí la chaqueta para meter la mano en el bolsillo y subir el volumen de la canción. Necesitaba que Jared Letto me echase una mano para lograr salir de allí. O, al menos, para que me diera el empujón de valor necesario.

*...Is the moment of truth and the moment to lie,
the moment to live and the moment to die.
The moment to fight.
The moment to fight, to fight, to fight...
To fiiiiight!!!^[31]*

Corrí aquellos metros de túnel, cubierto de humo y llamas, sin disparar. No me vieron hasta tenerme a pocos metros, cuando me detuve detrás de la columna de la droguería. Entonces el escaparate comenzó a estallar con las balas que iban dirigidas a mí. Al momento comencé a disparar yo y salí hacia la izquierda para tirarme detrás de los escombros de un edificio colapsado, quizás pensaron que me habían abatido puesto que dejaron de disparar. Aproveché la ocasión y eché a correr hacia la entrada del garaje unos metros más adelante. Algún mueble cayó frente a mis narices completamente en llamas, lo esquivé como pude, y seguí corriendo y disparando hacia atrás sin ver nada; ni hacia dónde iba ni hacia dónde disparaba. Tan solo veía cómo, al fondo de la calle, alguien me hacía señas con la luz de una linterna.

No fui consciente de si me habían herido o no, solo caí al suelo por la explosión cercana de un coche, que tampoco supe si había sido una granada o el propio coche había explotado por el fuego. Me levanté y seguí corriendo, tratando de hacer zigzag entre los coches, sortear los cadáveres de mis compañeros abatidos y ocultarme en los portales que me iba encontrando cada

pocos metros, hasta que escuché cómo la voz de una chica, que seguía iluminando mi camino con la linterna, me decía: «¡Salta, salta!», y me lancé encima de un contenedor de vidrio que formaba parte de nuestra débil barricada en la esquina con la calle Urzáiz, en el cruce de Los Llorones. Tras la que estaba Rubi cubriéndome, al lado de aquella chica de la linterna y otros compañeros, disparando hacia los soldados que seguían detrás de mí.

La cicatriz de mi pómulo estaba, como no podía ser de otra manera, abierta y sangrando, pero no tenía ninguna herida más de gravedad.

Agotado, pero milagrosamente vivo.

Descansábamos cuando ellos paraban de atacar. Entonces, salía algún vecino de su casa y nos traía agua, café o algo para comer. De vez en cuando era algún compañero o algún soldado de alto rango el que nos mandaba bajar a la plaza de Fernando el Católico a descansar, a menos de doscientos metros de la barricada, pero a los quince minutos volvían a atacar por otro sitio y volvíamos al infierno. No dábamos abasto con nada; ni con los muertos, que los aprovechábamos para parapetarnos en ellos, ni con los heridos para evacuarlos hasta el hospital de campaña, ni con los ataques por tierra, ni con los aéreos. Ni siquiera de madrugada hubo descanso.

Ellos habían avanzado cuatrocientos metros en siete horas, les estaba costando.

A mitad de la noche nos ordenaron que levantásemos una barricada mayor allí, en aquel cruce, sobre la débil fortificación que se estaba despedazando entre las calles Urzaiz, Travesía de Vigo y Pizarro, el cruce al que los vigueses llamamos el cruce de Los Llorones, rodeados por edificios de entre ocho y diez plantas. Los vecinos nos ayudaron a fortificarla con somieres, coches, armarios, contenedores y camiones, además de los sacos de arena. Al acabar hicimos turnos para que algunos pudiéramos reposar algunas horas seguidas, ni siquiera dormir, ya que era imposible. Pero a las 5:30 de la madrugada, Rubi y yo bajamos a la plaza de Fernando el Católico a descansar, entramos en el bar *León* para asearnos y luego salimos para tirarnos un rato en el suelo de la acera. Allí quedamos extasiados. Me obligué a que estuviéramos allí al menos cuatro horas. Pero no pudimos aguantar tanto.

Aquello no había sido nada, comparado con lo que se nos vino encima después.

Ese miércoles 17 de mayo, día de las letras gallegas, a las 8:00 de la mañana, cuando Rubi y yo no teníamos fuerzas ni para levantarnos a mear, los santistas comenzaron un ataque masivo en cinco barrios de la ciudad a la vez;

Teis, San Juan, O Calvario, A Florida y Bouzas. Y volvimos otra vez a subir a mi barrio del Calvario para la defensa.

Habían tardado unas pocas horas para avanzar los anteriores cuatrocientos metros, pero esta vez tardaron doce horas en avanzar cero metros. Por aquella zona estábamos consiguiendo retener su avance. Parecía algo imposible, pero seguíamos resistiendo.

8. La Leyenda

Vigo, 18 de mayo de 2017

El frío de la madrugada había entrado con fuerza cuando me senté haciéndome un hueco entre los escombros, y dejé caer mi espalda sobre la confortable pared lateral de la iglesia neogótica de Santiago de Vigo o, mejor dicho, de los restos de ella que aún quedaban en pie. Necesitaba dormir algo, o al menos, cerrar los párpados y descansar. Rubi había bajado hasta el puerto para que le curasen una herida en el brazo y así aprovechar para estar un rato con su hermana. Yo sabía que iba a ser muy complicado pegar ojo, y es que ya no era el mismo hombre de hacía unas pocas horas. Rubi tampoco lo era; había madurado en tan solo dos atardeceres.

Aún no podía asimilar lo que nos acababa de pasar; centenares de muertos, compañeros, amigos, vecinos, unos desaparecidos por completo, otros desmembrados, algunos irreconocibles, edificios derrumbados..., miles de familias quebradas en solo dos días. En definitiva; el horror de la guerra vivida en nuestras propias carnes por nuestras propias calles.

Pero lo que peor me hacía sentir de todo aquello, era que yo también había matado. Le había quitado la vida a alguien, a varios, y eso era algo con lo que tendría que vivir el resto de mis días. Ese peso nunca lo podría despegar de mis hombros.

Alguien a quien ni si quiera miré a la cara me acercó una manta y una taza de café caliente, ya que hacía un frío de mil demonios pese a estar en primavera, y me dijo algo como: «Trata de dormir un poco». Por la voz supe que había sido una mujer.

Después de un buen rato con la mirada perdida en la nada, al mover la cabeza hacia la derecha observé cómo, sobre las escaleras de piedra que suben hasta la plaza de Portugal, cientos de mis nuevos compañeros y compañeras, tanto civiles como soldados, tenían la misma mirada perdida que yo; descansaban vacíos de fuerzas y espíritu después de una extenuante contienda. Una de ellas, la cual no tendría ni dieciséis años, con la manta echada por encima de la cabeza y una taza de café humeante entre sus manos, bajaba las escaleras tratando de hacerse un hueco entre los demás, en algún rinconcito que quedara libre para sentarse sobre los peldaños de piedra para, al igual que todos, tratar de descansar. Pisó a varios de los que allí estaban, y ni ellos protestaron ni ella pidió excusas. No había fuerzas ni para un «¡Ay!».

Frente a esas escaleras y hacia mi izquierda se extendía la callejuela que, hasta hacía pocas semanas, estaba igual de concurrida que ahora, pero por un

motivo bien diferente. Entonces, la gente se arremolinaba a las puertas de los pubs para fumar o esperaban impacientes en las largas colas de entrada en los bares, mientras algunos bailaban la música que salía de aquellos sitios a todo trapo. Pero los hombres y mujeres que estábamos allí ahora, hacíamos algo muy distinto; unos se secaban las lágrimas a escondidas mientras otros les consolaban; algunos miraban fotos de sus seres queridos en sus teléfonos; muchos fumaban; otros gemían por el dolor de sus heridas abiertas mientras eran atendidos por los sanitarios; algunos pocos dormían, pero todos estábamos igual de extenuados, sucios y completamente derrotados.

Yo hice lo mío para desconectar; escuchar música. Necesitaba dormir y no lo conseguiría de no relajarme. Pero para esa labor tenía dos álbumes mágicos en mi *playlist*; el *New Life* de Paul Cardall y el *Eden Roc* de Ludovico Einaudi. Dos álbumes que me elevan muy alto; a veces 100 metros, a veces 3 000... Y desde allá arriba me veo pequeñito y decido que me lleven hasta el lugar donde quiero estar en ese preciso momento. Una vez allí, revivo algún momento mágico y feliz, o reconstruyo algo que hice mal. En otras ocasiones repaso una frase que alguien me dijo o una sonrisa que alguien me regaló. Y si lo que quiero es volar, vuelo; si prefiero inventar momentos, los invento; y si alguno de estos discos los escucho de noche en mi cama, solo entonces, después de volar... logro conciliar el sueño.

En aquella ocasión elegí al maestro Einaudi con *Due Tramonti*. Sabía a dónde y a cuándo quería que me llevase; hasta ella. A un lugar muy preciso en el tiempo y en el espacio.

Con las primeras notas del piano me elevé poco a poco, muy despacio, lo suficiente para atravesar la leve bruma de la noche hasta que las figuras de las cabezas y los cuerpos estirados de todos aquellos compañeros que me rodeaban, amontonándose en los alrededores de las ruinas de la iglesia, se iban haciendo cada vez más pequeñas a medida que yo me iba elevando y viendo los tejados de los edificios que aún permanecían en pie, algunos aún humeantes. Entonces alcancé las nubes, que lo envolvieron todo. Me detuve un instante y pude ver cómo las primeras gotas de lluvia comenzaban a desprenderse. En ese punto, cuando entró el sonido grave de la viola, comencé a bajar hasta aquel mismo lugar, pero mucho antes en el tiempo.

Los valientes hombres y mujeres que me rodeaban fueron levantándose gradualmente de su fatiga, y se vistieron con ropas más alegres y menos sucias. Cambiaron los restos de sangre de sus cabezas, por gomina y tupés bien peinados. Se quitaron las heridas de sus brazos para pintarse tatuajes, como

también ocurrió en mi cuerpo, y se fueron deshaciendo de las mantas que los cubrían para cambiarlas por chaquetas de piel y vestidos de noche. Los fusiles que llevaban en sus manos se convirtieron en vasos de tubo con cubatas y botellines de Estrella Galicia. El silencio, roto con gemidos y llantos de dolor, tornó en risas y música reguetón. Y sus caras, desencajadas por el dolor, se transformaron en sonrisas borrachas.

Probablemente, todos los que estábamos allí tratando de dormir y olvidar, teníamos muchas cosas en común, y seguro que alguna de ellas eran anécdotas que habían ocurrido en ese mismo lugar; una de las zonas con más vida nocturna de la ciudad. En otro momento, en otra noche, pero... bajo el mismo cielo, sobre las mismas piedras y con los mismos cuerpos.

Volé hasta una noche muy especial. Una cena de navidad envuelta por la lluvia, cuando Sara y yo trabajábamos juntos en el mismo centro comercial y ya llevábamos unas semanas de relación, pero ella no quería que nuestros jefes se enterasen y, aunque era *vox populi* entre los compañeros y pronto llegaría a oídos de los de arriba, había que guardar la compostura. Después de la cena fuimos a uno de esos locales famosos de la noche viguesa, uno que estaba hacia el otro lado de la, ahora, abatida iglesia. Frente al único lateral que ahora mismo aún se mantenía en pie.

El Ensanche, el local al que fuimos a bailar, siempre me había gustado. Me encantaba aquel sitio. Ponían música de los 80 y 90, y no era el típico de gente joven ciega perdida de alcohol. Era para gente de más de treinta, aunque había de todo.

La melodía de *Due Tramonti* me acompañó hasta dentro. El portero abrió la puerta, entré abriéndome paso entre la multitud que abarrotaba el pub y subí las escaleras de la derecha para encontrarme, al final de la barra, conmigo mismo. Allí estaba yo bailando con Sara y los demás compañeros de trabajo. La música de mi cabeza dejó de sonar por un instante, para dar paso a uno de los temas más populares de Hombres G. Se acercó nuestro jefe de sección, un hombre mayor a punto de jubilarse y muy buena persona, apoyando sus manos en el hombro derecho de ella y el izquierdo mío, para decirnos algo tratando de elevar su voz por encima de la de David Summers. «Hacéis muy buena pareja. ¿Por qué no salís juntos algún día?», dijo sonriendo. Nos guiñó un ojo y nos repartió un par de collejas a cada uno para seguir bailando *El ataque de las chicas cocodrilo*, cubata en mano. Vaya borrachera llevaba encima, iba hamaca perdido. Yo me eché a reír, pero Sara quedó con la boca abierta, tan sorprendida que se puso colorada de la vergüenza. Aquello había sido un

punto de inflexión y, después de aquella noche, normalizamos nuestra relación sin ningún problema, como si nos quitásemos un peso de encima.

En aquel viaje al pasado, mientras salíamos del local, la música pop se fue transformando en la que salía de mis auriculares hasta que el piano y la viola aparecieron con total nitidez. Y recordé que, mientras nos arremolinábamos entre la gente para salir de allí, nuestros cuerpos estaban pegados, ella delante de mí, y le cogí la mano. Fue un instante escondido, oculto, perfecto. Al salir nos quedamos rezagados a propósito, ya que llevábamos toda la noche sin darnos ni un solo beso. Mientras los demás enfilaban hacia la fachada de la iglesia para ir a otro local y, aprovechando la lluvia, la distracción de los compañeros abriendo sus paraguas y abrochándose los abrigos, cogí a Sara de la mano y, corriendo, la llevé a la parte de atrás de la iglesia. Con mi espalda pegada a la pared la tomé por la cintura y la acerqué hacia mí, hasta que nuestros cuerpos y labios se juntaron. Nos besamos todos los besos que nos debíamos de toda aquella noche; nos mordimos, nos separamos, nos volvíamos a juntar, tan pegados que en varias ocasiones nos golpeamos los dientes, nos despeinamos, nos abrazamos más, nos reímos, nos cogimos el culo, el pecho, la cara, el cuello...

Los besos a escondidas saben mucho mejor, y mucho más si es bajo la lluvia, eso es un hecho. Había tantas cosas que echaba de menos de Sara... Y esa era una de ellas; sus besos bajo la lluvia.

Yo volví a vivir aquella pasión, pero viéndonos desde arriba. Con la música, muy pegado al tejado de la iglesia y a las gotas que caían sobre nosotros. Era consciente que lo estaba recordando, o... ¿Quizás ya me había dormido? Fuera como fuera, estoy seguro de que, en ese mismo instante, mi boca estaba sonriendo con aquel recuerdo tan bonito que había sucedido en una pared cercana a la que yo estaba apoyado en ese momento, pero en otra noche..., en otro tiempo. Ahora la vida era muy diferente. Aquel lugar también lo era y, nosotros, aquellos que estábamos allí con mantas, café y el culo pegado a la piedra fría, tampoco éramos los mismos. No había cubatas, ni reguetón, ni chupas de cuero, ni vestidos de noche, ni gomina, ni sonrisas, ni chicas cocodrilo, ni besos escondidos. Todos habíamos cambiado. Pero yo había conseguido volar hasta Sara y, en algún momento hacia final de la melodía, me quedé dormido.

Todo aquello se nos venía muy grande.

Una ciudad de 300 000 habitantes, con 500 soldados y algo más de 4 000

civiles jugando a serlo, la mayoría sin formación militar alguna y sin armas ni munición para todos, era imposible que aguantase el asedio del bando santista, que rodeaba la ciudad Olívica con cerca de 8 000 soldados bien pertrechados. Pero el General García Santos no tenía prisa ninguna, y a nuestros oídos nos llegó la información de que la cosa iría para largo; ellos no querían malgastar munición ni vidas por obtener el control de una insignificante ciudad como Vigo. Su plan era dejarnos sitiados, sin más ataque que el rodearnos bien y no dejarnos salir, al igual que en el sitio de Leningrado en 1941; no entrarían suministros a la ciudad, tan solo le bastaba con algunos pequeños bombardeos con drones y ataques esporádicos de francotiradores a todo aquel que se acercara a la línea del frente para ir mermando nuestras fuerzas. Con eso le llegaba para que en unas semanas nos viéramos forzados a rendirnos.

Además, nosotros íbamos dando palos de ciego. Estábamos instalados en el centro de Vigo y cuando había un bombardeo por el este subíamos hasta el barrio del Calvario a defendernos. Si el ataque era por el sur, nos movilizaban a todos para bajar hasta la plaza de América. Acabábamos destrozados de ir de un lugar al otro y casi siempre llegábamos tarde, no había organización ninguna. El orden era catastrófico. El coronel al mando del regimiento no se ponía de acuerdo con el responsable de la Resistencia Civil de Vigo y, la mayoría de las veces, recibíamos ordenes contradictorias. Aquella batalla la teníamos perdida desde el principio, era como un partido de fútbol con fuerza desigual entre un equipo de tercera y uno de primera; nosotros teníamos la motivación y las ganas de resistir, y lo hacíamos, pero ellos tenían las mejores armas y en cualquier momento, en una sola jugada, cuando estuviéramos más cansados, acabarían por ganar el partido.

A la mañana siguiente de aquel devastador ataque, en el que habíamos perdido más de tres millares de compañeros — tanto civiles como soldados —, nos mandaron llamar a los que habíamos tenido formación militar. La reunión sería en el teatro García Barbón, donde tantas veces me había subido a su escenario para bailar con mi grupo *Lembranzas Galegas*, y se haría en tres sesiones para que todo el mundo presenciara el acto.

El maravilloso teatro, obra del arquitecto Palacios, aún permanecía en pie; intacto.

Rubi me convenció para acompañarme pese a que no tenía formación militar alguna, pero acepté, para escuchar lo que nos iban a decir no la necesitaba, así que entramos y nos sentamos en las butacas de la última fila. En la reunión, el que llevaba la voz cantante era el hombre al que todos

llamaban «Capitán», aunque nadie sabía a ciencia cierta el porqué de aquel nombramiento; unos decían que había sido capitán del ejército, y otros decían que, simplemente, había hecho la mili en la legión. Era un hombre apuesto, elegante, de unos cincuenta y pocos años y de, más o menos, 1.85 de estatura, con la coronilla calva y pelo blanco alrededor de ella por encima de las orejas, barba blanca bien afeitada, nariz larga, complexión delgada, manos enormes, de gesto sonriente y mirada bondadosa. Se presentó como el Sr. Moreiras.

«Puesto que ha llegado a mis oídos que alguno de ustedes me ha nombrado *capitán*, sin serlo —indicó haciendo el gesto de las comillas con los dedos provocando la sonrisa de los oyentes—, y después de ver que pocos son los que me llaman por mi apellido..., acepto el cargo muy gustosamente. Pero estén tranquilos que aquí no se va a detener a nadie por llamarme como sea. Nosotros, la Resistencia Civil de Vigo, no somos ni capitanes, ni coroneles, ni sargentos. Aunque tengamos que imitarlos. En acuerdo con el coronel Santillana y la teniente Enríquez, que será nuestro enlace directo con el ejército republicano, simplemente tendremos una o dos personas al cargo de diferentes compañías para mantener un poco de organización, para que la defensa de la ciudad mantenga un cierto orden. Si no, esto es un caos. Pero cada compañía tendrá sus mandos militares a los que habrá que obedecer sin miramientos. Y siempre, siempre, estaremos en segunda línea de defensa. Nos uniremos a ellos. Y solo así, unidos, podremos resistir. ¡Y lo haremos! ¡No pasarán! ¡¡Viva la república!!».

Todo el teatro estalló al unísono con un «¡Viva!», seguido de un aplauso rotundo.

Después de escuchar una charla motivacional sobre la importancia de la resistencia de la ciudad a cargo del alcalde Abel Caballero, de ponernos al día sobre la situación del país, que ciudades estaban tomadas, cuales otras seguían resistiendo, etc. La teniente Enríquez, al mando en la ciudad de las tropas republicanas, fue pidiendo que nos pusiéramos en pie por grupos, así como nos fuera llamando. Primero militares en la reserva y demás miembros de las fuerzas del orden; guardia republicana, militares desertores de García Santos —los menos—, y policías. Estos se pusieron en pie para ir subiendo al escenario uno a uno, y allí, sobre una improvisada mesa de despacho, se iban anotando en una hoja y un suboficial le informaba a que compañías estaban encomendados. Luego llamó a los que habían hecho el servicio militar, donde me encontraba yo. Y por último a los miembros de seguridad privada y

cazadores con licencia. Cuando llegué hasta la mesa, un sargento me preguntó dónde había hecho el servicio militar, en qué año, qué destino había tenido, si había tenido algún rango, y todo lo que le pudiera aportar de información a destacar. Le conté que había sido cabo de remplazo del ejército del aire en la madrileña base aérea de Cuatro Vientos, y respondí a todo lo demás que me preguntó. Al acabar me emplazó al mismo grupo que a los exmilitares y policías.

—Usted será miembro de la compañía *Reiseñor*^[32], preséntese al capitán de la resistencia civil, el señor Moreiras, en la plaza de la Tercera República esta misma tarde.

Rubi subió al escenario cuando llamaron al tercero de los grupos, y les confesó que no tenía licencia de armas, pero les mintió diciendo que su padre era cazador y sabía cómo manejar un arma desde pequeño. Lo aceptaron sin hacerle más preguntas y lo destinaron a la compañía *Águia*^[33], la encargada del barrio de La Florida.

En la explanada abierta de la antigua Plaza del Rey, frente al ayuntamiento, que ahora se llamaba Plaza de la Tercera República, se formaron cinco largas filas para cada una de las cinco compañías de las que se componía la resistencia. Había cientos de mujeres y hombres como yo, unos más jóvenes y otros no tanto. Todos con el mismo miedo y confusión en la mirada, pero todos con las mismas ganas de ponerles las cosas más difíciles a los golpistas para que tardasen en hacerse con nuestra ciudad. Aquel lugar se había convertido en el centro de operaciones de la resistencia, junto con el edificio consistorial. Pregunté a un soldado por mi compañía y este me indicó con la mano que era la mesa número uno.

A partir de entonces, tanto la Resistencia Civil como el ejército republicano, trabajamos juntos. Hubo organización, cada compañía estaba destinada a acompañar al ejército en cada uno de los frentes de la ciudad; cinco frentes, cinco compañías, cinco barrios. Pero lejos de las barricadas que se habían formado. La mía estaba en el cruce de los Llorones, donde comenzaba mi barrio del Calvario, que ya había caído por completo en la zona nacional. Después de habernos organizado, al fin, ese día no hubo ataque ninguno por parte de los santistas, como bien habían dicho aquellos rumores. Pero el ejército republicano no se fiaba y nos mantuvieron en alerta.

La tarde del 20 de mayo nos reunieron a los casi trescientos miembros de la compañía *Resiseñor* en la plaza de Fernando el Católico, a doscientos metros de las barricadas del calvario. La teniente Enríquez, una mujer alta de unos

treinta años, con el pelo rubio siempre recogido en una coleta bajo la gorra, que infundía una seguridad tremenda en todo lo que hacía o decía y una elegancia en su manera de moverse y expresarse abrumadora, se subió a uno de los bancos de madera de la plaza y alzó la voz para saber cuántos de los que estábamos allí éramos de aquellos barrios; levantamos la mano una veintena.

Nos mandaron entrar en el bar *León*, donde se estaba llevando a cabo una reunión con los altos mandos. Querían saber cuántos de nosotros sabríamos cómo pasar al otro lado de las barricadas sin ser vistos, para que algunos soldados pudieran mezclarse entre las tropas golpistas y realizar una misión que podría suponer una gran ventaja, ya que tendríamos que hacer tiempo hasta que el buque de asalto anfibio Galicia llegase hasta la ría con más soldados, más comida y más armamento. Algunos no dijeron nada, no sabían cómo llevar a cabo algo así, pero varios expusimos las ideas que se nos vinieron a la cabeza.

Yo conocía aquellos barrios como la palma de mi mano, ya que siempre había vivido allí, entre el barrio del Calvario y el de San Roque. Y mi idea fue una de las que más les gustaron. Les expliqué más detalladamente en un plano por dónde creía que sería la mejor forma de hacerlo, me dieron las gracias y después de tomarme un café, al que fui invitado, salí a la calle.

El frente nos rodeaba trazando una línea curva, aunque en forma de W estirada, que bordeaba el centro de la ciudad; desde el suroeste en la plaza de la Industria Conservera, en el puerto, hasta el norte en la rotonda de Isaac Peral, y que pasaba por: calle Coruña, Plaza de América, subía hasta la mitad de la Gran Vía en la Plaza de España y continuaba por la calle Puerto Rico, Cuesta de San Honorato, San Roque, el callejón de Talude, cruce de los Llorones, bajaba por la Travesía de Vigo, Antón Beiras, e Isaac peral, hasta la rotonda con García Barbón. Una W casi perfecta, que atosigaba la ciudad empujándonos hacia la ría. Yo sabía que el lugar más favorable para que se infiltraran en el bando nacional era por el barrio de Ribadabia, para llegar a la finca de San Roque, ya en el bando nacional, un parque donde se celebra una romería urbana por el patrón de nuestra ciudad cada 16 de agosto, y que se encuentra muy cerca de mi casa. Pero el barrio de Ribadabia también era el lugar más débil de nuestra defensa, ya que es un barrio de viviendas unifamiliares o edificios con no más de 3 plantas, muchos abandonados u *okupados*, con muchas de sus calles sin salida, que iban a dar a campos y fincas privadas, la mayoría abandonadas donde solo hay matorrales y basura.

Pero eso también podría ser una ventaja. Lo malo de escoger esa zona era atravesar la cuesta de San Honorato, entre Ribadavia y San Roque, donde estaban las líneas enemigas, pero teníamos algo a favor, que yo conocía muchas de aquellas fincas privadas. Solo había que cruzar la cuesta de San Honorato y atravesar aquellas parcelas hasta la finca de San Roque, una vez allí ya podrían investigar dónde tenían montado el campamento para que aquellos hombres hicieran su cometido.

Les dije que podrían resguardarse en mi casa mientras preparaban lo que tuvieran que preparar, ya que se encontraba dentro del lado santista.

Después de que un grupo de oficiales y suboficiales del ejército, junto con nuestro capitán Moreiras, se quedaron hablando en privado, la teniente Enríquez salió del bar *León* para volverme a llamar y me pidió si los podía guiar hasta allí. Ellos solos no sabrían por dónde tirar o en qué lugar esconderse en caso de ser descubiertos, o bajo cualquier otro imprevisto que surgiese. Alguien que conociera bien la zona les vendría de perlas. Acepté sin miramientos, sin darle vueltas al riesgo que tendría el llevar a cabo aquello. Sin pensar en las consecuencias que aquella misión podría suponer.

Y las hubo.

Aquella misma noche del sábado 20 de mayo, emprendí, junto con siete militares, una aventura de la que no era consciente del riesgo que tenía; lo conocía, pero no quería ser consciente de ello. Aquel grupo lo formábamos tres soldados, un cabo, un cabo primero, un sargento, la teniente Enríquez y un civil de la resistencia, o sea... yo. Todos vestidos de civil para pasar inadvertidos.

Subimos hasta el barrio de Ribadavia por el paseo de Miñucas, hacia la parte trasera de un centro comercial que acababan de inaugurar hacía semanas en la calle Pizarro, hasta un parque donde la gente de la zona solía llevar los perros a pasear. Atravesamos el barrio sin problemas, por allí aún era terreno republicano.

Cuando comenzamos a ascender la estrecha calle Ribadavia, entre pequeñas casas unifamiliares *okupadas* y con grafitis en las fachadas, vimos, al fondo de esta, la barricada de nuestro lado y con varios hombres nuestros escoltados por un vehículo blindado, que ellos llamaban BMR —Blindado Medio Sobre Ruedas—, y que estaba equipado con un lanzamisiles. La teniente se acercó a ellos mientras los demás esperamos ochenta metros por detrás, entre el número 41 y el 43, y volvió con buenas noticias; por allí estaba todo muy tranquilo, no habían notado ningún movimiento en las últimas horas.

Aun así, les aconsejé que saltásemos el muro de una vivienda privada a nuestra izquierda y que yo conocía, ya que, de pequeño, había tenido que saltarlo unas cuantas veces para buscar los balones que se nos caían cuando jugábamos al fútbol por aquellas calles, así llegaríamos hasta el muro del lado opuesto, que iba a dar a lo más alto de la cuesta de San Honorato, desde donde podríamos tener una visión bastante amplia de la calle que tendríamos que cruzar. Atravesamos aquella finca abandonada ascendiendo el pequeño remonte lleno de espinos, maleza, árboles caídos y hierba alta, hasta que, totalmente en silencio, llegamos al muro que separaba la finca de la carretera, justo debajo de una valla publicitaria, pegados a un edificio de dos plantas.

Yo sabía exactamente dónde nos encontrábamos, justo al otro lado de un grafiti muy inquietante que llevaba años allí, con la cabeza de una mujer de pelo negro, tez pálida, con un ojo azul y el otro rojizo. Uno de los soldados sacó una especie de varilla metálica con un pequeño espejo en el extremo superior, y no más grande que un paquete de tabaco. Lo extendió y asomó el espejo por encima del muro. Desde allí divisábamos casi todo lo importante para nosotros. No había nadie cerca, pero, hacia la izquierda, cuesta abajo, pudimos distinguir unas barreras con alambre de espinos. Y unos metros por detrás, se podían ver varios vehículos blindados de los Garcíers.

Delante nuestro teníamos la calle de la Rola totalmente despejada, aquel era el lugar perfecto para bajar hasta la entrada de la finca de San Roque. Cada cinco segundos fuimos saltando el muro uno a uno, para cruzar la calle corriendo. Yo era el penúltimo, mi corazón comenzó a latir más aún de lo que ya lo estaba haciendo, era noche cerrada y no se escuchaba nada, ni un solo ruido, me dio miedo lo mucho que se escuchaban las pisadas de las botas contra el asfalto de los compañeros que habían salido delante de mí, pero sin pensármelo dos veces, eché a correr. Fueron quince o veinte metros hasta que me refugié entre los demás soldados que me parapetaron entre ellos, un poco más adelante de la tapicería San Roque y detrás de un coche. Para cuando lo hice y me di la vuelta, vi que el último había saltado conmigo, ni me había dado cuenta de ello. Subimos la estrecha calle para más adelante continuarla hacia abajo, hasta que llegamos al barrio de San Roque sin más sobresaltos que cuando nos detuvimos al ver que la cortina de un segundo piso se había movido y alguien nos estaba observando. Pero sin mayores consecuencias.

Ellos se comportaban como militares, agachándose entre los coches aparcados, corriendo, cobijándose en los portales de los edificios, haciéndose unas señas con las manos que yo no entendía..., así que me paré un momento y

les dije que ya estaba, ya estábamos del otro lado y no podíamos actuar así, vale que estábamos en toque de queda, pero nuestra actitud así llamaría mucho más la atención que si fuésemos caminando normal. Y mucho menos al llegar al barrio de San Roque, ya que en la mayoría de aquellas casas no vivía nadie, y yo sabía, casi al cien por cien, cuáles estaban habitadas y cuáles no.

Pasando el estanco nos metimos hacia la izquierda por un estrecho camino peatonal, pero solo unos pocos metros. No continuamos por él, a pesar de que nos llevaría hasta muy cerca de mi casa, porque también atravesaba una zona de edificios altos desde los cuales nos podrían ver muchas más miradas de las que deseábamos. Así que, saltamos el muro de la casa de Doña Herminia, popularmente conocida en el barrio como «El chalé de las palmeras», y nos metimos en su finca.

Doña Herminia era una señora muy mayor que había sido clienta habitual de la tienda de ropa de mi madre en los años 80 y 90, pero estaba tan mayor que se había ido a vivir al centro a casa de un hijo suyo. La casa era enorme, a mí de pequeño me encantaba ir a ese chalé a llevarle la ropa que había comprado cuando ya tenía las composturas hechas, porque era una casa espectacular, diferente a las demás casas de la zona, y porque siempre me daba propina. Si veías solo aquella casa por fuera, parecía que estabas en Miami o en un barrio rico de alguna ciudad caribeña; grande, de tres plantas, con la fachada lisa pintada de un salmón oscuro, con unas ventanas verdes semicirculares y otras cuadradas, con alféizares blancos de los que colgaban flores, y balcones que salían hacia afuera con columnas también blancas y rejas verdes, y la finca entera rodeada de palmeras altísimas, en lo alto de la colina.

Al llegar al muro opuesto de la finca, que daba a la calle Faisán, colina abajo, el compañero del espejo realizó la misma operación. A izquierda y derecha no había nadie, pero de frente, hacia el fondo, en un hueco entre dos edificios por el que podíamos ver una pequeña parte de la avenida Gregorio Espino, descubrimos varios vehículos 4x4 del bando nacional aparcados en medio de la calle.

En principio, nuestro objetivo era resguardarnos en mi casa para que, desde allí, ellos pudieran tener más fácil el poder infiltrarse mientras yo los esperaba tan tranquilo en mi salón. Pero llegar hasta mi edificio, para el que faltaban menos de trescientos metros, era arriesgado, porque tendríamos que salir al descubierto delante del parque canino y rodeado de grandes bloques por el cual podíamos ser vistos con demasiada facilidad por cualquiera.

Decidimos esperar allí el resto de la noche, lejos de cualquier mirada y resguardados tras el muro de la finca de Doña Herminia. De aquella manera, al hacerse de día podríamos salir a la calle como cualquier otro vecino de la zona, al acabar el toque de queda. Yo me quedé dormido con la espalda pegada al muro y después de haber tenido, entre susurros, una interesante charla con la teniente, en la que descubrí que se llamaba Irene, además de muchas otras cosas.

Por la mañana nos despertó el sonido de una corneta con el toque de diana, a lo lejos, pero no tanto como hubiéramos deseado. Aun así, después de dejar allí escondido entre la maleza el macuto en el que llevaban los fusiles por si la cosa se ponía fea, decidimos saltar el muro y emprender el poco camino que nos separaba de mi casa.

Lo haríamos por parejas, con una diferencia de quince minutos cada una para no llamar la atención, porque, aunque mis pintas eran la de alguien normal, la de ellos cantaba bastante, por sus cabezas casi rapadas y su actitud militar. Y si salíamos todos a la vez cantaríamos demasiado. Debatimos sobre si yo debiera salir en la primera tanda o no, pero finalmente decidimos que sí por una buena razón; si algún vecino veía entrar en mi edificio a varios desconocidos podrían hacerles alguna pregunta que no supieran responder y levantaría sospechas, así que fui el primero junto con la teniente Enríquez, la jefa de la misión.

Estábamos a punto de llegar, caminando tranquilamente por la acera derecha de la pequeña calle Escultor Nogueira, cuando un murmullo de gente hablando iba en aumento a medida en que nos íbamos acercando a nuestro objetivo. Al llegar a la esquina de mi edificio, justo donde tenemos la entrada al garaje y sin dejar de caminar, nos quedamos estupefactos. A mí casi me da un infarto. Estábamos en la puta boca del lobo. Toda la rotonda delante del edificio, donde hacía pocos días había estado junto con Aitana, Rubi y miles de personas más, delante de la CIG, ahora se asentaba la base militar de campaña santista.

—¡Joder, los Garcíers! —exclamó la teniente.

—¡Por aquí, venga por aquí! —le dije de manera impulsiva, agarrándola por la muñeca y tirando de ella hacia el garaje.

En un acto totalmente automático saqué el llavero en el que también tenía colgado el mando del garaje y lo pulsé, para no tener que avanzar hasta el portal a pesar de que tan solo nos faltaban veinte pasos, pero justo delante del edificio, a quince metros de nosotros, teníamos a un grupo de cinco soldados

fumando sentados en el borde del muro del jardín. En un acto improvisado le di otra vez al botón en cuanto se abrió el espacio justo para pasar y que se cerrase lo antes posible. Allí ya estábamos a salvo. El frescor y la familiaridad de aquel garaje a oscuras, me aportó una tranquilidad que hacía días que no sentía.

Subimos a mi casa y lo primero que hizo la teniente fue avisar a los demás por el *Walkie*. Yo me tiré en el sofá. Ya había vuelto a casa.

No podíamos abrirles, así como así, la puerta del portal sin que alguien nos viera, y mucho menos a los seis que faltaban. Tenían que meterse por el garaje. Y si podían hacerlo todos a la vez mucho mejor, para no llamar la atención con el estruendo que hacía el portalón al cerrarse. Les comunicamos que cuando estuvieran hacia la mitad de la calle Escultor Nogueira nos dieran un pitido al *Walkie-talkie*, para que no tuvieran que cogerlo en medio de la calle por si alguien los estuviera observando, así, al recibir el aviso yo podría sacar la mano por la ventana de mi habitación, unas plantas por encima del garaje, para pulsar el mando y abrirles el portalón. Así lo hicimos.

Yo me quedé allí, en mi casa, los tres días siguientes a haber llegado. Sin hacer ruido, con las persianas bajadas tal y cómo las había dejado, sin encender luces por la noche, comiendo los restos de latas que tenía en la despensa, y viendo por el día la televisión con los auriculares inalámbricos. Gracias a eso me enteré de todo lo que estaba pasando en el país, al menos la versión que daban en los informativos de la TVE, que seguían bajo el yugo del general García Santos, aunque a veces ponía otros canales donde solo emitían programas grabados para ver una película o serie y desconectar. Mientras tanto, ellos siete salieron en diferentes tandas para infiltrarse en el campo de campaña militar fascista y realizar los sabotajes que tenían pensado hacer, de los cuales yo no tenía ni idea.

Cuando lo consiguieron, al cabo de tres días volvieron a mi casa y me lo contaron. Había sido un éxito total. Vestidos como ciudadanos de calle que apoyaban el golpe y uniéndose a ellos para aumentar su fuerza, consiguieron infiltrarse en aquel campo. Con identificaciones falsas y falsas historias cada uno de ellos, se presentaron a diferentes soldados y suboficiales en diferentes partes del campo para unirse a la lucha. Los aceptaron sin ningún tipo de dudas, no eran los primeros ni los últimos que lo harían. Y estando con ellos haciendo labores secundarias de limpieza, mantenimiento, cocina, etc., fueron cometiendo los sabotajes, tanto de los drones con los que siempre nos

vigilaban y atacaban, como con varios de los vehículos blindados que tenían en aquel campo. Además, la noche antes de volver a mi casa, también adulteraron las grandes ollas de caldo que estaban preparadas para el rancho del día siguiente, con un poderoso laxante que hizo estragos en gran parte de los soldados. Que se cagaron encima, vamos. La pena que tuvimos fue que, para entonces, nosotros ya habíamos vuelto a la zona republicana y no pudimos disfrutar de los apretones ni de las caras de imbéciles que se les había quedado, al no poder utilizar sus drones ni sus blindados sin antes tener que repararlos. Lo que les llevó unos cuantos días.

La misión la habíamos logrado realizar con éxito.

Al volver a nuestra base todos nos recibieron con entusiasmo, y a mí, en particular, me estaban dando una fama que no merecía. Yo no había hecho nada valeroso, solo guiarlos por las calles en las que había crecido. Pero me paraban para hacerse fotos conmigo y me preguntaban si yo era Tito o Álex, incluso algunos me llamaban por mi apellido; Nogueira. Cuando se lo confirmaba me abrazaban, y siempre insistían en convidarme a algo, ya fuera un cigarro, un café, un vaso de vino o, en menor medida, alguna que otra compañera de la resistencia me llegó a ofrecer el pasar la noche con ella para agradecérmelo de una manera más íntima.

Incluso me pareció que Aitana sintió celos en una ocasión.

Yo había bajado a visitarla al puerto, donde tenían la carpa de la cruz roja, y ella, mientras me realizaba las curas en mi cara, me iba presentando a varias compañeras suyas que se acercaban a conocerme. Una de ellas se me insinuó descaradamente delante de Aitana, pero yo no le hice mucho caso y ahí quedó todo.

—Vaya, parece que tienes muchas admiradoras... Por eso nunca tienes tiempo de bajar a verme —me dijo con sorna, mientras me aplicaba el antiséptico en la cicatriz con menor delicadeza de lo habitual.

—¡Ay! —exclamé, quejándome de la fuerza con que me estaba cambiando el vendaje— ¿¡No me digas que estás celosilla!?

—¿¡Yo!?! ¿¡Celosa!?! Para nada, perdona. Y mucho menos de la fulana esa. Si yo te contara... Pero nada, tu disfruta y aprovecha la fama. Luego ya te quejarás si te pega algo chungo —finiquitó la conversación, dándome unos golpecitos en la espalda.

Lo que no sabía era que aquella fama, y mi nombre unido a ella, más adelante me traería grandes problemas. Pero eso ahora no importaba, habíamos conseguido el tiempo necesario para que en esos escasos días de

gloria llegase a puerto el buque Galicia con cientos de soldados más, y lo más importante; suministros y alimentos para la ciudad.

Llegó justo el mismo día en que, por la radio, dieron la noticia de que se había declarado oficialmente la guerra.

Era el 23 de mayo de 2017.

Pese a todo, no duramos mucho, diez días más para ser exactos.

El 2 de junio nos atacaron con tanta virulencia y por tantos frentes a la vez, que no pudimos resistirlo y acabamos sucumbiendo.

Vigo cayó aquella tarde

Durante el armisticio no podían detener a todos los ciudadanos porque, de una manera u otra, todos habíamos colaborado con la defensa de la ciudad, así que, habían llegado a un acuerdo con el dictador García Santos; solo entregando las armas, rindiéndonos pacíficamente y después de pasar por un control de identificación, los civiles seríamos libres y sin consecuencias. Aquel fin de semana, entre los días 3 y 4 de junio, hicieron prisioneros a los militares que no consiguieron escapar y que habían participado en la defensa de la ciudad.

El sábado por la mañana bajamos hasta el pabellón deportivo de Las Traviesas para pasar el control de identificación ciudadana.

Íbamos completamente acojonados. Sobre todo, yo, que sabiéndome partícipe de aquella misión que me había brindado una fama innmerecida, ahora podía suponer mi entrada en prisión o verme frente a un pelotón de fusilamiento delante de las tapias del cementerio. Al llegar nos dimos cuenta de que el aglutinamiento para entrar en el polideportivo era interminable; la marea de gente se alargaba calle arriba hasta la plaza de América a lo largo de más de 150 metros, pero una vez allí todo se iba moviendo bastante rápido, aunque tardamos cerca de una hora en entrar. Antes de hacerlo, entre la multitud se empezó a comentar qué era lo que pasaba allí dentro. La gente que salía liberada iba informando a los de afuera y la voz de lo que estaba ocurriendo en el interior del polideportivo corrió como la pólvora.

Allí dentro, los soldados santistas dividían a los miles de ciudadanos en veinte filas que iban a dar a veinte mesas en las que unos oficiales te esperaban para realizar un pequeño interrogatorio. Mientras se esperaba el turno, los soldados y algunos miembros trajeados y engominados de la NUP, iban paseando con semblante serio por todo el recinto, amenazando con los fusiles y pistolas para que se formasen unas hileras perfectas, y ya iban

avisando de que tuvieras preparando el DNI o el pasaporte para no hacer esperar al oficial que te recibiría en la mesa. Al llegar hasta él comprobaban tus datos y te hacían unas cuantas preguntas; a qué te dedicabas, qué habías hecho durante la contienda... Y según la impresión que les diese, si creían que habías tenido un comportamiento adecuado a su parecer o si percibían la más mínima duda sobre tu declaración, entonces te dejaban marchar o te llevaban preso al estadio de Balaidos, al igual que habían hecho con los pontevedreses en el estadio de Pasarón.

Al ambiente dentro era tan tenso que el pavor se reflejaba en las miradas de todos mis conciudadanos con una claridad tan palpable como abrumadora. Nosotros tres avanzábamos en silencio por la fila, rodeados de un escandaloso ruido susurrante de los miles de personas que estábamos allí metidas. Además de los susurros de miedo que cargaban el ambiente por la gente concretando las coartadas para salir de allí impune, también había ruegos mientras los altos mandos de cada mesa debatían la dramática o liberadora decisión; llantos cuando se comunicaba a cada individuo que su destino no era la libertad, y gritos desesperados cuando se producía la separación de las familias.

Un par de filas más a la izquierda comenzó una riña entre un grupo de soldados y un abuelo de no menos de ochenta años.

—¡El puto DNI en la boca, coño! —le gritó el soldado, a menos de cinco centímetros de la cara del anciano— ¿¡No me oyes, abuelo!? ¡En-La-Bo-Ca! ¡Cojones, ya! —A lo que el señor, con la mano temblorosa y arrugada, le obedeció y metió el documento entre los dientes.

—¡Así, coño! Y ahora grita, que yo te oiga —ordenó alzando la mano, haciendo el saludo fascista— ¡Y levanta el brazo, hostias! ¡Viva España!

—¡Pfiipfa! —respondió el hombre como pudo, mientras levantaba el brazo.

—¡Qué no, hostia! ¿Eres tonto? —le dijo, aplicándole un capón en la cabeza— ¡Qué repitas lo que yo te diga! ¡Viva España!

Me salí de la fila para tratar de llegar hasta aquel soldado y detener aquella vejación hacia el hombre, pero Aitana me agarró del brazo y, en ese mismo momento, un hombre de la NUP se me acercó, se me puso delante y me hizo un gesto de negación con la cabeza para que no se me ocurriera intervenir en aquella afrenta. Lo miré con desprecio y él abrió su chaqueta para enseñarme la pistola en la funda de su pechera. Retrocedí.

—¡Pfiipfa Sfaña! —dijo el abuelo, tratando de pronunciar lo mejor que podía.

—¡Viva el Rey!

—¡Pfpifa lrey!

—¡Viva Santos!

—¡Pfpifa ghantogh!

—¡Muy bien, coño! ¿Ves? Pues así, con el carné preparado en la boca hasta que te toque el turno, campeón. Y si se te cae o lo quitas, vuelves al principio de la fila—le dijo riendo, a la vez que le daba unas palmaditas en la cara. Y cambiando el gesto, levantó la cabeza y se dirigió al resto de la multitud— ¡El que me vuelva a preguntar si hay que enseñar el DNI en la mesa, lo va a llevar en la boca como el *viejales* este!

El anciano agachó la cabeza y continuó caminando, secándose las lágrimas.

Después de la humillante escena a la que ninguno de los allí presentes tuvimos el valor de intervenir, se hizo un silencio que duró unos pocos segundos. Todos nos sentíamos enrabiados y asqueados con nosotros mismos por no haber parado aquello y por la humillación tan rastrera, vil y cobarde a la que había sido sometido el pobre anciano.

Seguimos avanzando hasta que llegamos al final, desde allí ya se iban escuchando qué preguntas les hacían a los que iban delante nuestro y cómo tomaban las resoluciones. Antes de entrar nos había dado tiempo para preparar una historia común para los tres; Aitana y yo éramos pareja, vivíamos en Vigo junto con su hermano y cuando el frente llegó hasta nuestra casa ya no pudimos salir y nos quedáramos en la ciudad sitiados.

Yo tenía muchas dudas sobre poder escaquearme y que me dieran la carta libertad. Aitana lo notó y me cogió de la mano.

—No te preocupes. Seguro que no tienen pruebas de nada. Te dejarán ir, ya verás.

—No sé, no las tengo todas conmigo. ¿Y si ya pillaron a alguno de los militares que fueron conmigo o interrogaron ya a la teniente Enríquez? Seguro que ya saben mi nombre. O cualquier otro que haya oído hablar del sabotaje puede haberles dicho mi nombre. Escucha —le dije a Aitana, cuando ya faltaba poco para que me tocara avanzar hasta la mesa—, toma las llaves de mi casa, podéis quedaros allí el tiempo que necesitéis. Si me fusilan...

—¡Ay! Qué dices de fusilar —me interrumpió Aitana.

—Si me pillan me van a fusilar, Aitana, eso está claro. Así que escúchame, por favor. Si no salgo de aquí déjale una nota a mi hermana en casa. Cuéntale lo que ha pasado —Un sargento me hizo un gesto para indicarme que yo era el siguiente y no tenía más tiempo para seguir hablando—, dile que la quiero y vosotros... cuidaos mucho —El sargento repitió el gesto y se acercó hasta mí

—, y gracias, muchas gracias por todo —apreté su mano, ella me respondió con otro apretón y la solté para avanzar.

Me miró como se mira a alguien a quien no vas a ver en mucho tiempo, con los ojos brillantes de miedo. Con el mismo temor que el que yo debía de estar reflejando con mi mirada. Nos quisimos besar. Uno sabe bien cuándo la persona que tiene delante quiere besar y ser besada. Me sorprendió sentir esas ganas de hacerlo, y me desconcertó, pero no lo hicimos. No hubo tiempo. El hombre se me acercó y tiró de mí empujándome hacia la mesa de malas maneras.

—Y... ¡Ponyboy! —pronuncié— ¡No te metas en líos! ¡Haz caso a tu hermana! —dije alzando la voz mientras me acercaba a la mesa, para que Rubi lograra escucharme por encima de los gritos de una niña en la fila de al lado, que lloraba desconsolada porque a su madre se llevaban esposaba.

Después de que el oficial anotara mis datos en un papel copiándolos de mi documento de identidad, me preguntó a qué me dedicaba y qué había hecho durante la contienda.

—Soy dependiente de un comercio de ropa. Pero desde el día sin datos el centro comercial no volvió a abrir, así que... —El oficial no me dejó completar la frase.

—¿Pertenece usted a algún sindicato?

—No, señor.

—¿Qué ha hecho usted mientras les liberábamos de los rojos? No nos consta en nuestros registros. No ha colaborado con las fuerzas nacionales.

—Ya... no... es que... nos quedamos los tres en casa. Estábamos muy asustados, no sabíamos qué hacer y nos quedamos atrapados en la ciudad.

—¿A qué tres se refiere?

—A mi novia y su hermano, que vive con nosotros —contesté girándome y señalándoles a ellos, que esperaban angustiados en la fila, guardando un espacio de tres o cuatro metros por detrás de mí.

—¿No será que ustedes combatieron con las fuerzas republicanas y me quieren engañar?

—No, señor. Le he dicho la verdad.

—Mire, Alex... —prosiguió, echando un vistazo a mi documento— Nogueira Ariza. Usted sabe que, si miente en su declaración también está mintiendo ante Dios Nuestro Señor y ante Su Majestad el Rey de España, ¿verdad? —preguntó con una breve pausa— Yo dispongo de cierta información en estos papeles que demuestran que usted está mintiendo y que sí

colaboró con la basura republicana —dijo de manera chulesca, recostándose sobre el respaldo y mostrándome los folios por un instante, sin que me diera el tiempo necesario para ver qué tenían escrito—. Así que, le doy otra oportunidad para que se lo piense bien antes de contestar. Además... usted también sabrá que, si vuelve a mentir, la pena sería mucho mayor que unos pocos años a la sombra.

—Lo sé, señor —contesté sin guardar un solo segundo de pausa—. Pero no puede haber ninguna información en nuestra contra. No se me ocurriría mentir. Somos buenos cristianos, de verdad —contesté sin pensar. Poniendo la mejor cara de pena que pude en la mejor interpretación de mi vida. El hombre guardó silencio mirándome y yo le aguanté la mirada. Se incorporó hacia la mesa y anotó algo en el papel.

—¿Y ese vendaje en la cabeza? —preguntó sin mirarme, mientras seguía escribiendo.

Mi corazón latía a mil por hora. Contuve el gesto compasivo tratando de fruncir el ceño lo máximo que podía y contesté.

—Este fue el motivo por el cual nos quedamos sitiados en la zona roja, señor. En uno de los primeros bombardeos se nos cayó la casa encima y yo quedé inconsciente una semana. Mi novia y su hermano estuvieron cuidando de mí en el hospital hasta que nos trasladaron al campamento de los rojos en el puerto, y... hasta hoy.

Por suerte yo aún tenía el vendaje alrededor de toda la cabeza y Rubi seguía con el brazo en cabestrillo. Suspiré mientras deliberaba con otro oficial a su lado y guardé silencio esperando la resolución.

—Muy bien, aquí tiene —dijo haciéndome entrega de mi DNI—. Salga por aquella puerta.

Había colado.

No hizo más preguntas.

Al marcharme volví a suspirar aliviado y me giré para guiñarle un ojo a Aitana que guardaba turno en la fila, mientras Ponyboy avanzaba hasta la mesa. Me temblaba todo, hasta las pestañas. Quise esperar por ellos en la puerta, pero dos soldados me lo impidieron y tuve que salir del pabellón. Fueron unos segundos de una tensión absoluta y tenía una flojera en las piernas que pensaba que me iba a derrumbar en cualquier momento, a pesar de que tenía la certeza de que, si yo había salido indemne, ellos también lo harían. Primero salió Rubi, luego Aitana, y nos abrazamos solo un instante para alejarnos de allí lo más rápido posible. A ella y Rubi tampoco les preguntaron

mucho más, tan solo les tomaron los datos y la declaración que coincidía con la mía. No sabía si habían detenido a la teniente Enríquez o a alguno de los demás soldados de aquella misión, pero nadie les había dado mi nombre. Por lo menos, no hasta ese momento. Por ahora, éramos libres.

Aitana y Rubi volvieron a pasar la noche en mi casa, hasta el día siguiente en que Aitana, esta vez sí, volvería para Pontevedra. Ponyboy se iba a quedar en Vigo conmigo, ya que quería seguir colaborando con la resistencia en la clandestinidad.

—Tengo que ir a buscar a la *abu* —dijo Aitana mientras cenábamos—. Me quedaría con vosotros aquí para ayudarte a buscar a Sara y para impedir que este idiota se meta en la tontería esa de la resistencia —pronunció, señalando a su hermano—. Pero tengo que ir a por ella. Ya lleva casi tres semanas sola en el geriátrico, pobre. —continuó mientras me cogía de la mano por encima de la mesa.

—Normal, yo también haría lo mismo. No te preocupes por mí que yo voy a estar bien, e intentaré que a este se le quite la tontería de la resistencia.

—Ya os molaba, yo no me voy a puto rendir. ¡Arriba la república! —soltó Rubi, con el puño en alto.

—Espero que la abuela esté bien, no me imagino que hubiera sido de ella si nosotros no hubiéramos salido vivos de esta. No me la imagino allí sola, sin noticias nuestras y esperando a que la fuéramos a buscar. Menos mal que todo salió bien, dentro de lo que cabe —Aitana dijo aquellas palabras mientras se echaba hacia atrás con la silla—. ¿Te la imaginas allí sola? *Pobriña*^[34] —remató suspirando.

—¿La abuela?!... ¡Claro! ¡¡La abuela!! —exclamé con la boca llena, con un trozo de pan que acababa de mojar en el huevo y levantándome de la mesa.

—¿Qué pasa con la abuela? —preguntó Aitana exaltada.

—¡Joder! Cómo no se me había ocurrido antes, coño. Qué estúpido soy. ¡¡La abuela de Sara!!

—Y, ¿qué pasa con la abuela de Sara? No entiendo.

—Joder, pues que ella tampoco iba a dejar sola a su abuela, ¿no? Seguro que el día sin datos salieron de casa para ir a buscarla, que ella vive en Bueu.

Ellos dos se quedaron mirándome sin decir nada, pero no hizo falta, no les di tiempo.

—Me voy contigo a Ponte. Si me llevas, claro —le dije a Aitana.

9. Una Larga Noche

Pontevedra, 10 de junio de 2017

Aitana insistió en llevarme con su coche hasta Bueu, un precioso pueblo marinero al comienzo de la ría de Pontevedra. La verdad es que no sé qué hubiera hecho sin ella.

Cuando fuimos a visitar a su abuela, se dio cuenta de que había dramatizado de más con respecto a la preocupación de ella con sus nietos. Tonia estaba tan a gusto allí, en el hogar de jubilados, jugando al bingo y viendo la tele con sus compañeros, tan ajenos a la guerra, que quiso quedarse allí hasta que volviéramos de Bueu.

«*Marcha filla, marcha. Que eu aquí estou ben. Ti fai o que teñas que facer*»^[35], le había dicho Tonia a su nieta.

Dejamos pasar unos días desde que habíamos llegado a casa de Aitana, para que así nos diera tiempo de estudiar cómo estaba el ambiente por la ciudad con respecto a las fuerzas santistas. Estábamos debatiendo por qué carreteras sería mejor llegar hasta Bueu, cuando caí en la cuenta de que no sabía dónde vivía exactamente la abuela de Sara, había visto fotos y sabía cómo era la casa por fuera, de hecho, aún conservaba alguna en la memoria del teléfono, que era para lo poco que servía. Encontré una en la que se veía a Sara en la playa de Loureiro junto con sus hermanos, que habían venido desde Londres el verano anterior para pasar unos días todos juntos, también salía Chuchi en la foto; los cuatro en la arena y unos metros por detrás, asomada al muro de su casa, estaba la abuela saludando con la mano, a su izquierda había un hórreo de piedra y detrás de ella, entre los viñedos, se erguía la casa. Yo no sabía el sitio exacto, aunque podía irme a esa playa y recorrerla hasta encontrar lo que se veía en aquella foto. Entonces me acordé de Ana y David, los amigos de Sara con los que habíamos montado a caballo por la sierra de O Galiñeiro el día de las elecciones del año anterior. Ana era la mejor amiga de Sara desde el instituto. Seguro que ella sabía dónde vivía la abuela.

Fui hasta la ferretería de David, pero la tienda estaba cerrada a cal y canto, y tenía pinta de que no había abierto desde el día sin datos. Seguíamos sin señal telefónica así que decidí ir hasta su casa, lo que tenía que haber hecho en un principio.

Unos hombres estaban arreglando el intercomunicador y tenían la puerta del portal abierta, así que subí directamente hasta el segundo piso por las escaleras. Después de tocar el timbre sentí como alguien se asomaba por la

mirilla y escuché una exclamación: «¡Ay, Tito!».

Les conté todo lo que había sucedido desde el día sin datos hasta entonces, y David me trajo un mapa; era antiguo, una vieja guía Campsa del 98, de las que se usaban entonces para saber llegar a los sitios antes de que llegara a nuestras vidas el GPS. Y aunque estaba bastante obsoleto —con calles que ya no existían o con sus nombres anteriores a la república—, los pueblos, ciudades y carreteras comarcales eran las mismas que ahora. Ana estudió el mapa y me marcó el lugar exacto de la casa de la abuela de Sara. Ellos tampoco sabían nada de ella ni de Paco desde la tarde anterior al 2 de mayo, la última vez que habían tomado café juntas en una de las terrazas de la Praza da Leña.

Aitana y yo calculamos que aquellos veinte kilómetros que nos separaban de la casa de la abuela María, a la que Sara y el resto de la familia llamaban Mar, lo podríamos recorrer en algo más de media hora por la ruta que habíamos pensado que era la mejor y la más alejada de la costa; bordeando la localidad de Marín por los montes, para luego descender hacia Bueu y hasta el principio de la playa de Loureiro.

A primera hora del día siguiente iríamos hasta allí.

Esa noche me estaba costando dormir mucho más de lo habitual, le daba mil vueltas a la cabeza sobre cómo me iba a encontrar a Sara y Keira. Me preguntaba cómo estarían, cómo habrían pasado esos días allí, qué había sucedido el día sin datos después de que los soldados disparasen a *La bala azul*. Después de otras tantas vueltas en cama me pregunté qué pasaría si no las encontraba allí, cuál sería el siguiente paso y dónde podrían estar: ¿Con su primo Javi, del que no tenía ni idea de dónde vivía? ¿Con sus hermanos en Londres? ¿Alguna de aquellas balas le habría dado? ¿Estaría viva? ¿A Paco lo habrían asesinado en la purga de los mandos?... Me levanté para fumar un cigarro y beber un vaso de agua, para seguir preguntándome algo que no me había preguntado hasta entonces; ¿Y si Sara estaba en casa de su abuela con Keira, Paco y aquel chico con el que la habían visto pasear? Igual era aquel camarero que le ponía *likes* en Instagram. Quizás eran pareja y yo no lo sabía, ¿no? Llevábamos varios meses sin estar juntos y, aunque nos llevábamos de puta madre y teníamos una relación de amistad muy cercana, igual había cosas que yo no sabía. O igual yo necesitaba encontrarla, pero ella no necesitaba ser encontrada.

Me volví a acostar para tratar de dormir, pero no era capaz. Ahora, a lo que le daba vueltas era al impulso que había tenido de querer besar a Aitana en el

control de identificación y la sensación de que ella también me había querido besar.

¿Me estaba gustando Aitana? ¿De qué manera? ¿Era amistad o tan solo una atracción sexual?

Aquellos pensamientos estaban sacudiendo toda mi noche. Me levanté para fumar otro cigarro en la cocina y allí estaba ella, sentada a la mesa mientras comía galletas.

—¿No puedes dormir? —preguntó al verme entrar.

—¡Que va! Estoy dando más vueltas que un torero.

—¿Es el calor o es que estás nervioso? Estás nervioso, ¿no?... Por si la encuentras, digo —preguntó, mientras me sentaba en una silla frente a ella.

Tenía puesta una camiseta negra de tirantes con el símbolo de los Guns N' Roses, y sin sujetador debajo. No era la primera vez que la veía así, con aquellas camisetas extralargas impresas con leyendas de videojuegos o grupos musicales, que usaba a modo de camisón sexy. Sin más prendas que un tanga, una braga o, si hacía frío, un pantalón corto de pijama. Pero aquella noche de mediados de junio hacía un calor sofocante, lo que ayudaba a que yo no consiguiera pegar ojo. Yo también estaba con unos calzoncillos tipo Bóxer negros y una camiseta a la que le había cortado las mangas a tijeretazos.

—Más que nervioso por encontrarla, estoy nervioso por lo que me vaya a encontrar allí. No sé, tengo un mal presentimiento. Pero sí, sí que estoy nervioso.

Ella estiró su camiseta para sacudir las migas sobre la mesa y mis ojos fueron directos a su escote. Fue un acto reflejo que duró una milésima de segundo. Sin ninguna intención y totalmente involuntario, pero es cierto que lo hice. Sus pechos llamaban la atención, eso era evidente. Y una de las leyes de Murphy hizo acto de presencia; ella se dio cuenta de hacia dónde había dirigido yo la mirada. Son de esos momentos en que no sabes si seguir con la conversación que estabas teniendo y dejarlo pasar, o pedir disculpas por la indiscreción. Pero esas décimas de segundo en las que piensas cómo reaccionar te delatan culpable y la otra persona confirma tu acto indiscreto.

Ella no dijo nada. Es más, hasta me pareció que tiró un poco más de su camiseta y puso un excesivo empeño en salpicar las migas de las galletas repitiendo la misma acción. ¿O quizás era una trampa para ver si yo recaía y resultaba ser un mirón? Pero no, lo había vuelto a hacer más suave, más sensual. O igual no, y era yo que me estaba montando una película. Quizás el llevar tanto tiempo sin sexo me hacía ver todo de una manera más lasciva.

Cuando se levantó a beber un vaso de leche le miré las piernas e intuí su culo bajo la camiseta. ¡Dios! ¿Pero qué me estaba pasando!? Noté que me excitaba y giré la cabeza hacia el cenicero para posar el cigarro y evadirme de esa sensación. Se volvió a sentar y me sonrió, no dijo nada, solo sonrió. «¿Estará pensando lo mismo que yo? ¿O se habrá dado cuenta de que me estoy excitando? ¡Mierda!», pensé. «Como se me empalme lo va a notar».

Y cuanto más lo pensaba, más imparable era la excitación. Le di una calada larga al cigarro y mientras lo hacía me miró al paquete. No había duda, Aitana acababa de echar un vistazo a mi erección. Yo volví a ver para su escote, pero yendo más allá, tratando de adivinar el relieve sombreado de sus pezones duros bajo la camiseta. Cuando fui consciente de lo que estaba pensando y tratando de hacer, apagué el cigarro con efusividad y me levanté de un respingo. Tenía que cortar por lo sano con aquellos pensamientos.

—Bueno, me voy para cama. Que necesito dormir ¡Ya!

—Sí, además aquí hace un calor que flipas. Yo también me voy en un rato.

Ella se había sonrojado. ¡Mierda! ¡mierda! ¡mierda!, seguro que había notado mi erección. Que puta vergüenza.

Me mojé la cara, el cuello y la cabeza antes de meterme en cama. Entre el calor y la agitación de mi sangre, aquello me estaba matando. Con la enésima vuelta sobre mi cama, tratando de evadirme de los pensamientos que repasaban una y otra vez el cuerpo de Aitana, sentí abrirse la puerta de mi habitación.

Entró despacio, sin decir nada.

Cerró la puerta, se metió entre las sábanas y se quitó la camiseta antes de besarme. Hicimos el amor varias veces, antes de caer rendidos.

Nunca me había acostado con nadie desde la última vez que lo había hecho con Sara. Nunca. No era porque no quisiera hacerlo. No era por algún tipo de pensamiento extraño, ni porque yo siguiese enamorado de ella y pensara que, si lo hacía, mis posibilidades de volver con ella fueran menores, no se trataba de eso. Era algo natural en mí y totalmente involuntario. Nunca había sido de tener sexo esporádico con desconocidas en una noche, aunque sí lo había hecho en varias ocasiones, pero no era algo habitual en mí. No era capaz. Era como una frontera automática en mi mente que no era capaz de superar. Necesitaba algo más que solo excitación. Algún tipo de sentimiento, algo que no sabía lo que era, pero algo. Sin ese algo, mis ganas de follar se frenaban completamente y me impedía tener sexo con nadie..., hasta ahora. Porque Aitana tenía ese *algo*.

Fue como un paréntesis, pero no hubo un antes y un después. La relación que tenía con Aitana continuó de la misma manera que habíamos tenido hasta aquella noche. No cambió nada. Y era fantástico que fuera así. Pensé en ella, por supuesto que lo hice. Aitana era fantástica, joven, encantadora, valiente, buena persona, alegre, madura, muy sexy, y además..., *gamer*. Incluso se parecía físicamente a Sara. Lo tenía casi todo. Lo único que no tenía era lo más importante..., que ella no era Sara.

A la mañana siguiente después de una larga noche, nos metimos en el coche mientras bromeábamos uno con el otro. Había buen rollo. La verdad es que estaba contento y no me sentía mal por haberme acostado con ella, ni mucho menos, y ella parecía estar con la conciencia tan tranquila como la mía.

—Hoy pincho yo —dijo mientras le daba al contacto de su Golf.

Antes de ponernos en marcha fue pasando varios temas en el display del mp3 que tenía sincronizado con la radio del coche, hasta que encontró el que buscaba.

Nada más escuchar los primeros compases ya supe de qué tema se trataba; *You shook me all night long*^[36] de AC/DC.

—Muy apropiada —comenté sonriendo y comenzando a mover la cabeza al ritmo de la música.

Ella me miró apretando los labios e hizo un gesto subiendo los hombros y las cejas, como diciéndome que no sabía a qué me estaba refiriendo con mi comentario. Pero ella sabía lo que decía aquella letra tanto como yo.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó.

—Claro.

—Hacía mucho que no me acostaba con un chico —soltó sin rodeos—. Desde mi primera vez. Luego me di cuenta de que no me gustaban los hombres y solo tuve relaciones sexuales con chicas. Pero..., no sé. Igual es que me atraen las personas, en general. Unas más que otras, claro.

—Joder, pues... no sé qué decirte. Está guay eso, ¿no? Quiero decir..., que está de puta madre que lo tengas claro. Y, no sé, me siento alagado de que me lo cuentes.

—Es que es eso, creo. Que no me cuesta nada contártelo. Además, *You shook me all night long, baby* —remató sonriendo y guiñándome un ojo.

En treinta y cinco minutos habíamos llegado a nuestro destino en la avenida de Loureiro, unos metros antes de la bajada a la playa del mismo nombre. Ahí

estaba la casa de Mar, detrás de un muro de metro y medio fácil de saltar.

El frente de la casa no encaraba hacia la carretera sino hacia el lado derecho. Desde la carretera se veía uno de los laterales con tres ventanas adyacentes en el segundo piso, con las persianas completamente bajadas.

La vivienda estaba construida por bloques de piedra lisos de un tono rosado, rectangulares y con las uniones de los bloques encintadas de blanco. La entrada de la finca consistía en un portalón verde custodiado de dos columnas blancas y cubierta por una enorme parra de la que colgaban decenas de racimos de uva comenzando a aflorar su fruto, con la uva minúscula. Desde afuera se veía que, a la derecha de las tres ventanas y a la altura de estas, en el segundo piso, se encontraba la puerta de la casa. Estaba en una especie de semi galería a la que se llegaba por unas escaleras también de piedra, y en lo alto de la entrada se leía: «Villa Mar».

Desde la acera llamamos al timbre, pero nadie contestó ni se escuchó ningún movimiento.

Me metí por un estrecho callejón a la derecha del portalón de entrada para asomarme a ver si podía saltar dentro, cuando lo hice, vi que casi todo el perímetro de la finca estaba bordeado por enormes parras unidas entre sí.

Me dispuse a saltar encima de la vid, ya que por allí no me podía ver nadie, excepto los vecinos de la casa contigua, pero no había nadie en las ventanas y salté. Lo hice apoyando los pies sobre las columnas de piedra donde se asentaban las ramificaciones, para luego, dar otro salto que pensaba que era menor, pero del que me quedé bastante dolorido de los tobillos.

Abrí el portalón desde dentro y entró Aitana. No estaba cerrado con llave, tampoco se nos había ocurrido probar a girar la manilla por fuera. Vaya dos espabilados.

Directamente subimos las escaleras que daban a la puerta de entrada, pero no respondía nadie ni se escuchaba nada. Allí no había manilla que poder girar, solo un pomo redondo fijado en centro de la mitad inferior de la puerta de madera blanca, la parte superior estaba formada por nueve cristales opacos y rectangulares en forma de vidriera, por la cual no se veía tampoco nada a través de ella. Así que volvimos a bajar las escaleras para dar una vuelta alrededor de la casa y buscar otro posible acceso.

Cuando doblamos la esquina de la vivienda, hacia un pequeño patio exterior que había entre el lateral de la casa y una especie de cenador con tejas anaranjadas, ahí estaba, tirado en el suelo y boca abajo, el cadáver de la abuela de Sara, al lado del Ibiza.

La ropa de la abuela la cubría entera, pero supusimos que era ella a pesar de que no nos atrevimos a girar el cuerpo porque parecía prácticamente descompuesto, tanto que ni siquiera notamos ese olor tan descriptivo que siempre mencionan en las películas. Aitana me explicó que si no olía demasiado era señal de que ya lleva tiempo allí, ya que el olor es por la mezcla de los gases que sueltan el cuerpo y la carne al pudrirse. Al estar al aire libre y con el calor que había hecho aquellos días, aquel proceso se habría acelerado. Solo se veía con claridad que le habían disparado en la cabeza, y yacía entre una gran marca de sangre seca.

Me dieron náuseas, pero no llegué a vomitar.

El coche tenía las puertas abiertas, sin luneta, con miles de diminutos cristales sobre la bandeja trasera y con la carrocería cubierta de agujeros de bala, pero no había restos de sangre en ninguno de los asientos. Eso me tranquilizó.

Conseguimos entrar en la casa rompiendo uno de los pequeños cristales rectangulares que adornaban la puerta principal golpeándolo con la maceta de un geranio. Quité el resto de pequeños cristales que habían quedado colgados en el marco poniendo mi cazadora alrededor de mi mano y después la metí por dentro para girar la manilla interior. No estaba cerrada por dentro. No tenía echada la llave ni el cerrojo con la cadena. Entonces sí que sentimos un olor pestilente que nos golpeó en la cara en cuanto abrimos la puerta por completo.

—Aquí hay un cadáver más —le dije a Aitana preparándola para lo peor, mientras yo me tapaba la nariz.

Sentí un escalofrío en la nuca. Me detuve un instante antes de entrar y llamé por Sara con la voz entrecortada, casi susurrando, a modo de pregunta que salió sin haberlo pensado.

—¿Sara? —pronuncié desde allí mismo. Quieto, sin haber dado un solo paso.

Lo repetí una vez más y me pareció escuchar algo, un sonido raro, pero ya no sabía si había sido fruto de la imaginación, que me estaba jugando una mala pasada.

Entonces, sin mover un solo músculo, con la mano en el pomo de la puerta y mientras Aitana me preguntaba qué pasaba, se me vino a la cabeza la imagen de Sara sin vida, tirada en el suelo con un tiro en la cabeza en alguna de aquellas habitaciones, y me entraron ganas de llorar y, aunque tragué las lágrimas, me vino una especie de angustia que nunca antes había sentido.

No me había imaginado la posibilidad de encontrármela muerta hasta ese

preciso momento. Retrocedí varios pasos y sentí que me mareaba. Me tuve que apoyar en Aitana que seguía preguntándome qué era lo que estaba pasando, me senté en las escaleras y me faltaba el aire, no podía respirar. Saqué el Ventolin del bolsillo y me quedé allí, sentado, hasta que aquel ataque de asma y pánico se me pasó.

Después de un rato me tranquilicé. Aitana me preguntó si yo prefería que entrase ella primero, pero respondí que no. Entonces fui yo el que se preparó para lo peor y entré con cautela.

Avancé hasta la entrada de la cocina que estaba a mi derecha, sin puerta. En la esquina había un saco de pienso para perros esterilizados completamente vacío, de los de 2 kilos y echo girones. Alrededor de él había decenas de heces que se extendían por todo el suelo de la cocina. No había duda, eran de Keira; conocía bien cómo eran sus heces. La llamé, pero esta vez a gritos.

—¡Keira! ¿Estás aquí? ¡Soy papá!

Volví a escuchar como un leve gemido. Muy leve y muy débil, pero esta vez tenía claro que no había sido mi imaginación.

—¿Has oído eso? —pregunté a Aitana, con los ojos como platos y con el corazón saliéndose de mi boca.

—Sí, como un lamento. Muy flojito.

Repetí su nombre intercambiando Keira y Chuchi mientras iba recorriendo las diferentes estancias de la casa. Por el camino vi más pequeñas heces y el olor era nauseabundo. Cuando empujé la puerta del salón, que estaba entreabierta, la vi a ella.

Ahí estaba, en el sofá. Acostada de lado encima de un cojín marrón con sus cuatro patitas estiradas, con su lacito rosa en una coleta alta dejando sus ojos al descubierto y mirada de pena, mirándome y emitiendo pequeños sonidos casi imperceptibles. Al verme se empezó a excitar moviendo su rabito y tratando de levantarse, pero no podía, solo conseguía mover sus patas muy levemente. Era todo pelo y huesos, no tenía carnecita ninguna, estaba muy delgada y, de vez en cuando, jadeaba. Fui corriendo a la cocina para llenar un tazón de agua del grifo, se lo puse delante y comenzó a beber muy despacio, pero de manera continua. También le eché agua por encima, pues hacía un calor horrible allí dentro.

Mi pequeña estaba completamente deshidratada.

A medida que iba bebiendo, yo iba comiéndola a besos pese al olor pestilente que rezumaba, no me importaba nada, estaba viva. Ella fue poco a poco acelerando los lengüetazos, hasta que dejó de beber, entonces me

acerqué a su hocico y me lamió la nariz.

Apenas se podía mover.

Aitana fue a la cocina corriendo, buscó algo de comer y volvió con galletas y cereales.

—¿Esto sirve? —preguntó.

—Sí, los cereales le encantan.

Al principio le costó comerlos, pero se los machaqué y también, poco a poco, fue comiendo cada vez más.

Mientras yo me quedé con ella dándole de beber y de comer, Aitana echó un vistazo por el resto de la casa. No había nadie más; ni rastro de Sara ni de Paco. Entonces escuchamos el chirrido del portalón verde de la entrada y Aitana y yo nos miramos sobresaltados.

—¡Hola! ¡Soy Manolo! ¿Hola? —dijo una voz desconocida.

—¡Hola! —contesté alzando la voz— ¡Estamos en el salón!

—*¡Me cagho en dios! ¿Quién anda ahí?*

Salí a la puerta para ver quién era, y aquel hombre venía con un garrote de madera en la mano. Estaba más asustado que yo.

Después de explicarle quienes éramos y mientras Chuchi se iba recuperando sobre mis piernas, nos contó que una noche, un par de días después del día sin datos, se despertó sobresaltado con el sonido de gritos y un disparo. Se asomó a la ventana, pero no vio nada.

—Esos días se escucharon muchos disparos, solamente era uno más. Así que me volví a acostar— aclaró.

Pero unos minutos más tarde, cuando ya estaba volviendo a conciliar el sueño, volvió a escuchar unas voces en la calle. Se volvió a levantar mientras su mujer le preguntaba qué estaba pasando. Al asomarse de nuevo a la ventana vio cómo, cerca del edificio contiguo a la casa de Mar, unos hombres trajeados cerraban las puertas traseras de un coche, cada uno la de un lado, para luego sentarse ellos en los asientos delanteros y se marcharon de allí.

No consiguió ver sus caras ni quién iba detrás, solo pudo ver que el coche era de alta gama, negro, con las lunas tintadas y con una matrícula muy extraña que no consiguió memorizar por completo, pero sí algo que le llamó la atención; la matrícula empezaba por las letras ET y un espacio en blanco seguido de varios números. Estaba claro que era un coche del ejército de tierra y que aquellos hombres eran miembros de la Nueva Unión Patriótica. «Como los que se llevaron al doctor Aguirre de su casa», dijo Aitana. En su momento, aquel hombre no le había dado mayor importancia, de lo que ahora

se arrepentía, pero se volvió a excusar repitiendo que en aquellos días no había sido la única noche que se habían escuchado disparos y riñas, además, tampoco tenían mucho trato con Mar, más allá de darse los buenos días o buenas tardes, ya que ellos llevaban viviendo allí muy poco tiempo. Simplemente, lo dejó pasar.

Después de las explicaciones, Manolo nos ayudó a enterrar el cuerpo casi esquelético de Mar.

Lo hicimos debajo de la sombra del viñedo que también estaba pegado al muro trasero de la casa, frente a la playa y al lado del hórreo. Antes de irnos limpiamos un poco la casa, abrimos todas las ventanas y persianas para airearla, y buscamos por si había algo que nos dijera dónde podían estar, o averiguar qué les había pasado. Sabía que se los habían llevado a la fuerza, eso estaba claro, si no, Sara no hubiese dejado a Keira sola bajo ningún concepto. Pensé en la posibilidad de que ella hubiese dejado voluntariamente a Chuchi con su abuela para acompañar a su Paco a algún lugar, y alguien volvió a entrar para matar a la abuela. Pero con la versión que nos había relatado Manolo, y por la sensación que nos daba de que en el salón había habido una pelea, lo más probable era que aquellos dos hombres de la NUP, había entrado para buscar al padre de Sara por ser miembro de la armada y opuesto al golpe de estado, luego hubo una disputa, la abuela seguramente bajó por las escaleras interiores de casa para salir al patio a pedir ayuda y le pegaron un tiro en cuanto salió afuera. Sara trataría de impedir que se llevaran a su padre y finalmente se los habían llevado a los dos. No encontraba otra explicación.

Antes de irnos fui al baño y, mientras orinaba, me di cuenta de cómo había sobrevivido Keira allí sola durante un mes y medio. La tapa del retrete estaba levantada y la cisterna estropeada, siempre estaba goteando agua dentro de la taza, de manera continua, eso quiere decir que en cuanto el depósito se acababa de vaciar, se volvía a llenar instantáneamente. A mí me había pasado lo mismo en el de mi casa hacía años. Keira, con su instinto de supervivencia, al quedarse sin agua en su bebedero, que estaba completamente vacío, descubrió que saltando allí dentro podría beber, pero en cuanto se le acabó la comida y se quedó sin fuerzas para hacerlo, en algún momento se quedó en el sofá sentada y ya no se pudo volver a levantar. Habíamos llegado justo a tiempo.

La llevamos a su clínica veterinaria de toda la vida, muy cerca de la casa

de Paco en Pontevedra. Le pusieron un suero y nos dijeron que la teníamos que dejar allí, por lo menos, un par de días hasta que se recuperara. Estaba muy deshidratada, pero estaba bien.

Yo no me podía imaginar el sufrimiento por el que estaba pasando Sara en ese mismo instante; separada de su niña y sin saber nada de ella. Ahora tenía un motivo más para encontrarla, tenía que llevar a Keira con su madre cuanto antes.

10. Verano en el Bosque

Pontevedra, 17 de junio de 2017

Ya eran las diez de la noche cuando Tonia volvió a ligar otro menos diez para cerrar la mano y ganar la enésima partida, esta vez con tres ases y cuatro reyes. Nosotros, entre risas, nos quejamos por la rapidez con que lo había vuelto a lograr, aquellas cartas tenían que haberle salido de cara. Me levanté para ir hasta la cocina y preparar más café, queríamos la revancha a pesar de ser muy conscientes de que la abuela de Aitana era una fenomenal jugadora de Chinchón. Mientras debatíamos sobre si echar otra partida más o no, sentí abrirse la puerta de casa y noté que una sombra se cruzaba por delante de la cocina y se dirigía hacia el salón como una exhalación.

La puerta de entrada se cerró de golpe y yo fui detrás para ver quién era. El susto fue mayúsculo, ya que no esperábamos a nadie.

—¡Álex, te están buscando! ¡Estás en la lista! —dijo Rubi sin tan siquiera saludar, sudoroso, excitado y agitando unos papeles que traía en su mano.

—¡Joder, Rubén! —exclamó Aitana— ¡Qué susto, coño!

—¿En qué lista?, ¿de qué hablas? —pregunté yo.

Los miembros de la resistencia habían conseguido una lista de personas cuyo objetivo santista era apresarlos cuando antes para ejecutarlos. Alguien que trabajaba de incógnito para los partisanos de la Resistencia Civil, había hecho fotos a los archivos secretos de la NUP en una de sus oficinas en el centro de Vigo. Entre aquellos nombres estaba el mío, en el octavo puesto y rodeado con un circulito rojo. Acusado de sabotaje, sedición, delitos de sangre y contrario a la corona. «¡¿Contrario a la Corona?!», dije en voz alta.

Yo no estaba en contra de nada, solo estaba a favor de respetar la decisión que había tomado el país entero en el referéndum, de proteger la república y, sobre todo, mi ciudad. Solo me había defendido de los ataques y guiado a siete miembros del ejército a mi casa, nada más. Quizás en la defensa de Vigo había matado a algunos de los soldados del bando nacional, sí, pero como tantos otros. No había sido un ataque sino una defensa en toda regla.

La lista tenía un encabezado en el que ponía *Basura Roja*, y yo era uno de ellos.

No era capaz de dejar de ver mi nombre allí, junto con otras ciento diecinueve personas acusadas de muy diferentes cosas, por supuesto, todos republicanos. No solo ponía mi nombre, sino que también venía acompañado de una pequeña descripción al lado, aunque afortunadamente bastante errónea.

La leí en voz alta:

—Alejandro Noguerras —Mi nombre es Álex, no Alejandro. Y el apellido lo habían escrito con s al final—. Se le conoce como Tito o Álex El Rojo —¿Álex El Rojo? ¿Están de coña? ¿Quién se creen que soy, el malo de *El Mentalista*?

—¡Qué dices!, ¿pone eso? —preguntó incrédula Aitana.

—Te lo juro —respondí mostrándole el papel—. Mide 1.90 de estatura, complexión fuerte, pelo rubio, ojos verdes y multitud de tatuajes en los brazos. Se le distingue fácilmente por una cicatriz que le cruza la cara atravesándola en vertical, por debajo de su ojo izquierdo y hasta la barbilla. Carece de la mitad superior de la oreja izquierda. Vigo o alrededores. Peligroso.

La cicatriz también estaba mal descrita. Se veía con claridad, pero iba desde debajo del ojo izquierdo recorriendo el pómulo y hasta detrás de la oreja, de la que me faltaba un trozo superior del cartílago, no la mitad de ella. En lo demás solo habían acertado el color de ojos y los tatuajes. Yo medía 1.83, y con respecto al pelo, bueno, yo lo tenía castaño, pero en verano sí que se me aclaraba bastante.

En la complexión no acertaron ni de coña. Yo siempre fui delgado, y ahora, con la edad, la barriga iba asomando cada vez más, pero seguía siendo un *tirillas* de igual manera. Con un poco de suerte, con aquella descripción les costaría encontrarme.

Sabía que aquella fama de héroe republicano, totalmente infundada, no me traería nada bueno, y ahora, para más inri, además de estar en aquella lista en poder del ejército santista y de la NUP, Rubi me contó que ya se habían extendido varias leyendas sobre mí.

Unos decían que la idea de sabotear los drones había sido mía; otros contaban que había envenenado a más de quinientos fachas yo solo; otros que era una especie de animal sanguinario al que habían visto cómo le rompía el cuello con mis manos a un soldado santista; también se decía que en medio de una explosión todos mis compañeros habían muerto menos yo, que había salido volando sin un rasguño. Incluso había quién decía que era un fenómeno en la cama. Yo estaba *flipando* con aquellas historias. Pero no había manera de detenerlo.

Todo aquello, sumado a que me mi nombre salía destacado en la lista de la *Basura Roja*, hizo un efecto de bola de nieve que, de un oído a otro, fue haciendo más grande aquella leyenda. Rubi se cabreaba cada vez que alguna de aquellas historietas llegaba hasta él. Y siempre trataba de defenderme diciendo que eran mentira, que él era amigo mío y la realidad distaba mucho

de todos esos cuentos, pero nadie le creía.

—Por eso vengo —dijo Rubi—. El capitán Moreiras también está en la lista, y me ha dicho que te lo comunicara para que salgas de la ciudad cuanto antes. Que te vengas al sur, a Cabo Silleiro. Allí estamos montando un cuartel clandestino para miembros de la resistencia. Para permanecer unidos y escondidos mientras las tropas republicanas no llegan para liberar el norte del país de los fascistas.

—Que va, Rubi, yo no estoy hecho para esas cosas. Además, estoy pensando en ir hasta Lalín o a Mondariz a buscar a mi hermana. No sé por dónde seguir con respecto a Sara, así que trataré de encontrar a Tere.

—Bueno, precisamente esa es otra de las cosas por las que he venido hasta aquí, por tu hermana. Y es que... tengo una sorpresa para ti —pronunció, levantando las cejas varias veces seguidas y sonriendo, al mismo tiempo que sacaba un sobre blanco del bolsillo interior de su chaqueta—. ¡*Tacháán!* Toma, creo que es de tu hermana, ¿no? Ayer, antes de venir hacia aquí subí a tu casa para ducharme. Esto estaba en tu buzón. Por cierto..., aquí tienes las llaves.

—¡Hostia, no jodas!

Efectivamente, lo era. En el remite del sobre solo ponía Tere Nogueira, nada más. En ella, mi hermana me decía que en Mondariz todo estaba muy tranquilo y que iban los fines de semana a la cabaña que había hecho su novio cerca de Lalín. Allí estaba todo mucho más tranquilo aún y me decía que me pasara a visitarlos a cualquiera de los dos sitios o que me fuera allí a vivir con ellos. Insistió en la cabaña de Lalín: «Se lo que se cuenta de ti y creo que te vendrían bien unas vacaciones», había escrito. También decía que allí tenían animales de granja y otros recursos con los que vivir. Me contaba cómo llegar hasta allí, que me echaba mucho de menos, que por aquella zona no había jaleo y que esperaba que estuviese bien.

No me lo podía creer, en aquellos días en los que no sabía qué más hacer para encontrar a Sara, había decidido que iría hasta Lalín o a *Mondaka* —Mondariz— para buscar a Tere y a Sebas. Yo nunca había estado en la cabaña de Sebas en Lalín, y solo recordaba que estaba en medio de un bosque, cerca de la ciudad y de un pueblo que se llamaba algo parecido a Portela, Quintela o Mantela, pero no lo recordaba con exactitud. Ahora ya sabía que mi hermana estaba bien y dónde encontrarla.

—Joder, Ponyboy, muchas gracias. Pues mira, siento mucho decepcionarte, pero ahora fijo que me voy a Lalín.

—Como quieras *meu*, pero que sepas que toda la resistencia te puto admira y podrás venir cuando quieras —Había madurado, se le notaba. Pero «puto» seguía siendo su palabra favorita—. Y el capitán ha incidido en que te dijera que ojalá hubiera más hombres como tú en la resistencia y que sería un verdadero placer que te unieras otra vez a nosotros. Así que, si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarnos; en el cuartel abandonado de Cabo Silleiro, pasando Bayona.

—Está bien, lo tendré en cuenta. Y dale las gracias de mi parte al capitán. Pero, por favor, aclara entre los miembros de la resistencia que no soy quien dicen que soy. Ni envenené a nadie, ni soy asesino a sueldo, ni un monstruo, ni chorradas de esas. Cuéntales a todos la verdad, ¿vale? Bueno, lo de que soy un hacha en la cama... Eso no lo aclares, que se mantenga la duda —bromeé guiñándole un ojo. Él se echó a reír.

Si ya tenía pensado irme junto con mi hermana, ahora ya lo tenía claro. Estaba decidido. A la mañana siguiente, el mismo día en que comenzó la primera ola de calor del año, recogería el petate y me iría con Keira a Lalín, en lo más profundo de la comunidad gallega. Aitana nos acercaría en coche hasta bastante cerca de la cabaña de mi cuñado, pero lo suficientemente lejos como para que ella no supiese dónde estaba aquel lugar. Yo estaba en la lista de los más buscados y no quería ponerla en el compromiso de ser la única que lo supiera. Era mejor así.

A las 7:10 de la mañana, al acabar el toque de queda, me despedí de su abuela y de Rubi, que se había quedado a pasar la noche.

—Cuídate, Ponyboy. Y no corras ningún riesgo, ¿vale? No merece la pena. Tienes mucha vida por delante, tío —me despedí, mientras nos dábamos un largo abrazo—. Y, recuerda —le dije señalando a la consola de videojuegos—; para matar a los zombis selecciona la daga y pulsa triángulo como un loco. Daga y triángulo, no lo olvides.

—Eres un crack. Te voy a puto echar de menos —concluyó.

—Tonia, la próxima vez que nos veamos me tiene que dar la revancha al Chinchón, ¿eh? Que usted no me deja ganar una —le dije a la abuela.

De Aitana me despedí más tarde.

Le dije que girara a la izquierda para detener el coche delante de la taberna *O Cazador*; a tres kilómetros de Lalín, sin saber que durante los siguientes meses aquel sitio iba a ser de los únicos en los que tendría algún contacto con el resto de la civilización. Faltaba poco para llegar y no quería ponerla más tiempo en peligro. Ya me había ayudado más de lo necesario sin pedir nada a

cambio. Hacía tan solo un mes y medio era una auténtica desconocida para mí y, sin tener porqué, me había ayudado muchísimo. Se bajó del coche para despedirse de nosotros. Cogió a Keira en brazos para comérsela a besos, ella respondió con unos lametones de agradecimiento y la volvió a posar en el suelo.

—Bueno pues..., joder, que... muchas gracias. No voy a olvidar nunca todo lo que me has ayudado, no sé cómo te podré devolver tantos favores; los servicios de enfermería privados, los litros de Rosa Mosqueta de la cicatriz, los metros de vendas, los kilómetros de taxista, la compañía, los ánimos... Todo. Te debo un buen montón de cosas.

—No me debes nada, de verdad. Ha sido un placer conocerte y espero de todo corazón que la encuentres. Es una chica afortunada. En estos tiempos... solo con que alguien se preocupe por ti es de agradecer. Y gracias a ti por cuidar de mi hermano y estar pendiente de él en Vigo aquellos días.

—No hace falta que te diga que, en cuanto todo se tranquilice y vuelva la paz con la república, lo primero que haré será ir a visitaros e invitaros a una mariscada o algo.

—Vale, acepto —contestó mientras nos abrazábamos.

Yo le di un beso en la mejilla y ella me respondió con uno en los labios. Suave, sencillo, sin mayores pretensiones. Sonrió, se dio la vuelta y se montó en el coche.

—Queda pendiente, ¿eh? ¡Me debes una mariscada! —exclamó, sacando la cabeza por la ventanilla.

Nos quedamos allí un rato viendo cómo se iba y pensé en que, quizás en otra vida o en otro momento..., Aitana habría sido una fantástica mujer con la que compartir mi vida. En algún pequeño rinconcito de mi interior sentí un pequeño atisbo de envidia por el hombre o la mujer que lo hiciera en un futuro. Era una buena amiga y una fantástica mujer, a la que le deseaba todo lo mejor que le pudiera ocurrir.

Allí estaba yo, con mis pintas de ciudad; tenis blancos, pantalón vaquero roto por diez sitios distintos, camisa de bolera estampada con flores y la gorra de beisbol negra con el símbolo de los Yankees de Nueva York. Con la mochila cargada a la espalda, Chuchi a mi lado con su lacito rosa, la lengua de fuera, y los dos sudando la gota gorda. Así entramos en la taberna.

Mi hermana no me había escrito la dirección exacta de la cabaña, sabía que me estaban buscando y no quiso dar demasiadas pistas. En la carta solamente decía que entrase en la taberna O Cazador, preguntara por María y le dijese

que iba de parte de Sebas —aunque en la carta había escrito «mi novio»— para luego preguntarle: ¿Dónde están Rita y Julita? A lo que María me indicaría cómo llegar.

La mujer, que rondaría los 50 años y era de nacionalidad brasileña, me lo dijo sin ningún problema. Pero luego me preguntó si alguien más tendría que preguntar por ellas, le contesté que no. Aquello era para saber si tenía que indicarle el camino a alguien más aparte de mí. Pero no esperábamos a nadie.

Tan solo tenía que cruzar la carretera y adentrarme en el bosque subiendo una cuesta asfaltada y estrecha frente a la taberna, a los diez minutos, en cuanto me encontrara con el primer cruce de caminos, ya de tierra, tomaría el de la izquierda. Cinco minutos más adelante me encontraría con el tronco de un roble caído de grandes dimensiones, en una lateral del camino. Desde ahí, si giraba la vista hacia a la izquierda, ya podría ver la cabaña escondida entre los árboles, a unos cincuenta metros, la única que había en los alrededores. Era imposible no encontrarla.

La casa era más parecida a un refugio de montañeros o a una cabaña grande que a una vivienda familiar, pero muy comfortable. De dos alturas, pero pequeña y completamente de madera, construida con troncos enteros colocados en horizontal unos encima de otros. En el frente de la casa se veían dos ventanas con cortinas de ganchillo a ambos lados de la puerta, y en la parte superior, por encima de la entrada, otra ventana más pero un poco más pequeña que las de abajo. Por la parte izquierda del tejado asomaba la chimenea, que también era lo que más destacaba en el interior de la vivienda; la chimenea de piedra en una de las esquinas del salón-cocina. En ese momento no me di cuenta, pero no tenía aire acondicionado, lo que hubiera sido tan necesario en los siguientes meses. Debajo de una escalera empinada que llevaba al dormitorio de matrimonio de la planta de arriba, se encontraba el cuarto de baño. Y a la derecha de la entrada, en la misma planta baja, estaba la habitación más pequeña. El que fue nuestro dormitorio durante el resto del verano.

La vivienda era mínima, pero más que suficiente.

Lo verdaderamente amplio era el terreno que la rodeaba por detrás, sin muros ni vallado alrededor, pero escondido en un claro de hierba cercado por robles, pinos y castaños, éstos últimos de más de veinte metros de altura. Detrás de la cabaña, en el claro de hierba, había un galpón de madera con techo de uralita donde Sebas guardaba los aparejos, y allí vivían, además de una docena de gallinas, dos señoritas; Rita y Julita, sus dos cabras. A la

derecha del galpón también había un pequeño huerto con tomates, lechugas, pimientos y patatas. Todo aquel lugar era increíblemente bonito. Y lo mejor de todo, lo que siempre echaba de menos viviendo en Vigo; la inmensa tranquilidad y el silencio, que solo se rompía con el maravilloso chiar de las crías de algún ave pidiendo comida por el día y el sonido de los grillos por la noche.

A principios de julio, Tere y Sebas dejaron la casa de la aldea cercana a Mondariz y se fueron para nuestro piso en Vigo ya que, el supermercado en el que trabajaba mi hermana había vuelto a abrir, pero venían hasta Lalín algunos fines de semana, los justos para aprender de Sebas sobre el cuidado de la granja y la huerta, y presentarme a Isaura, la señora que pasaba con su furgoneta de venta ambulante una vez a la semana por delante de la cabaña, haciendo sonar el claxon de su C15 destartalada. El resto del verano nos quedamos Chuchi y yo solos, acompañados de Rita, Julita y las gallinas.

Un día de julio, por la mañana temprano y mientras cortaba leña detrás de la cabaña, pasó por delante un granjero de unos terrenos cercanos con tres vacas tras él, y se detuvo a charlar un rato para cotejar si podíamos hacer algún tipo de negocio intercambiando algo provechoso para los dos. No pudimos llegar a ningún acuerdo de trueque en ese momento, ya que el paisano necesitaba pilas de las antiguas y cuadradas para una linterna vieja y yo, aunque las tenía, también las necesitaba. Pero en aquella charla me contó que el día anterior había subido a Lalín y la gente estaba entusiasmada porque ya había cobertura móvil, aunque tan solo se podría utilizar con unos móviles nuevos de prepago y de una marca en concreto, los demás teléfonos seguían sin valer para nada más que sacar fotos, usarlos como linterna, brújula o calculadora, como hasta ahora.

El autoproclamado *nuevo gobierno*, a pesar de que Madrid, Barcelona y alguna gran ciudad más no habían caído aún, después de haber dejado a la población con móviles de última generación inservibles durante meses y ahora que se habían denominado vencedores, volvieron a activar el servicio de cobertura móvil por medio de una nueva compañía telefónica. Pero solamente podías acceder a tal privilegio de llamar a tus contactos con un único modelo de teléfono en concreto que solo ellos comercializaban, muy rudimentario, y el que, para poder activarlo tenías que cumplir con el imprescindible requisito de inscribirte en una aplicación donde tenías que poner todos tus datos personales para poder acceder a la CRD —Cartilla de Racionamiento Digital

—. En resumidas cuentas, si querías llamar a alguien o comprar pan y leche cada semana, tenías que comprarlo y, además de tener que andar por ahí con un teléfono de plástico amarillo, ellos sabrían todos tus datos. Lo bueno de todo esto llegó tan solo unas semanas después, y es que, como bien dice el dicho popular: «A grandes males, grandes remedios». Los jóvenes hackers consiguieron, en primer lugar, que pudieras llamar y conectarte a la red de datos con los antiguos *smartphones*^[37], aunque valía un ojo de la cara que te lo hicieran, pero de esta manera no había que inscribirse en la CRD y, por lo tanto, no tenías que poner tus datos de contacto. Y, en segundo lugar, también podían liberar lo móviles nuevos, los amarillos, algo que consistía en que por medio de una aplicación podías activarlos para poder llamar sin tener que activar la CRD, pero eso valía lo que un cuerno de unicornio, el precio que te cobraban era excesivo en aquellos primeros días.

Hablando de esto con María, la dueña y cocinera de la taberna O Cazador, me contó que esta era la nueva forma de clasificar a la población. Si te paraban para identificarte y al registrarte veían que tenías un *smartphone* antiguo que podía realizar llamadas, eras rojo y te llevaban preso, por el contrario, si tenías uno de los amarillos eras de los suyos y no pasaba nada, ya que, aunque lo tuvieras hackeado no lo podían saber en ese momento. Por esa razón, solo los republicanos más adinerados se salvaban de aquella criba; hackeando los teléfonos nuevos.

Al principio de todo la gente empezó a hacerse con aquellos horrorosos teléfonos amarillos y se pusieron como locos a llamar a sus familiares, actualizando sus perfiles de Facebook, Instagram o enviando mensajes por WhatsApp a sus amigos en tropel. Cayeron todos en la trampa y pillaron a miles de personas que estaban siendo buscadas por el bando de derechas. Yo tuve suerte, a veces tenía mucha y buena, y no me pude permitir hackear mi viejo iPhone 6 hasta los últimos días que pasé en la cabaña, a principios de septiembre. Pero sabía que, a pesar de aquellos amaños en los teléfonos, a algunos los habían localizado igualmente. Por eso había que tener mucho cuidado al llamar, enviar algún mensaje o activar sin querer el geo localizador con tu ubicación.

Aquellos tres meses escondidos en la *Fraga de Catasós*^[38] se me pasaron volando. Mi rutina diaria consistía en darle de comer a los animales, recoger y sembrar en la huerta, hacer apaños en la casa, cortar leña para cocinar en la chimenea cuando no tenía butano para la cocina, leer, ordeñar a Rita y Julita, con la que me costaba un poco más, en definitiva, disfrutar del maravilloso

entorno que me rodeaba. Naturaleza en estado puro. Era un lugar fascinante en el que no se escuchaba nada más que los sonidos del bosque, los árboles, el cantar de los pájaros e incluso con el pasar de los días aprendí a descifrar el sonido de una familia de jabalíes que debían de tener muy cerca su madriguera. Allí no había guerras, ni coches, ni contaminación, tan solo una naturaleza tan abrumadora y salvajemente pura que era el lugar perfecto para haberme quedado a vivir de por vida.

De vez en cuando salía a pasear con Chuchi por el interior más salvaje de aquel bosque que parecía mágico por su frondosidad y lo enormes que eran algunos de los robles y castaños. Ella se había recuperado fantásticamente y ya había vuelto a ser la de antes, corría como nunca cuando le tiraba la pelota y saltaba como un canguro para cazarla cuando llegaba a ella. A veces se parecía más una liebre que una Yorkshire. Incluso un día apareció frente a la chimenea con un pequeño ratón entres sus dientes y se me quedó mirando como diciendo: «Mira lo que acabo de encontrar». A los cinco minutos ya estábamos detrás de la cabaña metiéndonos en un barreño que llené hasta los topes con agua y jabón lagarto.

Aquellos días de total tranquilidad me vinieron de puta madre para recuperarme bien del ojo, de la oreja y del pómulos, en el que me había quedado una cicatriz notable, pero ya no tenía que llevar ningún vendaje.

En las primeras semanas estuve buscando cuál sería la canción con la que recordaría aquellos meses con Keira en el Bosque, a la que poder acudir años después para poder volar hasta aquel lugar con ella. Sabía que lo iba a necesitar, porque aquellos meses fueron paz. Escuché muchas, pero no la encontraba. Hasta que al final dejé de buscar. Si tenía que haber una canción que me recordase aquello tenía que aparecer por sí misma. Y lo hizo. Mientras hacía arreglos en casa o me ponía a cocinar, ya que no tenía televisión, encendía la radio, en la que no hacían otra cosa más que poner una y otra vez el número uno de entonces. Al final de aquellos meses, aquel número uno se convirtió en mi banda sonora de aquel verano, pues no se me podía quitar de la cabeza el *Sign of the times* de Harry Styles. Yo no me daba cuenta, pero alguno de los dioses en los que yo no creo, me estaba enviando un mensaje con aquella canción. La propia letra me decía a gritos que teníamos que escapar de aquel lugar.

We got to get away!
we got to get away!^[39]

Algunas tardes, cuando el sol caía como un demonio sobre la cabaña, bajábamos junto con Rita y Julita al *Rego de Quintela*, un pequeño riachuelo que corría por el lateral norte del bosque. Las cabras no se metían en el agua, preferían quedarse por el entorno comiendo hierba o subiéndose a las rocas y los grandes troncos caídos, pero nosotros sí, nos dábamos unos chapuzones increíbles. Además, a Keira le encantaba aquel pequeño arroyo, igual era porque había zonas en las que el agua bajaba muy despacio y no la cubría entera. Yo me acostaba panza arriba en medio de la corriente, cerraba los ojos y era un auténtico placer, de hecho, llegué a hacer una especie de cama de agua. Quité las piedras de una parte lateral del arroyo y las coloqué haciendo un semicírculo, así podía acostarme sobre el fondo más o menos liso sin destrozarme la espalda con los cantos rodados. Cada vez que me acostaba allí, Chuchi no tardaba ni diez segundos en subirse encima de mí y recostarse sobre mis muslos.

En algunas ocasiones y a cambio de hacer alguna chapuza en la taberna, María me invitaba a comer, sobre todo, platos típicos de su Brasil natal. Otras veces iba a cenar y alargaba la velada para que, cuando volviera a la cabaña de madrugada, pudiese dormir, ya que a esas horas la casa estaría más fresca después de acumular calor todo el día, pero a veces se hacía imposible, entonces salía al terreno de detrás y me tiraba en la hierba a escuchar música mientras me quedaba un buen rato embobado mirando al cielo y los millones de estrellas. Me solía despertar un par de horas después cuando la temperatura bajaba de golpe.

Mi hermana y Sebas no dejaron de venir a visitarme de vez en cuando y siempre traían algo rico para comer o algo que pudiera necesitar. Pasaban el fin de semana conmigo y el lunes por la mañana volvían para Vigo. Uno de esos sábados, ya entrados en septiembre, escuchamos la bocina de la C15 de la señora Isaura y salí al camino a recibirla. Ella, cada vez traía algo diferente que ofrecer, y nosotros le cambiábamos leche de cabra por pan, lechugas por arroz, o huevos de gallina por ropa y un bote de champú. A veces no llegábamos a un acuerdo, pero siempre me regalaba el periódico del día anterior, la mayoría de las veces *El Faro de Vigo* en su edición de la comarca del Deza. Pero en aquella ocasión le dimos, además de casi toda la despensa de latas de atún que guardábamos, una gallina y una garrafa de leche de cabra, a cambio de llevarse mi teléfono para que lo hackeara un chaval de Lalín. El martes lo podría pasar a recoger en la taberna de María. Me regaló el

periódico y se fue. A pesar de que nos quedamos con la sensación de haberle pagado de más, ya que en ese momento una gallina valía tanto o más que un teléfono, pensamos que habíamos hecho un buen trato, al fin y al cabo, hackear el mío nos salía mejor que comprar uno de los amarillos y hackearlo. Y para mayor tranquilidad, no teníamos que ir hasta la ciudad para recogerlo. Decidimos invertir solo en mi móvil, ya que Tere había empezado a trabajar y se podría pagar uno de los amarillos en Vigo en cuanto cobrase su primera nómina, además de que allí, en la gran ciudad, eran mucho más baratos.

Lo primero que hice a riesgo de ser localizado, fue llamar a Sara, pero no daba señal. No iba a ser tan fácil contactar con ella. Sabía que no debía entrar en mi perfil de Facebook por si podían seguir mi pista de alguna manera, ya que, además de ser el octavo en la lista de *La basura roja*, no me había presentado en el registro civil para firmar la lealtad al Rey Felipe VI, como habían ordenado hacer en todas las zonas ya liberadas de la república, y para lo que habían dado un plazo máximo de treinta días desde el 1 de agosto, como publicaron en los periódicos. Algo a lo que yo, evidentemente, me había negado hacer.

Pero me tenía que arriesgar y lo hice. Me aseguré de tener desconectada la ubicación del móvil por si aquello ayudaba en algo y entré en Facebook. No para poner nada, pero sí para ver si alguien me había enviado algún mensaje. Había varios de familiares; primos, tíos, etc. Preguntando dónde estaba o si estaba bien, a los que no contesté. Otros tantos eran mensajes de amigos preguntando lo mismo. El único mensaje que me dolía de verdad no poder responder era el de mi amigo Simón, que se había quedado junto a su mujer y los mellizos en Vigo. Pero el siguiente fin de semana que vino Tere de visita, grabé un video felicitando a los niños por su cercano séptimo cumpleaños y lo pasé a su teléfono para que se lo mostrase a ellos al volver a la ciudad.

Luego dejé de usar el teléfono durante un tiempo por miedo a ser localizado. Además, no me hacía falta. En la taberna de María me enteraba de todo.

Cuando bajaba a comer, después siempre me quedaba un rato de sobremesa sentado en la barra para tomar una cerveza y aprovechar para ver un rato la tele o escuchar lo que comentaban los demás clientes. María nunca me preguntó por mi situación, ella solo contestaba, nunca hacía preguntas indiscretas. Pero era una mujer inteligente y sabía que yo estaba viviendo allí sin tener contacto con nadie por alguna razón. Cuando había alguien peligroso para mí, ya fuera un guardia de paisano, un santista o algún fascista de la NUP

de incógnito, me decía: «¿No se te hace tarde para recoger las cabras?» o «¿No subes a recoger a Rita?». La primera vez que me lo dijo no la entendí, y después de señalar con la mirada a dos hombres comiendo un cocido y hacerme un gesto con la cabeza para que me fuera de allí, caí en la cuenta. Desde entonces y cada vez que me lo decía, me levantaba y me iba sin dudar.

No pasaba habitualmente, ya que allí solo paraban camioneros y campesinos de las granjas de cerdos cercanas, pero gracias a eso me enteraba de todo.

Me enteré, por ejemplo, de que no habían sido 2 000 los asesinados en la matanza de la purga de los mandos del 15 de mayo, sino más de 4 000 en toda España. Tenía muy claro el riesgo que corría Paco y, por lo que había visto en casa de su madre Mar, sabía que era muy probable que se los hubieran llevado detenidos a Pasarón, tanto a él como a Sara, si no los habían liquidado ya.

También escuché todo lo referente a una fuga que había habido hacia finales de junio en aquel estadio de fútbol, ahora convertido en cárcel. Parecía ser que, no se supo muy bien cómo, alguien cometió un error dejando una de las entradas al estadio abiertas y todos los presos echaron a correr consiguiendo escapar más de la mitad. Sobre todo, los que se encontraban en las gradas y partes del campo que estaban más cerca del vomitorio de aquella salida. Pero también comentaron que había sido una escabechina para muchos de los que trataron de escapar y no les diera tiempo de hacerlo. Cuando los guardias se dieron cuenta, no fueron capaces de retener la fuga y comenzaron a disparar a todo aquel que se moviera. Decían que habían escapado unas cuatrocientas personas, pero que también habían matado a una centena de prisioneros. Tanto Sara como Paco podrían haber muerto allí o quizás haber escapado, cualquiera de las dos opciones podía haber sucedido, pero yo no tenía manera alguna de averiguarlo.

También escuchaba conversaciones de las que nunca supe si habían sido ciertas o no, como la de un suceso acaecido en la iglesia de San Severiano, en Cádiz. Alguien contó que después de liberar la capital gaditana de los golpistas, los republicanos encerraron en la iglesia a todos los miembros de los partidos de derechas, santistas y monárquicos, y prendieron fuego al templo con todos dentro. Aquellos hombres que contaron lo sucedido dijeron que habían quemado vivas a más de cincuenta personas. Nunca supe si aquella noticia había sido cierta.

También me enteré de cuál era la mejor ruta para bajar al sur, hacia Portugal, cuáles eran las localidades más peligrosas, en cuales ya no quedaba

absolutamente nadie ni nada, dónde se podía comprar armas de estraperlo, a quienes habían detenido el día anterior, etc.

No somos conscientes de la cantidad de cosas que hablamos en los bares ni la de gente que nos está escuchando.

A esas alturas la guerra seguía siendo muy cruel en el centro, sur y este del territorio español, pero en las zonas bajo el mando santista se estaba viviendo una situación muy extraña, ya estábamos en modo posguerra, con todo lo que ello significaba; precariedad, pobreza, detenciones de gente que desaparecía y no se volvía a saber nada de ellas, hambre, injusticias. Pero por lo pueblos pequeños y las aldeas era muy diferente, había como una especie de calma tensa. Sobre todo, en la zona sur de Galicia, tan lejana del frente y de las grandes ciudades que parecían territorio sin ley, como pequeñas zonas dejadas de la mano de dios donde en la mayoría no quedaban ni ayuntamientos, ni policía, ni ningún otro edificio oficial. Muchos de aquellos lugares se habían convertido en aldeas fantasma, completamente deshabitadas. A todos se los habían llevado a las localidades de mayor población. Eran los primeros meses después de la derrota y aún no estaba todo perfectamente establecido. Es más, era por todos bien sabido que la resistencia se escondía al sur de la comunidad. Unos decían que en la zona de Lobios al sur de Ourense, pegada a Portugal, otros creían que estaban en las montañas fronterizas con Castilla, entre A Gudiña y Peña Trevinca, pero yo sabía con certeza que se escondían en Cabo Silleiro, cerca de Bayona. Los santistas no se acercaban a ninguno de esos lugares para no entrar en una refriega y arriesgarse a perder soldados, los necesitaban a todos en los grandes frentes del país, así que, mientras los rebeldes republicanos no hacían nada, ellos tampoco.

«¡Los que seguimos por esos lares sin ley tenemos que recuperar la esperanza, coño! Tenemos que volver a organizarnos para volver a la lucha contra el nuevo gobierno, y luchar para que vuelva la república que tanto nos ha costado conseguir, ¡cojones! Yo, si no fuera por los niños me cogía el petate y me bajaba con la resistencia», dijo una noche un hombre bastante borracho a voz en grito a su amigo. A lo que otro hombre, sentado a mi lado en la barra, vestido con traje de chaqueta y que había permanecido tan callado como yo escuchando lo que aquel hombre decía, se levantó, sacó unas esposas y se lo llevó preso.

Yo, durante todo aquel verano, le había estado dando vueltas principalmente a dos temas; Sara y la Resistencia. En lo primero no tenía ni idea de por donde seguir, y lo segundo era una opción que me apetecía mucho.

Ya había tenido mi retiro lejos de las batallas y del mundo en general. Ya había tenido mis vacaciones, y ahora me apetecía hacer algo por lo que valiera la pena, no tirarme el resto de mi vida allí escondido, aunque, por otro lado, allí estaba genial. Lo que tenía claro era que estando allí parado no iba a encontrar a Sara y, a lo mejor, bajando a Cabo Silleiro con los partisanos, igual alguien me podría dar alguna pista sobre ella o qué había sido de su padre, para tratar de averiguar si mis sospechas de que lo habían fusilado en la purga de los mandos eran ciertas.

Además, también tenía ganas de ver a Rubi. Pero tenía dudas de cómo ir y cuándo hacerlo.

Las dudas se me quitaron de un plumazo a mediados de septiembre, entre la medianoche del miércoles 13 al jueves 14.

Después de cenar *acarajé* y *moqueca de peixe*^[40] en la taberna, me senté en un taburete al final de la barra, cerca de la cocina y de espaldas a la entrada, como siempre hacía para ver un rato la televisión y tomarme una Estrella Galicia charlando con María, que tenía puesta la MTV en la tele. La gente fue entrando y saliendo hasta que solo quedó un grupo de hombres a los que, solo entonces y con el bar casi vacío, pude escuchar. Nunca los habíamos visto por allí con anterioridad.

Con la tercera ronda de chupitos de licor café sacaron un mapa y lo desplegaron encima de la mesa.

—A primera hora barremos toda esta zona hasta Agruchave —dijo uno de los hombres señalando el mapa—. Primero las casas a los márgenes de la carretera y luego volvemos para aquí y hacemos lo mismo subiendo por el bosque hasta Beelle, pasando por Quintela y Donfreán.

Al escuchar aquello traté de evadirme de la música que salía de la televisión para centrarme, agudizando el oído, en lo que decían aquellos tipos.

María, que estaba detrás de la barra vaciando la cesta de vasos que acababa de quitar del lavavajillas, cambió su rostro cansado por el de *modo alarma*. Con los ojos y levantando las cejas me hizo un gesto de alerta para que me fuera de allí, pero yo quería saber de qué estaban hablando. La pinta que tenían era de tipos normales, no vestían de traje como los miembros de la NUP, ni los ubicabas a simple vista con ningún sector en particular, pero estaban hablando de barrer aquella zona y mi cabaña estaba entre la taberna y la aldea de Quintela, en medio del bosque.

Pasarían al día siguiente por mi casa y yo quería saber a qué me iba a

enfrentar y qué estaban buscando.

—¡Que sí, joder! Que el hijo de puta anda por aquí —continuó diciendo el que tenía la voz más grave de todos y parecía ser el jefe del grupo.

Yo en ese momento ya no me quise girar para ponerle cara a quién estaba hablando, no me podía arriesgar.

—Y si tiene un carné falso... ¿Cómo lo trincamos? ¿Cómo sabemos si es él? —le preguntó otro que parecía ser más joven que el anterior.

—Lo pillaremos por cualquier otra cosa. Por el teléfono... o por la descripción, ¡coño! ¡Que parecéis tontos! —María me volvió a mirar sin cambiar el gesto, pero en su mirada había aumentado la preocupación— Y si no, si de alguno tenemos dudas nos lo llevamos y ¡a tomar por culo! Ya verán en Vigo si es él o no.

—*E que..., se o trincamos...* ¡buf! —resopló un tercero, que habló en gallego y que, por el acento, parecía no ser de la zona sino de más al norte. Para acabar la frase frotándose las manos y sonriendo—, *¡Mi madriña^[41], neno!* Pastita gansa.

—Qué sí ¡*carallo!* Por la cicatriz de la cara y los tatuajes lo pillamos fijo, hombre. No *vos preocupar*.

María se acercó, se paró frente a mí y se inclinó sobre la barra con disimulo.

—Ponte la chaqueta —susurró.

Cuando escuché lo de los tatuajes y la cicatriz, se me heló la sangre, y aquellas palabras de María; «Ponte la chaqueta», me hicieron estremecer. Cada uno de los pelos de todo mi cuerpo se erizaron y me quedé completamente inmóvil en aquel taburete sin dejar de mirar para la televisión. Ni siquiera miré a María cuando me advirtió. Yo tenía la gorra de los Yankees puesta, lo que podía disimular la cicatriz de mi cara sin llegarla a ocultar, pero el trozo que me faltaba de la oreja izquierda estaba al descubierto, del lado en el que estaban sentados aquellos tipos, aunque unos metros más atrás. Si hubieran reparado en mí habrían notado que me faltaba. Pero eso no era lo único; yo estaba en manga corta y dejando a la vista los tatuajes de mis brazos. Moviendo solo los músculos necesarios, descolgué la cazadora de piel del respaldo del taburete y me la puse muy despacio. Ellos siguieron hablando.

—Y le falta una oreja, ¡Joder! Si tiene es que tiene que ser un monstruo, el puto rojo —Estallaron en una carcajada al unísono.

—Solo le falta tener chepa, coño —dijo el cuarto hombre, para más risas

de sus amigos—. ¡El jorobado de Notre Dame! ¡*Cuasimodoooo!* —gritó.

—¡Hostia! ¿Y si lleva una máscara para ocultarse? —Las carcajadas aumentaron más— ¡El puto fantasma de la ópera! —me giré hacia la barra para poder verlos de reojo, ocultar mi perfil malo y exponerles mi perfil bueno; con la oreja entera y sin cicatriz.

—Bueno, creo que es hora de ir a recoger las cabras —le dije a María.

Antes de irme, me quedé esperando el momento adecuado en que estuvieran más despistados para salir por la puerta, pero claro, tenía que girarme y pasar por su lado, por lo que me verían seguro. Uno de ellos se levantó, lo sentí pasar muy cerca de mi espalda. Tragué saliva y agaché levemente la cabeza, a la vez que la ladeaba hacia la izquierda tratando de esconder la cicatriz y agarraba con fuerza el botellín de cerveza entre mis manos para, si me descubría, estampársela en la cara y echar a correr. Pasó de largo para ir al baño, al fondo a la derecha. Ese era el momento; tenía que irme de allí de manera inmediata. Cuando me iba a poner en pie se levantó otro de los hombres, el de la voz más grave, y se puso a mi lado apoyándose en la barra. Yo me quedé quieto tensando todos los músculos de mi cuerpo. Si me descubría, lo empujaría y echaría a correr.

—¿Qué se debe, guapa? —preguntó, mientras sacaba la cartera del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y contaba los billetes.

De reojo, noté cómo me echaba un vistazo, y yo me giré un poco más y levanté la vista hacia el televisor para darle la espalda.

—Fueron cuatro menús, una de tinto, dos cafés y ocho chupitos, hacen... cuarenta y nueve con ochenta... Cuarenta y cinco euros. A la última ronda invita la casa —contestó María muy seria.

—¿Te tomarás una copa con nosotros, no, guapa? Y al acabar eliges con quién quieres pasar la noche.

—No, gracias. No me tomo nada que me está esperando mi marido y quiero cerrar pronto.

En cualquier otro momento, María le hubiera contestado, con su acento gallego-brasileño, que lo de *guapa* sobraba, que se llamaba María. Y le remataría con un discurso sobre su actitud machista que lo hubiera puesto en su sitio. Pero en aquella ocasión lo dejó pasar y omitió su opinión para que salieran de allí cuanto antes.

El hombre no le contestó, otra cosa había llamado su atención.

—No está cachonda ni nada la chavala esa, ¿eh? —preguntó el tipo en voz alta, mirando al televisor. Y dirigiéndose a mí continuó, al mismo tiempo que

me daba unos toquecitos en el hombro—¡Mira, mira que cachas tiene la tía!
¡Mi madriña! *Quén a pillara, amigo.*

—Ya te digo —respondí sin dejar de ver a Beyoncé en la tele, alejando mi rostro de aquel hombre de Cromañón.

—Bueno, pues si *invitastes* a una ronda —dijo dirigiéndose a María, para continuar la frase girándose hacia sus compañeros— ¡Le tomamos otra! ¿No, chavales?

María les sirvió otra ronda de licor café. Ya era la cuarta. A mayores de una botella de vino, o sea, que iban finos. Pero yo no sabía si aquel detalle era bueno o malo. Ella, al volver de haberles servido los chupitos en la mesa y al pasar por mi lado, se dirigió a mí.

—Miguel, ayúdame a mover unos barriles que tengo atrás, haz el favor. Los que tengo afuera —cuando dijo «afuera» levantó las cejas. Y me di cuenta de que me estaba allanando el terreno para escapar de allí sin tener que pasar por delante de ellos.

La acompañé sin dudar y sin responder. Pensé en que igual me podrían reconocer por la voz, algo que era completamente imposible, pero tenía tanto miedo que hasta se me pasó por la cabeza. La puerta de atrás estaba al fondo de la sala de comidas, a la derecha, lejos al fin de las miradas de aquellos desconocidos que habían venido a por mí. A pocos metros de la puerta cogí la mano de María y, sin detener el paso y en voz baja, le di las gracias. Ya estábamos a punto de salir cuando, en ese momento, salió el que estaba en el baño, a la derecha de la salida. Era un chaval mucho más joven que yo; bajito, regordete, de pelo negro y corto, con las mejillas sonrosadas y solo me fijé en que vestía una cazadora de piel negra y fina, muy parecida a la mía. Sonrió a María mientras se secaba las manos frotándolas una con otra, y yo, sin esperar encontrármelo no pude evitar mirarle a los ojos. Fue solo una décima de segundo en la que, inmediatamente, volví a bajar la mirada.

—¡Oye, tú! ¡Espera! —me ordenó el chico, agarrándome del brazo y viéndome a la cara sorprendido. Yo tiré del brazo para deshacerme de él en el mismo instante en que me agarró— ¡Eh! ¡La cicatriz! ¡¡Está aquí, tíos!! ¡¡Es este!!

Aquel segundo y medio que pasó desde que agaché la cabeza y hasta que escuché a aquel chaval gritar «¡Está aquí...!», a mí me pareció una eternidad. Me agarró por la manga de la cazadora y entonces todo sucedió al contrario que antes, muy rápido. Yo traté de quitarle la mano de encima, pero él echó la otra a su espalda en un movimiento que demostraba más agilidad de la que yo

esperaba, sacó una pistola y me encañonó con ella en la sien, por encima de la cicatriz.

Yo debería de haber reaccionado de otra manera, quizás fue eso lo que me delató. Debería haberle mirado a los ojos, saludarle y seguir mi camino. Decirle que se estaba confundiendo de persona o quizás no haber forcejeado cuando me dijo que esperara. Entonces yo le habría preguntado el porqué, me preguntaría cómo me llamaba, le diría otro nombre, y él, con las dudas y la borrachera, se hubiera ido de allí. Luego lo hubiera comentado con sus amigos y quizás me hubieran tratado de seguir, pero para entonces yo ya estaría lejos corriendo como alma que lleva el diablo. También podría no haber forcejeado con él y no haberle dado con aquel cenicero en la cabeza, ya que podría haber disparado y desparramado mis sesos encima de María. Fue una estupidez, lo hice de manera automática sin pensar en las consecuencias, sin valorar los pros y los contras. Pero fue una estupidez que salió bien. A veces tenía mucha y buena suerte. De la hostia que le di con el cenicero le levanté parte del cuero cabelludo, como si llevara peluquín, y cayó a plomo encima de una mesa, totalmente inerte. Yo ni siquiera vi para María. Escuché cómo los demás arrastraban las sillas al levantarse y sentí sus sombras entrando en la sala, pero abrí la puerta y eché a correr como *alma que leva o demo*^[42]. Nunca en mi vida había corrido tanto.

Salí hacia la izquierda por el único sitio posible saltando un vallado metálico, corrí tras una arboleda y volví a girar hacia la izquierda para cruzar la carretera. Sabía que ellos iban a venir persiguiéndome por el mismo camino, así que crucé sin comprobar si venían coches o no, lo más rápido que pude. En ese momento me voló la gorra y durante una décima de segundo pensé en dar media vuelta y correr tras ella, que estaba siendo arrastrada por el viento, pero no lo hice y seguí mi camino. Mientras corría cruzando la carretera, se me vino a la cabeza una frase de la película *Muerte entre las flores*, de los hermanos Coen, en la que se decía: «No hay nada más ridículo que un hombre corriendo tras su sombrero». No sé cómo cojones se me pasó una cosa así por la cabeza en un momento de tensión tan extrema. Pero así fue.

Salté por encima de una hilera de setos que separaban el asfalto de una finca, con la mala suerte de que, por detrás de ellos la altura era aún mayor, pero con la buena suerte de quedarme tirado de cara a un hueco que había entre las raíces, pudiendo ver que mis perseguidores estaban del otro lado de la carretera dispersándose; solo uno venía en mi dirección.

Me levanté y seguí corriendo, atravesando un campo de trigo y hasta llegar

a una zona frondosa de Robles, con zonas escarpadas de rocas, musgo, tierra y helechos. Por aquella zona salté, trepé, resbalé y seguí corriendo hasta caer en, lo que llamamos los gallegos, una *corredoira* —como un sendero profundo y estrecho entre fincas—.

Habían sido doscientos o trescientos metros, nada más, pero sabía que eran los suficientes para que ellos dudasen sobre la dirección por la que me había escabullido. Luego seguí caminando rápido por aquel sendero, pero tratando de no hacer mucho ruido y poder escuchar si me venían siguiendo. Me detuve más adelante y escuché algunos gritos entre ellos, pero muy lejanos. En muy pocos metros les había quitado bastante distancia. A partir de ahí ya les costaría más encontrarme. Volví a correr un par de minutos más, hasta que me detuve detrás de un matadero abandonado, con el que me vino bien haberme topado, para poder volver a orientarme. Me senté y cogí aire. No venía nadie. Nada se escuchaba. Nada se movía entre la claridad nocturna de la luna. Lo único que tenía que hacer era tratar de que mi aliento no sonase demasiado, y esperar.

Lo que me faltaba para llegar, unos diez minutos, los volví a hacer en carrera adentrándome en la espesura de un bosque que, para entonces, a mediados de septiembre, ya lo conocía a la perfección.

Cuando llegué a la cabaña me acosté en cama con Chuchi y le expliqué que nos teníamos que ir de allí. Se habían acabado las excursiones al arroyo y la vida tranquila. Teníamos que abandonar la Fraga de Catasós y, desgraciadamente, también nos teníamos que separar de Rita y Julita.

11. Bajo un trillón de estrellas

Fraga de Catasós, Lalín, 14 de septiembre de 2017

Después de darme una ducha rápida, bañar a Chuchi, preparar la mochila y buscar en el mapa la mejor zona para escapar de allí, consulté mi reloj; eran las 02:17 de la madrugada. No era la mejor hora para caminar por los frondosos bosques gallegos. Y sabía que no iba a distinguir bien el camino, pero tenía dos cosas a mi favor; que el cielo estaba completamente despejado y había una luna llena enorme. Le dejé escrita una nota a mi hermana contándole mi intención de llegar caminando hasta Cabo Silleiro y reunirme con los partisanos de la Resistencia Civil, además de contarle todo lo que me acababa de ocurrir. Keira y yo nos despedimos de las chicas y salimos de casa.

Recorrimos los primeros kilómetros a través del bosque caminado muy despacio por miedo a toparme con ellos detrás de cualquiera de aquellos faraónicos castaños, con el mismo temor que si me fuera a encontrar con la mismísima *Santa Compañía*^[43] y sus almas en pena anunciando mi inminente deceso. Por suerte, no la vimos deambular.

Durante las siguientes dos horas caminamos por senderos de tierra entre robles, eucaliptos, castaños, helechos y maleza, orientándome a ratos con la brújula del iPhone y cotejando por dónde íbamos con el mapa de papel, porque pese a tener ya modificado el móvil, por aquella zona no tenía cobertura.

Habíamos avanzado bastante, aunque calculando lo caminado, aquellas dos horas de camino podían ser diez o quince minutos de coche, pero ellos no podían seguirnos con ningún vehículo de cuatro ruedas por aquellas estrechas pistas de tierra, lo único que teníamos que evitar eran las carreteras principales. Keira estaba muy fatigada, seguía a buen ritmo, pero ya con la lengua de fuera y jadeando, además, yo necesitaba dormir un par de horas. Al poco rato de haber empezado una pista asfaltada nos encontramos con una granja de vacas a la izquierda, y a la derecha del camino, en un campo de hierba, se apilaban un montón de fardos de heno cubiertos con plástico blanco, era el lugar perfecto para descansar un rato sin ser vistos desde la carretera. Conseguimos dormir, Chuchi más rápido que yo, pero desperté antes del amanecer con el mugir de nuestras vecinas. Me quedé pensando en cómo mi vida había vuelto a cambiar de sentido en unos minutos, por una maldita coincidencia. Pasé de la vida tranquila en el campo y rodeado de árboles que parecían mágicos, a vivir peregrinando por lugares desconocidos. No tenía ni

la menor idea de cómo me habían localizado, ya que aquellos tipos sabían perfectamente en la zona que estaba escondido. Nunca lo supe.

Los siguientes días los pasamos así, sin mayor problema más que el cansancio, el calor o algún que otro susto sin grandes consecuencias.

Cuando llegábamos a un río, nos bañábamos; si encontrábamos un bar, aprovechaba para ir al baño tomar un café y cargar la batería del teléfono; si veíamos una tienda de pueblo, entrábamos para que me hicieran unos bocadillos, y si cruzábamos una aldea, a la primera persona que nos topásemos le pedía que me rellenara la botella de agua. Con la mayor parte de la gente que nos cruzamos tuvimos buenas experiencias, aunque no con todas. Algunos nos regalaban fruta, otros nos dieron comida para Chuchi, incluso una señora mientras nos refrescábamos en la fuente del pueblo se acercó a nosotros pensando que estábamos haciendo el camino de Santiago o a saber qué, y nos regaló dos medallitas de la Virgen del Carmen, a lo que yo, pese a mi agnosticismo, acepté de buen agrado. Una la colgué de la mochila y la otra se la puse a Keira en el collar, al lado de su chapita metálica con forma de hueso donde ponía su nombre.

El primer día anduvimos poco, ya que encontramos un albergue de peregrinos en un pueblo llamado Dozón donde pasamos la noche por seis euros. Yo no tenía mucho dinero encima, pero era un lugar perfecto para descansar de los 40 grados, además, por esas mil pesetas dormimos en una habitación para nosotros solos y por la tarde nos dimos un chapuzón en la piscina. Bueno, a Keira no la dejaron bañarse, pero me esperó durmiendo en una tumbona a la sombra. La segunda noche la pasamos en Piñeiro, una pequeña aldea cerca de la localidad orensana de O Carballiño. Elegimos quedarnos allí porque nada más entrar en ella y a la derecha, mientras bebíamos agua fresca de la fuente, vi que un poco más arriba había una casa alargada de piedra de reciente construcción y con el tejado saliendo hacia afuera cubriendo el porche. Era el lugar perfecto para pasar la noche. Cuando nos acercamos pude leer un letrero que ponía: «Tanatorio».

Menos de un año después, conocí a un hombre que se convirtió en un gran amigo y había nacido allí, en aquella aldea de Piñeiro. La vida a veces tiene esa serie de coincidencias. Podíamos habernos conocido allí, mientras yo dormía en el tanatorio de su pueblo, dos casas más abajo que la suya, pero nuestro destino estaba marcado para que lo hiciéramos un año después.

Le gusta que le llamen Búfalo. Y en estos momentos, mientras escribo, lo tengo

a mi lado roncando en el suelo. Probablemente esté soñando sobre cómo salir de este infierno en el que nos encontramos, pero esa es otra historia.

En la tercera jornada de camino tuvimos la visita de un zorro mientras tomábamos la merienda. Keira notó su presencia mucho antes que yo, se había puesto algo nerviosa y tuve que atarla por miedo a que estuviera recibiendo el olor de un ratoncito o algo así y saliera tras él. Me vino un olor fuerte y lo vi ahí, frente a nosotros, entre la maleza y a menos de cinco metros. Se quedó unos segundos mirándonos con las orejas enormes y puntiagudas, movió su rabo, que parecía tan grande como su cuerpo entero, se giró y se fue corriendo. Fue hermoso.

Esa noche dormimos también a la intemperie, en el embalse de Castrelo de Miño, ya en el lado sur del río Miño. Pasamos por Arnoia y llegamos a Cortegada al medio día. Allí paramos en una tienda de alimentación y entramos para comprar unas latas de conservas y algunas cosas más de aprovisionamiento.

Justo en frente había un pequeño parque con un *cruceiro* en medio, y al fondo había un banquito de piedra a la sombra donde nos sentamos a comer; yo una lata de atún y Keira una de comida húmeda de buey, su favorita.

No me gustaba mucho parar en los pueblos, basta que nos adentrásemos en uno para cruzarme con alguna patrulla de la Guardia Nacional fascista, de la que teníamos que escondernos, o que nos cruzásemos con alguien que nos podía meter en problemas. Pero en esta ocasión no tuvimos más remedio, el camino nos llevó por allí. Al acabar de comer decidí entrar en el bar que estaba justo al lado del *Tandy* —la tienda de alimentación—. El *Rockefeller Café* era un lugar con ambiente de bar de aldea, pero reformado hacía poco y bastante moderno. Allí vivimos una escena tensa, ajena a nosotros, pero de las que pasaban en aquellos pueblos sin ley muy a menudo, en la que por una simple cajetilla de tabaco se formó una pelea entre un chaval joven y un matón de pueblo. Lo que afianzó mi decisión de evitar parar en los lugares habitados y, si lo hacía, antes de adentrarnos en él observaba por el Google Maps del móvil todas las posibles vías de escape para estar prevenidos ante cualquier inconveniente.

Aquella noche dormimos en la playa fluvial de Padrenda, un lugar muy curioso en el que, con solo escalar las rocas al final de la playa, ya te adentrabas en territorio portugués. Dudé si seguir por Portugal y cambiar otra vez de vida junto con Keira, pero no era posible, teníamos que encontrar a su

madre y apenas me quedaba dinero para empezar una nueva vida.

A la mañana siguiente volvimos a cruzar el Miño para continuar por su margen norte y seguir en suelo español. Pasamos por Arbo, As Neves y hasta Salvaterra do Miño, siguiendo el curso del río y paralelos a la frontera con el país vecino. En Salvaterra nos echamos a dormir debajo de uno de los castillos de juegos de un enorme parque infantil. Otra vez nos pudo el cansancio en medio de una localidad, pero Keira no podía más y decidí quedar allí a dormir.

El bando oficial que había leído el golpista García Santos en la televisión seguía estando vigente, y durante el toque de queda no se podía estar en la calle, por eso no me gustaba ni un pelo pernoctar en los pueblos si no era bajo techo. Pero no pasó nada, una vez más.

Había algo más por lo que preocuparse cuando vives en la calle; los ladrones. Siempre que, a lo lejos, divisaba que alguien venía hacia nosotros, nos escondíamos y guardábamos silencio hasta que se alejase lo suficiente. Pero si ese alguien ya estaba demasiado cerca no había posibilidad de hacerlo, solo estar alerta y saludarlo al pasar por su lado. Fueron pocas las personas con las que nos cruzamos en aquella semana de caminata, pero las suficientes para desarrollar una especie de sexto sentido sobre los individuos con los que nos íbamos a cruzar. Cada vez que alguien se acercaba, lo veía y lo examinaba a fondo mientras venía hacia nosotros. Al estar a pocos metros ya sabía si era un campesino, si era alguien de ciudad, un vecino del lugar o un partisano. También a nosotros se nos veía a la legua que no éramos de por allí; por mi ropa y por Keira. A ningún perro de aldea lo ves con un corte de pelo como el de ella, con correa, con un chicho o con un lacito rosa aguantándole la coleta. Los que venían con perro sabías que eran de por allí, eran más grandes, con mucho pelo, sin collar y más agresivos que Chuchi, pero inofensivos.

Cierto día, caminando por los alrededores de varias poblaciones y tratando de esquivarlas subiendo por los montes cercanos que las rodeaban, en un cambio de rasante del camino vimos a un hombre que venía de frente. No me dio buena espina, pero ya no nos daba tiempo a escondernos como otras veces; aquello llamaría mucho más la atención y ya estaba muy cerca. Llevaba un pantalón vaquero, camisa de cuadros marrones, una mochila pequeña y un sombrero de paja. Era fuerte, más que yo al menos, y de parecida estatura a la mía. Venía muy sucio, con una barba larga mal cuidada y tenía un vendaje manchado de sangre alrededor de la mano derecha. Daba muy mal rollo.

Comenzó a sonreír en cuanto nos vio. Y resopló como haciendo que le

estaba costando subir aquella pequeña cuesta. Nosotros estábamos en la parte más alta y sabía que me podía escuchar porque yo escuchaba sus pisadas y su aliento, así que cogí a Keira en brazos diciendo en voz alta: «Ven, que ya estás muy *cansadiña*». Lo que quería era tenerla bien sujeta por si había que echar a correr. Comenzó a ladrarle, y normalmente ella solo le ladraba a la gente mala, lo tenía más que comprobado. Cuando el desconocido estaba a cuatro o cinco metros de nosotros, me saludó. Yo respondí al saludo y, a los dos pasos, sacó una navaja enorme y me pidió todo lo que llevaba encima: «Mala decisión, la sacaste muy pronto», pensé.

Yo tenía poca cosa en la mochila, pero lo que tenía no se lo quería dar por nada del mundo. Al igual que cuando le di con el cenicero en la cabeza al tipo gordo del bar, volví a actuar sin pensar. Sin mediar palabra y así como venía de frente, salté aprovechando mi ventaja del desnivel y le di una patada en el pecho que le hizo caer de espaldas cuesta abajo, acto seguido me metí por la arboleda que teníamos a mi derecha. Era muy difícil correr con Keira en brazos, la mochila cargada a la espalda y monte abajo. Sabía que no podría correr durante mucho tiempo seguido y aquel tipo parecía más ágil que yo. Apuré mis fuerzas hasta el máximo, me llevé al límite y otra vez pensé que probablemente lo mejor hubiera sido que le dejara marchar con mis cosas, pero ya era tarde para eso. Era una zona de eucaliptos, con el suelo cubierto de hojas y pequeñas ramas que me hacían resbalar y lo peor era que hacía mucho ruido como para pasar desapercibido.

Llegamos hasta una carretera estrecha y asfaltada, por la que, quizás, lo mejor hubiera sido seguir corriendo por ella, pero no podía más y escuchaba al ratero maldecir unos metros por detrás, aunque me giré y no lo pude ver. Al pisar el asfalto di cuatro zancadas y, con la primera pisada que di sobre la hojarasca, caí de culo ladera abajo. Así fuimos resbalando unos metros hasta que conseguí detener la caída, me levanté y bajé dando bandazos contra los árboles y apoyándome en ellos hasta que llegué a un riachuelo. Me metí en el agua, que me llegaba hasta las rodillas, y crucé para huir de frente hacia unas grandes rocas que había del otro lado. Llegando a ellas pensé en que aquel tío, si llegaba hasta allí, detrás de las rocas sería el primer sitio en que nos buscaría, así que fui hacia la izquierda separándome del arroyo por detrás de las rocas y cuando mi cuerpo no dio para más, comprobando que el hombre no tenía visión de mí, me detuve detrás de un árbol, el más gordo que encontré de los del entorno. En ese momento, al detenerme, me di cuenta de que me había arañado todos los codos y hasta las muñecas a lo largo, y tenía varias heridas

en las manos de no se lo qué. Me empezaron a picar una barbaridad mientras trataba de parar la sangre de los antebrazos con mi saliva. Keira también colaboró en ello. Le hice un gesto para que guardara silencio ya que oí como el hombre cruzaba el riachuelo. La acaricié para que no emitiera ningún ruido, para tranquilizarla y que se mantuviera relajada allí, en mis brazos. El navajero seguía gritándome, y Keira lamiéndome la cara.

—¡Hijo puta! ¿Dónde crees que vas? Como te encuentre no solo te voy a dejar en pelotas, sino que me voy a comer a tu perro delante de ti y luego te rajo, ¡Cabrón!

Lo de comerse a Keira no era ninguna amenaza vacía de realidad, aunque seguramente aquel tipo no lo haría. Pero en aquellos días en los que escaseaban los alimentos, en muchos hogares habían llegado a tener que sacrificar a sus mascotas para venderlos a carnicerías y estos los vendían como carne de pollo o conejo. Era dinero fácil para aquel tío. Quizás, lo que yo poseía de mayor valor para él era a Keira. Entré en pánico total cuando se acercó a nuestra posición, lo escuché caminar muy cerca de nosotros, pero, poco a poco aquellos pasos sobre hojas secas se fueron haciendo más lejanos, hacia mi derecha. En cierto momento me asomé con cuidado y lo vi subiendo la siguiente colina a lo lejos. Cuando desapareció, respiré. Me giré muy despacio con la espalda pegada al árbol para colocarme frente al riachuelo y de espaldas al lugar por el que aquel tipo se había marchado y no nos movimos de allí en un buen rato. Debió de pasar media hora hasta que volvimos a emprender el camino.

El resto de ese día se me hizo muy duro, extremadamente duro. Caminábamos un kilómetro y me detenía creyendo haber escuchado que alguien nos seguía. Guardábamos unos segundos de silencio mientras miraba hacia todos lados y después de comprobar que no había nadie, volvíamos a emprender la marcha. Todo aquello era fruto del miedo que había pasado con el navajero. Incluso cambié de dirección en varias ocasiones por si nos estaba siguiendo de verdad. Eso me despistó y me retrasó mucho la jornada.

Antes de nuestro encuentro con el navajero habíamos cruzado el polígono de A Granxa en dirección a Ribadelouro, la aldea de unos primos míos donde tenían una casa a medio construir. Tenía pensado pasar la noche allí, después de pedirle las llaves a unos tíos suyos que vivían cerca, pero no sé si fue por cansancio, nerviosismo o que me despisté con Keira en algún momento después de la huida, que me perdí. Me hice un lío con la brújula, el mapa o tomé alguna referencia mal. Pero me vi en medio de un monte, subiendo y

subiendo por una pista de tierra sin encontrar ninguna casa alrededor, y ya llevaríamos unas ocho horas y pico desde que habíamos salido de Salvaterra aquella mañana. Llegando a la cima de aquella montaña vi una alberca, a la izquierda del camino, a la que nos asomamos para refrescarnos y limpiar de nuevo mis heridas. Mientras me cambiaba de ropa pude ver que, al otro lado de la pista de tierra por la que habíamos subido, había un campo de fútbol, también de tierra, que estaba medio escondido y tenía unas gradas pequeñas con techo de hormigón. Era el lugar idóneo para pasar la noche.

Gracias a aquel despiste fue una de las noches a cielo abierto en las que más disfruté. Todo era inmenso desde allí arriba. Podía ver kilómetros y kilómetros de terreno. A lo lejos se adivinaban las aldeas iluminadas por las luces naranjas de las farolas ofreciendo un paisaje casi parecido al de cualquier Belén de navidad con las lucecitas iluminando en medio de la oscuridad.

Ya no había luna llena pero aún estaba en cuarto menguante. La temperatura de esa noche se volvió muy fría y me puse el chaquetón amarillo de invierno que saqué arrugadísimo del fondo de la mochila. Keira se quedó durmiendo arremolinada sobre mi sudadera celeste con la que le había hecho una especie de camita y le puse un jersey por encima. Bajé las gradas y me adentré en el terreno de juego hasta el centro del campo, donde me acosté boca arriba para observar un rato las estrellas mientras me fumaba un cigarro.

No se oía nada, nada molestaba. Cuando llegaba una brizna de aire se escuchaba hablar a los árboles, eché de menos la cabaña y, sobre todo, cuando hacía lo mismo que en ese mismo momento y me tiraba en la hierba como ahora en la tierra. Disfruté un buen rato de la noche, las estrellas, del frío y el silencio. Luego me coloqué los auriculares para volar hasta otro de mis lugares favoritos con Sara, la echaba mucho de menos. Cada día que pasaba la añoraba más.

*Sunlight comes creeping in,
illuminates our skin...*^[44]

Elegí a Birdy cantando *Wings*, porque aquella canción siempre me llevaba volando hasta diferentes momentos vividos con Sara, hasta los que habían sido nuestros momentos especiales o los más divertidos. Reviví su sonrisa y su: «Qué parvo eres», cuando en lo más alto del monte del Castro, en Vigo, recreé la escena de nuestra película favorita. Cuando el protagonista le cuenta la

historia de Casiopea a la chica mientras le va señalando los lunares de su antebrazo, y sonreí al recordar mi respuesta: «Esto no es Central Park, pero oye, hago lo que puedo».

...*It made me think of you...*^[45]

También me llevó hasta otra noche en la que nos habíamos estado divirtiendo desnudos y durante un buen rato dentro del coche, en el Ibiza. Era otoño del 2013 y habíamos aparcado en el mirador del monte de La Guía, desde donde había unas vistas fantásticas de toda la ría de Vigo, desde el puente de Rande y hasta las Islas Cíes, además, por allí nunca pasaba nadie. Después del calentón, extenuados y mientras nos vestíamos, nos dimos cuenta de que la calefacción no funcionaba. Hacía un frío tremendo y estaba lloviendo a mares cuando en la radio comenzó a sonar esa canción, de ahí que se me quedara grabada como un gran recuerdo. Sara me preguntó que decía parte de la canción y se la fui traduciendo.

—Bajo un trillón de estrellas bailamos encima del coche, hicimos fotos del lugar....

—¡Sí, hombre! Que bailaron encima del coche dice la tía. Pues te va a quedar bonito el coche de *carallo*, todo abollado.

—¡Hostia! ¿Y por qué no? Estaría guay. Lo que pasa es que tú no te atreves a hacerlo.

—Sí, y mañana lo tengo que llevar al taller. Yo es que flipo contigo.

—¡No te *atreeeeves*! —le dije provocándola con una sonrisa— Venga, va, si se abolla te pago yo el arreglo.

...*They made me think of you...*^[46]

—¿Que no me atrevo? Vamos, hombre. Pero si cojo una pulmonía vas a trabajar tú por mí.

Salimos del coche, pero ella seguía sin atreverse a subir, así que la cogí en brazos y la posé en el capó para que de ahí subiese al techo. Cuando ya estaba arriba levantó la cabeza y los brazos al cielo mientras yo subía el volumen de la radio, me subí con ella y bailamos abrazados. Fueron unos segundos, apenas un instante en que la lluvia nos caló hasta los huesos y sentíamos cómo, a cada pequeño pasito que dábamos el coche se abollaba, pero nos dio igual. Bajamos del coche y nos volvimos a meter dentro, en los asientos traseros,

riendo y mojándolo todo, estábamos totalmente empapados de la cabeza a los pies.

—¡Joder! ¡Estoy congelada! ¡Qué *frííííooooo*!

—Tenemos que quitarnos la ropa, ya. ¡Corre, rápido! —le dije mientras me quitaba el jersey.

—Sí, hombre. Tú lo que quieres es seguir con la fiesta.

—¡Que no, tonta! Que lo mejor para entrar en calor y que no nos dé una hipotermia es abrazarnos piel con piel, sin la ropa mojada. Ya verás.

...We'd remember tonight, for the rest of our lives... [\[47\]](#)

Nos volvimos a abrazar y volvimos a hacer el amor una vez más.

Estábamos en esa etapa en que te da igual todo. Todo se vive con pasión; hacer tonterías, reírse por nada, jugar, hacer el amor en los lugares menos íntimos e insospechados; el probador de una tienda, encima de la lavadora o una playa solitaria.

Estaba tan enfrascado en aquellos recuerdos que no sentí cómo Keira había bajado de las gradas y venía corriendo hacia mí. Me saltó encima, como siempre, despertándome de aquella ensoñación, y comenzó a lamerme como echándome la bronca por haberla dejado sola en las gradas. «¡Que no me dejes sola!», parecía estar diciendo. Ella me hablaba mucho. En su idioma, pero yo la entendía perfectamente. Le pedí perdón, bajé la cremallera del chaquetón y la cubrí con él. Así nos quedamos un buen rato más mientras volvía a recordar momentos con Sara.

*...Oh, lights go down,
in the moment we're lost and found...* [\[48\]](#)

Reviví viajes, borracheras, tatuajes juntos, sesiones de cine y largos paseos. Ojalá pudiéramos estar con ella pronto. La echábamos muchísimo de menos.

—¿La echas de menos, *mamó*? —le dije a Keira. Y ella me miró con cara de sueño volviendo a apoyar su cabeza sobre mi pecho. Luego emitió un suspiro— Claro que la echas de menos, ya lo sé, *cadiño*. Yo también, mucho. Pero pronto la vamos a encontrar, ya verás. Eso te lo prometo yo. Y no me mires así, mujer. Ya sé que conmigo estás muy bien..., pero una madre es una madre, ¿verdad?

Le puse derecho el lacito rosa y nos quedamos un rato más allí, volviendo a disfrutar de las estrellas. Así nos quedamos dormidos aquella noche hasta que me despertó el frío, como siempre, y volvimos al resguardo de las gradas.

...If these wings could fly^[49]...

Al séptimo día llegamos a la costa atlántica. Era miércoles, 20 de septiembre de 2017.

12. Feliz Navidad

Cabo Silleiro, Pontevedra, 24 de diciembre de 2017

La antigua batería militar de Cabo Silleiro se encuentra en el suroeste de la provincia de Pontevedra y a unos 30 kilómetros al sur de Vigo, era un lugar estratégico perfecto, ya que se alza en la ladera de un pequeño monte que va en ascendiendo desde la costa oceánica y desde el cual se podía controlar todo lo que entraba y salía de la ría.

Pero para nosotros aquella no era su función, lo que hacíamos allí era permanecer escondidos. Un lugar en donde mantener viva la Resistencia Civil, tener un sitio donde guardar las armas, munición y desde donde poder realizar diferentes misiones, la mayoría de ellas enfocadas a las personas que se veían de algún modo amenazadas por el totalitarismo del general García Santos en las zonas controladas por sus tropas. Y allí era bien recibido todo aquel que no quisiera permanecer bajo el yugo del nuevo y autoproclamado gobierno, a pesar de que la guerra aún no había llegado a su fin en gran parte del país, por gran parte de la costa mediterránea aún seguían luchando. Cuantos más fuéramos, más fuertes seríamos.

Aquella base militar estaba abandonada desde los años 80, donde incluso mi padre había pasado parte de su servicio militar a finales de los años 60. En mi casa aún guardábamos un álbum con varias fotos tuyas, que mostraban los meses que había pasado allí. En una de ellas también sale a mi madre en una visita que le hizo. La foto es en blanco y negro y a los dos se les ve riendo a carcajadas, seguro que se reían de alguna broma que había hecho mi padre. Los dos estaban sentados sobre la hierba, descalzos, con las botas y los zapatos a ambos lados, delante del viejo faro y con el océano tras ellos. Mi padre con la camisa del ejército abierta hasta el ombligo, el pelo rapado y el chopo en la mano. Con el otro brazo rodeaba la cintura de mi madre, y ella lucía un vestido blanco y el pelo recogido... tan preciosa, tan elegante.

Es una de mis fotos favoritas de cuando aún era novios.

Escondidos en diferentes puntos a lo largo de las rocas graníticas de la montaña de cabo Silleiro hay cuatro cañones. Cada uno de ellos mide ocho metros de largo y a pesar de que ahora ya estaban totalmente inservibles, en su día podían alcanzar un blanco a más de 20 000 metros. Estos están conectados por una serie de túneles bien reforzados de unos doscientos metros de longitud, que van recorriendo el interior de la montaña hasta que ven la luz en una pequeña explanada, lo que había sido el antiguo patio de armas. El viejo

cuartel estaba compuesto por cuatro edificios de una sola planta cada uno y, a pesar de que se encontraban totalmente en ruinas, los fuimos rehabilitando poco a poco. Se llega hasta allí por dos caminos; uno al sur y otro al este. Por la serpenteante carretera procedente del este se accede al recinto a través de un gran arco de piedra, el que hasta hace bien poco aún conservaba el escudo del régimen franquista, del que actualmente solo queda su sombra, pero conserva las alas de las águilas. Descendiendo la montaña por la vieja y estrecha carretera, a unos 500 metros hacia sur se encuentra el Faro Silleiro, compuesto en su base por un edificio blanco donde siempre teníamos una docena de compañeros y, dos de ellos, a turnos, vigilaban 24 horas en lo más alto de la torre del faro, también pintada de blanco y con una franja roja en medio. Desde allí se podía controlar todo lo que se acercaba por la carretera de la costa, al norte y sur. En otros puntos de la montaña teníamos otros compañeros que vigilaban quién se acercaba por la parte este al recinto, la más débil de todas.

Aquel cuartel había sido construido al finalizar la primera guerra civil, y en los años 90 ya totalmente abandonado y tapiado, aquel sitio era un ir y venir de yonquis o grupos de jóvenes que acudían allí para vivir la aventura de a ver quién era capaz de pasar allí una noche en solitario. Solía ser una especie de prueba de valentía para entrar a formar parte de algún grupo de amigos. Yo mismo en mi juventud lo intenté con compañeros del instituto, pero nos fuimos cuando ni siquiera había anochecido. Íbamos sin linternas y no entraba ni un solo rayo de luz —por aquel entonces aún no había teléfonos móviles—. Daba un miedo terrible adentrarse en el corazón de la montaña por aquellos pasadizos para llegar hasta los búnkeres en los que se encontraban los cañones. La única forma posible de orientarte sin luz era siguiendo los viejos raíles por donde se guiaban las vagonetas para transportar la munición. Pero, aun así, era prácticamente imposible hacerlo sin linternas.

Las leyendas que se atribuyen a aquel lugar están llenas misterios, violaciones, ritos satánicos, asesinatos, cacofonías, torturas. Cuando estabas ahí todos esos miedos aumentan provocados por la total oscuridad de su interior, y los grafitis de las paredes hacen que te cagues de miedo. Ya solo ir recorriendo el primer túnel hasta llegar al cañón más occidental daba para un programa de Iker Jiménez. Los doscientos metros de pasillos pueden hacerse interminables si no los conoces bien.

Las diferentes estancias subterráneas las usábamos como almacenes de munición, armas, comida y dormitorios. Los catres donde dormíamos Rubi, yo,

y otros treinta compañeros, estaban en la habitación roja, una de las salas posterior al primer cañón en la que están todas las paredes pintadas de rojo con grafitis por encima y palabras aleatorias como; infierno, muerte, *santa compañía, demos...* Pero la pintada que te hace sentir un escalofrío de verdad recorriendo la nuca es una que reza: «*Franco estuvo aquí*», escrita justo encima de mi catre.

Pese a que no había reparado mucho en ello, estaba claro que aquellas iban a ser unas navidades diferentes. Pero aquella nochebuena iba a ser mucho más especial de lo que hubiera imaginado.

Yo ni siquiera había caído en la cuenta de que era 24 de diciembre, hasta unos minutos antes de recibir un WhatsApp de mi hermana esa misma tarde. Por fin se había hecho con uno de los teléfonos amarillos del régimen santista, tres meses después.

AATere

últ. vez hoy a las 18:39

dom, 24 dic

Feliz Navidad, Titiño. Espero que estés bien. 18:25

¿Llegaste a recibir el hornillo que te envié? 18:25

¿Te llegó bien? 18:26

Te quiero, cuídate mucho. 18:28

¡Feliz Navidad! ¡Sííí, lo recibí hace un tiempo ya! 18:36

Me viene genial!!!! 18:36

Además, me llegó perfecto. Ni un solo rasguño 18:37

Yo también te quiero, Muak! 18:37

Me alegro mucho 18:38

¡CUÍDATE! besitos a Chuchi. 18:39

Bicos 18:39

Las preguntas de mi hermana estaban hechas en clave, en ellas me preguntaba si había llegado a cabo Silleiro y si todo iba bien. En la nota que le había dejado en la cabaña hacía tres meses le contaba que estaba con Keira y a dónde nos íbamos, pero que no sabía cuándo íbamos a llegar a nuestro destino.

Estaba tentado a responderle con claridad y contarle que tan solo habíamos

tardado una semana en llegar, pero no quería arriesgarme a que me rastrearán el móvil como supuse que me había pasado en verano, y poner en peligro a toda aquella gente de la resistencia. Los mensajes por el móvil tenían que ser así; sin dar muchos datos y no abusar de ellos. Cuantos menos mensajes intercambiáramos mejor. En el bando republicano a estas alturas ya sabíamos que los Garcíers continuaban haciendo un seguimiento acojonante sobre las llamadas y mensajes de todo el país para detener a los rebeldes, miembros de los partidos antimonárquicos, republicanos o a cualquiera que les diera la santísima gana de detener.

Seguía sin saber nada de Sara. Entré en su perfil de Facebook y no tenía ningún movimiento desde el día sin datos, solo mensajes de amigos y de sus hermanos Noa y Fran, que, desde Londres, le preguntaban desesperados que había sido de ella y de su padre, tan desesperados como lo estaba yo. Abrí el Instagram y cliqué en la última foto que había subido, en la que sale ella en un *selfie* tirada en la cama, guiñando un ojo, lanzando un beso con los labios pintados de rojo valentino, el jersey gris de ochos que tanto le gustaba y los pendientes que yo le había regalado en forma de lacito. La mujer más bonita del mundo. Me emocioné mientras veía sus fotos acostado en el catre. La echaba mucho de menos, y lo último que supe de ella es que había tenido que dejar a Keira sola encerrada en casa de su abuela y, sabía a ciencia cierta que, si la había abandonado había sido por fuerza mayor; la habrían matado, secuestrado, apresado o sabe dios qué. Pero de ella o su padre no había ni rastro. Aunque seguía teniendo grandes sospechas de que a Paco lo habían asesinado el día de la purga de los mandos, el 15 de mayo.

Yo ni sabía que esa noche iba a haber una cena especial de navidad en el escondite republicano de la resistencia. Ya llevaba tres meses en aquel lugar y aquella mañana del veinticuatro de diciembre me tocaba revisión del campo junto con Rubi, para verificar las trampas de los alrededores del recinto y revisar el perímetro.

La primera vez que el capitán Moreiras me ordenó que hiciese una guardia, por su puesto acepté, pero con la condición de que Keira se viniera conmigo, no la iba a dejar sola ni un solo minuto, por lo menos no mientras no conociera bien a aquella gente y saber si eran de fiar. Aquel hombre se quedó un segundo callado y mirándola mientras jugaba con la cremallera de su chupa de cuero marrón, ella le devolvió la mirada con esos ojos de peluche a lo gato de Shrek y aceptó. Desde entonces no hizo falta preguntarlo más. Keira siempre se venía conmigo, ya fuera a tener que hacer una imaginaria, una guardia en el

Faro o un reconocimiento por los alrededores. Y durante todo el día de nochebuena eso fue lo que hicimos; caminar.

Las trampas del perímetro no eran tales, sino simples señales acústicas muy rudimentarias hechas de hilos de calceta atados entre árboles con latas de refrescos colgadas juntas para que al mover los hilos hicieran ruido, tipo las que usaban en los campamentos de la serie *The Walking Dead* para escuchar cuando se acercaban los *caminantes*, cosa que yo creía que allí no valdrían para nada más que para volverse loco en la oscuridad de la noche por el ruido de las latas movidas por el viento, o tener que dar una falsa alarma cuando las hiciera sonar algún animal de grandes dimensiones, ya que estaban colgadas a menos de un metro del suelo y cualquier persona las veía a leguas. De la manera en que estaban puestas solo tendrían algún sentido para prevenir un ataque nocturno hecho por patosos y cerca de los puestos de vigilancia, ya que si te alejabas más de veinte metros no se escuchaban nada. Además, durante el día se veían mogollón, así que no valían para mucho a no ser que los santistas se hubieran convertido en zombis y nos invadieran, a saco, una horda de ellos. Para eso sí que nos vendrían bien.

Lo bueno de aquel paseo alrededor del campamento fue que sirvió para olvidarme un poco de todo lo que de verdad me preocupaba. Nunca me había tocado la supervisión del perímetro, así que aproveché para descubrir las dimensiones del campamento y las zonas por donde se podría escapar uno en caso de necesitarlo. Con los meses me había vuelto un poco paranoico con ese tema. Siempre que entraba en una casa abandonada donde pasar la noche, o cuando entraba en algún pueblo poco habitado para buscar víveres, siempre, antes de hacer nada, buscaba las posibles salidas y cuál sería la más adecuada para escapar rápido. También comprobaba si había en los alrededores algún coche con las llaves puestas, alguna posible arma a la que echarle la mano, ya fuera una pala, un paraguas o un ladrillo, o buscaba si algún callejón daba a alguna carretera principal para saber por dónde escabullirme en la dirección correcta. Ni que decir tiene que, antes de que Chuchi y yo nos viéramos obligados a adentrarnos en alguna aldea un poco «sospechosa», absolutamente siempre antes de hacerlo, nos dábamos una vuelta por los alrededores o nos quedábamos un rato observándola desde algún punto alto.

Por eso me vino bien estudiar toda la zona del monte que rodeaba el cuartel, nunca estaba de más saber por dónde escapar en caso de necesitarlo.

La otra razón por la que me vino bien aquella caminata fue que mi hija disfrutó del paseo saltando entre las rocas de la montaña libremente, e incluso

jugamos al escondite entre los árboles, del mismo modo que lo hacíamos cuando pasábamos unos días de vacaciones en la isla de A Toxa, cada vez que el padrino de Sara, amigo de la familia, nos dejaba las llaves de su apartamento. Un lujo del que disfrutábamos sobremanera, por lo menos, dos o tres veces al año.

Paco, el padre de Sara, había estudiado en la escuela naval militar de Marín, el mismo lugar donde unos años después lo hiciera el mismísimo Rey Felipe VI; en la III Brigada. Luego Paco fue ascendiendo a Alférez y hasta llegó a ser Capitán de fragata. Allí, en su juventud se enamoró, se casó y tuvo a sus 3 hijos; Francisco, Noa y Sara, por ese orden. También fue allí, en Marín, donde forjó su amistad con uno de sus compañeros, el cual se acabó convirtiendo en el padrino de Sara. Pues aquel hombre, que también llegó a ser un alto mando de la marina, tenía un apartamento en la exclusiva Isla de A Toxa, un lugar donde es casi imposible tener una vivienda. Tan solo hay cuarenta y siete personas censadas en ciento diez hectáreas, aunque en la actualidad una tercera parte de esas hectáreas están formadas por urbanizaciones y chalés de lujo. La isla, conectada por un puente decimonónico con la península pontevedresa de O Grove, fue muy famosa por sus aguas termales, balneario y fábrica de jabones. Hasta en una ocasión se reunieron los miembros del grupo Bilderberg, los llamados dueños del mundo. Pero la Isla, actualmente, además de conservar un espeso pinar donde relajarte paseando, es conocida por el gran Casino, el Hotel Balneario y el campo de golf. Pues ahí, en medio de toda esa exclusividad y opulencia, pasábamos algunos fines de semana al año Sara, Keira y yo. Y lo que más nos gustaba hacer era adentrarnos en el pinar con Keira para que disfrutase del parque de juegos canino.

Por eso aquella salida para recorrer el perímetro del campamento fue una escapatoria para Keira, quizás porque yo bajé la guardia, pero nos vino bien a los dos que lo hiciera. Todo estaba tranquilo aquellos días y la solté de la correa para que disfrutara y corriera entre los pinos, igual que lo hacía en A Toxa. Y para mí, el ver a mi hija jugando y divirtiéndose era la felicidad más absoluta. En los últimos meses no habíamos podido jugar casi nada. Ella siempre me obedecía. Casi siempre la tenía atada a la correa, pero si la soltaba, caminaba a mi lado pegada a mi pie derecho, y si se adelantaba un poco no lo hacía más que un par de metros y cada cuatro pasitos miraba hacia atrás para comprobar si yo la seguía, pero como cualquier otra perrita, a veces

un olor la atraía y se alejaba o se quedaba rezagada, y yo tenía que reñirla. Estando escapados por bosques y pueblos, medio abandonados, no nos podíamos permitir ni un solo error, nunca se sabe quién te puede estar observando, con quién te topabas en el camino o si había que echar a correr en un solo segundo.

En aquellos momentos había mucha gente con necesidad de cualquier cosa, y un alto porcentaje de esa gente iba perdiendo los valores a medida que el hambre y la necesidad iban creciendo. Como dice de manera épica el personaje de *Roy Batty* al final de la película *Blade runner*: «He visto cosas que vosotros no creeríais». Yo mismo vi con mis propios ojos como un hombre enorme, el típico cachas de gimnasio, de unos cuarenta años, le daba una paliza a un quinceañero para robarle una simple cajetilla de tabaco mientras sus amigotes, cortados por el mismo patrón que el atacante, lo alentaban.

Aquel gigante jugaba con sus secuaces a la Brisca en una mesa, se levantó y le pidió un pitillo al chaval que acababa de sacar tabaco en la máquina, le dio el cigarro y mientras se lo llevaba a la boca le pidió tres más para sus amigos. El chico se negó, e inmediatamente, sin mediar palabra, el chulo de barrio le envistió un tortazo a mano abierta que el joven cayó al suelo. Se incorporó rápido, pese al dolor, y aquel acto de insumisión fue como una amenaza para el abusador, que volvió a ordenarle que le diese tres cigarros más mientras lo zahería. El chaval se volvió a negar ante la insistencia del atacante; recibió dos bofetones más y volvió a caer. Otro cliente que estaba en la barra y yo, hicimos el ademán de levantarnos para detener aquel abuso, pero sus amigos se dieron cuenta e hicieron una barrera frente a nosotros impidiéndonos llegar en su ayuda, uno de ellos me puso las manos sobre mis hombros diciendo: «No te hagas el héroe que cobras». A pesar de nuestros gritos rogándole que parase, aquel cabrón asqueroso aún no se había quedado a gusto, le pegó tres patadas en las costillas y le quitó el paquete de tabaco. Se encendió el cigarro que tenía todavía en la boca, apagó de un soplido la cerilla y se la tiró al chaval que gemía retorciéndose de dolor en el suelo y, llorando, imploró que se lo devolviese, que el tabaco era para su padre. El animal haciendo caso omiso se dio media vuelta y salió por la puerta tan tranquilo mientras sus amigos, aún con gestos amenazantes hacia nosotros, a los pocos segundos hicieron lo mismo.

Lo único que pude hacer después de aquello, fue levantar al chico del suelo y comprarle un paquete para su padre. Por eso no solo temía toparme con

algún militar o guardia civil del bando golpista, también con cualquiera que estuviera escapado como nosotros y que nos quisiera robar las pocas pertenencias que llevábamos encima, como aquel navajero. Costaba mucho poder confiar en alguien desconocido. De ahí mi obsesión por tener a Keira siempre a mi lado o en brazos. Y no solo eso, también que me moría de miedo el pensar que la pudiera perder en un descuido. Era tan pequeñita que a veces, en un solo segundo, la perdía de vista y desaparecía, me ponía nervioso y tenía que silbarle o gritar su nombre y eso podría hacer que delatara nuestra posición para oídos indiscretos. Luego miraba hacia abajo y estaba casi siempre entre mis piernas mirándome, como diciendo: «¡Pero si estoy aquí, tonto!», entonces se levantaba apoyando las patas delanteras en mis espinillas y comenzaba a rascarme pidiéndome que la cogiera en brazos para comerme a besos, como pidiéndome perdón por algo que ni siquiera había hecho.

Por eso aquella caminata por el perímetro del campamento fue maravilloso, hacía tiempo que no la veía así. Y aunque guardaba cierta tristeza en su comportamiento por no estar junto a su mami, parecía que, en aquellas horas se había olvidado por completo de esa sensación de vacío, al igual que yo.

A llegar de vuelta al cuartel después de supervisar el exterior del recinto y ya entrada la noche, a pesar de que aún eran las seis de la tarde, fue cuando me di cuenta de que estábamos en nochebuena. Media docena de chicos y chicas con ropa militar de camuflaje y pañuelos morados en el cuello —símbolo de la resistencia—, estaban colgando unas guirnaldas hechas con papeles de periódicos al rededor del patio donde hacíamos la hoguera nocturna para la cena.

—¡Hostia! ¿Qué se celebra? ¿Hay algún cumpleaños? —le pregunté a Ponyboy. Keira echó a correr hacia los compañeros que estaban cocinado para ver si se les caía algo.

—¿Pero en qué mundo vives? ¡Hoy es nochebuena! Estás en la puta *pola*^[50], amigo.

Bajé por los túneles hacia la habitación roja para cambiarme los calcetines empapados en sudor y descansar algo después de la pateada, fue entonces cuando encendí el móvil y vi que había recibido el mensaje de mi hermana. Luego me vine abajo.

Aquella sensación de recibir un simple mensaje en el móvil la tenía casi olvidada. Cuando antes de que pasase todo aquello, uno estaba acostumbrado a que te llegaran al día quince WhatsApp, siete notificaciones de Facebook, diez nuevos *likes* en Instagram, ganar un *follower*, cuatro menciones y cinco

spams en tu correo de alguna madurita de tu barrio que quería conocerte. Pero no me dio el bajón por eso en concreto, fue el detonante. El querer volver a mi vida de antes, a la vida normal, a lo cotidiano. En concreto, porque echaba muchísimo de menos un mensaje de Sara.

Abrí el Instagram para ver por enésima vez sus fotos, de las que casi el ochenta por ciento habían sido hechas por mí. Mientras tanto, en alguna de las habitaciones cercanas del túnel alguien empezó a cantar un villancico en gallego: *...e tiña que estar, e tiña que haber, alghun galeguiño xunto do Belén. Xunto do Belén non podía faltar, alghun galeguiño para aturuxaaar...* ^[51] «¿Republicanos cantando villancicos?», me pregunté. Aunque no le di más vueltas. Lo que sí, es que aquel villancico gallego me traía muchos recuerdos. Lo solíamos cantar en nochebuena en casa de mi abuelo paterno junto con mis padres y mis tías, y no quería ponerme melancólico en esos momentos, ni que la memoria me llevase a preguntarme qué había sido de ellas o del resto de mi familia a pesar de no haber tenido mucho contacto en los últimos años. Así que recurrí a hacer lo que siempre hacía para evadirme de un pensamiento; escuchar música.

En este caso quería olvidarme de cualquier recuerdo de navidad y que la imaginación me llevara a aquellos lugares donde había hecho aquellas fotos con Sara. Elegí, *I'll be there for you* de Bon Jovi. Nuestra canción. La canción.

*I guess this time you're really leaving.
I heard your suitcase say goodbye...* ^[52]

Y seguí viendo fotos y más fotos. Leyendo los comentarios, repasando qué foto tenía más *likes*, la cual, evidentemente, era una de ella en bikini, en la playa de Samil, que tenía 1537 *likes*. Al fin y al cabo, reviviendo cada recuerdo que tenía de cada una de las fotos que yo le había hecho. Me producían mucha morriña, pero me gustaba revivir aquellos recuerdos con ella.

*...I'm praying to God. Give me one more chance, girl.
I'll be there for you...* ^[53]

De pronto me di cuenta de una cosa, un detalle muy leve que me llamó la atención; una foto estaba cambiada. La primera que había subido al Instagram hacía ya unos cuantos años. No la foto en sí, sino la localización donde se

había hecho la foto. Aquello estaba editado seguro. En las fotos de aquella aplicación tu podías poner dónde se había hecho la foto, el lugar que te diera la gana. Podías subir una imagen de tus pies en la arena de la playa de La Sirenita en Vigo y poner como que estabas en las islas Phi Phi en Tailandia. Y aquella imagen la recordaba muy bien, como si fuera hoy mismo. Habíamos salido del cine y fuimos a mi rincón favorito del mundo; La Plaza de la Herrería de Pontevedra, para tomar un café en nuestra terraza de siempre, aunque antes habíamos pasado por casa para recoger a Keira. Recuerdo que aún era verano, estaba atardeciendo y hacía una temperatura perfecta. Al acabar de tomarnos el café yo me puse en pie para sacarles unas cuantas fotos con su móvil y después de debatir en cuál de ellas salían más guapas las dos, Sara publicó su primera foto en Instagram.

*...I know you know we've some good times.
Now they have their own hiding place...^[54]*

Salía ella sonriendo en primer plano, mirando de lado a la cámara y la cabeza un poco inclinada, aún con el pelo negro azabache que tanto me gustaba. Vestía camisa de color verde oscuro con tachuelas y pantalón vaquero con rotos en las rodillas. Chuchi sobre sus piernas, con un lacito azul en una coleta y una patita de ella encima de la muñeca izquierda de su mami. Aquella foto la tituló *Always together*^[55], y la acompañó de tres *smilies*^[56] con corazones, y los *hashtags*^[57]: *#chuchicariño*, *#chuchibonita*, *#elamordemivida*, *#yorkie*, *#sunday*, *#sunny*, *#galiciacalidad*, *#elpoderdetres*.

*...For I wanted to be your valentine.
I'll be the water when you get thirsty, baby...^[58]*

En la imagen no se adivinaba para nada el entorno en donde estábamos, tan solo se veían unas cuantas sillas metálicas detrás, con una chica sentada de espaldas y a su lado se adivinaba un carrito de bebé, nada más. Pero la localización donde estaba etiquetada aquella foto no se correspondía con el lugar. Aquello era una pista, una pista para mí, ya que era el único que sabía dónde se había hecho aquella foto, y me estaba diciendo dónde se encontraba.

Por fin, después de tantos meses, sabía dónde buscar a Sara.

...when you breathe, I want to be the air for you.

I'll be there for you... ^[59]

Cuando me di cuenta del mensaje que Sara había dejado en su Instagram no me lo podía creer. «Joder, esta tía es la hostia», pensé. En la ubicación de aquella fotografía tenía que poner; *Praza da ferrería, Pontevedra*, y no *Illa da Toxa, O Grove*. Yo sabía a ciencia cierta que aquella foto no estaba hecha en la isla de A Toxa, pero si sabía lo que había allí. El apartamento del padrino de Sara. ¿Me estaba diciendo que se encontraba allí? ¿O que había estado allí? No sabía qué me quería decir con aquello, pero hacía muchos meses que no sabía nada de ella y eso era una noticia acojonante. Tenía que ir hasta la isla de A Toxa y comprobarlo.

Entusiasmado, se lo conté a Chuchi, que descansaba medio adormilada encima de mis piernas y se puso como una loca. No me pude resistir. Sabía que, si le decía la palabra clave *Mami*, ella se levantaría de un salto moviendo el rabo buscándola y luego se llevaría una decepción al no verla, pero me salió de dentro. No lo pude evitar.

Teníamos varias palabras que eran clave para que Keira reaccionase al instante de cierta manera, pero las palabras que más excitación le provocaban eran: mami, papi, playa, pipí, pelota, tú quedas y vamos.

—¡Chuchi, es mami que nos está diciendo dónde está! ¡Vamos a buscarla! ¡¡Vamos a buscar a mami!!

Ella dio un salto, levantó las orejas, me empezó a lamer toda la cara y bajó de la cama dando vueltas moviendo el rabo a toda leche, y claro, se puso a buscarla por la habitación, como cuando jugábamos con ella por casa al escondite y yo le decía que buscara a mami. *Pobriña* ^[60], tuve que agacharme para cogerla en brazos y le expliqué con un tono más calmado que mami no estaba allí.

—Cariño, perdona. Mami no está aquí, pero ya se dónde puede estar y vamos a encontrarla, ¿vale?

Ella, como si entendiera a la perfección cada palabra que le acababa de decir, me volvió a lamer toda la cara y el cuello, y se acostó sobre mi pecho agachando las orejas otra vez.

Con los calcetines secos y el espíritu más animado, esperé a que terminara la canción de Bon Jovi y subí con los demás.

En el patio estaban preparando la cena de navidad frente a la fogata, tenían varios pollos y conejos, además de una mesa con varios platos de turrón, almendras, nueces y botellas de vino. Mientras cenábamos y algunos cantaban

villancicos, le conté a Breogán, otro de los jefes de la Resistencia Civil, lo que había descubierto, y que al día siguiente me iba a ir hacia O Grove, por si me podían proveer de algún coche o alguien me podría acercar algunos kilómetros. Su respuesta no fue del todo negativa, aunque me dijo que era una locura, que tendría que pasar por Vigo y Pontevedra y los dos lugares ya estaban tomados por el ejército santista. Que disfrutase de la cena. Eran buenas noticias y pronto volvería a estar con Sara. Por la mañana lo hablaríamos con mayor detenimiento con el capitán Moreiras para ver qué podíamos hacer. Así que cené pensando en que volvería a ver a Sara en pocos días y, por fin, Keira iba a juntarse de nuevo con su madre.

Acabé emborrachándome y cantando villancicos con los demás. Fue una nochebuena cojonuda.

Cuando ya habíamos acabado de cenar, Rubi se me acercó con una botella de Albariño en la mano. Había que bridar por la buena noticia.

—¡Chin! ¡Chin! —me dijo Rubi, acercando su vaso de plástico al mío mientras se sentaba a mi lado. Estaba tan borracho como yo.

—¡Chin! ¡Chin! —respondí sonriendo.

—Me acaba de contar Breogán que sabes dónde encontrar a tu chica. Por fin buenas noticias por aquí.

—Si, tío. Bueno..., mi ex chica. A primera hora de la mañana me pongo en marcha, a ver si me dejan un coche o algo.

—Oye, pero piensa bien por donde vas a ir. Por Vigo es jugársela. A ver, ahora la cosa está calmada y no hay bombardeos, pero... no sé.

—Lo sé, yo también estaba pensando por dónde ir. Igual voy por la costa rodeando las ciudades. Aunque me lleve más tiempo será más seguro.

—Bueno, si no te dejan coche te tiras a andar y en menos de una semana estás allí. ¡Como si hicieras el camino de Santiago! —me dijo riendo.

Entonces se me encendió una chispa.

—¡Hostia, claro! ¡El camino de Santiago! —dije gritando mientras lo abrazaba— ¡Qué buena idea, Ponyboy! Me pillo la mochila y me hago el camino portugués ¿Siempre es una buena excusa en caso de que me paren los *Garcíers*, ¿no? Ellos son muy de ese rollo.

—También. Ya sabes cómo es el dicho sobre los santistas; «*Fariña e putas pola noite, e pola mañá a misa de doce*»^[61], pero bueno, sí —soltó una carcajada—. Además, ¿cuánto puede haber de aquí al Grove, cien kilómetros? Más o menos, ¿no?

—Pues no lo sé, pero lo veo luego por el Google Maps. Hostia, gracias por

la idea, tío —le dije volviéndolo a abrazar.

Esa noche apenas conseguí pegar ojo pensando en cómo lo iba a hacer; si debía robarles un coche, aunque me acojonara el conducir; si tirarme directamente al monte y echar a andar; si hacerlo por la ruta del camino portugués... Viendo los pros y los contras de cada una de las posibilidades.

Lo peor y más arriesgado era ir por la nacional bordeando la costa en dirección a Vigo, ya que era la ruta más poblada, así que esa opción la descarté. Otra idea era tirarme al monte, lo cual me llevaría un huevo de tiempo y esfuerzo, pero ya tenía experiencia haciéndolo, así fue como habíamos llegado Chuchi y yo hasta allí, y aunque habíamos pasado algún que otro contratiempo al final nos había ido bien. Y la otra opción era coger la ruta del camino de Santiago, a veces más expuesto, a veces menos, pero tendría la excusa de un devoto haciendo su penitencia en el camino hasta Compostela en tiempos de guerra, además si consiguiera hacerme con una credencial del camino e ir poniendo los sellos de las paradas, sería casi como llevar un salvoconducto encima. Me gustaba mucho esa idea.

13. Amor y Odio

Cabo Silleiro, 25 de diciembre de 2017

Aquella mañana de Navidad me levanté temprano, mientras tanto y como siempre, Keira se quedó un rato más durmiendo bajo las mantas. Nunca se levantaba hasta que no escuchaba el tintineo de mi cuchara sobre la taza del desayuno; me levantaba, recorría parte del túnel hacia la estancia del comedor, hacía un Cola Cao y volvía por el túnel de vuelta revolviendo la leche caliente hasta la habitación roja, donde mi pequeña ya me esperaba estirándose. Aunque aquella mañana no desayuné allí. Me vestí y, con los tenis en la mano, subí atravesando las diferentes estancias donde dormían el resto de mis compañeros sobre sus catres verdes de campaña, sin hacer mucho ruido para no despertarlos y con el móvil a modo linterna para iluminar el recorrido, ya que no encendíamos la hilera de bombillas hasta las ocho de la mañana, puesto que el ruido que hacía el generador eléctrico era bestial y sería imposible dormir de tenerlo activado durante la noche.

Salí al patio a desperezarme y estirar así todos los músculos de mi cuerpo. Afuera tan solo quedaban los restos de la hoguera de anoche aún humeante y algunas tazas vacías sobre los bancos de madera. El ambiente parecía entristecido, quizás por culpa de una baja y suave neblina, el silencio quebrado por algún pájaro cercano y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas en la distancia. Saludé con la cabeza a la única vigía que podía observar desde mi posición, la que permanecía paseando sobre las rocas, fusil en ristre y a la izquierda de la entrada principal del campamento, cerca del gran arco de piedra y su portalón de madera vieja.

Recogí las tazas para limpiar un par de ellas, hice un Cola Cao en la zona de oficiales para mí y un café para acercárselo a ella. A aquella joven, que se llamaba Violeta y era muy amiga de Rubi, aún le restaba una hora más de guardia. Era la chica que me había alumbrado con la linterna en la defensa de Vigo hacía unos meses. Le acerqué el café y al momento apareció Keira corriendo, con los ojos aún llorosos de recién levantada y poniéndome cara de interrogante: «¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me despertaste?», parecía decirme.

Más tarde, cuando la actividad del campamento comenzó a aumentar, el capitán Moreiras me mandó llamar a su despacho. Al entrar vi que me estaba esperando junto con Breogán y Rubi.

—Buenos días, Alex. Me han contado tus planes y te podemos ayudar. Te acercaremos hasta Tui —me soltó directamente, mientras yo me anudaba al

cuello el pañuelo morado, el cual había sido mi regalo de navidad de la Resistencia.

—¿A Tui? Pero... eso me retrasaría. Es ir hacia el sur y yo lo que necesito es subir al norte —contesté mientras tomaba asiento.

—A ver, Álex. Déjame contarte lo que haremos y luego tú decides. Eres un buen hombre y en todo este tiempo te has ganado el respeto de los demás camaradas, y ya no solo por la leyenda que te persigue —hizo un gesto con los dedos señalándole a Rubi para que le sirviese más café en la taza—. Has aportado buenas ideas, has trabajado duro ayudándonos a reconstruir este lugar y te acompaña la buena reputación de la defensa de Vigo, por eso queremos ayudarte. Rubi me contó tu idea de llegar hasta la isla de A Toxa con la excusa del camino de Santiago, y es muy buena. Pero si lo haces, hazlo bien. El camino portugués original, como bien sabrás, realmente no pasa por Baiona ni Vigo, así que lo mejor es que bajes hasta Tui y lo empieces desde allí. Así tu historia tendría más sentido y, además, allí nos puedes echar una mano con un asunto. Si vas por la costa y te llegas a cruzar con los fascistas y te hacen preguntas..., si eso pasa, como tengan la más mínima duda sobre ti te detendrán, te quitarán tiempo y depende de con quién te encuentres o si escarban un poco, lo más seguro es que te peguen un tiro al descubrir quién eres. Te recuerdo que estás en la lista de la *Basura Roja*, al igual que yo. Así que... como mínimo te dejarán un buen tiempo en algún calabozo perdido. Y si pasa eso, mi gente se va a enterar. Ellos te admiran muchísimo, te respetan tanto que querrán ir a sacarte de donde estés y entonces nosotros saldremos perdiendo porque no nos podemos permitir enfrentarnos a todo un ejército.

—Joder, la verdad es que tiene sentido, no lo había pensado. Entonces... ¿me dejareis un coche?

—No, espera, no te precipites —me interrumpió, haciendo un gesto de calma con las dos manos—. Te contaré lo que vamos a hacer. Rubi te llevará en coche hasta Tui, te conseguiremos una credencial del camino con los sellos propios de cada albergue y cada iglesia, como si vinieras haciéndolo desde Oporto para darle así mayor consistencia a la historia.

—Y también te haremos entrega de un arma. No puedes andar por ahí sin una —apuntó Breogán, sentado en el borde de la mesa.

—Muchas gracias, de verdad. No sé qué decir.

—Espera, esto no es gratis —continuó el capitán—. A cambio tendrás que hacernos un favor y ayudarnos en una misión muy sencilla. Mucho más fácil que la que hiciste en Vigo.

El capitán Moreiras también tenía sobrevalorada aquella operación.

—¿Una misión? ¿Cómo una misión? —respondí confuso.

—Luego te doy los detalles, pero, en resumen, se trata de ayudar a pasar a una mujer y su hija hasta Portugal. Una vez lo hagas y cruces el río Miño de vuelta te haremos entrega del arma, la munición, comida y la credencial del camino, ¿de acuerdo?

—Pero, vamos a ver. ¿Misión sencilla? ¡Sencilla, *O carallo!* ¡Es una locura pasar a nadie a Portugal por el río! ¡Si ya han muerto no sé cuántos tratando de hacerlo! —contesté algo exaltado.

—Es lo que hay, Álex. Piénsalo. Lo tomas o lo dejas.

—El coche debe salir para Tui al anoecer —puntualizó Breogán—. Ya está todo en marcha y si no eres tú, lo hará otro —advirtió, dando la conversación por finalizada mientras se levantaba.

—Pero si lo hace otro no te podremos conseguir ni la credencial ni el arma. Piénsalo —remató el capitán Moreiras.

—No hay nada que pensar. Acepto, claro que acepto —respondí levantándome del asiento.

Pensé en que el día que iba a perder bajando a Tui sería el día que iba a ganar yendo en coche. Pero, además, iba a ganar algo a mayores; una excusa y una defensa. O sea, la credencial del camino y un arma.

—Muchas gracias, mi Capitán.

—No hay de qué. Ya te digo que estamos encantados contigo y ojalá no te tuviéramos que perder —dijo apoyando una mano sobre mi hombro—. No sabes cuánto te quiere esta gente y me haría mucha falta que te quedases por aquí. La gente te respeta y te admira. Para muchos eres una gran inspiración y eso no hay quién lo pague.

Me quedé allí un rato repasando todo lo que me acababa de decir. Supuse que cuando dijo: «Ojalá no te tuviéramos que perder», se referiría a perderme como compañero, pero no sé por qué, aquellas palabras acompañadas de su mano en mi hombro me hicieron pensar que igual corría mayor riesgo del que creía, que ya era bastante.

Después de comer nos dedicamos a preparar las cosas y parecía que estaba a punto de llover en cualquier momento. Por un lado, nos venía muy bien para la misión, porque al llover hay menor visibilidad, mayor ruido por la lluvia cayendo en el agua y menos posibilidad de que te escuchen al cruzar el río, pero, por otro lado, el Miño bajaría con mucha fuerza y no sabía si lo haríamos en barca, a nado o de qué manera. Tampoco conocía si la mujer era

mayor, joven, si la niña era pequeña o ya adolescente, etc. Pero de todo eso me fue informando Rubi en el todoterreno.

En resumen, el plan parecía bastante sencillo; recoger a las chicas, cruzar el río, volver y punto. Ojalá hubiera sido así de fácil.

La misión consistía en llegar hasta la localidad fronteriza de Tui para recoger a los objetivos —la madre y su hija—, continuar hasta la parroquia de San Xoán de Paramos a seis kilómetros de allí y ayudarles a cruzar el río Miño hasta Portugal. Pero no sabríamos por qué lugar exacto debíamos cruzar ni cómo hacerlo hasta que llegásemos al punto B marcado en un mapa, donde otros camaradas encargados de la logística nos dejarían más indicaciones.

Rubi me pasó un papel acompañado de tres fotografías con los pasos a seguir de la misión.

—Breogán me ha dado esto. Es el plan. Vete estudiándolo y deshazte de él antes de que lleguemos a Tui —señaló.

—Guay. Gracias, tío.

En ese momento me pareció que, definitivamente, Rubi había madurado. Hablaba con más seguridad, más firmeza. Se notaba que estaba en su salsa. Hasta me pareció que cada vez usaba menos la palabra «puto» en las conversaciones.

—

- *19:00 h. Los camaradas **01** y **02** saldréis de la base hacia la localidad de Tui en dirección este, por la ruta marcada anteriormente pasando por la localidad de Gondomar, la más segura.*

- *19:40 h. aprox. Llegada a Tui por la carretera PO340 (oeste) y continuar por la misma hacia el centro de la ciudad (c/ Colón y c/ Augusto Fdez. Besada). Antes del llegar al cruce del Convento de San Francisco y tan pronto como lo visualicéis de frente, al fondo de la calle —fachada blanca—, tratad de estacionar hasta que el objetivo salga de misa, con cuidado de no hacerlo muy cerca de la intersección ya que en el último edificio de la derecha se encuentra la jefatura local de policía.*

- *19:50 h. aprox. Objetivos **03** y **04** saldrán de misa acompañadas por el párroco Don Benito, confirmando así una primera identificación. La confirmación definitiva será una respuesta a vuestro saludo con una frase cualquiera que contenga las palabras «**Misa del gallo**».*

Recogedlas y continuad el camino por la N550 (paseo Calvo Sotelo) dirección nordeste, y siguiendo la ruta trazada en el mapa hasta llegar al punto B. Allí, en el parque infantil del Centro Cultural de Paramos, encontrareis las siguientes indicaciones.

- *Al finalizar la misión, y para confirmar que esta ha tenido éxito, el contacto en el punto **D**, al otro lado del río, tendrá que realizar la llamada de confirmación a la cabina del punto **B** donde estará esperando el camarada **01**.*

- *Una vez recibida la llamada y que el objetivo de la misión se haya completado se entregarán los víveres, credencial del camino y una pistola semiautomática HK USP con dos cargadores y una caja de munición Winchester 9mm de 100 unidades al camarada **02**.*

Mucha suerte camaradas.

¡Viva la república!

La nota venía acompañada de tres fotografías en blanco y negro de la zona, como hechas por satélite. Por su pésima calidad supuse que eran fotocopias de algún libro o enciclopedia no muy actualizada. Y tenían marcadas las rutas a seguir con rotulador de color rojo, así como los puntos A, B y C en España, y el punto D en Portugal, al otro lado del río Miño.

Llevábamos ya un rato en el coche y, cuanto más nos íbamos acercando a la localidad fronteriza de Tui, yo iba temblando cada vez más y más. No paraba de frotarme las manos para entrar en calor. La combinación de miedo y frío hacían que no pudiera pensar con claridad, todo estaba yendo demasiado rápido y no hacía más que preguntarme si aquello iba a ser peligroso y por qué me habían elegido a mí para aquella misión. ¿Quizás porque era una misión difícil y no querían arriesgar la vida de ningún otro camarada más valioso que yo? ¿Porque aquello iba a ser coser y cantar, y eligieron al primero que aceptó? ¿Por ser yo quién se suponía que era?

Y como siempre hago en estos casos en que el estrés se va apoderando de mí, traté de pensar en otra cosa para evadirme de lo que tenía que hacer y de la suerte que iba a correr, para luego dejarme llevar ante la situación que se me pusiera por delante, distraerme de esos malos pensamientos y esas dudas, para dejar de lado al miedo y no cometer errores. Así que le dije a Rubi que

me iba a evadir unos minutos, lo necesitaba. No hicieron falta más explicaciones. Él ya conocía mi ritual de ponerme a escuchar música en diferentes situaciones. Siempre decía: «Érase un hombre a un iPhone puto pegado».

Comenzó a llover.

—Un día me vas a tener que enseñar a relajarme con la música esa que llevas ahí, seguro que solo escuchas a los viejales esos, los putos Bon Jovi.

—El día en que descubras que solo escucho a C. Tangana, vas a flipar — contesté sonriendo, mencionando a uno de sus favoritos.

Me coloqué los cascos y le di al modo aleatorio para ver si, como siempre, la música me ayudaba. En el tiempo que tardé buscando y sacando el Zippo de mi bolsillo derecho y encender un cigarro, identifiqué la canción que sonaba; por su *intro* de más de un minuto, la guitarra, las notas del piano y esos coros tan característicos. Era *Love & Hate*, justo antes de que la voz rota de Michael Kiwanuka, el nuevo rey del Soul, comenzase a cantar.

*Standing now,
calling all the people here to see the show..* [\[62\]](#)

Abrí unos pocos centímetros la ventanilla del coche para que saliera el humo y, de manera inconsciente, dejé la mirada perdida en algún punto entre el parabrisas, la noche, la lluvia y el reflejo de los faros sobre asfalto iluminando una carretera bordeada de pinos.

Por unos segundos no pensé en nada, dejé la mente en blanco. Luego sentí miedo. No solo de morir, sino de no volver a ver nunca más a Sara. De fracasar y no poder llevar a Keira con su madre. De morir y que mi hija no humana se quedase sola en el mundo, eso sí que me daba auténtico pavor. Así que embocé mis pensamientos con la música para que el pánico no se apoderara de mí y me llevase a lugares donde se suponía que no debería de estar en esos momentos. Tenía que vencer al miedo.

*...I believe
She won't take me somewhere I'm not supposed to be...* [\[63\]](#)

El miedo.

Una vez había visto un video en YouTube del astronauta español Pedro Duque —actual ministro de ciencia del gobierno republicano—, en el que le

preguntaban si no había tenido miedo en su primera salida al espacio. Él respondió que el miedo lo había valorado con detenimiento y, una vez estudiado, tomó la decisión de descartarlo. El entrevistador le preguntó cómo se hacía eso, o tienes miedo o no lo tienes. «¿Cómo hace uno para descartar sentir miedo? El miedo te puede hundir», preguntó.

...*You can't take me down, you can't break me down...* [64]

Respondió que se trataba de obtener todos los conocimientos posibles para, en caso de peligro, poder hacer todo lo que estaba en su mano para no morir, fuera cual fuera la situación. Y que hubo un día concreto en el que tomó la decisión de no tener miedo nunca más, y no la volvió a sopesar.

—O sea... que te preparaste para morir —insistió el presentador.

—No. Te preparas para no morir —respondió el astronauta con una sonrisa. Y lo explicó con un ejemplo—. Si después del trabajo coges el coche para conducir hasta tu casa, ¿te da miedo? ¿Tienes miedo a cometer un error, tener un accidente y morir en la carretera? No, ¿verdad? El miedo lo asumes y lo descartas porque sabes cómo se conduce y qué es lo que tienes que hacer en caso de cualquier adversidad. Si hay un bache tratas de evitarlo; si tienes que adelantar sabes cómo y cuándo hacerlo; si el semáforo está en rojo sabes que debes detener el vehículo, etc. Pues es lo mismo. Aprendes a conducir, asumes los riesgos y descartas el miedo, lo eliminas. El miedo es el que puede hacer que te la pegues —concluyó.

Pero mi caso era completamente opuesto. Yo no había sido entrenado para aquella misión ni para ninguna otra. No sabía qué tenía que hacer ni a qué peligros me iba a enfrentar, no sabía si iba a ser tan sereno como un paseo por el campo o tan arriesgado como un paseo espacial. En la misión de Vigo al menos conocía el terreno que pisaba como la palma de mi mano, pero aquella zona no. Conocía Tui, conocía el Miño, pero no tanto como para estar tranquilo. Ni tan siquiera sabía si mi vida correría peligro. Así que me dejé llevar, como siempre, y tratar de descartar el miedo. Tan solo tenía una cosa en mente; Sara. Cuanto antes acabara aquella misión, antes llegaría hasta ella. El miedo no podía derribarme, no podría dejar que me doblegara. «Lo que tenga que pasar pasará», pensé. Entonces me relajé y descarté el miedo de forma inconsciente mientras continuaba la canción.

...*You can't take me down,*

you can't break me down... [65]

—Oye, Rubi. ¿Sabes algo sobre quienes son esa chica y su hija? —pregunté, mientras repasaba los mapas encendiendo la luz interior del coche.

—Ni idea, tío. Probablemente la gente de arriba tampoco sepan quienes son. Seguro que es alguien con algún contacto dentro de los republicanos o la resistencia y ha pedido ayuda para escapar. Uno le pide un favor a un segundo, este otro le debe algo a un tercero... y así sucesivamente. Don Benito, el cura, ya nos ha echado una mano otras veces a esconder fugitivos que están en peligro de muerte o a conseguir documentación falsificada. Igual esta vez ha sido él quien ha pedido nuestra ayuda.

—Si escapa es porque se ve en claro peligro, ¿no? Además, con una hija... —pregunté mientras observaba cómo la lluvia a cada rato que pasaba se iba haciendo más débil.

—Bueno, parece que es una chica ya. El capitán ha dicho que la niña tiene catorce años.

—Buscarán una vida mejor...

*...Now I feel some days of trouble,
I'm in the house of war...* [66]

Como era habitual en Keira al ir en cualquier coche, a los pocos minutos del trayecto abandonó mis rodillas y se fue al asiento trasero para dormir sobre mi chaquetón de invierno amarillo, dio un par de vueltas sobre sí misma y se acurrucó entre las plumas que bordeaban la capucha. Y al verla ahí, echa una bolita y mirándome de reojo, pensé en cómo me las iba arreglar para realizar la misión llevándola conmigo.

—Y... ¿cómo vas a hacer con Chuchi? —preguntó Rubi, leyéndome la mente.

—Pues eso estaba pensando, tío. No tengo ni puta idea. Depende de cómo esté la cosa. De por dónde vayamos a cruzar, de cómo lo haremos... no sé, ya veremos.

—Si quieres me quedo yo con ella hasta que vuelvas, yo de ahí no me voy a puto mover hasta que vuelvas. ¿Cuánto podréis tardar, una hora? O dos, como mucho.

—Uf, no sé. No es que no me fie de ti, ¡eh! Ya sabes que contigo se queda tan tranquila. Pero es que me cuesta mucho separarme de ella, aunque sean

diez minutos. Imagínate que pasa algo y no puedo volver en unas cuantas horas. No sé, ya veremos. Es una opción. A ella le gusta estar contigo — Mientras le respondía, volví a girar la cabeza para observarla como dormía tan tranquila, tan ajena a todo lo que se nos venía encima, al igual que yo.

Los tres últimos minutos de la canción de Kiwanuka siempre me parecieron acojonantes y maravillosamente inspiradores. Subí el volumen.

Aprovechando que pasábamos por una zona boscosa, cubierta por grandes pinos y ya enfrascados en el parque natural del Monte Aloia, a pocos kilómetros de Tui. Bajé la ventanilla para ir deshaciéndome de las fotos y el papel con las indicaciones. Los fui cortando en pequeños trozos y quemándolos hasta que se hacían ceniza y se desintegraban por la carretera. Acababa de llover y todo estaba mojado, así que no había peligro de provocar ningún incendio con alguno de los papelitos sin apagar. Aun así, lo fui haciendo con sumo cuidado, aún teníamos muy presentes los gravísimos incendios que habían asolado el sur de Galicia, sobre todo por aquella zona, y que incluso habían atacado en el centro urbano de la ciudad de Vigo hacía tan solo dos meses. Luego volé otra vez con el *riff* ^[67] de guitarra de Kiwanuka sintiendo el aire frío de la noche en mi cara. Seguía muy nervioso.

Eran las 19:39. Aquellos cuarenta minutos de trayecto habían sido más que suficientes para estudiar los pasos a seguir. Además, yo ya había estado varias veces en Tui, sobre todo cuando rondaba los veinte años y se puso de moda aquel lugar para salir de marcha los domingos por la noche. No es que me conociera muy bien el sitio, pero por lo menos sabía que me podía orientar perfectamente. Repasé mentalmente lo que tendría que hacer después de recoger a las chicas; salir dirección norte para tomar el primer desvío a la derecha y acto seguido la segunda a la izquierda, continuar recto hasta llegar al río Louro, cruzarlo hacia la derecha y lo demás era casi todo recto hasta que llegásemos al punto B. Parecía fácil.

Al entrar en Tui por la calle Colón, ya tenía la adrenalina por las nubes y mi corazón comenzó a acelerar su ritmo cardíaco. El acceso al centro por esa calle, en cualquier día de semana antes de la guerra, era todo lo contrario a lo que veía en ese momento, especialmente en la calle de González Besada. Antes era una de las vías principales llenas de comercios y gente en las aceras realizando sus compras, con mucho tráfico, sobre todo a la altura del desvío que va hacia el puente internacional que cruza hasta Portugal. Pero ahora, después de meses de contienda, más de la mitad de los negocios estaban vacíos con carteles anunciando su alquiler o venta. Y la otra mitad, los que

aún permanecían abiertos, ahora estaban cerrados por ser el día de Navidad. La calle estaba desierta y con apenas tráfico.

Fijamos nuestra vista en el final de la calle. Tan pronto como conseguimos ver al fondo la característica fachada blanca de la Iglesia del convento de San Francisco, Rubi se echó a la derecha para detenerse: «Ahora, a esperar», dijo. Apenas quince segundos después de apagar el motor, me di cuenta de que la cabeza de alguien se agachaba hasta la altura de la mía, a veinte centímetros del coche. Era un hombre corpulento, con una barriga prominente, de unos sesenta años y papada abundante. Era el típico policía local de toda la vida a poco de jubilarse. Ni siquiera nos habíamos percatado de que se hubiera acercado.

—Buenas noches. Baje la ventanilla, por favor —Le escuchamos decir en un sonido ahogado por el cristal, mientras daba unos golpecitos en la ventanilla—. Aquí no se puede parar —indicó el agente, inclinado la cabeza para ver dentro del coche.

—Buenas noches, señor agente —pronuncié al bajar la ventanilla—. ¡Va a ser tan solo un minuto! Es que venimos a buscar a mi mujer que sale de misa ahora —contesté instintivamente y cagado de miedo.

En ese momento me di cuenta de que había empezado a chispear otra vez.

—Pues aquí no se pueden detener ni estacionar —repitió en tono más serio—. La misa acaba ahora así que sigan más adelante que hay una parada de bus a unos metros de la iglesia. Pueden esperar allí dos minutos. ¡Pero dos minutos, eh!

—Gracias, y... disculpe —respondí, haciéndole un gesto con la mano mientras él seguía echando el ojo hacia la parte de atrás del Jeep.

—¡Esperen! ¡Esperen un momento! —exclamó levantando la voz y la palma de la mano— ¿Qué llevan ahí?

Mi corazón, que venía acelerado, en ese momento pegó un frenazo y se congeló de repente. De reojo sentí que Rubi echaba la mano al interior de su chaqueta, donde escondía un revólver. ¿El poli se refería al maletero, o a dónde? Si nos mandaba abrir el maletero estábamos perdidos. «Se acabó», pensé.

—¿Es un perro? —dijo señalando a Keira, que seguía durmiendo. Aunque entonces se incorporó y saltó hacia mis piernas.

—Sí, bueno, es chica. Keira, saluda a este señor —le dije, mientras ella se subía a mi pecho para lamerme la cara.

—¡Hombre, una *Yorkie*! ¡Como la de mi hija! Estos bichos tienen mala

leche, ¿eh? —sonrió mientras metía la mano por la ventanilla para acariciarla.

—¡Que va, esta es súper tranquila! Solo le ladra a la gente mala —puntualicé sonriendo.

—Bueno, pero saben que deben tenerla enganchada a la sujeción del cinturón de seguridad, ¿no? no puede estar así suelta.

—¡Hostia, sí!, perdone. Es que no teníamos pensado venir a buscar a mi mujer, estábamos paseando para que hiciera un pis y me encontré con mi cuñado... —le dije señalando a Rubi, que volvía a tener las dos manos sobre el volante— Tiene que perdonar, pero no tengo aquí la sujeción.

—Pues... sintiéndolo mucho no pueden continuar así. Tiene que bajarse del vehículo.

—Sí, sí, claro. No hay problema —contesté con gesto amable, mientras ya abría la puerta con Keira en brazos para salir.

—Y suerte que no les multo, ¿eh? Tómenlo como un regalo de Navidad.

—Pues muchas gracias, agente. Es que ni lo había pensado, ya le digo, salimos así de casa... —Salí del coche, me agaché para enganchar la correa de Keira y me dirigí a Rubi

—Te veo luego, ¿vale, *meu*? Espéranos en el portal y tomamos un cafecito —Le dije levantando las cejas y dirigiendo la mirada a la iglesia.

—Vale, sí. Nos vemos allí —respondió mientras volvía a poner el coche en marcha.

—Pues es verdad que no tiene mala leche esta —me dijo el policía, mientras se incorporaba después de haberla acariciado—. La de mi hija si te acercas a veinte centímetros ya te está *rosmando*^[68] y enseñando los dientes. ¿Cómo se llama?

—Keira

—¿Leira?

—Keira, con k.

—¿Kira?

—No, Keira. Como la actriz; Keira Knightley.

—¡Ah! Vale, vale —asintió, seguramente sin saber a qué actriz me refería.

Continuó su camino hacia la comisaría para, a los dos pasos, volver a girarse.

—Y... ¡Feliz navidad, amigo!

—Igualmente. ¡Feliz navidad!

Crucé de acera por el paso de cebra para así alejarme un poco de la

comisaría y me detuve justo frente a la iglesia, bajo un balcón que nos resguardaba de la lluvia. Vi como el policía se metía dentro de la comisaría y apoyé la espalda en una puerta verde de madera, hice lo mismo con el pie derecho y encendí otro cigarro, los nervios me hacían fumar más de lo habitual. Por un momento había perdido de vista el todoterreno de Rubi, pero lo vi alejarse por la carretera hacia el norte. En ese momento no sabía qué hacer cuando salieran las chicas. Improvisar.

Empezó a salir la gente de misa y Rubi no daba señales, no aparecía por ningún lado. Yo habría esperado más adelante y ya estaba, pero no sabía si él conocía de antes la ciudad. Por su juventud me imaginé que no, y la vuelta que tenía que dar hasta poder volver allí era un lío de cojones.

Entonces vi salir al cura agarrado del brazo de una chica de unos treinta y cinco o cuarenta años —nunca supe calcular bien las edades—. De pelo rubio casi platino y cayendo sobre sus hombros. Llevaba puesto un gorro de lana de color beige con un pompón arriba, una bufanda gruesa del mismo color y un abrigo verde caqui con las mangas negras de piel, de esos que tienen una capucha con plumas alrededor, leggings negros y unas botas UGG marrones. Parecía, como se dice por estos lares: «De buena familia» —nada más lejos de la realidad—. Pero no tenía pinta de ser de aquí, se asemejaba más a una mujer del norte o este de Europa.

Pero había algo más que no cuadraba, no había ninguna adolescente a su lado. Para mi sorpresa, de su otra mano se aferraba una niña o un niño, de tres, cuatro o cinco años. Esperé unos segundos y vi que, tanto el párroco como ella, giraban la cabeza buscando a alguien, incluso hubo un instante en que sus ojos recalaron en mí. Estaba claro que era ella. Apagué el cigarro y tiré levemente de la correa rosa de Keira que, ajena a todo, estaba olfateando la marca de algún otro perrito a los pies de una señal de tráfico.

—Vamos allá, Chuchi.

De lejos no se distinguía el color de pelo o si se trataba de una niña o niño quien acompañaba a la chica, ya que también tenía un gorro de lana puesto y cubierto con la capucha del plumífero rosa chicle que la abrigaba, pero al acercarme descubrí que en el pecho tenía una inscripción bordada que ponía *Princess*, con una coronita dorada encima. Deduje que era una niña; estaba bien abrigada con guantes y bufanda, tan solo se le veían los ojitos verdes y la nariz sonrosada por el frío. Tanto el cura como la chica, no se sorprendieron al verme llegar, y me sonrieron mientras me iba acercando. Cuando llegué hasta ellos descubrí que, bajo el gorro, la niña tenía el pelo negro. Había mucha

gente alrededor de ellos que se despedían del cura con enorme amabilidad. Entre los paraguas y la gente, Keira y yo nos fuimos abriendo paso.

—¡Hola, cariño! —le dije disimulando, acercándome hasta besar la mejilla fría y pálida de la mujer.

—Hola —contestó extrañada. Mientras yo me quedé reparando en sus increíbles ojos verdes, iguales a los de la chiquilla.

—Buenas noches, Don Benito. ¿Qué tal ha ido la misa? —pregunté, estrechándole la mano— ¡No paraba de salir gente!

—Sí, la verdad es que hoy sí. Se nota que es Navidad y los feligreses tienen poco que ver en la televisión —bromeó sonriendo—. Ha habido más gente ahora, que anoche en la misa del gallo.

Pronunció la palabra *gallo*, con mayor énfasis que las demás. Era la palabra clave. Estaba confirmado, ellas eran las chicas.

—¿Nos vamos a tomar un chocolate caliente? —le pregunté a ella, mientras le echaba una mano por detrás de su espalda y con la otra seguía sujetando la correa de Keira, que ya estaba sentada sobre sus patas traseras y con la cabeza levantada mirando a la niña con curiosidad.

—Pues sí, que hace mucho frío. ¿Nos acompaña, Don Benito? ¿Viene usted con nosotros? —le preguntó al párroco.

Mi intuición me dijo que aquello era una pregunta en clave, quizás para saber si hacía bien viniéndose conmigo o no.

—No hija, gracias. Pero para mí ya es muy tarde, además, en nada ya van a dar el toque de queda. Id vosotros —acercándose a mí y en un tono más bajo, prosiguió—. Cuídalas mucho.

Empezamos a caminar en la dirección que tendríamos que haberlo hecho con el coche, y en esos primeros metros no nos dijimos nada el uno al otro. No sabía ni que decirle, así que en cuanto nos alejamos de la multitud, me presenté.

—Yo soy Álex. Aunque muchos me llaman Tito, como tú prefieras —Le iba a dar dos besos, pero me di cuenta de que se suponía que éramos matrimonio o, al menos, conocidos, y si alguien nos estaba observando podría levantar sospechas.

—Yo Rebeca. Ella es mi hija, Candela. Pensé que vendrías varios y en coche —dijo confundida—. ¿Y ella es...? —señalado con la cabeza a Keira.

—Es Keira, mi hija —sonreí—. Tuvimos un percance y me tuve que bajar del coche, supongo que mi compañero estará dando la vuelta. Lo mejor es que sigamos por la ruta que teníamos marcada caminando.

—¿Y si no vuelve? —Preguntó con cara de preocupación. Se notaba que estaba muy nerviosa.

—Vendrá, tranquila.

Me cogió del brazo y caminamos los cuatro juntos calle arriba.

La lluvia ya había cesado, pero noté como empezaba a caer la niebla, lo habitual en aquella zona cercana al río.

Al rato apareció Rubi, abrí el estrecho maletero del Jeep negro de la resistencia para guardar el bolsón y la mochila que traía Rebeca, y se sorprendió al ver el fusil de Rubi y las cajas de munición. Subió al coche nerviosa sin parar de hacer preguntas sobre cómo íbamos a hacer para cruzar el río y cuál era el plan, a lo que nosotros no podíamos responder hasta que llegásemos al punto B, en el parque infantil donde encontraríamos las siguientes indicaciones a seguir. Y ella se ponía más nerviosa aún.

—Álex irá con vosotras —aclaró Rubi—, hasta que deis con nuestro contacto en Portugal, luego se vuelve.

—¿Cómo vamos a cruzar, en barca? —siguió preguntando, a la vez que le quitaba a Candela el gorro de lana y la bufanda, dejando ver su melena negra y lisa, cortada por encima de los hombros, todo lo opuesto a la de su madre. Se parecían muchísimo la una a la otra. La única diferencia era el color de pelo.

—Suponemos que sí —contesté—, pero hasta más adelante no tenemos más instrucciones. En cinco minutos lo sabremos.

Rubi nos aconsejó que nos comportásemos como una verdadera familia, que éramos marido y mujer, y la niña era nuestra hija. La pequeña tenía algo más de cuatro años y ya hablaba bastante bien. Su madre le iba explicando el juego que estábamos haciendo y que, si alguien nos preguntaba, yo era su papá. Rubi levantó la cabeza para verla por el espejo retrovisor y, señalándome, se dirigió a ella.

—Entonces, ¿quién es este señor que está a mi lado?

—Mi papá —respondió con firmeza, sin dudar ni un segundo.

Cuando llegamos al punto marcado en el mapa, Rubi acercó el coche al parque infantil donde nos bajamos a buscar las siguientes instrucciones. Hacía mucho frío ya, yo calculé que estábamos a unos cinco o seis grados, estábamos a pocos metros del río Miño y a esa hora, y en las fechas que eran, esa temperatura era de la más habitual.

Encontramos un portafolios transparente pegado a la parte baja de un tobogán amarillo con las indicaciones y fotografías dentro.

- *Crucen la vía del tren por el puente que está frente al parque y bajen hasta el paseo del río, podrán continuar con el vehículo hasta el punto marcado en el mapa con una X, ahí deberán dejar el coche. Entre la arboleda pasará inadvertido.*

- *Luego caminen 600 metros, en pocos minutos llegarán al punto C, donde hallarán el transporte facilitado.*

- *Le dejamos unas fotografías del entorno, oriéntense por la posición de los dos islotes. Tengan en cuenta que la corriente, entre el primer islote y el segundo, será mayor y les irá arrastrando hacia el oeste. Tienen marcado en la fotografía dónde creemos que recalarán. No usen linternas.*

- *Mucho cuidado con la patrullera fluvial «Cabo Fradera», que sube y baja el río varias veces al día. Permanezcan atentos.*

- *Desde la otra orilla del islote español hasta la isla portuguesa, estimamos que tardarán apenas 10 minutos remando. Luego, se acabó el peligro.*

- *A medio camino entre el río, ya territorio portugués, y el punto D, hay un apeadero abandonado, allí encontrarán ropa seca.*

- *En el punto D harán contacto y la misión estará cumplida.*

Mucha suerte camaradas.

Y nada más. No había escrito un plan B por si algo salía mal. Si no pudiese volver, si apareciese la patrullera de la que hablaban o qué hacer si nos detenían, nada. Aquello de plan perfecto dejaba mucho que desear.

Yo veía lagunas por todas partes. Así que, como venía haciendo hasta ahora, el plan era dejarse llevar y cruzar los dedos para que todo saliera bien.

Desde que dejamos el coche oculto donde nos habían marcado y hasta que llegamos al punto C, no intercambiamos ni una sola palabra. La única que dijo algo fue Rebeca dirigiéndose a la niña, ya en brazos de su madre, algo que no llegué a escuchar bien, pero supuse que eran palabras tranquilizadoras.

Al llegar, y entre la maleza, descubrimos por fin nuestro medio de transporte. Aquello tenía que ser una broma pesada. No podía ser tan cutre. Un bote de PVC como los de los niños, de juguete, quizás un poco más grande, pero aquello no ofrecía ninguna tranquilidad. Era como una mini zodiac sin motor con dos remos de plástico, o sea, una mierda que iba a hacer agua por todas las esquinas. Por si fuera poco, y para llamar más la atención, la balsa era de color amarillo con algunos detalles de color azul, al igual que las letras

donde se leía *Challenger 2*. Al leerlo fue inevitable no pensar en el transbordador de la NASA del mismo nombre, que explotó nada más despegar a mediados de los años 80, esa coincidencia no podía ser de peor augurio.

Lo bueno del todo aquello era la zona que habían elegido para cruzar. Y lo habían hecho de aquella manera por tres motivos principales.

Uno era porque es de las zonas más estrechas del río, donde hay dos islotes; uno español, en el que si el río baja con poca agua se puede llegar a él caminando con el agua por la cintura, y está seguido por otro islote llamado a *Insua Grande* que no se sabe con certeza si es territorio portugués o español. Entre uno y otro se puede llegar nadando fácilmente dependiendo de la fuerza del río. El segundo motivo era porque, en esa zona, el río forma una curva, haciendo de este un lugar mucho más difícil por el que pudiéramos ser vistos. Y la tercera razón era porque nuestro contacto en Portugal nos esperaba en un restaurante llamado O Cozinheiro, en la localidad Lusa de Verdoejo, a menos de un kilómetro del río pasando el apeadero abandonado de las antiguas vías del tren, ahora convertidas en un paseo de tierra. Desde el lugar donde estaba la balsa hasta el primer islote había apenas veinte metros, así que pensé que lo mejor era, estando ellas dos dentro del bote, que yo me metiera en el agua y empujarlas nadando. Se lo comenté a Rubi y me dio otra opción mucho mejor. Él insistió en que lo mejor era que nos subiéramos los tres en el bote y él sería quien nos diese un empujón desde allí, y así, junto con un par de paladas llegaríamos de manera sencilla.

—Cuanto más tiempo te mantengas seco, mucho mejor —recalcó.

Además de la balsa y los remos, nos habían dejado unas bolsas estancas para cubrir las mochilas con nuestras pertenencias y evitar así que se mojaran ante cualquier percance. Rebeca así lo hizo. Cubrió su mochila con sus cosas y las de Candela.

Yo, por el contrario, lo que hice fue meter en la bolsa estanca mis pocas cosas de valor además de la comida de Keira, y me la até al cinturón, dejando en la mochila espacio suficiente para que cupiera Chuchi en ella. Había decidido llevarla conmigo. Antes de colgarme la mochila al pecho, como era costumbre cuando llevaba a Keira así, me despedí de Rubi con un abrazo.

—Tranquilo, que en menos de una hora nos veremos de nuevo. Aquí te espero —me dijo.

Nos subimos al bote de juguete descubriendo que no parecía tan inseguro como a primera vista. Me senté de espaldas a la dirección en la que tendría que remar para poder hacerlo con mayor facilidad. Agarré fuerte la pértiga de

uno de los remos apoyando la pala en el tronco de un árbol y así poder sumar mi empuje al que nos haría Rubi.

—A la de tres empujamos, ¿ok? —me dirigí a Rubi en voz baja, mientras Keira, asomando al cabeza por la mochila, me lamía la cara.

—¿Una, dos y empujamos? O una, dos, tres... y empujamos —preguntó.

—¡Joder, Rubi! A la de tres es a la de tres. Una, dos..., y al tres empujamos.

La fuerza del empujón acompañado por el curso del río casi fue suficiente para llegar hasta el pequeño recodo de tierra mojada del primer islote, tan solo tuve que usar los remos para corregir la dirección. Hasta ahora había sido fácil. Mientras ayudaba a bajarse a Rebeca y Candela, a la que le dijimos que aquello era como un juego, busqué con la mirada a Rubi, pero con la niebla baja del río era imposible ni tan siquiera saber dónde estaba la otra orilla. Caminamos sobre tierra embarrada y piedras entre los matorrales. Keira, algo más tranquila, se había metido en el fondo de la mochila, y yo arrastraba la balsa amarilla con los remos dentro. Al llegar a la otra orilla, la Insua Grande tampoco se adivinaba, pero la fotografía de aquella parte del río la tenía en mi cabeza y sabía que lo único que tenía que hacer era tratar de remar lo más recto posible hasta notar que la balsa se detuviera en tierra firme.

Ahora venía la parte más difícil, la anchura de esa parte del río debía ser cinco o seis veces mayor que la anterior y a ello había que sumarle la oscuridad de la noche, la niebla y la corriente, que allí corría con mucha más fuerza.

Sabía que no debíamos usar las linternas, pero se hacía muy difícil no hacerlo. Cuando empecé a remar le dije a Rebeca que encendiera la linterna cada cuatro paladas enfocando hacia la proa, detrás de mí, para que me fuera diciendo si veía algo. Cuando llevaba casi diez minutos remando entre la niebla, y suponiendo que no faltaba mucho para llegar, me pareció notar algo diferente, una sensación extraña.

Hasta entonces no se había escuchado nada más que el sonido del agua y mis paladas, pero de pronto me di cuenta de que lo que estaba escuchando era lo peor que nos podía pasar; se acercaba una embarcación mucho más grande que la nuestra. El único sentido que estaba desarrollando a tope era el del oído, ya que íbamos casi a ciegas, y la impresión que me daba era la de que se acercaba un barco. El sonido del empuje en el agua era el de una embarcación dejándose llevar por la corriente que cada vez se acercaba más y más, pero no se adivinaba el sonido de los motores.

Con un susurro exaltado le dije a Rebeca que no encendiera la linterna, miré hacia mi derecha buscando de dónde provenía ese sonido y pude intuir la sombra de una embarcación surgiendo entre la niebla a pocos metros de nosotros. Aceleré el ritmo de las paladas tratando de hacer el menor ruido posible y ella, llevándose el dedo a los labios, le hizo un gesto a Candela de que guardara silencio, pero como ocurre a menudo cuando algún peligro se acerca, Keira volvió a asomar la cabeza por la mochila y comenzó a ladrar. Sin pensarlo dos veces, solté los remos para volver a meterla dentro de la mochila y apreté la goma con el pasador negro de plástico cuanto pude para que Chuchi no volviese a salir de allí, pero los nervios hicieron que no la cerrase del todo. De pronto todo se iluminó. Unos potentes focos nos deslumbraron y una voz gritó: «¡Alto!». Nos habían descubierto.

De manera instintiva comencé a remar dejándome la vida en ello y la voz repitió: «¡Alto! ¡Alto o disparo!». Los focos no me dejaban ver nada, estaba totalmente cegado por aquella luz. No lo repitió una tercera vez; aquella voz cumplió su amenaza. El estruendo que hizo aquel disparo en medio de la noche me dejó un segundo desorientado, como si mi yo saliese de mi cuerpo, como si todo aquello fuese un mal sueño. Supuse que había disparado al aire porque estábamos tan cerca que no podía haber fallado. Remé, remé y remé con toda la energía que tenía dentro de mí, mientras Keira en mi pecho luchaba por salir de la mochila, y con el hocico fue aflojando la goma y abriendo poco a poco la mochila. Candela comenzó a llorar y Rebeca me gritaba que apurase, que remara más rápido. De repente otro disparo, y otro, el tercero lo sentí muy cerca, tan cerca que lo escuché entrar en el agua y salpicar. Después del cuarto disparo, oí el silbido de la balsa deshinchándose. La goma de la mochila se abrió del todo y Keira saltó asustada, solté los remos y me abalancé sobre ella haciendo que los dos cayésemos al agua.

Estaba tan congelada que se me clavaba como cuchillas en la cara y las manos. No veía nada. Perdí la orientación y no sabía si estaba boca abajo o hacia arriba, lo único que sabía con certeza era que tenía agarrada a Chuchi con las dos manos y que seguía hundiéndome con ella. Di varias vueltas sobre mí tragando un montón de agua. Me ahogaba, quería respirar, necesitaba coger aire y pensé que ese era el final. Iba a morir allí, en el río, en la noche de Navidad. Yo no quería acabar así, pero no daba encontrado ninguna referencia. No veía nada, no oía nada, y no respiraba nada. «¡No quiero morir aquí, Joder! ¡No!», me repetía una y otra vez, mientras sentía que mi peso seguía cayendo como una piedra hacia el fondo. De pronto, mi espalda se

detuvo en el fondo del río. Solté de una mano a Keira, para poder darme la vuelta y tratar de ponerme en vertical. Cuando mis pies tocaron el suelo, me impulsé.

Salí a flote levantando a Keira por encima de mi cabeza, pero me volvía a hundir y la corriente me arrastraba. Rebeca me agarró del chaquetón y tiró de mí hacia arriba y, sin saber bien cómo, metí a Keira en la balsa. Escuché otro disparo más y alguien gritó: «¡Alto al fuego!». Conseguí agarrarme a una de las asas laterales de plástico. Noté que hacía pie y el agua me cubría hasta la barbilla, así que tiré de la balsa hacia donde notaba que el agua me iba cubriendo menos, sin saber hacia dónde la estaba llevando.

Volvió a sonar el estruendo de varios disparos más, tiré con más fuerza de la balsa y grité a Rebeca que saltara. Keira saltó sola buscándome y nadó hasta la orilla, de la que nos separaba menos de dos metros. La mujer cogió en brazos a su hija y se metió en el agua con ella.

—¡Alto al fuego, he dicho! —repitió la voz.

No sabíamos donde estábamos. Tan pronto como notamos que habíamos llegado a la arena echamos a correr hacia el interior de una arboleda iluminada por los focos de la patrullera. El terreno era fangoso, repasé en mi cabeza la fotografía de las islas y supuse que estábamos atravesando la Insua Grande. Ya estábamos en territorio portugués, así que no nos podrían disparar. Atravesamos los cuatro o cinco metros de arena, nos adentramos en la arboleda y seguimos corriendo hasta que alcanzamos el otro tramo del río, detrás de los árboles. Habíamos perdido la linterna y no se miraba nada, pero intuía que a pocos metros después del agua había otra hilera de árboles, solo teníamos que volver a meternos en el río y nadar unos pocos metros más.

Los focos nos buscaban, veíamos la luz rebotando entre la niebla y sobre la arboleda de enfrente, gracias a eso pude ver que era muy corto el tramo del río que nos faltaba por cruzar, apenas tres metros. Metí a Keira en la mochila, que tiritaba sin parar, y cogí de la mano a Rebeca para volver a echarnos al último tramo del río que nos quedaba hasta llegar a tierra firme. El agua me cubría por encima de la cintura, a ella por el pecho donde llevaba abrazada a Candela, y nos costaba un mundo dar un paso tras otro sobre las piedras del río, haciendo que tropezáramos una y otra vez. De nuevo estábamos en la arena, en un pequeño reborde, y subimos un pequeño remonte para luego continuar corriendo todo cuanto pudimos. A los pocos metros, mientras caminábamos entre una arboleda más frondosa y alta que la anterior, Rebeca se detuvo.

—No puedo más —me dijo con el aliento entrecortado.

Entonces ya no había luz ninguna, ni se escuchaba que nos estuvieran siguiendo. No se oía nada en absoluto. Estábamos en una especie de merendero, ya que se adivinaban un par de mesas de madera. Nos refugiamos detrás de un árbol para coger aliento y, mientras tanto, traté de ver si había algún movimiento tras nuestros pasos. Abrí la mochila y saqué a Keira. A lo lejos, a unos 150 metros, vi como las luces de la patrullera alumbraban aquella primera línea de árboles. Unos segundos después escuché cómo se encendían los motores y las luces giraron, estaban dando la vuelta para volver contra corriente y seguir buscándonos. Pero nosotros ya estábamos muy lejos para que nos vieran desde allí. Me senté con la espalda en el árbol junto a Rebeca, que trataba de calmar y secar a Candela para hacer yo lo mismo con Keira, que me comía a besos asustada y movía el rabo a gran velocidad. Empapados y exhaustos me di cuenta de que, frente a nosotros, a pocos metros había una plantación de maíz, y más a lo lejos, entre la niebla se intuía la luz de una farola. Habíamos conseguido llegar a tierra firme.

Había que seguir, con el frío que hacía no podíamos quedarnos allí mucho rato calados hasta los huesos. Yo no tenía ni idea de si los de la patrullera podían bajarse e ir tras nosotros en territorio portugués, suponía que no, pero no podíamos arriesgarnos. Después de menos de un minuto de descanso, nos levantamos y atravesamos el maizal, hasta llegar a un camino estrecho pero asfaltado. Continuamos caminado por el sendero sin saber muy bien hacia donde nos dirigíamos, solo teníamos que toparnos con la antigua vía del tren ahora convertida en un paseo de tierra, por donde la gente de la zona paseaba los domingos con sus bicis, niños y mascotas.

Ella llevaba a su hija en brazos, que sollozaba, pero bastante clamada. Le costaba caminar, estaba muy cansada y le costaba dar un paso tras otro con la ropa completamente empapada. Continuaba con la respiración agitada, quizás por la tensión de la situación vivida en el río o por los efectos del estado de shock. En un cruce de caminos mi intuición me dijo que tiráramos hacia la derecha para encontrar el apeadero que estaba marcado en el mapa, allí tendríamos ropa seca con la que cambiarnos. Así fue. Al toparnos con el paseo sobre las antiguas vías giramos hacia la izquierda, donde se intuía una casa de color blanco.

En cinco minutos habíamos llegado. Era un edificio cuadrado, de fachada blanca y de dos plantas, en el centro y de frente, aún conservaba el antiguo nombre de la estación hecho con baldosas azules donde ponía «Verdoejo».

Tenía tres puertas en forma de arco, tapiadas con maderos y pintados con grafitis. Di un rodeo para ver si nos habían dejado el paquete por fuera y también busqué en los matorrales cercanos, pero allí no había nada. Luego repasando otra vez las tablas de la puerta central, comprobé que las dos últimas estaban levantadas, tan solo tuve que tirar de ellas de manera leve y me las quedé en la mano. Me puse de cuclillas para entrar, pero no hizo falta, cuando tenía la cabeza dentro di con dos bolsas y las saqué.

—Mamá. Despierta —escuché decir a la niña.

No comprendí que pasaba hasta que saqué la cabeza y la vi. Rebeca, que se había sentado a descansar con la espalda en la pared del edificio, al lado de la puerta, ahora estaba tirada de lado, inmóvil. Me apoyé con las manos en el suelo para levantarme y la mano me resbaló, había notado un líquido viscoso y caliente; era un charco de sangre que empezaba a agrandarse sobre el suelo del viejo andén. Poco a poco, mientras mis ojos se iban adaptando a la poca luz que llegaba de un farol cercano, fui viendo el charco oscuro.

Estaba semi inconsciente. Traté de despertarla, pero supongo que habría perdido mucha sangre. No sé por qué no me dijo nada durante el trayecto, tenía que haberlo notado. Quizás estaba en shock y caminó detrás de mí sin saber muy bien qué estaba haciendo, seguro que le dolía, pero no había dicho nada para no asustar a Candela, o puede que la adrenalina había ocultado el dolor y ni si quiera se había enterado de que había recibido un disparo, no lo sé. Y ahora no sabía qué hacer. No la podía llevar conmigo. ¿Qué iba a hacer con Keira y la niña, dejarlas allí?

Rompí a patadas las tablas restantes de la puerta del apeadero, cogí a Rebeca en brazos y la metí dentro. En ese momento abrió los ojos sin saber muy bien qué era lo que estaba pasando y así me lo dijo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está mi niña? ¿Candela? —preguntó Rebeca, con un hilo de voz muy débil.

—Está aquí, está aquí. No hables, no gastes fuerzas.

Levanté su camiseta por el sitio donde ella tenía puesta la mano izquierda. Apenas se veía nada, solo salía sangre y yo no tenía ni idea de qué hacer. Saqué de la bolsa estanca mi teléfono móvil y encendí la linterna, que se la di a la niña para que me alumbrara. Me quité la camiseta empapada y la partí en trozos para unirlos entre sí y hacer una especie de venda. La até alrededor de su vientre taponando fuerte la herida con otra de las camisetas.

—Candela, pon la mano aquí. Voy a buscar ayuda, ¿vale? —expliqué en el tono más calmado que pude dirigiéndome a la pequeña— Mamá se hizo daño

y tengo que ir a buscar un médico. Te vas a quedar con ella aquí para ayudarla, tienes que quedarte aquí, a su lado, con la mano encima de la venda y, cuando te canses, pones la otra así —le dije, mientras le mostraba cómo tenía que hacerlo.

La niña estaba muy asustada y comenzaba a gimotear. Empapada de arriba abajo, agarrando con una mano temblorosa la linterna y con la otra taponando la herida de su madre. Le dije que no llorara para que su madre no se asustara, y ella con las lágrimas resbalando por su rostro, pero en silencio, afirmó con la cabeza.

—Ahora voy a quitarle la ropa mojada y ponerle una seca, tu sigue presionando la herida, ¿vale, cariño?

No fui capaz de quitarle el pantalón mojado para ponerle uno seco de los que había en la bolsa. Ella abría los ojos de vez en cuando para volver a cerrarlos al instante. Buscaba a su hija cada vez que los abría.

—Cuida de ella... cuida de Candela —me dijo en uno de esos momentos de lucidez—. No la dejes aquí sola, por favor —Me agarró de la mano mientras suplicaba entre sollozos—. Prométemelo, Álex. No tiene a nadie.

—Te lo prometo, de verdad. Ahora guarda las fuerzas. Voy a buscar al contacto para que nos ayude, ¿vale? No te voy a dejar. Volveré a por vosotras lo más rápido que pueda. Y no te duermas. Esfuérzate en no dormirte, trata de no cerrar los ojos. Habla con Candela.

—No tiene a nadie —repitió, con un hilo de voz que se quebró en su aliento.

Cubrí su cuerpo con un chaquetón seco, y sus piernas desnudas con toda la ropa que encontré en su mochila y até a Keira con su correa en la barandilla de unas escaleras destartadas que subían al piso de arriba. Ella con esos ojitos mojados, se alzaba sobre sus dos patas traseras para que la cogiera en brazos y le dije las dos palabras mágicas para que entendiera que la tenía que dejar allí por un momento: «Tú quedas». Siempre que se las decíamos, resignada, se hacía un ovillo en el suelo y esperaba enfadada.

Corrí tanto como pude atravesando un camino de tierra entre varios chalés, en alguno de los cuales había luz interior y por un momento pensé en pedir ayuda en alguno de ellos. Pero no sabía si esa idea era buena. Dudé, pero seguí corriendo hacia el restaurante donde nos teníamos que encontrar con el contacto. No se oía nada más que el chapotear de mis zapatillas mojadas y mi respirar agitado cuando alcancé el asfalto. Antes de cruzar una carretera vacía de tráfico miré a izquierda y derecha buscando el punto D, estaba cerca, en la

acera de enfrente y unos cien metros a la derecha. Entre la niebla se veía un cartel iluminado que ponía *O Cozinheiro*.

Al abrir la puerta del restaurante me tuve que agachar apoyándome sobre el pomo y una de mis rodillas para tratar de recuperar el aliento. Toda mi ropa seguía chorreando.

En aquel lugar no había nadie. Sin apenas decoración más que las paredes pintadas de rosa y alrededor de veinte mesas vacías de clientes con mantelería azul. Tan solo vi a una mujer detrás de la barra, que se me quedó mirando extrañada y asustada al verme entrar como una exhalación, mojado, sudoroso y nervioso. Durante unos segundos me quedé allí plantado delante de aquella mujer sin saber muy bien qué decirle.

—Necesito ayuda —respiré un segundo—. Necesito ayuda, venimos de parte de Don Benito, el cura de Tui.

La mujer, que estaba con una taza y un paño en la mano, se giró sin decir ni una sola palabra y se metió en la cocina.

—¡Por favor! —exclamé— ¡Rápido!

Entró apurado un señor de unos sesenta años, de estatura baja, pelo negro y algo calvo, pero de bigote recio y espeso, también negro. Salió de la barra y se acercó a mí.

—*Don Benito lo envía a você?* —Preguntó agarrándome del brazo.

—Sí, sí. Pero tiene que venir hasta el apea...—Y el hombre me interrumpió.

—*¡Mais você tiña que trazer a dúas meninas!*^[69] —exclamó, mezclando gallego y portugués.

—Sí, sí. Rebeca está en el apeadero. Nos han disparado y está herida allí —traté de explicarle, mientras tiraba de él para llevarlo hacia la puerta—. Se está desangrando, por favor tenemos que llevarla rápido a un médico, ¡Por favor! —Le insistí tirando más de su brazo y le insistí hablándole en gallego por si me entendía mejor—. *Está botando moita sangue, ferida. Disparáronlle. Está no apeadoiro.*^[70]

Salimos corriendo no sin antes insuflarme el aerosol y me dijo: «*Vamos em meu carro*». El hombre hablaba mezclando los dos idiomas, por lo que lo entendía perfectamente. Nos montamos y no hizo falta decirle por donde ir, estaba claro que él sabía dónde estaba. Probablemente él mismo había sido el que nos había dejado las bolsas. El coche salió derrapando en la gravilla y cruzó la carretera haciendo un recto hacia el camino por el que yo había llegado corriendo. Al detener el coche salimos disparados.

No habían pasado ni diez minutos desde que las había dejado allí, así que

tenía esperanzas de que nos diese tiempo a llegar a algún hospital. Lo malo era que en cualquier hospital después de atendernos nos pedirían la identificación, el permiso de trabajo, el visado o algo que nos identificara, ya que hacía meses que no había libre tránsito con el país vecino. Pero eso ahora quedaba en un segundo lugar, lo importante era salvar la vida de aquella mujer que estaba totalmente inconsciente.

Después de recogerlas no sé cuánto tiempo estuvimos en aquel coche; si quince minutos o cuarenta. Perdí la noción del tiempo.

Rebeca iba estirada con la cabeza sobre mis piernas en el asiento de atrás y yo durante todo el trayecto no paraba de buscarle el pulso en el cuello mientras seguía presionando la herida, pero no era capaz de notar ningún latido. Candela y Keira iban en el asiento del copiloto, parecían calmadas. A la niña le dijimos que estuviera tranquila que su madre se había puesto enferma, que estaba muy malita y teníamos que dejarla dormir. Ella guardaba silencio.

Adao Manoel, que así se llamaba el hombre, nos llevó a lo que parecía la clínica de un pueblo. Al entrar me di cuenta de que era una clínica veterinaria. No pregunté si nos había llevado allí por no ir a un hospital o por la cercanía del sitio. Yo sabía que aquella mujer estaba muerta y no había nada que hacer. Ya no tenía sentido preguntar nada.

Tan pronto como la subimos a la camilla metálica, el veterinario confirmó lo que ya intuíamos.

Me quedé sentado allí, a su lado, mirándola y pensando en un montón de cosas a la vez. Dudé si podría haber hecho algo más por salvar su vida y, aunque sabía que no, que aquello pasó porque pasó y podía haber sido yo el que estuviera en esa camilla sin vida, pensé que aquello había sido culpa mía; por no haber remado más fuerte, por haberme caído con Keira al agua... Pero lo peor venía ahora: ¿Cómo le explico a una niña de cuatro años que su madre acababa de morir? ¿Cómo le decía que ahora estaba sola en la vida? ¿Cómo explicar algo así? ¿Le miento y le digo que está enferma y hay que dejarla ahí hasta que se cure? ¿Cómo explicar la muerte a alguien que apenas había comenzado a vivir?

Salí a buscarla y la llevé al baño para, al menos, quitarle la ropa, secarle el pelo y envolverla en toallas mientras el veterinario había ido a buscar un chándal de su hijo, que tenía una edad parecida a la de Candela. Cuando la vestí me pidió si podía ir junto a Keira, que había quedado en la sala de espera.

Me quedé un rato en el baño escurriendo su ropa y pensando en cómo se lo iba a contar. Y no tenía ni idea de por cómo hacerlo.

Entré en la sala de espera, me puse de cuclillas delante de Candela y se lo expliqué lo mejor que pude.

Le conté que se su mamá se había ido al cielo, que ahora se convertiría en una estrella y que siempre la iba a estar observando y cuidando desde allí arriba. Para protegerla siempre. Así también ella la podría ver siempre que quisiera. No supe qué más decirle, no tenía ni idea de cómo tratar un asunto así.

Keira descansaba junto a ella apoyando su cabecita en las rodillas de la niña. Mientras yo hablaba, la niña me escuchaba sin decir nada y acariciaba la cabeza de Chuchi. Cuando no encontré más palabras de consuelo y guardé silencio, la niña me miró con las lágrimas acumulándose en sus ojos.

—¿Entonces..., no la voy a ver más? —preguntó inocente.

A mí se me encogió el corazón, literalmente. Hasta se me hacía difícil mantener la compostura y no llorar. Y lloré.

—No, cariño —respondí acariciándole el pelo.

Ella también reventó en lágrimas.

Me senté a su lado para abrazarla y tratar de consolarla. Y ella se subió a mi regazo y hundió su cabeza en mi pecho. Estuvimos un buen rato así, hasta que después de unos cuantos minutos en silencio, se calmó y dejó de llorar. Luego se levantó del asiento y se colocó frente a mí.

—¿Podemos ver ahora qué estrella es? —preguntó con timidez, escondiendo su cabeza dentro de la capucha del chándal.

—Pues no lo sé. Si la noche está despejada igual sí. ¿Probamos?

Salimos a la calle y no se me ocurrió otra cosa más que decirle que ahora tenía que elegir una estrella y, la que escogiera, sería en la que se iba a convertir su mamá.

Estábamos a varios kilómetros del río y allí no había ni rastro de la niebla. Pero había muchas nubes y no era fácil encontrar las estrellas. Aun así, estábamos en un lugar alejado de cualquier población, y la escasa contaminación lumínica ayudaba a divisar el cielo estrellado.

—¿A ti cuál es la que más te gusta? —preguntó la niña abrazada a mi pierna y mirando al cielo.

—A mí la estrella Polar. ¿Sabes por qué? Porque siempre está en el Norte. Nunca se mueve y es la más fácil de encontrar. Entre *toodos* los millones de estrellas que hay en el cielo infinito, es la única que puede hacerlo. Es única.

—¿Y mami puede ser esa?

—Claro que puede. ¿Si a ti te gusta...?

—¿Y cuál es?

Busqué hacia el norte. Me costó encontrarla, pero finalmente lo conseguí. Me agaché detrás de ella para señalar con su dedo hacia la estrella.

—Mira, ¿ves ese grupo de estrellas que parecen un cazo o un carro? Con el mango y el recipiente al final, ¿las ves? Así, mira —le expliqué, mientras dibujaba con el dedo en la tierra la forma de la Osa Menor—. ¿Las ves?

—¡Ay sí, ya las veo! Como la cosa con la que se calienta la leche del desayuno.

—Pues la primera de todas, la que está al principio del mango del cazo. Esa es la estrella Polar —También se la rodeé con un círculo en el suelo para que lo tuviera claro—. Y ¿sabes otra cosa más? ¿Sabes a dónde puedes llegar si sigues la dirección de la estrella Polar?

—¿A dónde?

—A la casa de Papá Noel, en el Polo Norte. Por eso se llama estrella Polar. ¿A qué mola mucho esa estrella?

—Sí, sí que mola —Afirmó apretando los labios, abriendo mucho los ojos aún enrojecidos y asintiendo con la cabeza mucho— Pero hoy no podemos ir porque está descansando —recalcó.

—Claro, hoy no, que estuvo llevando regalos a todos los niños. Pero un día vamos.

—Y, mami... ¿Puede ser ella la estrella Polar?

—¡Claro! ¿Nos quedamos con esa, entonces? Mira que luego no puedes cambiar, ¿eh?

—Sí. Es la más bonita.

14. No Tiene a Nadie

Verdoejo, Portugal, 26 de diciembre de 2017

Adao Manoel trató de convencer al veterinario para enterrarla detrás de su casa, pero este no accedió. Luego se dirigió a mí y me dijo que nos volviéramos para la suya, que la podríamos enterrar en un terreno de su propiedad cerca del río.

En una salita dentro de la clínica el veterinario encendió la televisión y sentó a la niña en una silla frente a ella. Mientras tanto, en la habitación contigua, nosotros envolvimos con una manta el cuerpo de su madre y lo sacamos de allí para meterlo en el maletero del coche.

Me parecía una película todo aquello.

En los últimos meses ya había visto la muerte muy de cerca. Hasta yo mismo le había quitado la vida a alguien, a varios. Y también había visto morir a muchos a mi alrededor. Pero esta vez había sido diferente, en esta ocasión me sentí afectado de verdad. Odié ese momento. Odiaba el mundo y su capacidad para provocar dolor de manera tan gratuita. El amor tan inmenso que sentí por aquella niña desconocida, desde el momento en que murió su madre, se golpeaba de frente y como un choque de trenes contra mi odio hacia lo vivido en el río. Amor y odio, las dos cosas al mismo tiempo.

De vuelta al restaurante me cambié de ropa antes de bajar al salón de comidas, donde la esposa de Adao nos dio de cenar, aunque yo apenas pude probar bocado, no me entraba nada. Al acabar nos llevaron al piso de arriba para dejar a Candela y Keira durmiendo en una de las habitaciones y nosotros dos salimos con el coche hacia el antiguo apeadero en el que, entre otras cosas, habíamos dejado las mochilas y la ropa empapada en sangre.

Aquellos campos hasta el río eran propiedad de Adao. Dejamos las cosas en el coche y caminamos un rato cargando el cuerpo hasta una zona cercana al río para cavar un hoyo a los pies de un gran árbol, la niebla ya se había levantado por allí también, y me pareció que era el mismo lugar por donde habíamos accedido desde el río. Iluminábamos el lugar con las linternas cuando me fijé en una mancha en la base del tronco; eran restos de sangre. Allí mismo, delante de aquel gran roble, le dimos sepultura.

Tenía que volver pronto a España, ya habían pasado casi tres horas desde el comienzo de aquella maldita misión y tenía que volver cuanto antes. Adao trató de convencerme de que me quedara en su casa para descansar, que nos quedásemos allí hasta la noche siguiente y él se pondría en contacto con Don Benito para que nos fueran a recoger al mismo sitio, en el punto C. Pero pensé

en la niña y creía que lo más conveniente era llevarla de vuelta a Tui cuanto antes y hablar con Don Benito personalmente para saber si tenían algún familiar con quien dejarla.

Recordé las últimas palabras que había pronunciado Rebeca: «No tiene a nadie».

Huérfana con tan solo cuatro años, ¡Por el amor de dios!

Yo me había enfadado con el mundo cuando murieron mis padres porque tan solo tenía 23 años y aún me quedaban muchas cosas que compartir con ellos y aprender de ellos, pero ahora, el pensar en lo que le esperaba a Candela hacía que me sintiese un privilegiado.

Le había prometido a su madre que me iba a encargar de que estuviera bien, y por supuesto que así lo haría. Buscaría a algún familiar y comprobaría si ese familiar podía cuidar de ella y darle una buena vida antes de dejarla con nadie. Alguien tenía de haber. Adao lo entendió y me propuso que nos podía cruzar él con su barca de pescar lampreas antes del amanecer, que es como solía cruzar el Miño cuando lo necesitan de la resistencia.

Durante el trayecto de vuelta a su casa solo pensaba en que no sabía nada de esa chica ni de su hija. No sabía cuál era su historia ni por qué escapaban de España; si tan solo era por escapar del conflicto en sí o habría alguna razón diferente. Tampoco sabía si aquella niña tenía un padre o alguna otra familia. No conocía sus apellidos ni su fecha de nacimiento. No sabía nada.

«No puede ser que no tenga a nadie», me repetí.

Al volver a casa de Adao entré en la habitación a hurtadillas tratando de no hacer mucho ruido y no despertar a las niñas, que dormían plácidamente acurrucadas la una con la otra. Keira se despertó y saltó de la cama a mi encuentro, la cogí, le di unos achuchones y la volví a subir a la cama de la pequeña para siguieran durmiendo juntas. Se hizo un ovillo junto a ella y continuó durmiendo.

Antes de echarme a descansar vacié el contenido de la mochila de Rebeca sobre la otra cama, quería comprobar si alguna de aquellas cosas me podría ayudar a conocer su historia. Algo que me hablase de ellas, alguna pista que me llevara hasta alguien cercano; abuelos, tíos..., alguien. Me senté en la cama, pero los muelles del colchón hacían un ruido espantoso y no quería interrumpir el sueño de la niña, así que lo hice en el suelo enmoquetado, descansando la espalda en el lateral de la cama para revisar bien a fondo su cartera.

Era una cartera de color negro brillante, tipo charol, con una chapa dorada

en el centro que ponía *Parfois*, de las grandes, con multitud de compartimentos donde guardar las tarjetas de crédito y demás. Nada más abrirla se podía ver una foto de ellas dos, tipo *selfie*, donde se veía a Rebeca acostada en una especie de hamaca blanca colgada del porche de una casa, con Candela a su lado e imitándose la pose la una a la otra; con las cabezas ladeadas a la izquierda, poniendo morritos y haciendo el gesto de la victoria. Las dos con igual gesto. Las dos de igual belleza. Dos bellezas de ojos verdes, enormes y hermosos. La única diferencia de la foto era su color de pelo; la madre rubio platino y la hija negro azabache.

También estaba su DNI; ya tenía alguna pista más sobre ella. Se llamaba Rebeca Expósito De la Iglesia. Por sus apellidos supuse que ella había sido abandonada en algún orfanato. Con fecha de nacimiento el 24 de septiembre de 1979, por lo tanto, tenía 38 años. Había nacido en Ourense y solo constaba el nombre de su madre, Sonia. En ese momento me decanté porque la abandonada o huérfana, habría sido su madre y Rebeca había heredado sus apellidos. La dirección escrita en el carné era de Tui, lo que me dio un lugar por el cual poder empezar a buscar. Además de una tarjeta de crédito y el documento con los códigos de la cartilla de racionamiento digital, también había un papelito con un número de teléfono escrito a mano, que más tarde supe que era de Don Benito, y 250 euros en billetes. También tenía uno de los teléfonos de plástico amarillo, lo tenía sin clave de acceso y lo encendí, pero en él no había absolutamente nada, tan solo la aplicación de la cartilla de racionamiento digital. Ni siquiera había contactos guardados en la agenda.

Lo habitual era tener dos teléfonos, el nuevo y alguno de los antiguos que todos guardábamos desde antes de la guerra, y era ahí donde se almacenaban todos los recuerdos y los datos importantes. En aquella época si veías que alguien tenía dos teléfonos, uno de los nuevos y uno antiguo, entonces sabías que era republicano. La mayoría de los de derechas ya solo mantenían el nuevo. Y aún no había muchos como yo, con el teléfono antiguo hackeado. Pero este no era el caso. Las personas de clase media/baja que tan solo tenían el TEE, que así se llamaba el móvil amarillo —Teléfono del Estado Español—, era porque lo necesitaban para comer, fuera cual fuese su ascendencia política.

Cuando Adao Manoel me despertó, apenas habían pasado un par de horas, me di cuenta de que me había quedado dormido en el suelo y las niñas seguían durmiendo juntas.

Keira era una perrita muy lista con un sentido empático muy desarrollado.

Si estabas mal, ella se quedaba siempre a tu lado; si te hacías una herida, ella venía a lamértela; cada vez que a Sara le dolía la barriga por la regla, ella se ponía encima para darle calor. Por eso no me extrañó que se quedase durmiendo al lado de la niña, ella sabía perfectamente que la pequeña necesitaba de su analgésica y placentera compañía.

Me di una ducha para despejarme antes de despertar a las niñas y bajar al restaurante a desayunar. Cuando lo hicimos, María Fernanda, la mujer de Adao, ya nos estaba esperando con café recién hecho, leche caliente y tostadas. En la mesa, sentados a la luz de una vela, le pregunté a Candela qué tomaba habitualmente para desayunar y respondió que Cola Cao con galletas o Krispis. Tenía miedo de que me fuese a preguntar por su madre, por si lo había vivido como un mal sueño. Pero no fue así, no dijo nada. Ella solo jugaba con la perrita e incluso reía cuando Keira trataba de llegar con el hocico hasta las galletas. Le mostré cómo darle de comer pequeños trocitos y le encantó, le hacía gracia ver cómo masticaba. La verdad es que hacían un buen dúo. Se amaron desde el primer día.

Aún era noche cerrada cuando salimos con el coche hacia el Miño acompañados del vehemente frío. Al pasar cerca del árbol donde habíamos enterrado a Rebeca, hice mentalmente una fotografía del lugar para tratar de recordarlo, a alguien de su familia tendría que explicarle cómo llegar a ese sitio, para que el día de mañana Candela pudiese venir a traerle flores a su madre. Nos subimos a la barca y Adao vació algunos de los aparejos de pesca para hacernos sitio y se vistió por encima de su ropa con un peto naranja diciéndome algo así como: «Lo que salta a la vista, pasa desapercibido». Nos escondimos acurrucados en el fondo de la barca y colocó una lona azul y otro peto naranja tapándonos por encima nuestro. La zona del río por donde pretendía cruzar era un poco más hacia el este de donde lo habíamos hecho nosotros hacía unas horas. Aquella parte era más limpia y sin islotes de por medio, así sería mucho más rápido cruzar.

Adao echó un vistazo al reloj y dijo: «*e bom momento*», arrancó el motor y nos empezamos a mover. Supuse que él sabía más o menos sobre qué hora pasaban los militares con la patrullera, así que yo iba mucho más tranquilo. En menos de un minuto ya estábamos en la orilla española sin ningún tipo de imprevisto. Nos bajamos apresurados de la barca para desaparecer rápidamente entre los árboles, cuando me di la vuelta para despedirme, Adao Manoel ya estaba desapareciendo río abajo.

Yo no tenía muy claro cuáles serían nuestros siguientes pasos, pero me

marqué tres objetivos; el primero llegar hasta el punto C, para descartar que Rubi no estuviese aún allí esperando y encontrármelo congelado; el segundo era volver por el mismo camino, pasando por donde habíamos dejado el coche y llegar hasta el punto B, por si me habían dejado alguna indicación debajo del tobogán; y el tercero era que, si no encontraba nada o a nadie, seguiríamos caminando hasta Tui y volveríamos a la iglesia para hablar con Don Benito.

Rubi no estaba esperando por nosotros en el primer punto, era lógico, ya había pasado demasiado tiempo. Seguramente habría escuchado los disparos y pensó que nos habían alcanzado, que no había nada que pudiera hacer y escapó de allí. Tampoco estaba el coche donde lo habíamos dejado. Me acerqué al parque infantil y busqué a ciegas palpando con las manos debajo del tobogán, pero no había nada. Esperaba que me hubiera dejado allí la pistola y la credencial del camino, pero no fue así. Me di la vuelta y me senté en el borde del tobogán para pensar un momento si era buena idea volver a Tui junto a Don Benito. Entonces Candela se acercó y me preguntó si la podía ayudar a subir al burrito —un balancín amarillo con un muelle en su base—. Mientras se balanceaba supe que tenía que correr el riesgo de volver a Tui antes de emprender mi camino hacia O Grove. Tenía que dejar a la pequeña con algún familiar y el único que podía llevarme hasta alguien cercano era el cura.

Comenzamos a caminar hacia el oeste por el margen derecho de la carretera, era más arriesgado, pero aún no había amanecido del todo como para tener luz suficiente e ir por el medio del bosque pegados al río. Tenía pensado en hacerlo poco antes de entrar en la urbe y llegar hasta la iglesia por el sur, cuando de pronto sentí cómo, a nuestra espalda, se encendían las luces de un coche. Llevaba a Keira sujeta con la correa y en la otra mano a Candela, así que, cualquiera que nos viera pensaría que simplemente éramos una familia que había salido a pasear temprano. Aunque el llevar dos mochilas de gran tamaño, una colgada por delante y otra por detrás, podría levantar sospechas. Nos echamos levemente a la derecha y el coche pasó despacio por nuestro lado para detenerse un par de metros delante de nosotros. No me di cuenta de que era el Todoterreno de la resistencia. No quise mirar hacia él, por el temor de que el conductor viera el miedo en mis ojos, pero en cuanto se detuvo me di cuenta de que era Rubi.

Después de escuchar el tiroteo se escondió entre la maleza durante un tiempo prudencial. Desde allí pudo oír cómo los militares se gritaban entre ellos pidiéndose explicaciones unos a otros de por qué habían disparado o por qué no, y dio la impresión de que el que estaba al mando no había dado la

orden. Otro les preguntó si le habían dado a alguno y dijeron que sí, que el hombre había caído al agua. Luego de que dejaran de dar vueltas con la patrullera, bajaron una zodiac y repasaron arriba y abajo el margen portugués del río. Rubi volvió al lugar en el que habíamos dejado el coche y esperó dentro cerca de media hora para ver si yo, que había caído al agua, volvía nadando hasta allí. Como no lo hice subió hasta el parque infantil para volver a esperar dentro del coche a que la cabina de teléfono sonase con la llamada de confirmación del contacto en Portugal. El sonido del teléfono le despertó ya de madrugada y corrió rápido a cogerlo antes de que despertara algún vecino cercano. Adao le contó que la niña y yo estábamos descansando junto con Keira, que la mujer había fallecido y que en un par de horas nos traería de vuelta. Él, tomando las máximas precauciones por si nos habían seguido, nos observó cruzar el río en la lejanía. Cuando vio que era muy poco probable que nos siguiese nadie, se acercó con el coche a recogernos.

Le conté que teníamos que volver a hablar con Don Benito. Pero era peligroso y no entraba dentro de las órdenes que le habían dado. Yo traté de convencerlo diciéndole que iba a ser tan solo un rato, que él podía esperarnos con el coche a las afueras de Tui y si veía algún peligro que se marchase. Pero él no lo veía nada claro, decía que lo mejor era volver directamente a la base para hablar con el capitán Moreiras y ver qué determinación tomaban con respecto a la niña. Acepté su punto de vista, le dije que por su puesto él no tenía que hacerlo, pero yo sí, se lo debía a su madre. Yo no quería volver a la base, tenía que tratar de encontrar a algún familiar de la niña cuanto antes, dejarla con ellos y continuar mi camino hacia O Grove para saber si Sara aún se encontraba en la Isla de A Toxa.

Estábamos parados con el coche en una calle de un solo carril, rodeados de unas casas viejas de una sola planta semi abandonadas, sin llegar a entrar aún en el centro urbano, con medio coche subido a la acera mientras discutíamos qué hacer.

Finalmente le di las gracias y nos despedimos sabiendo que nos volveríamos a ver seguro, pero en otra situación diferente. La decisión estaba tomada.

Nos bajamos del coche para volver a despedirnos y darnos un abrazo, abrí la puerta de atrás para que bajasen las niñas y mientras me colgaba la mochila a la espalda, Rubi abrió el maletero.

—Toma, esto es tuyo. Te lo ganaste con creces —pronunció, mientras me daba una bolsa de piel marrón.

—Gracias, Ponyboy. Y, oye, dale un abrazo a tu hermana cuando la veas — respondí.

—Bueno, igual la ves tú antes que yo. Si pasas por Pontevedra dile que estoy bien.

En la bolsa de piel había lo que me habían prometido que me iban a dar al concluir la misión; la pistola semiautomática HK USP, una caja de munición Winchester con 100 balas de 9mm, la credencial del camino de Santiago con sellos desde Oporto y unas cuantas barritas energéticas.

El arma era imponente. Yo no tenía mucha experiencia con ellas, aunque sí mucho más de lo que hubiera deseado, pero me parecía una pistola preciosa. No tenía nada que ver con los revólveres que había usado en las prácticas de tiro, de cuando estuve en la escuela para vigilantes de seguridad en Madrid. Aquello había sido hacía diecisiete años, pero recordaba que la clase de tiro era mi favorita de todo el temario de aquel curso. Allí durante un mes nos enseñaron defensa personal, detección de explosivos, seguridad en centros comerciales, psicología, cómo reducir a alguien y ponerle unas esposas... Hasta un día dimos una clase práctica con perros de vigilancia, lo que me vino muy bien después cuando trabajé de vigilante nocturno en el desaparecido astillero vigués *Santodomingo*, en el que mi compañero de noche era un pastor alemán llamado Tor.

Luego nunca había vuelto a usar ningún arma hasta la contienda de la defensa de Vigo, pero recordaba con orgullo que el monitor me había proclamado el mejor tirador de los últimos años a los que él le había entrenado. En su día, cuando esto se lo contaba a mis amigos no se lo creían, pero era totalmente cierto. Incluso aquel monitor, que era un policía retirado, trató de convencerme para que opositara a policía y que él con sus contactos y yo con mi puntería, podríamos hacer que llegase a formar parte de los francotiradores en el Grupo Especial de Operaciones —GEO—. También me lo habían dicho unos cuantos años antes en la mili, así que debía de ser cierto que se me daba bien disparar, y aunque esperaba no tener que hacerlo más, en aquel momento sabía que era imprescindible poder tener un arma encima, aunque fuera solo por su poder de intimidación.

La calle estaba completamente desierta y eso no era muy bueno para nosotros, aunque no éramos más que un padre con su hija sacando a pasear a su perrita, pero hubiese preferido que la calle tuviera más vida. El portalón de madera de la iglesia estaba cerrada a cal y canto, pegué la oreja a la puerta y

dentro, a lo lejos, se oía el sonido de una guitarra. Llamé al timbre unas cuantas veces seguidas hasta que escuché cómo la música se detenía y luego una puerta se cerraba en el interior y se acercaba con unas llaves.

Apareció Don Benito vestido de calle, con unos pantalones vaqueros y un jersey negro de lana con cuello cisne. Mi visión de él cambió al verlo vestido así, de un modo informal. Era un hombre joven, pocos años mayor que yo, delgado, hasta tal punto que me pareció en buena forma física, con el pelo corto y castaño, sin barba ni bigote y una cara alargada de tez muy blanca. El hombre, asustado de nuestra presencia, nos mandó pasar, no sin antes preguntarme si sospechaba que nos hubiera seguido alguien.

Dejamos a la niña con unos crayones de colores y un folio entreteniéndose en la sacristía y Keira se echó a su lado a descansar. Él comprendió que algo había salido mal y me hizo un gesto con la mano para salir a la nave central del templo para hablar lejos de los oídos de Candela. Antes, se giró hacia ella y le dijo que le iba a poner una música muy bonita. «Ya verás cómo te gusta», le dijo a la niña. Se acercó a un viejo tocadiscos y colocó con suavidad la aguja en el borde del vinilo. Mientras salíamos de la sacristía pude identificar los primeros acordes del segundo movimiento del *Concierto de Aranjuez*.

Le conté todo lo sucedido.

Guardó silencio emocionado, aunque no llegó a llorar, pero se notaba un gran pesar en su gesto y no era difícil imaginar que le tenía gran estima. Me contó que conocía a Rebeca desde hacía años y era una chica fantástica, además era su confesor y aunque de eso no podía hablar, aclaró que no tenía nada por lo que tuviera que ser perdonada. Ella trabajaba en lo que podía, sobre todo de chica de la limpieza o haciéndole compañía a personas mayores de la zona; las acompañaba al médico, hacía la compra, salía a pasear con ellas, etc. Casi todas ellas eran señoras de avanzada edad que se habían quedado viudas y sin apenas familia cercana, con las que Don Benito le ponía en contacto. Lo peor de todo es que ella tampoco conservaba ningún familiar conocido. Había nacido en Ourense y se trasladara a Tui con su madre hacía siete años al conseguir un puesto en una empresa de limpiezas, donde su jefe, un tipo desalmado con aires de grandeza, siempre mal encarado y déspota, comenzó a abusar de ella amenazándola con despedirla, hasta que se quedó embarazada. Luego, al enterarse y dejarle claro que él no se iba a hacer cargo de la niña, la despidió. Aquel hombre desapareció al comienzo de la guerra y no se supo nada más de él. Ella mantuvo a su madre y a su hija como pudo todo este tiempo, hasta que, agobiada por las deudas, fueron desahuciadas del

piso donde vivían, para acabar viviendo en una pensión que pagaba con los pequeños trabajos que le conseguía el párroco. Más tarde, su madre, que arrastraba un cáncer de hígado desde hacía años, falleció en una ambulancia camino al nuevo hospital Álvaro Cunqueiro de Vigo.

La razón por la que decidió marcharse a Portugal era porque allí no le quedaba nada ni nadie. Don Benito le habló de unos conocidos en la ciudad portuguesa de Viana do Castelo, que buscaban a una chica interna para trabajar en su casa. Ellos, por su parte, le dejarían vivir en una habitación para ella y la niña además de un buen sueldo. Rebeca no se lo pensó dos veces. De aquella manera podría ahorrar dinero, darle una buena educación a su hija y escapar del horror de la guerra. Solo había un problema; que las fronteras estaban cerradas y casi nadie podía cruzarlas.

Por eso echó mano de la resistencia. Por eso buscó una salida arriesgada; para poder ofrecerle a su hija un futuro y, para ella misma, una vía de escape y comenzar así una vida desde cero.

No había nadie, ningún familiar. Ni primos, ni tíos. Nadie.

Don Benito, después de contarme su historia se quedó unos segundos sentado en el primer banco, frente al altar, con los codos apoyados en sus rodillas y las manos en la frente, pensativo. Yo me senté a su lado.

Después de un buen rato en el que los dos guardamos un absoluto silencio, volvió a hablar.

—¿Sabes quién compuso el *Concierto de Aranjuez*? —preguntó levantando la cabeza.

—El maestro Rodrigo, ¿no? —respondí confundido, sin saber hacia dónde me llevaría aquella cuestión.

—Efectivamente, Joaquín Rodrigo. Hace poco leí un libro titulado *El amor te hará inmortal* de Ramón Gener, en el que el escritor habla de por qué Joaquín Rodrigo había compuesto el concierto de Aranjuez, a su parecer. Él creía que era dedicado a una segunda hija que el maestro nunca llegó a tener. Era lo que le evocaba escuchar el concierto; la alegría, la pena, el compromiso, el amor, el deseo de otra hija, la ilusión, la falta.

—No sé a dónde quiere ir a parar...

—Escucha —dijo señalando con el dedo hacia el aire, con la boca entreabierta y guardando silencio.

La música se escuchaba de fondo. Justo cuando el corno inglés comenzó a sonar en el segundo movimiento del concierto, acompañado por la guitarra de John Williams y la BBC Symphony Orchesta.

Estuvimos otro buen rato así, los dos en silencio y escuchando la música, hasta que Don Benito volvió a hablar levantándose del asiento y deambulando frente a mí.

—¿No sientes su deseo en la melodía? ¿El anhelo de otra hija? ¿Su lamento en las notas de la guitarra? Verás, no solo creo en el Señor, creo en otras muchas cosas; en el amor, en la amistad, en el poder de la música clásica y su efecto placebo que sana nuestras almas. Creo en que Brad Stevens algún día hará campeones a los Celtics de Boston.. —bromeó sonriendo y haciendo una leve pausa—, y en un sinfín de cosas más. Entre ellas, también creo en el destino, aunque te resulte extraño. Lo que los romanos llamaban *fatum*, una especie de hado en el que una divinidad marca nuestros pasos, pero no literalmente. Creo en que... esa fuerza divina, casi mística, nos ofrece opciones o pequeñas pistas que nosotros debemos descubrir. A veces serán peores y a veces mejores. En ocasiones, esas variantes en el camino de nuestras vidas estarán muy claras, pero otras veces son senderos estrechos y ocultos por la maleza, que debemos descubrir en pequeñas cosas. Los creyentes confiamos en que es Dios Nuestro Señor el que nos ofrece esas variantes, ese hado que nos guía.

—Con todos mis respetos, padre, y sin ánimo de ofenderle. Si Dios existe..., estoy seguro de que ya no está aquí. Se habrá marchado a algún otro lugar. A uno en el que los hombres y mujeres que creó no se estén destruyendo los unos a los otros. Y si existe o existió un Dios que nos marcara un camino, hace mucho tiempo que los humanos nos hemos desviado de él, ¿no cree?

—De acuerdo. Pero, aunque estemos equivocados y no exista ninguna entidad divina que nos muestre el camino, lo que tengo muy claro es que, entonces, es nuestra propia vida la que nos regala un mapa infinito de caminos en forma de elecciones que podemos tomar o descartar. E incluso las que descartamos son opciones que nosotros elegimos —hizo una larga pausa y continuó hablando—. Hijo, hoy has llamado a mi puerta mientras yo escuchaba al maestro Rodrigo, una composición que habla del deseo de una hija. Lo podemos llamar coincidencia, *fatum*, hado o destino. Como tú prefieras. Y además creo en los ojos de las personas, esos no engañan a nadie. Soy capaz de ver en las miradas de las personas y discernir entre la bondad y la maldad que hay en ellas. No sé muy bien cómo explicarlo, pero es como una chispa. Y tú la tienes.

—Perdóneme, Padre, pero... sigo sin saber muy bien qué me quiere decir.

—¿Tienes hijos? —soltó directamente, en el mismo instante en que rematé

la frase.

—No, no. A ver... no nos precipitemos. Ahora ya sé a dónde quiere llegar y eso que está usted pensando, créame padre, es imposible. Una auténtica locura. Y no, no tengo hijos. Bueno... sí, tengo a Keira.

—Es la mejor solución, Álex. No es la única pero sí la más acertada. Es el camino que está oculto y parece más angosto, el que peor pinta tiene, el más oscuro, pero el mejor de todos los que ahora mismo tenemos delante de nosotros.

En ese momento fui yo el que, sentado en aquel banco de madera, apoyé las manos en mi cabeza y los codos sobre las rodillas. Sabía que el cura me estaba pidiendo que me hiciera cargo de Candela, pero eso era inviable.

Yo tenía que encontrar a Sara. ¿Qué clase de vida le iba a dar yo a esa chiquilla? ¿Cómo íbamos a sobrevivir? ¿Cómo la podría llevar conmigo? ¿Cómo iba a viajar conmigo una niña sin papeles? Más tarde o más temprano acabarían por arrebatármela y sería mucho peor.

Me quedé inmóvil, totalmente estático, y volví a recordar las palabras de su madre agonizando sobre un suelo frío, con la ropa empapada, tiritando, con la cara de quien está haciéndose a la idea de que su luz se estaba apagando y rodeada de un charco de sangre: «No tiene a nadie».

Entonces ocurrió algo extraordinario que podría describir como un milagro si no fuera por mi ferviente agnosticismo. De haberlo sentido Don Benito, lo hubiera comparado con una visión mística.

Levanté la mirada hacia el retablo dorado del altar mayor y me quedé pensativo, con los ojos fijados en la imagen central de Jesucristo crucificado mientras en mi cabeza solo se repetían, una y otra vez, las últimas palabras de aquella madre agonizante.

«No tiene a nadie»

En ese preciso instante se abrió la puerta de la sacristía, a mi izquierda, y la potencia de la música se adentró invadiendo cada rincón del templo, como un vendaval. Justo cuando sonaba el máximo esplendor del segundo movimiento del concierto de Aranjuez, después de un largo solo de guitarra y cuando toda la sinfónica lo llevan al éxtasis antes del final. Candela apareció con Keira a su lado, rodeadas de un halo musical y mostrando un folio pintarrajeado de estrellas.

—¿Puedo pintar a Keira por el otro lado? En este pinté a mami.

Tan educada, tan guapa, tan pura e inocente que fue entonces cuando me enamoré de ella por primera vez. No fue una aparición mariana, ni una visión

mística, ni mucho menos un milagro. Aquello simplemente fue coincidencia, pero una coincidencia maravillosa. Le contesté que sí y ella se dio la vuelta dando las gracias y cerrando la puerta despacio. Keira la siguió.

Sabía que no iba a ser fácil. Las lágrimas en mis ojos surgieron sin saber por qué.

Yo aún no lo sabía, pero acababa de tomar una decisión que cambiaría mi vida y la de aquella niña, para siempre.

—Piénsalo un segundo —me habló el párroco, que, sentado a mi lado, pasó su brazo por encima de mis hombros— Le caes bien. Ella ha pasado el peor trago de su vida y contigo está tranquila. Y a ti, a vosotros, también se os ve en perfecta armonía con ella.

—No creo que el llevarse bien sea suficiente, padre —Me levanté con los brazos en jarra y girando varias veces sobre mí mismo—. Estamos hablando de quedarme con una niña que no es mi hija, ¡¡Por el amor de dios!! —dije, alzando la voz y los brazos— Perdón. De verdad, perdóneme —volví a bajar el tono—. Es que... no sé. No sé cómo... de pronto, ha pasado todo esto. Me veo envuelto en una misión como si yo fuera una copia cutre de Jason Borne o algo. Conozco a una mujer, nos disparan, la matan a los pocos minutos de conocerla, y ahora..., ahora alguien que tampoco conozco me está pidiendo que me haga cargo de una niña. Así... sin más. ¿Con qué derecho me quedo yo con esta niña? ¿Tiene que haber algún familiar! ¿Algún amigo de la familia o... no sé, alguien!

«No tiene a nadie», recordé.

En el fondo sabía que la decisión ya estaba tomada, pero el miedo se amontonaba sobre mí como si estuviera lapidándome con miles de dudas. Todo en mi cabeza eran preguntas.

—Lo sé. Sé que todo esto es una locura —contestó, haciéndome un gesto para que me volviera a sentar a su lado y me tranquilizase—. Vivimos en un momento en el que todo es una locura, hijo. Y, por desgracia, esta niña no tiene a nadie. Otra opción sería llevarla al orfanato de Montecelo en Pontevedra, con otros cientos de huérfanos, pero... ¿qué será de ella allí en estos tiempos que corren? Ya se han dado casos de niños en esa UPA^[71] de Montecelo que desaparecen de la noche a la mañana y no se vuelve a saber nada más de ellos. Unos dicen que los roban, otros que los matan para vender sus órganos. En este último año, ¿sabes cuántos de esos niños se han dado en adopción? Ninguno. Conocía bien a Rebeca y conozco a la niña. No se merece nada de lo que le pueda suceder en uno de esos centros. Sé que contigo estará bien y le

darás lo mejor de ti. Mira, yo puedo conseguir un certificado de nacimiento donde ponga que tú eres el padre. Mi hermano trabaja en el registro civil y lo hará sin preguntar. Con el caos que hay en estos momentos en todos los sitios, cualquier papel se puede perder; un bombardeo, un incendio o una inundación, da igual. Le ponemos a la niña tus apellidos como padre soltero y ya está, no tienes que preocuparte de eso. Sería todo legal. Sería tu hija. La hija segunda que nunca tuviste. Una hermana pequeña para tu perrita.

—No sé, Don Benito. También está el miedo... ¿Y si no se cuidarla? ¿Y si no soy un buen padre?

—Mira, hijo, nadie sabe ser padre o madre. No hay un manual. Tan solo hay que serlo y dejarse llevar por la marea. Sé que da miedo, mucho. Pero ella misma sin saberlo, la niña, te irá enseñando a serlo.

—Algo tendrá ella que decir en todo esto, ¿no?

Volvimos a entrar en la sacristía y nos encontramos a Candela acostada boca abajo en el suelo, con las piernas flexionadas y tarareando una canción: «¡Suéltalo! ¡*Suéltalo*oooo!», mientras pintaba lo que parecía ser un perrito en una playa. Keira descansaba a su lado y la aguja del tocadiscos ya había vuelto a suposición inicial poniendo fin a la música.

Don Benito habló con ella, le preguntó si sabía dónde estaba su mamá y la niña le respondió lo que yo le había contado por la noche; que se había convertido en una estrella y la miraba desde el cielo: «Ahora es la estrella Polar», dijo. «Así es», contestó el cura. Para luego preguntarle si quería irse a un colegio con muchos niños o si, por el contrario, prefería quedarse conmigo.

Las palabras que respondió aquella niña con total seguridad sin dudar ni un solo segundo, quedarían clavadas en mí para siempre. Ahora mismo me parece que la estoy viendo.

Primero contestó sin levantar la mirada del papel que dibujaba.

—Quiero estar con ella —dijo con el crayón rojo en la mano y señalando a Keira. Y levantando la cabeza hacia el cura, mirándolo con aquellos enormes ojos verdes que parecían haber sido dibujados para un cómic, continuó—... y con papá.

Ella no sabía mi nombre y probablemente tan solo me llamó así porque su madre le había dicho que lo hiciera. Se lo había grabado a fuego, o quizás no, no lo sé. Lo que sí sé, es que en ese mismo instante me enamoré de ella por segunda vez.

Es asombroso cómo los sentimientos de las personas pueden brotar en tan solo un instante, con una simple brizna de aire fresco, con un solo beso, una

mirada o una frase. Si hace un par de horas me hubieran jurado que me iba a sentir padre en solo un segundo, no me lo hubiera creído. En el momento de escuchar a la niña decir: «y con papá», mi mundo cambió. En ese instante todo mi ser se transformó en otra persona. Ya no era yo, por lo menos no el mismo. Se me heló el aliento y noté un golpe en el pecho. De pronto mi corazón se llenó de amor y aumentó de tamaño, un amor nuevo para mí, una mezcla de miedo, deseo, cariño, ternura y responsabilidad, entre mil cosas más. En un solo segundo conocí una nueva forma de amar. Supongo que es lo más cercano a sentir lo mismo que cualquier pareja al recibir la noticia de que van a ser padres, o cuando escuchan los latidos del corazón de su bebé por primera vez. De pronto empiezas a amar a esa pequeña personita que no conoces de nada, pero comienzas a hacerlo y tu mirada hacia ella cambia por completo. Ya la quería con toda mi alma y solo quería abrazarla para toda la vida.

El cura nos llevó por la puerta de atrás del convento. Salimos hacia un jardín que iba a dar a una pista de baloncesto, donde señaló que era el único deporte que practicaba, y a la derecha, entre unos grandes setos había una puerta metálica verde, la que, si no te fijabas bien, pasaba bastante desapercibida. La cruzamos para adentrarnos en otro jardín, minúsculo, de apenas cuatro metros de ancho por tres de fondo, donde solo había una mesita redonda, blanca y metálica acompañada de una silla a juego. Estábamos entrando a su casa por la puerta de atrás y que se comunicaba con el convento. La puerta principal del edificio se encontraba en el número 7 de la calle Obispo Lago.

La vivienda estrecha y sobria, era de piedra gris. Del pequeño jardín accedimos a la cocina, donde solo había una alacena alta pegada al fregadero, la cocina de butano con dos fogones sobre un horno que parecía no funcionar, una nevera sin congelador con el frontal medio oxidado y una estantería al descubierto con cuatro platos y dos tazas de café. De la pared colgaban dos cacerolas de diferentes tamaños y una espumadera, debajo había un pequeño mueble con cuatro cajones donde guardaba dos manteles y una escasa cubertería. Pegada a la pared derecha había una pequeña mesa blanca rectangular de formica, al igual que las tres sillas que la rodeaban. Luego estaba el salón, del que me llamó la atención su escaso mobiliario, como en el resto de la vivienda; un sofá viejo de dos plazas color verde agua, una mesa camilla con un pequeño televisor de tubo sobre un mantel de ganchillo, donde dentro se encontraba un braserillo de hierro, y encima de la televisión descansaba un antiguo reproductor de cintas VHS acumulando polvo.

Delante de las escaleras que subían a la planta de arriba, frente a la puerta de entrada, había un pequeño recibidor de madera con otro tapete de ganchillo y un jarrón sin flores. Y en la planta superior tan solo había dos habitaciones y un baño. Su dormitorio estaba completamente rodeado de estanterías que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo con centenares de libros, películas en VHS y discos de vinilo, otro tocadiscos semejante al de la sacristía, una mesita de noche con lámpara de vela sin tulipa y una cama pequeña de 90. La única decoración existente en su habitación consistía en un crucifijo de madera sobre el cabecero de la cama. La otra estaba casi vacía, tan solo había un somier de muelles con el colchón al descubierto, un armario y una vieja silla de madera con respaldo alto y asiento de escay marrón. Nos acomodó allí diciendo que por la noche traería la ropa de cama del convento.

Nos invitó a quedarnos en su casa hasta que consiguiera los papeles de Candela.

Cada mañana yo le enseñaba a leer y escribir a la niña. Las tardes las pasábamos jugando con Keira, escuchando música, aprendiendo canciones, cantando y bailando. Por las noches, antes de irnos a dormir, le leía la serie de cuentos *Mi Hermana Clara*; una colección que el cura conservaba de cuando era pequeño; *Mi hermana Clara y la gran excursión*, *Mi hermana Clara y el charco*, *Mi hermana Clara y su secreto*, *Mi hermana Clara y la cola del león...*

Celebramos el año nuevo los cuatro juntos, comiendo las uvas con Anne Igartiburu y Ramón García. Y el jueves, 4 de enero de 2018 salí de casa.

No era la primera vez que lo hacía, ya que tres veces al día sacábamos a Keira para que hiciese sus necesidades, pero nunca llegábamos más allá de la parte de atrás del convento de las clarisas, por el callejón del Tyde, a menos de cien metros de casa. Para luego dar media vuelta y volver por el mismo camino. Pero esta vez tenía que ir un poco más lejos. Tenía que comprarle algún regalo a la niña para la noche de reyes y nuestro anfitrión me dio la dirección de dos sitios donde podría encontrar juguetes.

Estaban bastante cerca.

En la juguetería *Tuitoys* le compré un conejito negro de peluche y, más adelante, en una tienda llamada *Dondino*, le compré una mochila rosa de *Dora la Exploradora* y la muñeca Elsa de *Frozen*, la película de Disney que iban a emitir en la tele la noche de reyes, la cual anunciaban en televisión cada dos por tres y de la que la niña era una auténtica experta.

—¿Hoy es día cinco? —preguntó Candela en año nuevo.

—No, hoy es día uno —contesté—. Dentro de cuatro días ya será día cinco. Al día siguiente volvió a preguntar lo mismo.

—¿Ya es día cinco? ¿Hoy echan Frozen?

—No, hoy es día dos. El viernes que viene será el día cinco.

—¿Hoy es viernes? —volvió a preguntar el miércoles.

Después de ver la película, la cual yo no había visto antes y de la acabé siendo fan total, cada uno de nosotros dejó un zapato a los pies del Belén que habíamos montado junto con Don Benito en el recibidor de la entrada, pero Candela insistió en que también dejásemos algo de Keira para que le trajesen algo los Reyes Magos. Le dejamos su chubasquero amarillo, pero con eso no le bastó. Pensó que con eso igual no sabían de quién era, así que me dictó una nota para que yo la escribiera y ponerla al lado del chubasquero.

«Queridos reyes magos, esta ropita es de Keira, no tiene zapatos porque es una perrita. Esto es para que sepáis dónde dejarle sus regalitos. Muchas gracias, os quiero mucho.

Candela.»

Su nombre lo escribió ella misma y con mejor letra de lo que me había imaginado. Aprendía muy rápido. Menos mal que el día anterior, al volver de comprar sus regalos y una camiseta de baloncesto verde para Don Benito en una tienda de deportes —que no era de los Celtics de Boston, pero se le parecía—, al acercarme al ayuntamiento de Tui vi que había varios policías en la acera, así que, para evitar problemas crucé y esperé a que se fueran de allí metiéndome en el bazar que había frente a la casa consistorial. Haciendo tiempo pasé por la zona de mascotas y compré un lazo rojo y una pelota naranja para chuchi, la anterior la habíamos perdido jugando en los bosques de Lalín. Y menos mal que hice aquello, si no, no hubiera tenido regalo alguno.

Cuando vi que tanto ella como Keira ya se habían dormido, bajé para dejar los regalos tras el zapato de Don Benito, el tenis de Candela y el chubasquero de Keira. Para mi sorpresa, mi Adidas ya tenía un paquetito dentro y, a su lado, había una caja cuadrada de grandes dimensiones con una bota de la niña encima.

Nosotros tres dormíamos juntos en la misma cama, y aún no había amanecido cuando me despertó con suma delicadeza. Keira también sabía que pasaba algo, porque al abrir los ojos ya estaba encima de mi pecho moviendo el rabito a toda velocidad.

—¡Despierta! ¿Estás despierto? ¿Podemos bajar a ver si vinieron los

reyes?

Con toda la confianza y seguridad del mundo, entró en el dormitorio de Don Benito para despertarlo.

Ella, completamente excitada, quería abrir el grande primero, pero le aconsejé que lo dejara para el final. Mientras yo, en secreto, le daba las gracias al cura por el gorro negro de lana que me había regalado, y él a mí por la camiseta de baloncesto, ella abrió primero los de Chuchi y le pusimos el nuevo lacito. Luego abrió los suyos. Los dos le encantaron.

Durante los siguientes meses y contra todo pronóstico, el que nunca soltaba de su mano fue el conejo de trapo al que bautizó como Olaf, pero días más tarde y para el resto de su vida lo llamó Peca.

Abrió el gran regalo entusiasmada, he de confesar que yo tampoco tenía conocimiento alguno sobre el contenido de aquella caja y también estaba ansioso por descubrirlo. Ella, a pesar de no tener ni idea de para qué servían aquellos cartuchos negros de plástico que había dentro, le encantaron los dibujos que había en el frontal de algunos de ellos y se lo agradeció a los reyes magos como si aquello fuera el mejor regalo del mundo.

Eran decenas de cintas de video VHS con series de dibujos animados antiguos, pero a Candela aquello le dio igual en cuanto comenzó a verlos. Había cantidad de dibujos de los años 80, los mismos que yo había visto de pequeño, así que el regalo no solo los disfrutó ella, los dos estábamos entusiasmados y nos quedábamos durante horas pegados a la tele. Unas cintas eran grabaciones de la televisión y se veían en muy baja calidad, pero otras eran cintas originales y se veían mejor. Había casi de todo; *Belfy y Lilibit*, *Dartacán y los tres Mosqueperros*, *La aldea del Arce*, *Los Pitufos*, *Los Diminutos*, *La vuelta al mundo en 80 días*, *David el Gnomo...* Pero a Candela los dibujos que más le gustaron fueron los de *Ruy, el pequeño Cid*. Creo que Ruy fue su primer gran amor, siempre decía lo guapo y valiente que era, y ella quería ser cómo Jimena, tan atrevida como él. Vimos los 26 capítulos dos veces seguidas, e incluso el último capítulo lo quiso ver una tercera vez antes de tener que partir de aquella casa.

Candela había nacido el 2 de febrero de 2013, el día de su onomástica. Lo sabíamos porque el mismo Don Benito la había bautizado y así constaba en su partida de bautismo. Aquello eran buenas noticias, el que hubiera sido bautizada, ya que el nuevo gobierno golpista había dictado una nueva ley por la que todos los niños nacidos a partir del 23 de mayo 2017, el día que oficialmente estallase la guerra, tendrían que ser bautizados. Y aunque

Candela había nacido mucho antes de esa fecha, nunca estaba de más, por si en alguna ocasión nos pedían los papeles de ella, así yo podría confirmar que la estaba educando bajo la religión católica que ordenaban. Pero no sirvió de mucho, ya que hubo que cambiarlo todo.

Una tarde, cuando Don Benito volvió a casa después de hablar con su hermano, me contó que era imposible cambiar el primer apellido de Candela por el mío. Desde el 2002 todos los registros estaban informatizados y no tenía idea de cómo cambiarlos sin dejar un rastro informático. Pero había una solución. Lo que si podía hacer era engañar al sistema creando una identidad nueva, falsificando los papeles que podía conseguir el cura donde ponía que la niña había nacido en el propio convento. En el registro tampoco se podía cambiar un apellido, pero no había por qué cambiarlo, podía hacer una entrada nueva con la misma fecha y el propio sistema los colocaba en ese día. Durante la guerra eran muchos los bebés que nacían y no se llevaban al registro civil hasta mucho tiempo después, así que cambiaron el procedimiento para que aquellos nacimientos quedasen registrados en la fecha en que habían nacido y no en la que se habían registrado. Pero para ello, y no levantar sospechas, había que cambiar tanto los apellidos como el nombre. Tanto su partida de bautismo original como el certificado de nacimiento del registro civil, daba igual que no se cambiasen, aquella persona podía haber muerto o encontrarse desaparecida. Pero sí debíamos crear una identidad nueva.

—Cariño, tenemos que hacer un juego. Nos vamos a ir porque tenemos que llegar a un sitio para buscar a la mami de Keira, ¿vale? Y para eso tenemos que hacer un juego que va a ser muy divertido. Verás, en este juego solo hay dos normas, es fácil. Pero debes tener mucha memoria y nunca te puedes equivocar. Nunca, nunca. La norma número uno es que a partir de hoy no te puedes llamar Candela, tenemos que inventarnos un nombre nuevo para ti. Y la norma dos es que siempre, siempre, me tienes que llamar papá. ¿De acuerdo?

—¡Sí!, ¡qué *diver*! ¿Y cómo me voy a llamar?

—Bueno, eso lo tienes que decidir tú. ¿Cómo te gustaría llamarte?

—¿Puedo cambiar el nombre de Olaf también? —preguntó mientras acariciaba las orejas de su conejito de peluche.

—¡Claro, él también va a jugar!

—Pues quiero que Olaf se llame Peca, porque es una niña, ¿No ves que tiene vestido? Y yo quiero ser Jimena. Así nos llamamos como el burrito y la novia del pequeño Cid.

Estaba claro que aquellos eran sus dibujos favoritos.

Cuando Don Benito llegó de dar misa, nos fuimos a hablar a la cocina.

—Lo decidió ella misma esta mañana, se llamará Jimena. Jimena Nogueira Ariza. Es bonito, me gusta como suena —le dije al cura, mientras cenábamos en la cocina y la niña veía los dibujos en el salón con Keira—. Además..., por increíble que parezca, siempre pensé que si algún día tenía una hija se llamaría Gala o Jimena.

—¿Ariza? ¿Por qué Ariza? No entiendo —preguntó confundido.

—Ariza, mi segundo apellido.

—A ver, puede ser. Es correcto que sea así, pero es extraño. No para mí, ni para ti. Pero puede resultar algo extraño para los santistas. Si te paran y te piden la documentación, verán que lleva tus dos apellidos, sabrán que eres padre soltero y levantará sospechas. No sé, ¡creo, eh! No hay muchos padres solteros con hijos y que estos no conserven el segundo apellido de la madre. Mujeres abundan más, pero hombres... alguno de adopción, pero son casos aislados. Te repito, puede levantar sospechas.

—Pues... tiene usted razón. Entonces..., ¿Le ponemos el de su madre? Jimena Nogueira Expósito.

—¡Uf! —resopló moviendo la cabeza— No sé, tampoco me resulta acertado ponerle el de ella. Seguramente no pase nada, pero... yo le pondría otro, aunque fuese inventado. No me arriesgaría. ¡Mira que no hay apellidos en el mundo!

— Y... ¿Souto? Es el de mi expareja. La chica que le conté que estoy buscando. La madre de Keira.

—¡Pues claro! ¡Es perfecto! Y mucho más creíble. De encontrarte con algún conocido siempre puedes decirle que habíais tenido una hija juntos pero que se había criado con ella hasta ahora. ¿No me contaste que ella vivía en Pontevedra y tú en Vigo? Es una versión bastante creíble. Muy creíble diría yo. Perfecta.

—Pues sí, la verdad. No había pensado en eso. A ver... quién nos conoce bien no se lo va a tragar, pero... es buena idea.

El lunes, 24 de enero de 2018 me trajo los papeles. Legalmente había tenido una hija hacía casi cinco años.

Así fue cómo Candela Expósito De La Iglesia pasó a llamarse Jimena Nogueira Souto.

Mis planes no habían cambiado, pero mi prioridad ahora no solo era llegar hasta la isla de A Toxa para encontrar a Sara, sino que tendría que hacerlo viendo siempre por la seguridad de Jimena, mi hija.

Keira ya se comportaba con ella como una hermana mayor y yo pasé a un segundo plano. Caminaba a su lado, dormía a su costado, se subía a sus piernas a la hora de comer, jugaban, se reían, hasta cuando jugábamos con la pelota era a la niña a quien se la devolvía. Verlas dormir juntas a la hora de la siesta en el sofá era de las escenas más bonitas que había visto en mi vida.

Don Benito nos trajo fruta, botellas de agua, comida húmeda para Chuchi y hasta unos tarros de potitos para Jimena, aunque ella ya había pasado esa etapa, pero fue lo que consiguió. También nos consiguió un listado de los albergues abiertos en esa época donde poder hacer noche a lo largo del Camino de Santiago, además de dos credenciales del camino nuevas, la que me habían proporcionado los compañeros de la resistencia tuve que romperla, ya que tenía los sellos desde Oporto, los cuales no podíamos conseguir para la credencial nueva de Jimena. Nuestra historia sería que habíamos empezado el camino en Tui con los sellos de la iglesia de San Francisco, y nuestro motivo era el de un padre devoto haciendo el camino como penitencia por el horror de la guerra. Hasta me aprendí el Padre nuestro, el Ave María y decenas de rezos más, por si acaso. Incluso asistimos a varias misas oficiadas por Don Benito para aprender toda la parafernalia, coreografías incluidas, por su algún día nos veíamos obligados a tener que representar alguna de esas escenas para confirmar nuestra coartada.

Esa misma noche, mientras preparaba las mochilas antes de irnos para cama, Jimena me llamó a voces desde la cocina. Yo me asusté, pensé que le había pasado algo y bajé corriendo las escaleras. Entré en la cocina y la vi subida a una silla mirando por la ventana que daba al pequeño jardín trasero. Me asusté aún más al verla allí subida, pero me tranquilicé cuando me contó lo que pasaba; había comenzado a nevar. Era la primera vez que la niña veía la nieve y estaba completamente entusiasmada.

15. La Isla de los Grobits

Tui, 25 de enero de 2018

Emprendimos el camino al día siguiente después de comer y cuando paró de nevar con fuerza. Planificando las etapas pensando en Jimena; cuánto podría estar caminando ella, cuánto podría caminar Keira y, cuando la niña no pudiese más, cuánto podría caminar con ella en brazos. Sabía que, por lo menos, iba a tardar el doble de lo normal y mucho más con los caminos nevados. Luego, día a día, ya comprobaría si mis cálculos habían sido correctos. En principio pararíamos a descansar quince minutos cada hora y después de cada mediodía buscaríamos un lugar en donde poder dormir. Excepto esa primera jornada, que en un par de horas estaríamos en Ribadelouro, la aldea de mis primos a unos siete kilómetros de Tui, donde podríamos pasar la noche. Aquella casa que nos habíamos pasado de largo Keira y yo el día que nos cruzamos con el navajero.

Tardamos un poco más de lo previsto en llegar hasta allí, pero era normal, nos lo tomamos con suma tranquilidad jugando por el camino y hasta en uno de los descansos nos detuvimos un buen rato para hacer un muñeco de nieve y tirarnos en el suelo con los brazos en cruz para dibujar angelitos con las siluetas de nuestros cuerpos. Llegamos a Ribadelouro cuando ya había empezado a caer la noche.

Era una vivienda humilde e inacabada con paredes de hormigón. Pequeña, pero con más habitaciones que la del cura. Todo en una misma planta, aunque sin más muebles que un sofá, una mesita en el salón y camas en las habitaciones. Mis primos iban allí algún fin de semana mientras aprovechaban para acabar de construirla o a pasar algunos días en sus vacaciones de verano. Yo, evidentemente, no tenía llaves de allí, pero conocía a aquellos familiares suyos, que no míos, que vivían cerca y casi seguro que tendrían acceso a ella. Tan solo los conocía de las típicas celebraciones familiares; bodas, bautizos, comuniones, etc. Pero sabía que eran buena gente y que se acordarían de mí. Me reconocieron nada más abrir la puerta y, después de dar algunas explicaciones, me dieron las llaves.

Fue la primera vez que le dije a alguien: «Es Jimena, mi hija», a lo que la niña añadió sonriendo: «Él es papá y ella es Keira, mi hermana mayor». La versión de que había pasado sus primeros cuatro años en Pontevedra con su madre había colado, incluso con gente bastante allegada.

Al día siguiente reanudamos el camino por la mañana temprano.

Nos adentramos en un bosque de pinos y helechos que parecía mágico,

semejante al de la película de *El Bosque Animado*, donde tan solo se escuchaban nuestros pasos al crujir de la nieve y las hojas, y el sonido de los pájaros que nos escoltaban escondidos entre las copas de los árboles durante todo el trayecto, siguiendo el curso del río Louro. Al llegar a un merendero con mesas de madera y parrillas de piedra, nos sentamos a comer y descansar.

El camino atraviesa las lagunas de las Gándaras de Budiño, un área pantanosa con observatorios de aves. Nada más empezar el sendero, por la mañana, nos llevamos un buen susto cuando Keira, que iba algo por delante de nosotros, se acercó a la orilla del río y pegó un chillido como asustada por algo y ese algo se movió entre unos matorrales y metió en el agua. Ella corrió asustada hacia mí para que la cogiera en brazos y nos aceramos a ver qué había sido; era una nutria que estaba nadando hacia la otra orilla para desaparecer entre los arbustos. En mi vida había visto una y me pareció preciosa.

El resto del camino fue muy tranquilo. A lo largo del recorrido del río Louro vimos ranas, aves y algún pato, además de la nutria. Lo malo de este tramo es el terreno, que de tan descuidado que está, a veces se hace imposible avanzar por el lodo del camino mezclado con la nieve y hay que desviarse avanzando entre la arboleda. Lo bueno es que no nos encontramos con absolutamente nadie. Jimena estaba en esa etapa en el que todo son preguntas y ella era la niña más curiosa que había conocido nunca. Se detenía a observarlo todo y lo preguntaba todo. A veces tenía que improvisar las respuestas o contestarle que no lo sabía porque hacía unas preguntas que a mí ni siquiera se me habrían ocurrido. Otras veces, cuando aprendía una palabra nueva, le daba mil vueltas hasta que comprendía su significado.

«¿El cielo es infinito? ¿Qué quiere decir infinito? ¿No sabes pelear con la espada como Ruy? ¿Por qué Keira no puede hablar y los loros sí? ¿Se puede cantar una canción que nunca has escuchado? ¿Las nutrias también se enamoran? ¿Por qué ya no tenemos un rey? ¿Por qué no se para la guerra? ¿Cómo se sabe que algo es infinito si no tiene final?». Hasta en ocasiones me daba consejos ella a mí; «No puedes dejar que te disparen otra vez, ¿No ves que te haces daño en la cara?».

En una ocasión, después de aclararle qué era aquella cosa verde con la que nos encontrábamos a veces, me preguntó si podíamos quedarnos delante de un árbol para ver cómo se *fabricaba* el musgo que cubría su tronco. Y todo aquel animal que nos encontrábamos se lo quería llevar con ella, ya fuera una lagartija o un grillo. Además, no le tenía miedo a ningún bicho, todo lo quería

coger. Un día, habiendo pasado la parroquia de Ponte Sampaio, vi que metía unas hojas en su pequeña mochila rosa de Dora. Me acerqué y vi que le estaba dando de comer a un caracol. Se lo había encontrado el primer día y se lo había llevado de viaje porque: «También estaba solo, como nosotros. Lo voy a llevar siempre, infinito», dijo. Era una niña fantástica.

Fueron seis días maravillosos, en los que no tuvimos grandes problemas, aunque si un gran y pavoroso susto. Pero eso fue el día anterior a llegar a nuestro destino, durante el resto del trayecto solo nos pasaron cosas buenas.

Cada vez que pasábamos delante de una iglesia entrábamos en ella para que nos sellaran la credencial del camino. Una de esas veces, el dueño de una casa colindante a una ermita, y encargado de ella, nos dejó dormir dentro. Fue en la minúscula capilla de Santa Marta, en Vilaboa. Jimena quedó alucinado cuando le expliqué que aquel sitio se había construido hacía cuatrocientos años. Al principio no entendía cuanto tiempo era eso, pero le puse un ejemplo y quedó con la boca abierta.

—Mira, tú tienes 4 años. Pues imagínate pasar tus años cien veces — Empecé a enumerar lo que suponía aquello con los dedos— Uno, dos, tres, cuatro, cinco.... así hasta cien veces, luego otras cien, otras cien y otra cien. ¡Es *muchííííísim*o!

Ella, como no podía ser de otra manera, me empezó a hacer decenas de preguntas sobre cómo había aguantado tanto tiempo y cómo era la vida de la gente hace tantos años.

—Pero, yo ya casi tengo cinco —aclaró al acabar de preguntar, antes de quedarse dormida.

Si estábamos cansados nos tirábamos en la hierba, que ya había vuelto a asomar cuando desapareció la nieve y llegaron unos días de temperaturas más agradables, era entonces cuando Jimena me bombardeaba a preguntas.

—¿El mundo tiene vida infinita?

Si teníamos hambre parábamos a comer en cualquier lugar; si pasábamos cerca de una Morera cogíamos unas cuantas para el camino; si se picaba con unas ortigas, yo le enseñaba cómo buscar hojas de menta para machacarlas y aplicarlas en la zona para aliviar el escozor. Cruzamos ríos, atravesamos bosques, dormimos a la intemperie debajo de la estrella Polar, subimos y bajamos grandes cerros, atravesamos aldeas y no paramos durante todo el camino de hablar ni de jugar con Chuchi.

Nos lo pasamos siempre bien, excepto una noche que, durmiendo en una casa abandonada cerca de Redondela, comenzamos a escuchar explosiones y

disparos no muy lejos. A Jimena le daban mucho miedo aquellos ruidos, se acurrucaba abrazando a Keira en la cama y yo me abrazaba a ellas. Aquel intercambio de disparos duró seis largas horas en las que apenas pude pegar ojo.

El suceso más tenso ocurrió cerca de un lugar llamado Meaño, un día antes de llegar a nuestro destino y mientras rodeábamos una colina a media altura por su ladera izquierda. Escuché que se acercaba un vehículo por la pista de tierra delante de nosotros y nos echamos a un lado para dejarlo pasar, pero el coche no daba llegado a la curva, venía muy lento. Agudicé el oído y por detrás del sonido del motor se escuchaban pisadas, muchas pisadas y todas al unísono. Cada vez más. No me dio buena espina, tenía toda la pinta de que una tropa se nos estaba acercando. A nuestra derecha y hacia lo alto de la colina solo había viñedos de Albariño, y hacia abajo a la izquierda, la ladera se precipitaba entre arbustos y maleza; no nos dio tiempo a cruzar de lado.

En cuanto vi que la cabina del camión se asomaba por la curva, cogí con un brazo a Keira y con el otro, en volandas, a Jimena, y traté de bajar por la ladera sin caernos para ocultarnos entre los matorrales. Era evidente que no podía con todo, y además estaba cayendo una lluvia fina pero intensa, resbalé y caímos rodando unos cuantos metros. Yo fui deslizándome hacia abajo con el pecho en la tierra, que estaba embarrada, y agarrando de la mano a la niña que resbalaba igual que yo, pero de espaldas. Keira, con su chubasquero amarillo puesto, se me había soltado.

Cuando conseguimos detener nuestra caída vi que el camión militar se acercaba con una tropa de unos treinta hombres del ejército santista tras él. Quedamos parados a unos escasos cuatro metros de la pista de tierra y tan solo teníamos una pequeña roca a mi izquierda en la que poder escondernos, rodeada de espinos y mimosas amarillas. Me arrastré hasta ella tirando de la niña. Había perdido de vista a Chuchi, la busqué a ambos lados e incluso la llamé, pero no aparecía por ningún lado. El grupo de soldados se detuvo en aquel lateral de la colina por encima de nosotros, después de que algún oficial ordenara el Alto para luego romper filas.

—¡Descansamos dos minutos! —dijo alguien.

No veía a Keira, la volví a llamar en voz baja pero no podía levantar más la voz, no me pudo escuchar. Al arrastrar a la niña detrás de la roca se pinchó con los espinos, emitió un pequeño grito y comenzó a llorar. El instinto me hizo acostarme sobre ella, acurrucarla lo máximo que pude dentro del arbusto de mimosas y espinos entre el suelo embarrado al mismo tiempo que le tapaba

la boca con la mano. Ella me miraba con unos ojos de terror absoluto mientras lloraba y gemía, con su rostro y mi mano cubiertos de lodo. Le mandé callar, pero era superior a su voluntad.

—Tranquila, tranquila —le repetí—. ¡Shhh! No grites.

En mi vida olvidaré aquellos enormes ojos verdes llorando, suplicando que no le siguiera haciendo daño, que la soltara, que quería salir de allí. Era una mirada de auténtico pavor.

Sentí que uno de los soldados descendía por la colina acercándose a nosotros, pero se detuvo justo encima de la roca. Yo no lo podía ver, ya que estaba boca abajo, pero Jimena levantó la mirada y noté en sus ojos cargados de pánico que ella lo estaba viendo. «Mírame, mírame a mí», le dije susurrando. Aguanté la respiración para que ni mi aliento se pudiera escuchar, yo solo me oía mis propios latidos y me quedé tan quieto como pude, sin mover un solo músculo. Pero era imposible, los tenis resbalaban en el barro haciendo que nos fuésemos deslizando levemente hacia abajo. Al momento escuché cómo el hombre se encendió un cigarro, se bajó la cremallera del pantalón y comenzó a mear en el arbusto que nos protegía. El chorro de orina, mezclada con la lluvia, rebotaba en la roca y nos salpicaba en mi cabeza y en la cara de la niña. Quizás el llevar puesto el chaquetón amarillo me camuflaba con las mimosas o, simplemente, el soldado no bajó la mirada. Pero no nos descubrió.

Cuando terminó, le escuché hablar.

—¡Hostia, un perro! —exclamó.

Yo seguía sin ver a Keira, pero debió de subir hasta donde estaba aquel soldado ascendiendo hasta la pista de tierra, porque el tipo se giró y se fue. Escuché cómo varios llamaban por ella.

Me sentí aliviado de que Chuchi no viniera en ese momento hacia nosotros ya que nos habría descubierto, pero por otro lado sentí un horroroso temor de que le hicieran algo o se la llevaran. También temía que escapase de allí, asustada. Me recordó a aquel niño con el abrigo amarillo que lloraba en Pontevedra, buscando algo entre los escombros el día después al día sin datos y que también desapareció temeroso.

—¡Perrito, ven aquí, anda! —dijo otra voz.

A lo que otro soldado le contestó que era una perrita, que tenía un lazo. Quité la mano de la boca de Jimena y le hice un gesto con el dedo para que guardase silencio.

—¡Mira! ¡Toma, ven! —escuché decir a otro hombre, haciéndole ruiditos

con la boca, como lanzándole besos a Chuchi.

Yo quería llamarla, pero nos delataría completamente y estaríamos perdidos. Si nos hubiésemos quedado en el camino lo más seguro era que nos pidieran la documentación y, como ya nos habíamos alejado del camino de Santiago, no tendríamos coartada para preguntas indiscretas. Lo más seguro era que me detuviesen nada más verme la cicatriz. ¿Qué hubieran hecho con Keira y Jimena entonces?

Pero a lo mejor no. Nosotros habríamos seguido nuestro camino y no hubiese pasado nada. Pero, como siempre, ya era tarde. Traté de levantar un poco la cabeza, pero, así como lo hice la volví a bajar, estaban muy cerca, aunque nadie me había visto. Keira era el centro de atención. Solo intuí su silueta.

—¡*Carallo!* Estás famélica ¿eh? —dijo otro de los soldados, por lo que supuse que le estaban dando algo de comer.

—Mi capitán, ¿nos la podemos llevar con nosotros? —preguntó otra voz, distinta a las anteriores.

—¡Déjate de hostias, Bugallo! Suficiente tenemos con darte a ti de comer. Dale una patada o te la doy yo a ti monte abajo.

Escuché que se reían. Otros la seguían llamando. Otros bromearon con hacer de ella la nueva insignia de su batallón, como los legionarios con la cabra. E incluso algunos hablaron de meterle un palo por el culo y asarla a la lumbre para la cena de esa noche. Al escuchar aquello estuve a punto de saltar a por ella. Pero antes, miré fijamente a Jimena y comencé a explicarle, susurrando y lo más tranquilo que pude pese al temblor continuo de mis manos por el frío, la lluvia, los nervios y del esfuerzo que estaba teniendo que hacer para no resbalar monte abajo, qué era lo que íbamos a hacer.

—Tú te vas a quedar aquí, ¿vale? Es muy importante que me hagas caso. Bajo ningún concepto salgas de aquí hasta que se vayan todos los soldados. Si me hacen caso y se van, perfecto, esperas a que yo te llame. Si me tengo que ir con ellos, esperas también. Y cuando oigas que ya no queda nadie, te vas, y sigues el camino hasta la próxima casa que veas y llamas para pedir ayuda. Deja aquí mi mochila, que pesa mucho, y a quien te ayude le dices que venga aquí a por ella y le cuentas lo que ha pasado. Tú tranquila, que te encontraré, ¿de acuerdo? Yo voy a salir a por tu hermana.

—No, no te vayas. No me dejes. ¡No quiero! —suplicó susurrando con la voz ahogada y una expresión de pánico tal, que en mi vida he vuelto a ver en nadie.

—Tengo que hacerlo. Y no digas nada ¿vale? Tu tranquila que volveré a por ti. Pero no llores, no hables y no grites. Y espera hasta que todos se vayan. ¿Me entendiste?

La niña respondió que sí moviendo la cabeza y dibujando pucheros en su cara a punto de explotar, pero no lo hizo. No lloró.

De la manera más cautelosa posible me quité la mochila, lentamente desaté el cortón del cierre, saqué mi pistola y comprobé el cargador con sumo cuidado. Estaba dispuesto a lo que fuera antes de que se llevasen a Keira. Cogería al primero que pudiese por el cuello amenazándolo con volarle la cabeza si no dejaban ir a Keira, y luego..., luego no sabría cómo salir de allí. Tendría que improvisar.

Quité el seguro de la pistola para salir de mi escondite disparando al aire y cogerlos por sorpresa.

Cuando estaba a punto de salir, y mientras me despedía de Jimena besando sus mejillas, escuché un quejido agudo de Keira.

Algo le habían hecho.

Sus lamentos hicieron que yo girase la cabeza y la vi caer por mi derecha, rodando colina abajo.

—¡A tomar por culo ya con el perro, coño! ¡Qué cojones os he dicho! ¡Venga, a formar! ¡Se acabó el descanso! —ordenó la voz al mando.

Mi pequeña nos vio y subió corriendo a trompicones resbalando en el barro, hasta que por fin llegó hasta nosotros, moviendo el rabo a cien por hora y nos limpió la cara, como siempre, con miles de lametones.

Guardamos silencio durante unos segundos hasta que el ruido de las pisadas desapareció. Al vernos fuera de todo peligro la tensión acumulada de mi cuerpo salió de golpe y en forma de lágrimas. Acababa de pasar el mayor miedo de toda mi vida.

Nos había sido muy fácil llegar hasta allí durante aquellos cinco días y me había relajado. Dejé de ser precavido, pensé que no nos íbamos a encontrar con grandes peligros más que en las grandes ciudades, pero no fue así. Tenía que volver a ser desconfiado, estar atento a todo y muy cuidadoso por dónde íbamos y con quién nos cruzábamos. Por suerte, Jimena y yo solo tuvimos arañazos, y Keira, embarrada y con el dolor de la patada de un maldito sin corazón, pero sin mayores consecuencias.

Pero aquello fue lo único malo. Durante toda aquella travesía nos habíamos divertido mucho.

Reíamos, jugábamos y cantábamos canciones por el camino cuando el

trayecto era lo suficientemente solitario. Ella ya se sabía todas las de los dibujos animados, pero la canción que más gracia le hacía era la del himno del Celta de Vigo, sobre todo le encantaba hacerlo levantando la voz al final cuando gritábamos: «¡Celta, Celta! ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!»». En cualquier momento inesperado yo le decía: «¡Jimena! ¡Celta, Celta!»», y ella me respondía con el «¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!»», a voz en grito.

Incluso nos dimos un pequeño baño en el río, un día antes de aquel tenso y horrible encuentro con las tropas santistas.

Para evitar problemas, al llegar a Pontevedra no quise pasar por el centro urbano, aunque me apetecía mucho visitar a Aitana, pero era un riesgo que no quería correr. Así que bordeamos la ciudad por el otro lado de las vías del tren y saliéndonos de la ruta del propio camino de Santiago, hasta que llegamos a la playa fluvial del río Lérez. Ahí me di cuenta de que no podíamos cruzar el río y teníamos que retroceder casi un kilómetro hasta el puente que lleva a la Isla de las Esculturas. Pero antes, y a pesar del frío, decidí que era un buen lugar para lavarnos en una de aquellas duchas públicas de la playa, estábamos llenitos de mierda después de cuatro días y cuatro noches de camino. Antes de hacerlo me metí en el río con Keira y después de un buen rato convenciéndola, también se metió Jimena, pero solo hasta las rodillas. Nos reímos mucho al salir del agua, cuando Keira salió escopeteada para rebozarse en la arena. Fue la primera vez que vi a Jimena reírse tanto.

Así pasamos los días hasta que el martes 30 de enero llegamos a la Isla de A Toxa, que parecía totalmente desierta.

Avanzamos por la calle Don Pedro circundada de palmeras, grandes pinos y edificios de apartamentos vacacionales, hasta que giramos a la derecha para enfilarse la calle Arousa. El portal estaba cerrado y en el portero automático del tercer piso, el del padrino de Sara, no contestaba nadie. Tampoco lo hizo ningún otro número al que timbré. Mandé a Jimena que cuidara de Keira, como siempre hacía cuando me tenía que alejar de ellas por algo, y se lo repetía una y otra vez.

—Cuida de tu hermana mayor y no la sueltes. Yo voy a subir y os abro desde dentro, ¿vale? Quedaos aquí sentadas y, si veis que viene alguien, os escondéis como siempre. En silencio infinito, hasta que yo te avise.

Subí al pequeño muro de la izquierda sin apenas esfuerzo y de ahí me impulsé hasta encima de la pérgola del jardín del bajo izquierda, luego, apoyándome en la cañería subí a la terraza del primer piso, comprobé las

puertas correderas, pero estaban cerradas. Me subí a la barandilla de la terraza y alcancé el balcón izquierdo de la segunda planta. Desde ahí ya me fue muy fácil volver a trepar hasta un pequeño tejadillo que separa aquel edificio del contiguo, con un metro de ancho, entre la segunda y la tercera planta.

Le hice una seña a Jimena, que me miraba asustada, de que todo iba bien.

—Voy a romper un cristal. No te asustes, ¿vale?

Me metí hacia dentro por encima del tejadillo hasta una pequeña ventana que daba al baño. También estaba cerrada, pero esa era más fácil de romper. Al igual que había hecho en la casa de la abuela de Sara en Bueu, pero sin la maceta de un geranio a mi alcance, me quité el chaquetón para cubrir mi mano derecha y golpeé el cristal. Era más duro de lo que pensaba, así que desistí y me puse de pie para romperlo a patadas. De esa manera pude quitar las dos partes de la pequeña ventana. Llamé a Sara, pero no obtuve respuesta y tampoco se oía nada dentro. Me tendí sobre las tejas y fui introduciendo el cuerpo con la cabeza por delante, empujándome con los pies sobre la ventana del edificio que estaba a mi espalda, hasta que acabé cayendo al suelo del cuarto de baño. Al ponerme en pie descubrí la única pista que Sara había dejado en el apartamento.

En la esquina inferior izquierda del espejo del baño, tras un bote de laca y otro de espuma para el pelo, había escrito una nota con carmín rojo.

*«Javi, me llevan presa no sé a dónde.
2 tíos de traje. 25 d noviembre.
Sara»*

Javi era su primo, que también solía venir en verano a pasar algunos días a aquel apartamento con su novia y habíamos coincidido en más de una ocasión. Supongo que pensó que era el único que podría ir hasta allí, ya que también tenía un juego de llaves. Pero no sabía por qué el mensaje no estaba dirigido a su padrino. Igual por las prisas fue lo único que se le ocurrió.

Bajé las tres plantas de escaleras después de comprobar que no había nadie en el piso y ver que la puerta de casa estaba entreabierta. Era más que evidente que la cerradura la habían forzado, ya que en su lugar solo había un agujero y la cerradura por completo estaba tirada en el suelo, por dentro. Abrí el portal y las niñas subieron conmigo.

En el apartamento no había muchas cosas, pero si evidencias de que Sara

había estado allí algún tiempo; la bolsa de basura estaba llena y había paquetes de comida abiertos. En la nevera había varios yogures griegos de stracciatella del Mercadona caducados en noviembre y un trozo de melón cubierto de moho, al igual que varias piezas de fruta sobre la mesa de la cocina. En el suelo de parqué del salón había una colilla apagada a medio fumar, y Sara no fumaba, así que deduje que su propietario era alguno de los dos hombres que se la habían llevado. La cama donde había estado durmiendo estaba deshecha, las persianas estaban completamente cerradas y, sabiendo cómo era ella, me imaginé que la habían sorprendido en mitad de la noche. Pero no había muestras de que nadie más hubiera entrado en aquel piso desde que se la habían llevado a ella, ya que las pocas cosas de valor como la televisión, las lámparas o los cuadros aún estaban allí y el piso estaba perfectamente ordenado.

La isla parecía completamente desierta. Desde las ventanas y durante horas, observé las calles para saber si era seguro salir, tenía que conseguir algo más de comida y algo para tratar de cerrar la puerta de entrada. Aún nos quedaban, además de los restos que había en la casa, algunas latas de conservas, dos potitos de pollo y una lata de comida húmeda de Keira. Pero necesitábamos hacer acopio de otros alimentos que dieran variedad al menú de Jimena. Desde allí no alcanzaba a ver si las tiendas de la pequeña aldea comercial de A Toxa, que consistía en un edificio abierto con galerías al aire libre y una docena de locales, estaban abiertas.

La primera noche moví el mueble del salón taponando la puerta y me dormí en el sofá porque no estaba nada tranquilo con aquella solución provisional. Pero al día siguiente, lloviendo a mares, salí a echar un vistazo. Efectivamente, la isla estaba deshabitada, un páramo en esa época del año. Y tan solo estaban abiertos tres locales; la heladería/cafetería/pizzería *Marey*, un supermercado y una tienda de souvenirs. Supuse que el Gran Hotel seguiría abierto, pero, como no se encontraba en mi camino, no fui hasta allí para comprobarlo. Tampoco lo hice con el Balneario ni con el Gran Casino, a pesar de que me quedaban más próximos.

Ya me había quedado sin dinero, así que tuve que empezar a tirar de los doscientos cincuenta euros que había encontrado en la cartera de la madre de Jimena. Con la cartilla de racionamiento digital de su teléfono pude comprar leche, pan de molde, patatas, huevos y galletas. De manera clandestina, dejándome una pasta, me hice con cereales, pienso para Keira, queso, jamón de York, dos argollas de anclaje, varios clavos, un candado y un pequeño

martillo. Al salir del recinto comercial me detuve y di media vuelta, ya que me había olvidado de lo más importante; una vela con el número 5. También compre un cuento, el de *El Enanito Pic*, con letras grandes para que Jimena comenzara a leer ella sola, y una falda vaquera.

Volví a casa, saqué una tablilla del somier de una de las camas, la apuntalé a la puerta de entrada tapando el agujero y clavé las dos argollas; una en la tablilla y otra sobre el marco de la puerta. Ya teníamos cerradura. No era la solución más segura, pero por lo menos podríamos abrir y cerrar la puerta con el candado. El viernes 2 de febrero celebramos el cumpleaños de Jimena. Sopló la vela con Mickey Mouse apoyado sobre el número cinco que, previamente, había pinchado en un bloque de galletas bañadas en leche —Fue lo único que se me ocurrió para hacerle una especie de tarta—. Le di el cuento y la falda vaquera, que se quiso poner al instante. Le habían encantado sus regalos. Era increíble como una niña de cinco años podía estar tan feliz con un cuento y una falda nueva, pero bueno, ella era así, cualquier pequeño detalle para ella era un mundo y todo le gustaba, todo le hacía feliz.

Llevaba con el mismo vestido azul marino de lunares blancos una semana, el que lavábamos continuamente. Y, como también tenía una cazadora vaquera además de su plumífero rosa y los pantalones de agua rosas que yo le vestía por encima del vestido en los días de frío, pensé que estaría guapa con una falda vaquera para que se vistiera a juego con la cazadora, pensando en los días que vendrían con mayor temperatura.

Tenía pensado darle otro regalo, que consistía en salir de casa para hacer una excursión a una aldea en el centro del bosque de la isla, pero llovía mucho y lo tuvimos que posponer.

Al cabo de una semana, cuando cesó de llover, salimos a hacer la excursión. Algo le había contado sobre el lugar que íbamos a visitar, y durante el camino no paramos de cantar al unísono: «Belfy, Belfy y Lilibit. Lilibit, Lilibit. Vivían en Lilliput, Lili Liliput», así una y otra vez. Cuando nos adentramos en la profundidad del bosque de pinos para visitar la aldea de Os Grobits le mandé guardar silencio, no fuera que alertáramos a los seres que vivían allí y se quedase sin avistar alguno. Aquella aldea era un lugar construido por el ayuntamiento de O Grove para los niños y basada en la leyenda de Los Grobits; unos familiares lejanos de los Hobbits de *El Señor de los Anillos*, pero más pequeñitos, que viven bajo tierra en aquella isla y que las entradas de sus casas están a la vista en lo más profundo del bosque. Muy parecidas a las de la película; con las puertas de madera, unas rectangulares y

otras redondas, envueltas en fachadas de piedras desiguales y cubiertas por el techo con hierba que iba en descenso hasta fundirse con el suelo. Varias de ellas formando un círculo con una plaza en medio, en un terreno arenoso, con varios balancines de madera y columpios donde podían jugar los niños, siempre y cuando no hubiera Grobits divirtiéndose en ellos, claro está.

Jimena alucinó cuando le conté una historia inventada sobre aquellos seres pequeños de pies grandes que solo los niños podían ver; los adultos ya no podíamos verlos porque habíamos perdido la ilusión, y que solo salen a la superficie en ciertas épocas del año para arreglar las entradas de sus casas y hacer acopio de leña y piñas para sus hogueras, aunque algunos vigilaban la aldea constantemente desde lo más alto de los pinos. También le conté que en aquel bosque vivían hadas, ninfas y unos duendes muy semejantes a los dibujos que ella había visto en casa de Don Benito; los de *Belfy y Lilibit* o *David el Gnomo*. Al volver de aquella primera excursión se paró en medio un cruce de caminos y me dijo que acababa de ver un Grobit saltando de un árbol a otro. Yo, evidentemente, la creí. Pero no lo pude ver, medaba pena, pero ella me lo describió.

—Es pequeño, mucho más que yo —dijo con entusiasmo, marcando con su mano a la altura de su cintura—. Y estaba mirándonos, agarrándose con las manos y los pies a ese árbol, como un mono. Me sonrió, saltó al otro y se fue por allá —señaló hacia la aldea—. Tienes los pies enormes, más grandes que él, y tenía un sombrero de pico rojo, pero no como el de Belfy hacia arriba, lo tenía como Lilibit para atrás. Y la nariz grande y gorda. Con el pelo largo ¡Era un chico! Y puede saltar *Infiniito*.

Infinito era su palabra favorita en aquella etapa.

Ella quería ir todos los días a la aldea de los Grobits, pero no podíamos arriesgarnos a cruzarnos con nadie. A pesar de todo, volvíamos una vez por semana. A veces yo hacía ruidos con las maderas de las puertas cuando ella no veía para hacerle creer que había alguno por allí, o cogía una piña y la tiraba delante de ella, entonces nos íbamos porque los Grobits nos lo estaban pidiendo.

—Está de mala leche, ¿nos vamos? —decía Jimena algo asustada.

Nuestra vida durante aquellos treinta y cinco días que pasamos allí, consistía en hacer prácticamente lo mismo que en nuestra anterior casa; enseñándole a leer y escribir por las mañanas, por las tardes a jugar con Keira a la pelota, seguir aprendiendo canciones, bailando y viendo la tele. Por las noches, como no tenía cuentos que leerle, me inventaba historias que sucedían

en aquel bosque.

El miércoles, 7 de marzo de 2018, recibí un WhatsApp de Rubi que volvió a cambiar nuestra vida.

Ponyboy
en línea

Hoy

Darry, sabemos dónde está Cherry 18:50

Conseguimos una lista de presos 18:50

Ven cuanto antes 18:50

Hostia, ¿qué dices?!!! 18:51

¿Dónde está? Yo a 6 días 18:51

No te lo puedo decir por aquí 18:52

Tú ven. Llama a Sodapop 18:52

En un primer vistazo los nombres del mensaje me desconcertaron, pero los descifré al momento. Si me llamaba Darry, como el hermano mayor de Ponyboy en la película *Rebeldes*, era porque sabían que tenían los teléfonos pinchados, y estaba claro que Cherry, la chica de la película, era Sara, y Sodapop, el hermano mediano de Ponyboy en la peli, era Aitana. No había que ser una lumbrera para descifrarlo, pero he de reconocer que Rubi se lo había currado.

No me lo podía creer, por fin iba a saber dónde estaba Sara, casi un año después. Grité de alegría, me puse nervioso, salté emocionado y Jimena no se enteraba de nada, se lo tuve que explicar. Luego llamé a Aitana a riesgo de ser localizado, pero me dio igual, tenía que hacerlo. Aquél: «Cuanto antes» me decía que algo estaban preparando en la resistencia con respeto al lugar en el que se encontraba Sara prisionera, y tenía que llegar a tiempo hasta Cabo Silleiro para participar en ello, por eso tenía que llamar a Aitana, porque era la única que nos podía venir a buscar y llevarnos hasta allí.

Llegó al día siguiente por la mañana, una hora después de rematar el toque de queda. Keira corrió hacia ella nada más verla en cuanto se bajó del coche, parecía que le volvía a dar las gracias por ser parte de su salvación cuando la rescatáramos en la casa de Bueu, y se la comió a besos. Antes de irnos decidimos dar un último paseo por el bosque de los Grobits, Jimena quería despedirse de ellos. Sobre todo, de su amigo Albar; uno de los Grobits más jóvenes y con el que tenía una gran amistad, el que, casualmente, se llamaba de la misma manera que el amigo de *Ruy, el pequeño Cid*. Mientras ella lo buscaba entre las copas de los árboles le fui contando a Aitana todo lo que

había pasado desde que nos habíamos despedido en Lalín hacía ya nueve meses.

Después de ponernos al día recogimos nuestras cosas y tomamos las carreteras secundarias hacia el sur, de vuelta a Cabo Silleiro.

16. Cielo de Acero

Cabo Silleiro, 18 de marzo de 2018

En el centro penitenciario de Pereiro de Aguiar, a veinte kilómetros de Ourense, teníamos a varias personas infiltradas dentro. Además de presos republicanos cumpliendo condena, también había funcionarios de prisiones en contra del régimen santista que colaboraban con nosotros a menudo. El domingo 18 fue el elegido para atacar el lugar, exactamente el día de visitas, el que se preveía como uno de los días con más trasiego de visitantes de todo el año, solo por detrás de las navidades. Varios familiares de presos, miembros de la resistencia, habían pedido visita en esa misma fecha. Algo que no levantó sospechas puesto que, al día siguiente, el 19, era el día del padre.

Dentro no tendrían armas, pero ellos mismos iban a ser un arma importante en toda la operación. El plan era que ese día se iniciaría un motín dentro de la prisión y esos familiares iban a actuar como falsos rehenes para tener ocupados a los demás funcionarios que no estaban de nuestro lado, para que así, cuando nosotros asaltásemos la cárcel, casi todos estuvieran concentrados en dos alas de la prisión tratando de rescatar a esos rehenes.

Dos de nuestros funcionarios dentro de la prisión; un hombre y una mujer, iban a estar presentes vigilando la sala y el parque de visitas para que también ellos fueran falsamente secuestrados. Había un problema que nos preocupaba más que todos los demás, y es que, no a todas las personas que queríamos rescatar les habían concedido visita, por lo que no podríamos saber dónde se encontraban hasta que llegásemos allí y nos lo indicara alguno de nuestros infiltrados. Entre esas personas estaba Sara, que no se la concedieron por no tener ningún familiar de primer grado que lo hubiese solicitado.

También contamos con el tiempo que teníamos; 23 minutos hasta que llegasen las tropas santistas desde que salieran del campo de fútbol de O Couto, en Ourense ciudad, donde tenían montada su base militar de campaña. Teníamos que asaltar la prisión unos minutos después del comienzo del motín para que les diera tiempo a los de dentro de apartar al máximo número de funcionarios de las zonas por dónde íbamos a asaltar el lugar, así que sabíamos que no dispondríamos del tiempo suficiente para sacar a todos de allí.

Asaltaríamos la prisión con cuatro grupos por cuatro zonas a la vez; noroeste, nordeste, suroeste y sudeste. Yo estaba asignado al escuadrón 3º, al suroeste. Al mismo tiempo en que, dentro de la prisión, nuestros hombres se dividían en dos grupos; el del pabellón de los hombres en el ala norte, que

llevarían a los secuestrados a su patio exterior, y el del pabellón de mujeres que harían lo mismo en el suyo del ala sur.

Por el sur la situación era más complicada, ya que había tres torreones de vigilancia con sus tres vigilantes a los que eliminar, y en el norte solo contaban con dos, de los que uno de los vigilantes era miembro de la resistencia al que, evidentemente, no había que eliminar. Suponíamos que ellos en el norte iban a conseguir entrar mucho más rápido que nosotros, pero eso nos daba una ventaja, y era que muchos de los vigilantes del sur al ser apercebidos desde arriba, abandonarían su puesto para ayudar en los pabellones por donde ya estaban nuestros compañeros entrando. Lo bueno que tiene el lugar es que no nos verían llegar hasta que estuviésemos encima de ellos, ya que todo el perímetro carcelario está rodeado de un frondoso bosque.

Llevábamos escaleras extensibles, lo suficiente como para escalar por ellas después de eliminar a los vigías, bajar por los torreones de vigilancia y adentrarnos en la prisión. Al acabar la misión, el plan era que saldríamos por la misma puerta principal, ya que otro de los nuestros tenía como objetivo, durante el motín, asaltar la sala de seguridad principal, desde la cual podría abrir las diferentes estancias que daban al portalón rojo de la entrada.

Yo tenía una orden muy diferente a la de los demás compañeros; encontrar y sacar a Sara del recinto. Fue una orden específica del capitán Moreiras que, encarcelado allí dentro desde hacía un mes, había coordinado toda la operación. Era otro detalle más de que aquel hombre me tenía en gran estima desde la defensa de Vigo. Todo iba a comenzar a las 18:15 horas, quince minutos después de haber comenzado el último turno de visitas de esa tarde. Lo habíamos decidido así porque en poco más de una hora se haría de noche y tendríamos más posibilidades de huir con éxito dispersándonos por los bosques.

A las 18:00 comenzaba el horario de visitas, quince minutos después se formaría el motín. A las 18:20 nuestros camaradas ya tendrían que estar con los falsos rehenes en los patios exteriores y a las 18:25 entraríamos nosotros en escena. Debíamos tener en cuenta que las alarmas saltarían a las 18:15, llamarían a los refuerzos que, como pronto, saldrían de Ourense a las 18:17 y nosotros comenzaríamos a entrar a las 18:25. Calculamos que el ejército santista llegaría sobre las 18:40, así que yo tendría 15 minutos para disparar al vigía, escalar el primer muro, bajar del torreón, ascender y descender el segundo muro, localizar a Sara y salir de allí. Algo prácticamente imposible.

Al mediodía nos fuimos preparando y nos vestimos todo lo más discreto

que pudimos con ropas oscuras o de camuflaje. Mientras me vestía, Rubi se acercó para darme una noticia, un chivatazo de última hora; Sara se encontraba en la galería de presas A2.

En nuestra base de Cabo Silleiro solo disponíamos de doce chalecos antibalas que sorteamos entre los cuarenta y tres que formábamos parte de aquella operación, a mí no me tocó, pero sí a Rubi. Y yo estaba mucho más tranquilo con ello. Los doce a los que les tocó el chaleco serían los primeros en escalar los muros, después de que otros disparásemos a los guardias de las torres.

Antes de realizar la operación tendríamos que ir a una zona boscosa de Celanova para juntarnos con otro grupo de compañeros que se escondían al sur de la provincia de Ourense, en los montes de Lobios, y que estaba formado por veintiocho camaradas más. En total, sin contar a los hombres y mujeres que teníamos dentro de la cárcel ni con los que se quedaban en las bases, éramos setenta y una personas las que íbamos a realizar el asalto. Mi objetivo principal, antes de buscar a Sara, era que cuando el reloj marcase las 18:25 h. —diez minutos después de que comenzara el motín—, tenía que disparar al vigía de la torre Suroeste. Para ello me hicieron entrega de un fusil de precisión JS-2 de 5.8 mm de fabricación China, de cuatro kilos, con supresor de destello y mira óptica, al que le habían añadido de forma casera un silenciador hecho con una botella de plástico, del que decían que funcionaba a la perfección. También teníamos otro fusil más igual al mío, nueve fusiles de asalto G41, un fusil de precisión HK33 que usaría Breogán, nuestro mejor tirador y el encargado de deshacerse de los dos vigías de las atalayas sur y sudeste. Además de tres Kaláshnikov AK47, cinco granadas de mano Alhambra, cuatro botes de humo y varios revólveres y pistolas semi automáticas. Todos íbamos armados.

En la base se quedaron siete de nuestros compañeros cuidando del recinto y de los menores.

Yo, además de aquel mamotreto, también llevaba mi HK semiautomática de 9 milímetros en la cintura.

En un bosque a las afueras de Celanova, a treinta y tres kilómetros de la cárcel, nos reunimos con los veintiocho compañeros de la resistencia de Lobios para que se repartieran entre nuestros grupos. Finalmente, el escuadrón 3º al que yo estaba asignado, lo formábamos dieciocho personas. Salimos en varios coches con diferentes minutos de diferencia entre unos y otros por las carreteras comarcales hacia los puntos marcados con anterioridad, donde

deberíamos de dejar los vehículos para continuar a pie por el bosque, hasta varios metros cerca de nuestros objetivos, cada uno frente a su torre de vigilancia asignada. Desde que dejáramos los coches ya no podíamos hablar entre nosotros a pesar de que en cada grupo teníamos varios Walkies con los que comunicarnos, pero la orden era no utilizarlos hasta que comenzara la fiesta o en caso de urgencia.

Mientras me arrastraba entre los pinos, buscando la posición idónea en la que tuviera visión directa con la atalaya de vigilancia, consulté el reloj; eran las 17:51. Tenía treinta y cuatro minutos para encontrar el sitio perfecto. Las gotas de sudor me resbalaban por la frente y me entraban en los ojos, me escocía y pensé en el cachondeo que tuve con Rubi por haberse puesto una cinta por encima de la frente, a lo Rambo, y por la que hubiera dado cualquier cosa en ese momento. Encontré visión, pero estaba en algún lugar algo más bajo que el resto del terreno y tan solo veía la parte superior de la cristalera que protegía al vigilante, lo que me limitaba muchísimo las opciones de disparo. Me iba desplazando poco a poco reptando por el suelo cuando comenzó a llover, cada vez más y más. Había muy poca visibilidad y ya no solo eran gotas de sudor las que caían de mi cabeza. Aún era de día, pero el sol ya se había escondido hacía rato por culpa de los nubarrones negros que lo cubrían todo, lo que provocaba que fuera mucho más difícil tener una visión clara de mi objetivo.

Llegué hasta un lugar en el que el terreno estaba levemente más elevado, detrás de un pino bordeado de helechos, muy cerca y paralelo al camino de tierra que llegaba recto hasta la misma esquina del muro sobre la que estaba asentada la torreta de vigilancia.

Con la mira entre la maleza veía perfectamente al funcionario. Lo veía de cuerpo entero ya que la cristalera, de unos tres metros de alto, rodeaba la parte más alta de la torre. El hombre estaba de espaldas a mí.

Eran las 18:09, ya había empezado el horario de visitas y faltaban seis minutos para que se formase el falso motín. El vigilante estaba, aproximadamente, a unos sesenta metros de distancia y unos doce de altura. Lo tenía tiro.

Yo apuntaba a su cabeza, pero la lluvia hacía de aquella una visión borrosa. Consulté el reloj una vez más; faltaban dos minutos para el motín. Traté de tranquilizarme, pero en mi cabeza explotaban miles de pensamientos a la vez. Aquello no estaba bien. Aquel hombre no era más que un funcionario, un miembro del partido fascista, o alguien del bando nacional que no tenía culpa

ninguna. Pero iba a morir, y yo lo tenía que eliminar sin ser una amenaza directa, sin estar apuntándome con una pistola y, además, lo mataría por la espalda, ya que casi siempre estaba mirando hacia el interior del recinto. El chico era tan joven como Rubi y eso me hacía pensar en toda la vida que tenía por delante y que yo se la iba arrebatarse. Pero teníamos que liberar a los máximos compañeros posibles, ellos tampoco tenían culpa ninguna de estar allí, la mayoría eran como Sara; ciudadanos de a pie a los que habían encerrado por el simple hecho de pertenecer a un partido, un sindicato o por pensar diferente a ellos. A Sara ni siquiera por eso, ella había sido apresada por haberla encontrado en el domicilio de un miembro de la armada, su padrino, contrario a las ideas del general García Santos, además de ser hija de uno de los fusilados en la purga de los mandos. Los miembros de la resistencia me lo habían confirmado el mismo día que llegué de vuelta a cabo Silleiro; el nombre de Francisco Souto –Paco-, estaba en la lista de los abatidos. Y sabíamos que a ella también la iban a fusilar, en la resistencia ya habían tenido noticias de asesinatos masivos tras las tapias de aquella cárcel. Era cuestión de tiempo que lo hicieran.

Enfrascado en aquellos pensamientos me sorprendió el sonido de las sirenas interiores de la prisión. Eran las 18:16 y el motín había comenzado. Faltaban nueve minutos para que yo matase a aquel hombre. Se exaltó, lo vi por la mira telescópica hablar por el pequeño Walkie Talkie que tenía enganchado sobre su hombro, descolgó su fusil del pecho y lo cogió en posición de alerta.

Entonces sucedió algo con lo que no habíamos contado; los grandes focos alrededor de todo el perímetro se encendieron y el chico de la torre movía el suyo hacia todos lados. Menos mal que la mayor parte del tiempo iluminaba hacia dentro de la prisión, donde estaba sucediendo el motín. Si lo movía en mi dirección y lo dejase así, no podría dispararle.

Yo no tenía por qué ver a cada rato la hora en el reloj de mi muñeca derecha, ya que tenía puesta la alarma para que sonase a la hora en que tenía que disparar, pero era imposible no hacerlo. Y lo hice hasta las 18:23, en que ya no volví a verlo más, solo quedaban dos minutos y me concentré en la cabeza de aquel tipo. Pero me costaba hacerlo, me costaba verlo entre la lluvia, los nervios, el frío y el potente foco cada vez que pasaba sobre mí. Además, mis manos comenzaron a temblar con pequeños impulsos involuntarios. Tenía el estómago revuelto y sentía una necesidad inminente de vomitar, sentía náuseas de saber que iba a matar a aquel chico a sangre fría,

pero traté de pensar en otra cosa. Decidí apuntarle al centro de la espalda para no errar el tiro, así sería más fácil acertar entre todos aquellos inconvenientes. Me sentía cobarde, sucio, desgraciado y mala persona por hacer lo que estaba a punto de hacer. Me odié a mí mismo. Pero tenía que hacerlo; lo que allí estaba en juego era la vida de Sara o la de un desconocido.

Entonces se giró y con él el foco, se colgó otra vez el fusil al cuello y sacó unos prismáticos. El reloj tendría que estar a punto de sonar, pero no lo hacía. Me pareció escuchar un disparo, pero no sabía si había sido dentro o fuera del recinto, ya que a pesar de que nosotros afuera teníamos silenciadores, eran caseros y algo se escucharían. Pero había mucho jaleo, los presos empezaron a gritar, cada vez más a medida que se iban enterando de lo que estaba pasando allí dentro.

Yo seguía con el ojo en la mira y aquel vigilante enfiló los prismáticos en mi dirección. Quizás vio algo detrás de mí que yo no veía, igual descubrió a algún compañero moverse tras de mí, pero no lo sabía. Como tampoco sabía con certeza si yo estaba totalmente cubierto por los matorrales y los helechos tras los que me escondía, pero lo que sí sabía era que el cañón de mi fusil sobresalía unos centímetros por fuera. Aunque era prácticamente imposible que lo lograra distinguir a esa distancia. Volvió a soltar los prismáticos para apuntar con su fusil en mi dirección y movió otra vez el foco. Yo quería disparar ya, lo tenía a tiro, perfectamente alineado. Él también tenía una mira en su fusil así que quizás me estaba viendo. Quizás le había puesto en alerta algún destello o algún sonido, no lo sé, pero parecía que me fuera a disparar en cualquier momento. El miedo, sumado a la impaciencia, me estaban superando. Estaba a punto de disparar antes de que sonase la alarma, tenía que hacerlo. Definitivamente me estaba apuntando a mí. No sé por qué lo supe, pero lo vi en sus ojos, a pesar de que a veces no lo conseguía ver bien, el foco me deslumbraba. Solo cuando lo movía levemente adivinaba su silueta. Yo iba a disparar, lo había decidido. Lo haría. Tenía miedo de joderlo todo disparándole antes de tiempo, pero tenía claro que lo iba a hacer. Ya no podía quitar la vista de la mira para consultar el reloj, así que contaría hasta tres mentalmente para; aguantar la respiración, sostener con fuerza el fusil y apretar suavemente el gatillo cuando mi cuenta regresiva llegase al cero.

«Tres...», sostuve la respiración.

«Dos...», apreté con fuerza el fusil sintiendo cada parte que tocaba en mi mejilla, mis manos y mi hombro.

«¡Uno...!», y con el primer pitido de mi reloj, disparé. Justo a tiempo.

Un segundo después escuché los demás disparos que, pese a los silenciadores, se distinguieron entre la lluvia perfectamente.

El cristal de la torre de vigilancia estalló en un estruendo junto con mi disparo. Vi al chico caer y, acto seguido, vomité de lado, en la misma posición en la que me encontraba sin que me diera tiempo a incorporarme. No podía hacerlo. Tenía que comprobar que aquel chico estaba muerto.

Le había dado en la zona izquierda de su pecho haciéndole caer hacia atrás y al hacerlo, movió el foco hacia el cielo. Yo tenía órdenes de aguantar en mi posición hasta que mis compañeros salieran del escondite, me adelantaran corriendo por el camino de tierra, colocaran la escalera y comenzase a subir el penúltimo de mi grupo. Entonces subiría yo. Los fui contando con el rabillo del ojo, que debería de tener cerrado, pero era la única manera de hacerlo. Alguno de mis compañeros al pasar corriendo me preguntó si le había dado, respondí que sí sin apartar la vista de la mira y observando cualquier movimiento que hubiera en la atalaya.

Habían pasado quince compañeros corriendo por mi lado cuando vi como el vigilante se volvía a levantar. No le dio tiempo ni a erguirse del todo. Instintivamente disparé otra vez apuntando a su pecho de nuevo, pero le di en el centro del cuello. Aquel disparo había sido mortal de necesidad.

Entrar en el recinto fue más fácil de lo que se suponía que iba a ser. Bajé del torreón en último lugar, y aguardaba ansioso detrás de mis compañeros para poder subir otra vez por la escalera para pasar el segundo muro, que rodeaba el perímetro paralelo al primero, pero este era de menor altura. Mientras aguantaba la escalera escuché el sonido de un helicóptero. Por supuesto, había llegado antes que el resto de la tropa santista. Aquello era señal de que ya faltaba poco para que se nos echaran encima.

Desde el helicóptero, que también alumbraba con otro intenso foco, comenzaron a disparar, pero no en nuestra zona sino en la parte norte de la prisión.

Cuando estábamos entrando en el edificio ya escuchamos una turba de disparos y detonaciones hacia el norte, nuestros compañeros no lo estaban teniendo tan sencillo como nosotros. El resto de los camaradas de mi escuadrón se dirigieron al patio exterior de mujeres para ir sacando a las que se encontraban allí, y yo me dirigí a la izquierda para encontrar la galería de Sara, pero el fusil pesaba lo suyo y me impedía correr con agilidad, así que di media vuelta y se lo entregué a la primera compañera que me crucé.

Al hacerlo, vi que Rubi le decía algo a Violeta, se dieron un beso y me

siguió.

—Pensabas que te ibas a librar de mí, ¿eh? —me dijo Rubi sonriendo, dándome un golpe en la espalda. Empapado y aún con la cinta en la cabeza.

—Venga, Rambo. Tira —respondí dándole una colleja, mientras avanzábamos por un corredor estrecho.

—La puta leyenda de Álex el rojo, ha vuelto. ¡Joder, vaya dos tiros, colega! —volvió a sonreír mientras empuñaba su fusil de espaldas a la pared, frente a mí, en un cruce de pasillos en el que nos detuvimos.

—Calla, mamón. Por cierto, ya me contarás lo de Violeta —le dije mientras le hacía un gesto con la mano para que me siguiera por la izquierda. Y echamos a correr por el pasillo hasta llegar a otra esquina.

Allí solo había puertas de almacenes cerradas.

—Mola, ¿eh? Me puto flipa esa tía —dijo Rubi, mientras se volvía a apoyar contra la pared en la siguiente esquina.

—Joder, con el lenguaje *millenial*. Habla bien, coño, ¡que no cuesta un *carallo*! Me gusta Violeta —contesté haciéndole un gesto de aprobación con la cabeza.

—Pues yo la vi antes, así que te jodes.

Corrimos por aquella caterva de pasillos sin final, habíamos pasado por almacenes, la cocina, el comedor, gimnasio, lavandería y una infinidad de puertas cerradas. Luego dimos a un pasillo más largo y ancho que los anteriores que llegaba a una especie de cruce como si fuera a dar a un patio interior, con el techo mucho más alto y extendiéndose a derecha e izquierda. Hasta ese cruce se llegaba accediendo por una puerta enrejada que estaba abierta, luego había dos metros más de pasillo y ya estabas en el cruce frente a aquel patio. En aquella extensión del pasillo, después de la puerta enrejada, nos detuvimos a pensar. Frente a nosotros y al otro lado del patio había otra puerta semejante pero cerrada, al otro lado de las rejas se adivinaba la galería para mujeres A2, donde se suponía que se encontraba recluida Sara y las demás presas del régimen santista. Pegado a la pared izquierda del pasillo, asomé la cabeza al mismo tiempo que Rubi lo hacía por el derecho, pero la volví a meter en cuanto sentí los disparos que desconcharon la esquina de la pared pegada a mi cara y me había parecido ver una sala acristalada donde había varios hombres con el uniforme azul de los guardias, pero no me había dado tiempo a contar cuantos eran. No me hizo falta, nos lo chivaron desde algún lugar dentro de la galería de mujeres. Del otro lado Rubi no había visto nada ni nadie, solo otro pasillo más con otra de esas puertas con rejas anchas.

Las presas de aquella galería, de la que solo podíamos divisar las puertas de las celdas de la planta inferior desde donde asomaban sus brazos sosteniendo pequeños espejos, nos comenzaron a alentar para que los matásemos a todos y que las sacáramos de allí. Daban gritos, insultos, silbidos y cacerolazos.

—¡Son cuatro! —nos alertó una de ellas— ¡Dos dentro y dos fuera!

Comenzamos a disparar sin ver. Rubi con el fusil y yo con la semi automática. Pero no estábamos dando en el blanco, porque la oleada de sus balazos seguía salpicando las paredes que nos protegían. Me acosté en el suelo, tenía que sacar la cabeza para saber hacia dónde apuntar. Fue un solo instante, mínimo, pero el suficiente para ver bien que dos de ellos se acercaban a nuestra posición pegados a la pared, estaban a menos de tres metros y avanzando juntos, saqué la pistola pegada al suelo la incliné hacia arriba y vacié el cargador sin mirar. Disparé los nueve tiros que me quedaban en pocos segundos. Escuché cómo caían al suelo, y las presas comenzaron a gritar entusiasmadas y profiriendo más insultos hacia los guardias.

—¡Solo quedan dos dentro del control! —gritó otra de las presas— ¡Podéis salir! ¡¡Salid!!

Les hicimos caso sin pensarlo. Salimos corriendo y yo me agaché para coger la pistola de uno de los guardias para guardarla en mi espalda, mientras ponía el otro cargador entero en la mía. Los otros dos hombres permanecían dentro de, lo que parecía, una sala de control semi circular. Disparamos al cristal, pero estaba blindado. No había nada que hacer. Y no podíamos acceder a la galería de presas sin entrar en aquella sala acristalada y abrir las puertas. Miré el reloj, eran las 18:45 y supuse que el ejército santista habría llegado o llegaría en cualquier momento. No teníamos nada más que poder hacer allí.

—Hay que darse prisa, Álex. ¡Los Garcíers están al puto caer! —pronunció Rubi.

Tratamos de pensar lo más rápido que pudimos, pero no había más opciones que tratar de escapar de allí.

La puerta acristalada no se podía abrir sin la tarjeta de identificación magnética así que estábamos jodidos.

Se nos ocurrió volver sobre nuestros pasos para encontrar a alguno de los funcionarios infiltrados que nos pudieran abrir aquella puerta. Las chicas seguían gritando cosas qué, entre tanto jaleo y las sirenas, no lográbamos comprender, y sus voces rebotaban en las paredes de aquella galería incrementando la confusión.

Lo único que podíamos hacer era escapar de allí. Estábamos tan cerca de Sara y nos había costado tanto haber llegado hasta allí, que yo seguía dudando, pero era la única solución. Nos teníamos que ir. Para cuando tratamos de hacerlo, la puerta enrejada por la que habíamos accedido allí ya estaba cerrada. Los guardias de dentro de la sala de control se mofaban de nosotros. Habían cerrado las puertas de acceso de los tres pasillos. Estábamos atrapados. Era el fin.

Rubi se dejó caer al suelo apoyando su espalda contra la pared, siendo consciente de que no teníamos escapatoria posible. Los militares llegarían de un momento a otro y nos matarían allí mismo. Yo lo imité y me senté a su lado.

—Se acabó —me dijo Rubi, resignado— No quiero morir aquí, ¡¡Joder!!— gritó dando un golpe contra la pared— ¡Ahora no, coño!

Lo miré y le di unas palmadas en la pierna sin saber qué decir. Estábamos totalmente agotados y rendidos. Mientras las chicas seguían gritando, pidiéndonos que las sacásemos de allí. Ojalá lo pudiésemos hacer.

Me levanté y me acerqué a las rejas que nos separaban de la galería de mujeres. Les grité que por favor guardasen silencio, tenía que decirles algo. Algunas me hicieron caso y volví a levantar la voz.

—¿Sara?! ¿Alguien conoce a Sara Souto? ¡¡Sara!!

—Sí. ¡Sara! ¡¡Sara!! —Se fueron repitiendo unas a otras hasta que las voces se iban haciendo más pequeñas hacia el fondo de la galería.

—¡Soy yo! —contestó una voz minúscula desde lo más lejano.

—Sara, soy yo. Alex —grité llorando. Tratando de tragar saliva para que las palabras no se ahogasen en mi garganta—. Soy yo —repetí.

—¿Alex? ¿Tito?

—Sí, ¡Síiiii! Soy Tito. Te voy a sacar de aquí, ¿vale? No sé cómo, pero lo vamos a conseguir.

Ella volvió a decir algo, pero el resto de las presas empezaron a decir cosas al unísono y no me dejaron seguir escuchándola. Le volví a gritar que estuviera tranquila, pero no creo que lograra escucharme ya. Todas gritaban palabras sin sentido; ropa, humo, chaqueta, guardia, azul, policía, puerta. Eran las palabras que lograba comprender entre todas las que me decían. Entonces caí en la cuenta; la ropa de los guardias caídos. ¡Claro! Era la única opción. Vestirnos con la ropa de los guardias abatidos, ponerles a ellos la ropa nuestra y cuando llegase el ejército podríamos escapar haciéndonos pasar por ellos. Y lo comenzamos a hacer.

Nos quitamos la ropa a toda prisa. Ya escuchábamos jaleo acercándose.

Los militares estaban llegando a nuestra zona. Los desnudamos y nos pusimos las suyas. Sentimos un olor a quemado, y vimos un humo negro que se adentraba pegado al techo del largo pasillo central. No nos dio tiempo a vestir por completo a los dos muertos con nuestras ropas, uno quedó en camiseta de manga corta blanca, aunque completamente manchada de sangre, pero le pusimos el fusil de Rubi sobre el pecho. Al otro casi lo vestimos por completo, a falta de las zapatillas de deporte mías. Rubi le estaba colocando una de ellas cuando escuchamos a los militares llegar por el pasillo central hasta la puerta enrejada.

—¡Mierda, Ponyboy! ¡Los otros dos! —exclamé en alto.

No nos habíamos acordado de los dos guardias que permanecían dentro de la sala de control. ¿Cómo íbamos a hacerles callar para que no nos delatasen?

Las chicas comenzaron a gritar otra vez.

—¡Las tarjetas! ¡Las tarjetas!

Que imbéciles éramos. Los dos guardias que habíamos matado tenían tarjetas de acceso a la sala de control colgadas de las solapas de sus chaquetas, que ahora teníamos nosotros puestas. Las puertas enrejadas de acceso a los pasillos comenzaron a abrirse y por el pasillo central lanzaron un bote de humo al patio interior, por el que resplandecían varias luces rojas de láser. Podíamos haber tratado de escapar por alguno de los otros dos pasillos, pero no hubo tiempo para pensar. No había nada que pensar.

Pasé la tarjeta por el lector de acceso a la sala de control y en cuanto la puerta se abrió comenzó el intercambio de disparos. No fui consciente de la bala que me había atravesado hasta mucho más tarde, tan solo sentí la quemazón y un golpe que me tiró hacia atrás, pero continué disparando. Los militares ya estaban entrando en el patio interior, soltaron otro bote de humo más mientras nosotros escondíamos los cuerpos de los dos guardias que acabábamos de abatir; uno bajo la mesa de control que tapamos poniendo la silla delante y una papelerera, y el otro en la misma esquina tras la puerta de acceso, debajo de un perchero con varios abrigos colgados. Ese último estaba a la vista, pero no tuvimos tiempo de ocultarlo con nada más. Estábamos sudando y extenuados. No pudimos planear nada. Todo fue improvisado.

Cerramos la puerta del control, tratamos de coger aire y respirar profundo. Yo tenía el arma en la mano, la apretaba con fuerza dispuesto a morir matando. En cuanto nos ordenasen abrir la puerta comenzaríamos a disparar otra vez, porque si los militares entraban, verían los cuerpos de los otros dos guardias abatidos dentro de la sala de control. Rubi no estaba de acuerdo, pero no nos

dio tiempo a debatirlo. Al recolocarme la gorra de plato me di cuenta de que tenía las manos cubiertas de sangre, sobre todo la izquierda, me eché un vistazo de arriba abajo pero no descubrí herida alguna, solo me di cuenta de que las botas que le había quitado al guardia las tenía desatadas.

Las sombras de los soldados fueron apareciendo entre la densidad del humo blanco que se había comenzado a mezclar con el negro que venía del pasillo central. Eran ocho y se dividieron en dos grupos; cuatro continuaron hacia el corredor de la derecha del patio y los otros se dirigieron hacia nosotros.

Ni siquiera trataron de entrar o de preguntarnos nada. Dos de ellos se agacharon para comprobar que los supuestos asaltantes estaban ya muertos, y los otros dos se acercaron a la puerta que daba a la galería de presas para comprobar que permanecían cerradas, uno de ellos se volvió hacia nosotros y se acercó al cristal, hizo un gesto con la mano de que todo estaba OK, y que permaneciéramos allí. Rubi, sin decirme nada, se acercó al cristal y les hizo un gesto señalándoles el pasillo por el que se habían ido sus compañeros, el de la derecha.

—¡Cuatro! —les gritó, marcando el número con los dedos—. ¡Son cuatro! ¡Se fueron por allí! —les dijo señalando el mismo pasillo por el que se habían ido sus compañeros.

Los militares hablaron entre ellos, se dieron la vuelta y desaparecieron. Rubi sonrió y, entre dientes, continuó.

—¡Hasta *luegui*, hijos de *putaaa*!

Probamos todos los botones posibles que había en un tablero encima de la mesa; apagamos luces, encendimos sirenas rojas, alarmas, apagamos pantallas. Hasta que Rubi, más ducho en ordenadores que yo, se sentó delante del monitor y buceó en el programa que estaba abierto, hasta que dio con la puerta de acceso a la galería A2 y fue abriendo, una por una, todas las puertas de las cuarenta y ocho celdas. Las mujeres bajaron en tropel gritando excitadas y sin pensárselo dos veces salieron por el pasillo del medio. Sara fue de las últimas en bajar. No me lo podía creer. Al principio no la reconocí, pero ella a mí sí. Tenía el pelo rapado al cero, la cara con signos de haber sido golpeada y delgada, muy delgada. Uno de los ojos lo tenía tan hinchado que apenas lo podía mantener abierto. Pero al fin estábamos juntos. Saltó y se colgó de mi cuello llorando y besándome. No teníamos tiempo para detenernos a darnos explicaciones así que la cogí de la mano y salimos corriendo.

La sangre seguía resbalando por dentro de mi chaqueta empapándome la

mano, pero supuse que aún sería de la sangre de los guardias muertos.

Llegamos a la zona del comedor. Nosotros tres nos habíamos quedado algo rezagados con respecto a las presas que salieran delante nuestro. Cuanto más avanzábamos el humo se hacía más intenso, no sabíamos qué camino debíamos de tomar para salir de allí y Sara tampoco era capaz de distinguirlo bien. Hasta que llegamos a la lavandería y escuchamos más disparos. Por allí no se podía pasar, el fuego lo estaba consumiendo todo y apenas se podía respirar. Dimos marcha atrás para volver a atravesar el comedor y nos encontramos de frente con dos soldados santistas. Sin pensarlo y mientras intercambiábamos disparos, nos metimos por una puerta a la derecha. Era una estancia grande que parecía una especie de sala de reuniones. Había varias mesas, sillas y una pantalla de proyector en la pared. Tiramos varias de las mesas al suelo y nos parapetamos tras ellas. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba herido, a duras penas podía levantar el brazo, pero no les dije nada.

Parecía que la pistola se me había encasquillado, pero no, no era eso, era que ya no me quedaban balas en el cargador y no tenía ninguno más allí. Eché la mano a mi espalda para sacar la pistola que le había quitado a un guardia, pero no la encontré, me habría caído en algún momento. Quizás cuando me cambié de ropa. Rubi comprobó su cargador y le quedaban dos balas. Entraron sin dudar y disparando en todas direcciones, tiré de Sara hacia la puerta del otro lado de la sala para salir agachándonos y Rubi disparó dos veces. Salimos a otro pasillo con varias puertas, donde al fondo, también se veía fuego. Abrimos la primera puerta que encontramos abierta y entramos en un almacén pequeño, como un armario grande; un cuartucho donde guardaban los materiales de limpieza.

—Le di a uno —dijo Rubi.

Sentimos al otro soldado acercarse. Guardamos un silencio absoluto. Pero Sara comenzó a respirar con más agitación, estábamos en un lugar claustrofóbico, sobre todo para una persona que tuviera esa fobia como era Sara, y aquello era tan estrecho como un ascensor. La tranquilicé haciéndole un gesto para que respirara despacio. El humo entraba cada vez más por debajo de la puerta, no podríamos resistir mucho más allí y no teníamos balas para abatirlo.

Tendríamos que salir y tirarnos encima de él para quitarle el arma y escapar, con los tres no iba a poder, aunque yo no tenía el brazo para pelear, ni mucho menos. El humo nos estaba ahogando cuando a Sara, en medio de un inminente ataque de pánico, se le ocurrió algo magnífico. Rudimentario, pero

eficiente. Le dio a Rubi un bote de insecticida verde que ponía *Yuki Matón* y que aún conservaba la etiqueta naranja con el precio, 3'20 €, me pidió el Zippo y se lo entregó. Ella cogió el palo de una escoba y a mí me dio un cuchillo que tenía Rubi en el cinturón. Parecíamos los vengadores en versión chapucero, esperando al momento adecuado con nuestras armas en alto.

Esperamos hasta sentir que los pasos del soldado pasaran por delante de la puerta; si la abría estábamos perdidos. Pasó. Sara la abrió de una patada para que Rubi tuviera las manos libres y activar el lanzallamas casero, yo salí el tercero cuando Rubi ya estaba quemándole la cabeza. El soldado disparó hacia todos lados, pero no nos acertó. Soltó el fusil para echarse las manos a la cabeza ardiendo, mientras daba vueltas girando sobre su propio eje emitiendo unos alaridos desgarradores. A Rubi se le cayó el Zippo, por lo que dejó de achicharrarlo. El soldado, en ese momento, sin poder ver nada y de espaldas a nosotros, echó mano a su cintura y sacó su arma. Antes de que pudiera disparar de nuevo, me abalancé sobre él saltando sobre su espalda y le clavé el cuchillo en el cuello y pecho tantas veces como pude, hasta que se desplomó.

—¡Joder! —exclamó Rubi— ¡Daga y triángulo! ¡Me cago en la puta con el *Matazombies!*

Avanzamos corriendo, pero a los pocos metros me detuve y di la vuelta. Mi Zippo era importante. Había sido un regalo de mi padre y no quería dejármelo allí.

Luego llegamos a una sala de televisión en la que Sara pudo orientarse y nos indicó el camino.

El fuego cubría las paredes, mobiliario y el techo. Pero no teníamos otro sitio por el que poder escapar de allí. Al otro lado de la habitación había una puerta que a penas podíamos distinguir, pero era la única salida posible. Tendríamos que salir por el mismo lugar que habíamos entrado. Llegaríamos al primer muro, subiríamos la escalera, luego ascenderíamos al torreón y volveríamos a bajar el último muro, de nuevo, con la ayuda de la escalera. Eso si conseguimos atravesar aquella habitación en llamas y si ningún otro compañero hubiera usado la escalera antes que nosotros para escapar de allí.

Por suerte, sin más contratiempos que un trozo del falso techo que se nos cayó encima y el poco oxígeno en nuestros pulmones, conseguimos llegar al bosque.

Todo el camino de vuelta a la base lo pasó durmiendo. Rubi conducía el

todoterreno, y ella acostada con la cabeza sobre mis piernas en el asiento de atrás. No tenía ninguna herida de gravedad, tan solo algunos rasguños, el pelo algo quemado y el golpe de la cabeza de la caída del falso techo, aunque permanecía en estado de shock. Entonces me di cuenta de que se había cortado el pelo. Lo llevaba por los hombros y había recuperado su tono negro azabache natural.

Aquella imagen me recordaba mucho a la que había vivido con la madre de Jimena en Portugal, cuando íbamos camino de un hospital, pero estaba bastante, su vida no corría peligro.

Violeta iba sentada en el asiento del copiloto. Ella había conseguido salir por la puerta principal antes de que llegasen los soldados y nos había esperado en el bosque cerca del Jeep. Había sido ella la que me hiciera un vendaje en el hombro y alrededor del pecho al llegar allí. Por suerte, la bala me había penetrado por la parte superior izquierda del tórax, cerca del hombro y había salido por debajo de la axila. Parecía que había dejado de sangrar.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —le pregunté a Sara repetidas veces, mientras comprobaba si tenía alguna herida a la vista.

—Sí, sí. Bien —acertó a contestar con la mirada perdida.

—Ahora descansa, venga. Que aún hay un buen trecho hasta la base, intenta descansar.

No creo que me escuchase nada de lo que le estaba preguntando, incluso creo que ella no era consciente de todo lo que acababa de suceder; ni donde estaba, ni con quién. Había sucedido todo muy rápido.

Rubi se inclinó hacia la guantera del coche sin apartar la vista de la carretera, la abrió palpando, tratando de encontrar algo en su interior y echó la mano hacia atrás ofreciéndome algo que había sacado.

—Toma, supongo que lo echarías en falta. Venga, descansa tú también —dijo guiñándome el ojo a través del espejo retrovisor— Y ponte a Bon Jovi o esas mierdas que escuchas ahí.

Era mi teléfono móvil junto con los inconfundibles auriculares blancos reparados por todas partes con trocitos de cinta americana gris.

Cuando bajé la vista, ella ya estaba durmiendo. Supuse que los efectos de soltar tanta adrenalina habían hecho mella y cayó rendida en un sueño profundo. No me podía creer que hubiéramos salido con vida de aquel infierno. Me enchufé los cascos, abrí el reproductor de música y sentí la necesidad de escuchar la poderosa voz de Paolo Nutini.

*We are proud individuals living on the city.
But the flames couldn't go much higher*^[72]...

Llovía de manera torrencial, tanto que apenas se distinguía la carretera. Estaba totalmente derrotado de cansancio, golpeado, sin aliento, tratando de volver a limpiar mis pulmones de tanto humo que había entrado en mi cuerpo, con quemaduras en las manos y las suelas de las botas medio derretidas. Estaba feliz, inmensamente feliz. Pero pensando en la mierda de sociedad que habíamos dejado crecer, hasta llegar al punto de que a alguien se le ocurrió la maravillosa idea de que miles de personas murieran quemadas entre rejas, ante la amenaza de que pudieran escapar de una cárcel donde más de la mitad de los presos no habían tenido, ni siquiera, la oportunidad de defenderse de las acusaciones que los había llevado hasta allí injustamente. Estaba enfadado con el mundo, tratando de comprender cómo personas aparentemente normales; con hijos, madres, padres y amigos, podían permitir que nuestro país continuase con aquella maldita guerra. Mi mente no comprendía cómo seres humanos con capacidad para amar, eligieran odiar.

Dejando que nos matásemos entre nosotros mismos, mientras ellos, los que habían provocado aquella barbarie, seguían instigando a sus súbditos desde un sillón en el exilio, bebiendo champagne en su mansión mientras se tocaban los cojones o volvían al calor de una chimenea después de haber estado esquiando en una montaña privada en Suiza.

Me costaba entender aquello, y también me costaba entender cómo ningún país de Europa había entrado en tropel por los pirineos para traer la paz e instaurar de nuevo una república que habíamos decidido democráticamente.

*...To rise over love, and over hate.
Through this iron sky...*^[73]

Había llegado a mi límite, estaba decidido a no continuar siendo partícipe de aquella sanguinaria crueldad. Incluso yo mismo me había convertido en algo que no quería ser. En cuanto pudiésemos nos iríamos del país. Cruzaríamos el Miño hasta Portugal y buscaríamos la forma de irnos a cualquier lugar lo más lejano posible y poder vivir en paz.

Mi objetivo principal ahora era poder darle a Sara, a Jimena y a Keira un futuro tranquilo, como el pasado del que yo había disfrutado hasta hacía tan solo unos meses. Aún no sabía si Sara quería formar parte de mi vida, pero de

no ser así, yo lo haría con Jimena de igual manera. Pero por fin estaba tranquilo, y orgulloso de haber conseguido encontrar a Sara.

En ese momento volví con mi mente al coche, al pelo de Sara que acariciaba sobre mis piernas. En el preciso instante en el que, en la canción de Nutini, sonaba el maravilloso discurso de Charles Chaplin en la película *El gran dictador*.

*«To those who can hear me I say: do not despair (...)
You, the people, have the power to make
this life free and beautiful.
To make this life a wonderful adventure
Let us use that power!
Let us all unite! ».*[\[74\]](#)

En algún momento, más tarde, también yo caí rendido.

17. El Error

Cabo Silleiro, 18 de marzo de 2018

Cuando llegamos a nuestro destino, con el silencio y la tranquilidad del motor del coche apagado, nos despertamos. Le expliqué qué era ese sitio y dónde se encontraba, a lo que ella no reaccionó de ninguna manera más que abrazarme y pegar su cara contra mi pecho; todavía permanecía en estado de shock. Luego se llevaría la mayor sorpresa de su vida.

Yo sabía que el verme a mí ya había sido algo grande, pero con quien iba a encontrarse ahora no solo le iba a levantar el ánimo sino el alma entera.

La vio nada más entrar y Keira a ella. Bastó un solo segundo para que empezasen a correr la una hacia la otra. Su hija de cuatro patitas estaba bien. Por fin había recuperado al amor de su vida. Se me saltaron las lágrimas al verlas juntas de nuevo.

Después de un buen rato bajamos a ducharnos y Sara se vistió con ropa que le dejó Violeta. Luego, ya algo más calmados todos, nos sentamos alrededor de la fogata en uno de los edificios principales y que usábamos como sala de reuniones cuando llovía; con las columnas desconchadas, repleto de pintadas y totalmente abierto, en una habitación sin paredes por el lateral que daba al pequeño patio de armas. Mientras iban llegando los demás compañeros que habían participado en el rescate y habían sobrevivido, fuimos explicando todo lo que nos había pasado a los que se habían quedado en la base.

Hicimos un recuento; sacamos a 63 personas con vida de allí y de los nuestros volvimos alguno más de la mitad. No supimos valorar aquello como un éxito o un fracaso. Al capitán Moreiras lo habían sacado malherido, pero no aguantó mucho y falleciera en el coche de camino a la base.

Allí, en aquel edificio en ruinas donde nos reuníamos todos cada noche, frente a la entrada de los túneles para repasar con detalle las tareas asignadas a cada uno de nosotros para el día siguiente, decidimos quién estaría al mando a partir de entonces.

Había que hacerlo cuanto antes.

Después de una primera tanda de votos a mano alzada, la mayoría me eligieron a mí, pero no acepté. No lo pensé ni un instante. Yo no quería seguir con aquello. Lo que quería era salir de allí y tratar de poner a mis hijas y a Sara a salvo. Todos lo entendieron y elegimos al segundo más votado que fue Breogán; el que verdaderamente era el segundo de abordó. Yo solo seguía siendo alguien que tenía una fama nada merecida y, además, acababa de llegar allí otra vez para irme de nuevo.

Hasta entonces, allí habían vivido bien, pero les dije que no se confiaran y mucho menos después de lo que acabábamos de hacer. Les aconsejé que se disolvieran durante un tiempo, aunque se volvieran a juntar unas semanas más tarde donde quisieran, pero no los convencí. Querían seguir luchando, resistiendo y esperando a que las tropas republicanas volvieran al ataque para recuperar el noroeste del país, el que parecía que la república había abandonado por completo centrándose en salvar las zonas mediterráneas.

Durante el debate veía que Sara y Keira no dejaban de darse besos la una a la otra. Hacía meses que no se veían y Sara continuaba en un estado de ensoñación, cada vez que la miraba a ella o me miraba a mí, se echaba a llorar. Y yo no me podía creer que estuviese allí conmigo. Jimena, en aquel momento, estaba con otros niños en la galería de túneles; en una especie de guardería para entretenerlos mientras se realizaba alguna de las misiones.

—La última vez que te vi fue en Pontevedra y os alejabais a toda prisa con el coche. Tú ibas al volante, zigzagueabas entre la gente y los militares. Corrí detrás vuestro y grité tu nombre, pero no me oísteis. Keira sí lo hizo, o me intuyó, no lo sé, pero la vi asomarse a la luneta trasera. No fui capaz de alcanzaros Sara, lo siento —le dije, con las lágrimas asomando a los ojos—. Me empezabais a sacar distancia cuando creí que os deteníais más tiempo en la rotonda previa a la plaza de toros, cuando os dieron el alto los militares. Me paré un instante a tomar aliento entre la multitud. No podía más. Entre el humo de los coches ardiendo, la gente corriendo en todas direcciones, los gases lacrimógenos, los disparos..., no podía respirar y a penas conseguía ver con claridad. Escuché un estruendo enorme y de manera involuntaria me agaché echando las manos a la cabeza, al levantar la vista hacia el coche vi como la cruz de piedra de la alameda caía hacia donde estabais vosotros, supuse que os había caído encima. Iba a empezar a correr hacia allí, pero vi que salíais a toda prisa y os disparaban al coche. Después caí inconsciente. Al abrir los ojos no sabía ni dónde estaba ni qué me había pasado.

—¡Ese fue el día sin datos! —exclamó asombrada— ¡Cuando fuimos a casa de mi abuela a la aldea, para que mi padre se escondiera de los golpistas! ¿Conseguiste llegar a Pontevedra? ¿Cómo lo hiciste? Y luego, llegaste allí, ¿no?, a la aldea. Volví un mes y algo después, cuando me escapé de Pasarón. Fui con mi primo Javi a casa de la abuela y ya no estaba Keira allí, y a la abuela la enterrasteis detrás. Sabía que habías sido tú, lo sabía. —respondió Sara sorprendida, se acercó a mí y me cogió las manos— Mi padre, Álex, mi pobre padre.

Antes de contarle cómo llegué a Pontevedra, cómo me desperté en casa de unos desconocidos, cómo vivimos la resistencia de Vigo, cómo se había forjado mi vergonzosa y errónea leyenda y cómo había recuperado a Keira, bajé los túneles hasta donde se encontraba Jimena.

Me abrazó como si no me hubiera visto en semanas y tan solo habían pasado unas horas. Estaba acabando un puzle y, al verme con el brazo en cabestrillo y las manos vendadas, me echó la bronca por haber dejado que me disparasen.

—¿No te dije que te harías daño? No vayas a que te peguen más, ¿eh? —me advirtió, mientras se acercaba para abrazarme y darme un beso.

Aquella niña era fantástica.

La llevé hasta los dormitorios y la dejé durmiendo con Peca a su lado. Luego Sara, Chuchi y yo, nos alejamos de la fogata donde quedaban los demás miembros de la guerrilla para poder estar un rato a solas. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y teníamos que ponernos al día. Descendimos los quinientos metros de monte que nos separaban del faro, por el camino que habíamos abierto entre la maleza, paralelo a la carretera del sur, donde solo había cuatro compañeros vigilantes; dos en la parte más alta del faro y los otros dos en edificio principal. Subimos hasta arriba y le pedí a los compañeros, después de contarles lo que había pasado en Ourense, que nos dejaran un rato a solas para que Sara pudiera ver las vistas del océano en la noche y poder hablar con algo más de intimidad. Lo hicieron sin dudar, no éramos los primeros en pedirlo.

—Te he echado mucho de menos, Sara. No sabes cuánto —le dije, mientras nos abrazábamos una vez más.

En la vieja radio que tenían encendida los compañeros como única compañía en el faro de vigilancia, comenzó a sonar una versión en directo de la canción *Ven*, con la desgarradora voz de Camila Gallardo.

Es que hoy estoy cansada, es que hoy me siento débil...

—Y yo a ti, Álex. Mucho. No hacía más que pensar en ti y en Keira — Rompió a llorar de nuevo— No sé cómo ha pasado todo esto, no sé cómo están mis hermanos... Mi abuela, Álex, la mataron delante nuestro y... mi padre... a mi padre también. Nos llevaron presos al estadio de fútbol, a Pasarón. Había miles de personas allí. Un día se lo llevaron junto con una veintena más de personas, algunos eran sus antiguos compañeros de la escuela

naval de Marín, y no volvió. Apenas nos pudimos despedir y... nunca volvió. Un mes después, no se la fecha exacta, me escapé. Cuando hubo la gran fuga. No sé cómo ocurrió. De pronto todo el mundo echó a correr y yo seguí a la multitud. Comenzaron a disparar desde lo alto de las gradas y mataron a la mayoría, pero yo conseguí escapar. Luego fui directa a casa de mi primo Javi, no quise ir a la mía ni a la de mi padre, tenía miedo —hizo una pausa y continuó más tranquila—. Me contó que habían matado a mi padre en la purga de los mandos y yo no entendía el porqué. Mi padre llevaba años retirado, Álex, y no se metía en política, tú lo sabes. Al día siguiente fuimos a la aldea a por Keira y supe que habías sido tú el que se la había llevado. Es que lo supe nada más entrar y ver el cristal de la puerta roto. Allí fue donde se le ocurrió a Javi que me podía esconder en la isla, en el apartamento de mi padrino. Tenía miedo de que fueran a por mí por haberme escapado del estadio y por haberle visto la cara a los de la NUP que mataron a mi abuela. Mi primo venía por casa de vez en cuando a traerme comida ya que yo no me atrevía a salir, y un día me trajo uno de esos móviles amarillos. Quería llamarte, pero Javi me dijo que no lo hiciera. A todos los que lo usaban los acaban apresando. Días más tarde, pensando en cómo me podría comunicar contigo, se me ocurrió lo del Instagram.

...*Ven, recorre mi piel...*

Sara volvió a detener sus palabras. No era nada fácil recordar todo por lo que había pasado. Al recordar lo que vino después se echó a llorar, pero continuó hablando.

—Después de meses viviendo en la isla, una noche entraron buscando a mi padrino, que él sí que anda metido en *politiqueos*, y me sacaron de allí. Fue horroroso, pensé que me iban a matar. Cuando me dijeron que me llevaban detenida supe que tenía que dejar una nota a mi primo, les pedí que me dejaran un minuto para cambiarme el tampón e ir al baño y aproveché para escribir en el espejo. De mi padrino no sé nada, de Javi tampoco. Luego me llevaron a la cárcel de Ourense, me interrogaron y me pegaron; lo único que querían saber era dónde encontrar a mi padrino porque parece ser que es alguien importante dentro de la armada, y había sido de los pocos que habían escapado en la purga de los mandos, pero yo no tenía ni idea y no sabía cómo hacer para que dejaran de pegarme y gritarme..., fue horrible, Álex. Fue una pesadilla. Nunca lo he pasado tan mal en mi vida. Era como una película, no me creía que me

estuviera pasando eso a mí. Cuando ya creía que habían acabado, después de dejarme unas horas desnuda atada a una silla... volvieron. Pero no quiero recordarlo, Álex... —No pudo seguir hablando, solo me abrazaba fuerte y lloraba completamente derrumbada.

...Así que, ven, ven, ven...

—Tranquila, ¡eh! Ya está. Ya se acabó, ahora ya estamos los tres juntos. Estás a salvo, aquí no te va a pasar nada —le dije mientras cogía a chuchi en brazos, para abrazarnos los tres— Si estamos los tres juntos no nos va a pasar nada malo. Se que ahora lo ves todo negro, pero si permanecemos juntos no nos va a pasar nada. Se acabaron los problemas, ya verás. Encontraremos un sitio donde ir. Podemos ir a buscar a tu primo si quieres o podemos tratar de salir hacia Portugal. Conozco un sitio en el sur por donde cruzar la frontera, cerca de Tui, e incluso un contacto que nos puede ayudar una vez que crucemos el Miño. Luego ya buscaremos la forma de llegar a Londres con tus hermanos; un avión, un barco..., lo que sea.

...Hoy te vengo a pedir, te vengo a pedir...

—¿Seguro? Quiero ir con mis hermanos. Dime que todo va a ir bien, Álex, dímelo.

—Pues claro que todo va a ir bien, te lo prometo. Te encontré a ti, ¿no? Y a Keira.

—Os he echado mucho de menos, Álex.

Después de quedarnos un rato abrazados, nos volvimos a besar como hacía meses que no lo hacíamos. La pasión se desencadenó en un instante.

...Ven, dime que estará todo bien. Ven, recorre mi piel.

Cuidado con las cicatrices de ayer...

De manera instintiva comenzamos a quitarnos la ropa el uno al otro, no sin alguna que otra torpeza debido a los vendajes y el dolor de mi hombro. Pero acabamos quedándonos en ropa interior acariciando nuestros cuerpos, tocándonos la cara como si necesitásemos reconocernos por el tacto, intercambiando pequeños mordiscos y besos, muy suaves al principio. Suaves y lentos. La levanté agarrándola por el culo con mi brazo bueno y, con ella a horcajadas sobre mí, apoyé su espalda contra la ventana. Mientras el pulso

aceleraba nuestros alientos, nuestro ritmo de besos también lo hacía. En unos segundos estábamos completamente desnudos, mordeándonos y arañándonos, sumidos en una pasión como hacía mucho que no habíamos sentido.

—Espera —dijo apartándose con la mano—. Keira.

No hizo falta más, sabía qué quería decir. Volví a coger a Chuchi y abrí la puerta que daba a las escaleras para dejarla allí. Sara siempre estaba incómoda con Chuchi mirándonos desconcertada en esos momentos íntimos. Me acerqué de nuevo a Sara acelerado para volver donde lo habíamos dejado. Entonces el desenfreno dominó nuestros cuerpos y ya no sentí el agujero de la bala ni las quemaduras en las palmas de mis manos, nada.

...Ven, recorre mi piel...

Nos desnudamos por completo y rocé con mis dedos su sexo húmedo hasta que los introduje y exhaló un gemido mientras me tiraba del pelo y me mordía el labio inferior. Ella agarró el mío, más duro que nunca, lo apretó con fuerza y se agachó para recorrerlo con sus labios. Sentía que iba a estallar mucho más pronto de lo que deseaba, ahora era yo el que me aferraba a su pelo tirando de él. Me arrodillé con ella para continuar besándonos, mordeándonos la piel, el cuello, los pezones, y lamiendo cada centímetro de nuestros cuerpos, para acabar en el suelo haciendo el amor varias veces.

¡Cuánto había echado de menos su piel!

En el suelo, en el reducido espacio que había entre la vidriera y el cilindro de la lente del faro, nos quedamos un buen rato abrazados, extenuados, sudando y aún temblorosos.

Estaba todo oscuro. Hacia el norte del ventanal tan solo se veía el pequeño reflejo naranja de la hoguera de los compañeros a lo lejos y se intuía el humo con aquellos reflejos de luz. Por el oeste todo era inmenso, no solo la grandeza del océano negro por delante, con la sombra perfilada de las Islas Cíes en el horizonte, también era inmenso el cielo con miles de estrellas que se podían ver con facilidad.

Ella quería que le contara con exactitud todo lo que había pasado hasta encontrarla, y mientras lo hacía, iba pensando en la forma en que le iba a contar que, en ese tiempo separados, yo había tenido una hija.

—Tengo algo importante que decirte —le dije, mientras me incorporaba vistiéndome.

Pero desde afuera nos llegó el sonido de un cierto revuelo, me asomé a la

cristalera del faro y vi que los compañeros de la resistencia se estaban moviendo; algo les había alertado mientras cenaban y habían apagado la hoguera. Nos acabamos de vestir con rapidez y bajamos para ver qué estaba sucediendo.

—Algo pasa, Álex —me dijo uno de los vigilantes asustado—. Algo está pasando arriba, pero no se oye bien por estos putos *Walkies* de mierda.

—Está bien, subid al faro a ver si podéis ver algo. Estad en alerta.

Keira también lo notó, estaba nerviosa y echó a correr por la ladera arriba; conocía bien el camino y yo sabía con total seguridad de que iría en busca de su hermana pequeña.

Cuando llegamos se acercó Breogán exaltado, haciendo un gesto con los brazos abiertos para que todos formásemos un círculo. Keira se metió disparada hacia los túneles.

—Camaradas, cojan todo lo que puedan llevar consigo y rápido. ¡Hay que marcharse! Nos reuniremos en la base de Lobios, ¿de acuerdo? —pronunció Breogán a voces.

Jimena debió de despertarse con el jaleo y apareció en la bocana de los túneles con Peca amarrada por las orejas y Keira a su lado. Me acerqué a ella que, asustada, se aferraba a Peca y me agaché para decirle que nos esperara allí quieta, que era muy importante que no se moviera del sitio y que no soltara a Chuchi por nada del mundo.

—Cuida de Keira. Como siempre, ¿vale? —le dije a la vez que enganchaba la correa de Chuchi y se la entregaba.

Sara me acompañó corriendo por los túneles. Fuimos bajando por aquel laberinto hasta la habitación roja, donde yo tenía nuestras cosas y la mochila con el arma, munición, comida y ropa. Aquel lugar lo conocía bastante bien, pero para alguien que nunca hubiera estado era el sitio más tétrico al que te podáis enfrentar. Sara estaba asustada por toda la situación estresante que volvíamos a vivir. Apenas habíamos tenido unas horas de tranquilidad desde que habíamos llegado de Ourense.

Aquel lugar era perfecto para nosotros, pero ahora había que marcharse de allí. Nos habían seguido y estaban muy cerca. Nos habían descubierto.

Fuimos de los primeros en salir de la base. Algunos dudaron qué hacer; si hacerles frente, si esconderse, si esperarlos... Murieron la gran mayoría, o al menos, eso fue lo que leímos en el *Jornal de Noticias* de Oporto, unos días después.

Pero nosotros no lo pensamos dos veces. Supuse que la carretera del este,

que llegaba hasta el viejo cuartel, sería por donde nos había seguido el ejército santista. La primera explosión cayó muy cerca de nosotros, a partir de entonces no hubo tregua. Cogí a Jimena con el único brazo que podía hacerlo y Sara cargó con Keira. Nos echamos al monte para bajar otra vez al Faro, allí siempre había dos coches de la resistencia. Cuando llegamos ya solo quedaba uno y estaba arrancando; eran Rubi y Violeta. Cuando nos recogieron se disculparon mil veces porque se iban a ir sin nosotros, pero nos habían buscado y no nos encontraban. En algún momento de aquella confusión nos debimos de cruzar por la maraña de túneles sin habernos visto.

Ir por aquella carretera de la costa hacia el sur era arriesgado, ya que podíamos cruzarnos con parte del ejército, pero no había otra salida. Apenas un minuto después supimos que estábamos otra vez atrapados. Desde la mitad de la curva que llegaba hasta el *Hotel Talaso Atlántico* ya divisamos dos coches de la nueva y restaurada guardia civil, cruzados en medio de la vía, y cerrando el tráfico justo antes del desvío del hotel. En esos segundos de duda todos nos pusimos a gritar dándole indicaciones a Rubi sobre qué era lo mejor, pero él, dando un grito mayor, nos mandó callar.

El otro de nuestros coches que se habían llevado nuestros compañeros del faro estaba allí parado, y los cuatro guardias civiles lo rodeaban con sus armas apuntando hacia el interior del vehículo. Uno nos vio llegar y se giró hacia nosotros dándonos el alto, pero Rubi aceleró aún más. Entonces el guardia disparó al aire y uno de nuestros compañeros del otro coche, que estaba abriendo la puerta, la volvió a cerrar y también aceleró. El guardia que había disparado se dio la vuelta y los otros tres comenzaron a disparar al coche que, tratando de huir, atropelló a los dos guardias que se habían puesto delante. Rubi se echó a la izquierda; era lo único que podía hacer ya que no queríamos caernos por el acantilado de la derecha y darnos un chapuzón en el Atlántico. Por la izquierda, al menos, todo era monte. Pero entre el monte y uno de los vehículos de los guardias había un pequeño arcén de menos de dos metros, pero Rubi se metió por allí aprovechando la confusión. No pasó limpio, rozamos el lateral del monte y del principio de un muro de piedra de una casa, pero pasó haciendo que saltasen por los aires los dos retrovisores exteriores, chocando por un lado contra el muro y por el derecho contra uno de los coches de la guardia civil. Aceleró todo lo que pudo. Unos metros más adelante y antes de perderlos de vista, vi que no nos estaban siguiendo.

En la siguiente bifurcación se metió hacia la izquierda subiendo por una pista asfaltada en medio del monte, era muy arriesgado continuar por la

carretera de la costa.

Después de un par de horas ya todos nos habíamos calmado.

Rubi condujo por pistas de tierra pasando de un monte a otro, dando marcha atrás en vías cortadas y atravesando pequeñas aldeas. Vimos una granja abierta, en cuya vivienda no había luz ninguna, y decidimos aparcar el coche detrás del granero para descansar algo y pensar hacia dónde dirigirnos.

Rubi y yo nos repartimos las guardias de aquella noche, pero no podíamos dormir mucho, había que seguir hasta algún escondite algo más seguro antes de que se hiciera de día, y ya eran las dos y pico de la madrugada. El primer turno lo hice yo, y Sara salió del coche para hacerme compañía en cuanto las niñas se quedaron dormidas en los asientos de atrás.

—Se quedaron las dos *dormidiñas* en un minuto. Keira con la cabecita apoyada sobre las piernas de la niña. ¡Ay, cuanto la echaba de menos, Álex! La quiero tanto... Y Chuchi se ve que la quiere mucho a ella. ¿Quién es? ¿Dónde están sus padres? —preguntó a la vez que se sentaba en la hierba, a mi lado, pegando la espalda al muro trasero de la granja.

—Eso es lo que te iba a contar en el faro —contesté encendiendo un cigarro—. La niña se llama Jimena y... su padre... bueno, lo tienes delante. Es mi hija.

—¿Tu hija? Pero... ¿Cómo? O sea, a ver, perdona. Sé que no me tengo que meter donde... —Estaba confusa, pero le ahorré el mal trago y no la dejé continuar.

—No, no. Espera. Legalmente es mi hija, pero no es biológica. Podía haber sido así, ¿eh? Hace diez meses que no nos vemos, pero no es el caso. Y además no estaría tan crecidita —bromeé.

—Ya, coño. Pero..., ¿entonces?...

—Tuve que sacar del país a una madre con su hija. Salió mal y su madre murió. Nos dispararon en el Miño y murió aquella misma noche. No tenía nadie, absolutamente a nadie. La niña estaba sola en el mundo y un cura me ayudó a cambiarle el nombre y los apellidos. Desde entonces está con nosotros. Estuvimos viviendo en casa del cura en Tui, vino hasta A Toxa conmigo, volvimos hasta aquí y ahora... —no sabía cómo seguir, e hice una larga pausa en la que Sara no dijo nada— Se llama Jimena Nogueira Souto.

Luego le conté con más detalle toda la historia y el porqué de su apellido. Lo comprendió sin incidir en más preguntas.

Después de un rato, las niñas se bajaron del coche y se acercaron a nosotros.

—Papá, me desperté y no puedo dormir más —me dijo Jimena, frotándose los ojos y sentándose en mis piernas.

Al rato se quedó dormida. Keira hizo lo propio en el regazo de su madre.

Por la mañana llegamos a Tomiño. Allí, en la Praza da Mina, encima de una tienda de deportes vivía la abuela de Violeta y podríamos permanecer ocultos hasta decidir qué pasos seguir después.

Sara vio con buenos ojos el salir hacia Portugal para, desde allí, tratar de llegar a Londres con sus hermanos. Rubi se quedaría con Violeta en Tomiño hasta que las cosas se calmasen. Luego ya verían qué hacer. Pero había un problema; no teníamos suficiente dinero para cruzar y sobrevivir el tiempo necesario hasta que consiguiéramos comprar unos billetes para ir a Londres. Rubi me dio los ochenta euros que tenía encima con la condición de que la próxima vez le enseñase la música esa que me ponía en los auriculares, porque había una apuesta entre varios miembros de la resistencia y él había apostado a que solo escuchaba a Bon Jovi. Lo malo era que casi todos los compañeros con los que había hecho la apuesta estaban muertos. Pero entonces, aquello aún no lo sabíamos.

Contacté con Don Benito para que, a su vez, se pusiese en contacto con Adao Manoel y nos ayudase para entrar en Portugal. No hizo falta convencerlo mucho a pesar de que él no hacía ese tipo de encargos. El portugués solo recibía a la gente de la resistencia y le conseguía transporte a cualquier parte del país vecino, pero al saber que se trataba de nosotros hizo una excepción. El mismo Don Benito acudió hasta Tomiño para recogerlos y llevarnos a la zona del río por la que nos cruzaría Adao; ese pago correría por su cuenta.

Yo no sabía cómo agradecerles a todos tanta amabilidad, pero me convenció argumentando que valía mucho más todo lo que estaba haciendo yo por la niña, a la que le estaba brindando la posibilidad de tener un porvenir.

La niña se alegró de ver al cura, pero se enfadó conmigo por no dejarla ir a su casa para ver los *cartuchos*, así llamaba ella a las cintas de video de dibujos animados que habíamos dejado allí. Se enfurruñó cruzándose de brazos, pero se calmó algo más en cuanto le prometí que, al cruzar la frontera, iríamos a un bar con wifi y podría ver los dibujos que quisiera desde mi teléfono.

Adao usó la misma barca con la que nos había transportado aquella fatídica noche, y de la misma manera; tapándonos con los plásticos y aparejos de pescar lamprea. Pero por otro lugar distinto, frente a la localidad portuguesa de Vilanova de Cerveira. Fue rápido y no tuvimos ningún percance. Él también

se alegró de vernos, pero tuvimos muy poco tiempo para hablar. Antes de desembarcar me explicó lo que iba a suceder; un amigo suyo nos llevaría hasta Ponte de Lima y otro más, desde allí, nos bajaría hasta Oporto, a una casa vacía en las afueras de la ciudad, en Río Tinto, y propiedad de unos familiares suyos que vivían en Lisboa. Allí podríamos quedarnos hasta el 15 de junio, el día en que el matrimonio volvía a la casa para pasar los meses de verano. Teníamos dos meses y medio para encontrar la forma de partir hacia Londres.

Me dio un fuerte abrazo de despedida y le hice entrega del sobre con los trescientos euros que nos había dado Don Benito para él. Adao lo abrió, contó el dinero y me devolvió doscientos. De primeras no quise aceptarlo, él tenía que cobrar lo suyo y estaba arriesgando mucho, además, de aquel dinero él tenía que pagar a las personas que nos transportarían hasta la casa de Río Tinto, pero no insistí demasiado pensando lo mucho que necesitábamos el dinero, cuanto más mejor. Así que salimos hacia Oporto con 375 euros en el bolsillo; los 95 que me quedaban, los 80 de Rubi y los 200 de Adao. Esperaba que fueran suficientes para, cuanto antes, hacernos con unos billetes a Londres.

En Portugal no pasaba absolutamente nada. Parecía que estábamos a miles de kilómetros de una guerra, y tan solo nos separaban los trescientos metros del ancho del río.

No teníamos que escondernos, no había que huir de nadie, nadie nos perseguía, la gente caminaba tranquila por las calles, los carteros vaciaban los buzones, los barrenderos limpiaban las calles, los negocios estaban abiertos, la gente salía de los centros comerciales repletos de bolsas. De vez en cuando parábamos en un bar de carretera a merendar o tomar un café mientras íbamos al baño, con una tranquilidad de la que hacía meses que no disponíamos en España. Era increíble ver aquello. Podíamos hacer vida normal. Parecía otro mundo, mucho más avanzado que el nuestro. Durante algún tiempo éramos nosotros los que parecíamos así, pero ahora, Portugal ya nos quitaba mucha ventaja. Nuestro país se había estancado y retrocedido unas cuantas décadas en menos de un año de contienda.

Tan bien estábamos allí, que yo hasta hubiera preferido no gastar aquel dinero en unos billetes de avión y tratar de buscar un empleo para quedarnos a vivir en Oporto. Pero había que hacerlo.

La casa en Río Tinto era fantástica, pequeña y muy parecida a la cabaña de Lalín, pero de piedra y de una sola planta. Además, estaba rodeada por un muro enorme de unos cuatro metros de alto y pegada al Centro Comercial *Parque Nascente*, en medio de las dos partes del centro comercial, en una

finca enorme de hierba con varios árboles cercanos a la casa, donde Keira tenía todo el espacio del mundo para correr y jugar con Jimena. Ni siquiera había que sacarla a pasear, a pesar de que lo hacíamos de vez en cuando. Y podíamos hacerlo sin el temor de que alguien nos siguiera, sin consultar el reloj, sin escondernos, paseando los cuatro como una familia normal y corriente. Lo teníamos todo a mano y a menos de un minuto del portalón verde de la entrada a la finca, en la *Rúa da Ranha*; cafeterías, restaurante, farmacia, veterinario, supermercado, cines. Todo. Incluso, si queríamos coger el metro para ir hasta el centro de Oporto, teníamos la parada de *Levada* a menos de tres minutos caminando. Era increíble. Fueron dos meses y medio maravillosos. Tan solo unos días después de haber llegado allí, Sara se enamoró de Jimena. Y, curiosamente, de una manera muy semejante a la segunda vez en que me había enamorado yo de aquella niña.

Los vecinos de alrededor eran muy amables y simpáticos, y como paseábamos a Keira de vez en cuando, muchos se acercaban a nosotros para preguntar cómo se llamaba o para decirnos que era *Muito gira*, lo que significaba que era muy linda, muy bonita. En uno de esos encuentros, mientras paseábamos por un parque cercano con pistas de tenis, de fútbol y un parque de juegos infantil, se nos acercó una pareja con otro perrito y se agacharon para acariciar a Keira. Jimena estaba a su lado haciendo lo propio con el otro perro, y la chica le preguntó a la niña cómo se llamaba: —Jimena— contestó. Pero no se quedó ahí y continuó —Ella es mi hermana Keira, y ellos son papá y mamá—. Nosotros sonreímos y, cuando la pareja se alejó, Sara se me quedó mirando con la boca abierta. No dijo nada, pero supe que se había enamorado de ella en ese momento en el que escuchó cómo le había llamado mamá. Una niña que solo la conocía desde hacía pocas semanas. Era imposible no caer rendido a sus pies; era atenta, educada, cariñosa, lista. Su madre la había educado bien en sus primeros años. Tenía una costumbre que siempre repetía; cada vez que estaba sola haciendo algo, pintando, columpiándose, jugando con Keira en el jardín..., al volver siempre me abrazaba a mí o a Sara, al primero que veía, y nos daba un beso para luego pedir un vaso de agua y darnos las gracias. Era una niña admirable.

Todos los días buscábamos billetes de avión para consultar cuánto nos valdrían. Antes había entrado en una agencia de viajes del centro comercial para ver si había algún problema para comprar los billetes siendo extranjeros, pero no lo había. Éramos ciudadanos de la comunidad europea y con los carnés de identidad nos sería suficiente, pero para que Jimena pudiese viajar

también debía tenerlo, o eso, o el pasaporte. Nos costó mucho tiempo y muchas vueltas hacer el carné de la niña, por eso no pudimos irnos antes. Para hacérselo nos vimos envueltos en un círculo burocrático tremendo, muy complicado. Hasta que llegó un punto en el que no había más que esperar a que el consulado lo aceptase. Habría sido más rápido de haber estado casados, pero no teníamos nada que lo acreditase, puesto que no lo estábamos.

Pasaron los días, las semanas y nos empezamos a poner nerviosos a finales de mayo. Yo acudía cada semana al consulado en el centro de la ciudad, pero siempre me daban largas y siempre faltaba un papel, una fotografía, una firma, algo. Y mientras tanto, el tiempo pasaba. Hasta el 4 de junio, en que recibí una llamada de la oficina del cónsul. El mismo día en que, por el canal RTP portugués, estaban dando la noticia de que el ejército republicano en España acababa de liberar la ciudad de Ourense por el norte del país y por el sureste habían liberado Andalucía, gran parte de Castilla la Mancha y estaban a las puertas de las provincias de Murcia y Valencia. Era una gran noticia. Aquel fue un fantástico día, además, ya podíamos hacer el carné de identidad de Jimena.

Al día siguiente fuimos a hacerlo.

Había una cola larguísima, no éramos los únicos españoles en una situación parecida a la nuestra, pero al final lo conseguimos. Ya podíamos largarnos de allí.

Los billetes a Londres eran un escándalo de caros y no nos los podíamos permitir. Además, viajando con mascota, al llegar allí, Keira tendría que quedarse en el aeropuerto de Londres en cuarentena casi treinta días. Lo descartamos por completo. Así que hubo que probar otras fórmulas.

La única solución era comprar unos billetes a París en vuelo directo, y sus hermanos podrían viajar en coche desde Londres hasta Dover para cruzar el canal de la Mancha por el eurotúnel y recogerlos en la capital francesa. De vuelta, en la propia entrada francesa del eurotúnel en Calais había un *Pet Control Center*^[75], donde comprobarían que Chuchi tenía su pasaporte europeo en regla, la vacuna de la rabia puesta y le pondrían el tratamiento de desparasitación de la Tenia —la solitaria—, pero después de eso podría pasar sin hacer cuarentena. Lo malo era que quedaban muy pocos billetes con Iberia, que era la compañía que te permitía llevar a la mascota en cabina con un trasportín a los pies del pasajero, ya que ninguno queríamos que fuese en bodega. Y teníamos que comprar los billetes lo antes posible o nos quedaríamos sin plazas libres; solo había un puñado de ellas para el 11 de

junio. Había más plazas en las semanas siguientes, pero más caros y, además, el día 14 teníamos que abandonar aquella casa. No tendríamos ningún sitio al que poder ir, así que aquella era la única solución; teníamos que tomar ese avión el 11 de junio.

Estábamos tan animados con el inminente viaje que, hasta la mañana del 6 de junio mientras cerraba la puerta de casa para ir a la agencia de viajes a por los billetes, no me di cuenta de que teníamos un problema muy grande. Un enorme inconveniente del que Sara no se podía enterar; no nos llegaba el dinero para viajar los cuatro. Había cometido un error que nunca me perdonaría. Jamás lo hice.

No había otra opción.

Lo que acababa de decidir fumando un cigarro a las puertas del centro comercial era la única solución. Habíamos gastado el dinero en comida, en compulsar documentos, en fotografías, en ropa para Jimena y Sara, sobre todo para ella, ya que no tenía nada más que lo que llevaba puesto y que le había dejado Violeta. Y después de comprar el transportín de Chuchi y una pequeña maleta donde llevar nuestra poca ropa, nos quedaron 203,63 €. ¡Cómo pudimos ser tan inconscientes! ¡Cómo pude ser yo tan inconsciente! Dos pasajes costaban 139'92 € y el de Keira 50 €, alguien se tenía que quedar en tierra y no iban a ser ninguna de ellas tres bajo ningún concepto. Pero había que hacerlo ya y no podía decirle nada a Sara. Si se lo decía corría el riesgo de que se negase a hacerlo, a tratar de buscar otra fórmula o de quedarnos allí. Pero estaba entusiasmada con volver a ver a sus hermanos, era normal, hasta yo lo estaba. Su padre y su abuela habían fallecido y necesitaba estar con sus hermanos cuanto antes. Yo, por mi parte, podría conseguir dinero volviendo a Vigo, pidiéndoselo mi hermana o encontrando algún trabajo y ahorrar lo suficiente. Pero si le decía a Sara que se iban a ir sin mí, se hubiera negado de manera rotunda. Así que decidí no contarle nada hasta que la fecha del viaje estuviera más cerca o, al menos, hasta que pudiera mantener el secreto.

Entré y los compré. Keira no necesitaba billete. En el mismo aeropuerto antes de embarcar, había que pasar por el mostrador de la compañía para que comprobasen el transportín y pagar los 50 € que valía el llevarla a los pies de uno de los asientos reservados. Al volver a la finca, mientras caminaba el largo camino de tierra hasta la casa, iba pensando en cómo decírselo y cuándo hacerlo. No le podía dar margen para cambiarlos o tratar de devolverlos, se lo diría en el mismo aeropuerto; así no habría tiempo para largas y duras despedidas.

El resto de los días los pasé con una sensación rara en el estómago. Sara lo había notado preguntándome en varias ocasiones qué me pasaba. Y tenía razón, algo me estaba sucediendo, pero no podía decirle que le había mentado y que no había comprado todos los billetes, ni tampoco podía decirle que no se bebieran toda la leche que quedaba en la nevera porque a mí me iban a quedar trece euros para subsistir. Pero traté de dejar aquello a un lado y me centré en disfrutar de ellas. Yo haría como siempre; me dejaría llevar. Ya se me ocurriría algo. Me quité los malos pensamientos de la cabeza y traté de animarme, de disfrutar de los últimos días en que íbamos a estar los cuatro juntos, por lo menos, durante un tiempo indefinido. Ellas estaban como locas; Sara porque se acababa un año de desgracias y Jimena porque iba a ser la primera vez que se subiría a un avión. Estaba completamente entusiasmada con poder volar sobre el cielo *infinito*.

—¿Nos hacemos una foto ahí fuera? —pregunté después de comer, el día anterior al viaje— Podemos poner la cámara en una silla y nos ponemos en el porche con la casa detrás, así salimos todos. ¿Qué os parece?

—¡Sí, *síí!* ¡*Foooto, foooto, foooto!* —canturreó Jimena.

La tarde se había quedado perfecta; hacía calor, la hierba estaba alta, pero daba gusto pasear descalzos por ella, el sol de la tarde con el cielo totalmente despejado anunciaba un incipiente verano, ya que faltaba poco menos de dos semanas para San Juan. Nos colocamos en el porche delante de la fachada de piedra. Sara se sentó en una de las sillas de bambú con Keira sobre sus piernas y Jimena esperaba delante de la otra silla a que llegase yo como una bala después de apretar el disparador de la cámara del iPhone. Tenía diez segundos para hacerlo. Corrí, me senté, subí a Jimena en mis rodillas y gritamos: «¡*Paa-Taaa-Taaa!*».

Ahora mismo tengo esa foto delante de mí. La veo constantemente. Cada noche me quedo dormido con ella en la mano. Es una foto preciosa; me ayuda a entrar en calor.

Aquella noche me aseguré de que Sara metiera primero sus cosas en la maleta, luego yo metería las de Jimena y las mías. En realidad, no metí nada que fuera mío. Lo que hice fue esconder mi ropa debajo de la cama y tan solo llené algo mi mochila para que se notara peso al ponérmela al día siguiente. Me sentía mal engañándolas, pero tenía que hacerlo. Conocía bien a Sara y sabía perfectamente que, como se enterase antes de su debido momento, haría

lo que fuera por no subir a ese avión.

Al entrar en el aeropuerto de Sa Carneiro nos dirigimos al mostrador de Iberia, rellenamos unos papeles conforme la persona que llevaría a Keira bajo sus piernas no podía sacarla del trasportín bajo ningún concepto, lo revisaron, lo midieron y lo pesaron con ella dentro, a la que no le hizo ninguna gracia meterse allí. Lo que no sabía ella era que más tarde se pasaría dos horas y algo allí dentro, pobrecita mía.

No teníamos que facturar nada, ya que la pequeña maleta rosa que estrenábamos tenía las medidas justas para llevarla en cabina, así que le di largas para hacer tiempo con ellas hasta una hora prudente para contarle todo y que les diera tiempo a pasar los controles antes de dirigirse a la sala de embarque. Tuve un pequeño golpe de suerte que me ayudó; aún no habían anunciado nuestra puerta de embarque. Su puerta de embarque. Así que nos sentamos a hacer tiempo.

Delante de nuestros asientos había una máquina para revelar fotografías y me levanté para ver cuanto valía. Eran quince céntimos por cada foto, me lo podía permitir y merecía la pena hacerlo. Conecté el iPhone a la máquina por *bluetooth* e imprimí dos copias de la última foto que nos habíamos hecho.

No era la primera vez que lo hacía, pues en una máquina similar del centro comercial Parque Nascente había imprimido otras antes, las guardé en un sobre que metí en la maleta oculto entre la ropa de Sara; cuando la abriese en Londres se llevaría la sorpresa. Eran fotos que nos habíamos hecho durante aquellos meses, además también le metí la foto que había encontrado en la cartera de la madre biológica de Sara, en la que salían ellas dos en una hamaca haciendo la misma pose.

Quise estirar al máximo el tiempo con ellas ya que tenía miedo a su reacción cuando le diese la noticia.

Estaba sudando y tembloroso, pero no podía aguantar mucho más con aquella bomba dentro. En cuanto vi que habían puesto en el monitor el número de la puerta, del vuelo a París de las 10:10, se lo dije.

—Sara, tengo que decirte algo. Es importante y llevo días pensando en cómo decírtelo, así que, por favor no me interrumpas hasta que termine, porque te conozco. Escúchame bien, ¿vale?

—Pero ¿qué pasa? Me estás asustando. Suéltalo ya.

—A ver... no puedo viajar con vosotras a París, de momento. Hoy no — Entonces cogí carrerilla para soltarlo todo seguido—. No teníamos suficiente dinero y estas eran de las últimas plazas que había en el avión, no había otra

posibilidad. No había otra manera de llegar a Londres si no era así y ahora. No te preocupes lo más mínimo porque ya lo tengo todo pensado. Ayer hable con Rubi por teléfono —lo que era mentira—, y me ha dicho que en el ejército republicano están necesitados y pagan bastante bien. Así que voy a alistarme y pediré un adelanto. También me dijo que él va a hacer igual. La república está adelantando pagas porque sabe que la situación de las familias es paupérrima. En cuando reúna el dinero suficiente, deserto y me voy a Londres con vosotras como sea, ¿vale?

—No, joder... Álex, tío. No me fastidies. Es que sabía que te pasaba algo, lo sabía. Te conozco como si te pariera. ¡Joder, joder, joder! —exclamó levantándose del asiento y cubriéndose la cara con las manos.

—Lo siento, Sara, perdóname. Los billetes estaban baratos, pero subieron de precio al pasar los días. Y ya habíamos comprado todo; el transportín..., todo. ¡Pero, oye! No te me vengas abajo. ¡Hey! —Cuando le vi la cara me di cuenta de que estaba sollozando y volvió a sentarse— ¡Hey, Venga! No llores, mujer, que será cuestión de semanas o un par de meses, como mucho.

—Joder, Álex, es que... ¡joder! ¡No quiero quedarme sola otra vez, no quiero! ¡Es que no quiero! —Sus lágrimas ya caían una tras otra.

—Que no vas a estar sola. Que estaréis en casa de Fran, y también está Noa viviendo al lado. Joder, vais a estar de puta madre con tus hermanos. No te preocupes, mujer. Que va a salir todo bien, ya verás. Y yo iré pronto.

—Pero... ven conmigo, por favor. No me dejes sola. Dime que vas a venir, Álex. Dímelo.

—Voy a ir, te lo prometo. Lo único que quiero es estar con vosotras.

—Como no vengas pronto te mato, vengo yo aquí y te arrastro de los pelos —bromeó, algo más calmada.

—Ya verás como sí. Te encontré, ¿no? Y eso sí que no te lo esperabas, y encontré a Keira. En unas pocas semanas estaremos todos juntos y ya se habrá acabado todo. Es un último escollo, ya verás.

Las niñas estaban durmiendo, como siempre, una encima de la otra en el asiento de al lado. Jimena no lo entendió muy bien. Cuando algo no le gustaba no era de enfadarse, se quedaba callada como tratando de entender qué era lo que había pasado y se cruzaba de brazos. Y así lo hizo. Era la niña más bonita que había visto nunca, y era mi hija. Iba a hacer lo que hiciera falta por volver a estar con ella y poder educarla, ver como crecía, seguir enseñándole canciones y contándole cuentos. Ahora yo tenía un tercer motivo por el que luchar. Ella era lo tercero mejor que me había pasado en la vida y, lo que me

quedase, lo quería vivir junto a ella.

—Tienes a Peca, a Keira y a Sara contigo —le dije agachándome, mientras ella seguía enfurruñada—. Ya verás como dentro de unos días aparezco yo por allí. Ahora tienes que ser fuerte y valiente como Ruy, ¡vale! ¿Te acuerdas del montón de aventuras que vivió él y lo bien que le salía todo? Pues tú tienes que hacer igual. Tú eres mucho más valiente que el pequeño Cid, además... tienes una responsabilidad. ¿Te acuerdas?

—Sí... —respondió con la cabeza agachada y casi susurrando— Tengo que cuidar de Chuchi.

—¡Claro! Tienes que cuidar de ella y Sara cuidará de ti. Ya verás que bien te lo pasas en el avión.

—¿Y quién te cuida a ti ahora? ¡No te hagas daño más en la cara, eh! Ni en ningún sitio.

—No, te lo prometo. Venga, dame un abrazo. Te quiero infinito, hija.

—Yo también te quiero infinito —contestó con la voz bajita, sin mirarme y comenzando a llorar.

Keira, por su parte, supo que me estaba despidiendo de ella. Era consciente de que la estaba abandonando. Cuando me despedía de ella por cualquier motivo, aunque me fuera a separar de ella un par de horas, como cuando vivíamos en Lalín y bajaba a cenar a la taberna de María, se lo decía y ella se enfadaba y no me lamía, cuando la posaba en el suelo se hacía un ovillo y ni me miraba a la cara. Pues ahora me estaba haciendo lo mismo. Por supuesto y como siempre, me la comí a besos. Luego nos dimos un último abrazo antes de que se pusieran en la fila del control. Sara y yo nos besamos, y avanzaron haciendo zigzag por el pasillo de cintas. Keira ya tenía que ir dentro del trasportín y entonces escuché su lamento, y no era solo por estar metida allí. Me estaba diciendo adiós y a mí me rompió el corazón. Para lo llorica que soy había aguantado bastante, pero hasta ese punto, entonces, reventé a llorar.

Lo más importante de mi vida se estaba yendo a miles de kilómetros de distancia. Yo no quería quedarme solo allí, no lo quería. Yo solo quería irme con ellas, pero no podía. Puto dinero... Podía haberlo robado, podía haber asaltado un bar o a alguna de las pequeñas tienduchas de Río Tinto, solo hubiera necesitado setenta u ochenta euros, nada más. Pero no me había atrevido, yo no era así. Estaba enfadado y decepcionado conmigo mismo.

¿Cómo pude haber sido tan estúpido? ¿Cómo pude haber cometido un error así?

Salí para ver despegar el avión, hasta que se hizo pequeño y lo perdí de

vista entre la inmensidad azul. Luego descargué mi rabia dándole patadas a un muro y lloré como nunca antes lo había hecho. Lo que no sabía entonces era que, un mes y medio después, estaría llorando por una separación mucho más dura que la de aquel día.

18. Esta Tierra Amarga

Oporto, Portugal, 11 de junio de 2018

Unas horas después recibí un mensaje de Sara diciéndome que acababan de aterrizar en París. Luego me envió otro WhatsApp acompañado de una foto y contándome que ya estaban en el coche con sus hermanos Noa y Fran viajando hasta Calais, y algo más tarde me llamó para decirme que ya habían aparcado en el interior del tren que les cruzaría el Eurotúnel; no habían tenido ningún problema con Keira en el control de mascotas. Yo le conté que al día siguiente saldría de Oporto, me echaría a la carretera para hacer auto stop y poder cruzar otra vez la frontera en cuanto me fuera posible. No me quedaba mucho dinero en la tarjeta prepago del teléfono, así que también le dije que no se preocupase si no la llamaba hasta dentro de unos días, ya que las llamadas por aplicaciones gratuitas no funcionaban. Hasta entonces hablaríamos chateando por Telegram o WhatsApp.

Hasta el día 20 de junio no conseguí llegar al restaurante *O Cozinheiro* de Adao, una vez allí llamé a Sara para anunciarle que en tres días me iba a cruzar de nuevo a Galicia. Ella, por su parte, me contó que ya estaban instaladas en el piso de su hermano en Lansdowne Cres, en el barrio londinense de Notting Hill, y que a primeros de Julio empezaría a trabajar limpiando edificios para la empresa de la que era propietaria Natalie, la mujer de su hermano.

Y también estaba entusiasmada porque, después del verano, Jimena iba a empezar la escuela en un colegio español muy cercano, al que ya habían ido para conocer las instalaciones y hablar con la directora del colegio.

A Jimena le impresionó el sitio, sobre todo por el montón de libros que había en la biblioteca. Era el lugar perfecto para que aprendiera rápido a hablar en inglés sin dejar de hablar español, además de eso, el colegio también tenía un programa de clases opcionales en el que estudiaría lengua gallega.

Durante la conversación con Sara, yo iba manteniendo la compostura, aunque no sin poco esfuerzo, pero cuando Jimena se puso al teléfono fue irremediable el no emocionarme al escuchar su voz, y traté de ocultar mis lágrimas. La niña me preguntó cuándo iba a ir a Londres y me aconsejó que no dejara que me disparasen más, ni en la cara ni en el hombro. Le pregunté si le gustaba aquel sitio y me respondió que sí, que iban todos los días a un parque con Keira, y que su tío Fran y Natalie, su mujer, eran muy divertidos y jugaban mucho con ella. Era guay porque podía ver los dibujos de Ruy por internet

desde la propia televisión. Las echaba mucho de menos, cada día que pasaba más y más. «¡Los autobuses son rojos! ¡Alucina!», exclamó emocionada. Durante aquellos minutos que duró nuestra conversación, ella pronunció varias veces la palabra «Alucina», supuse que era la palabra nueva que había aprendido.

Ahora tenía otro objetivo que consistía en cruzar la frontera, llegar hasta la localidad de Lobios para unirme a la resistencia y, desde allí, tratar de conseguir dinero de alguna forma para poder irme a Londres con mis chicas. Adao me cruzaría gratis, pero le prometí que algún día le pagaría por todo lo que había hecho por mí.

El día antes de partir me acerqué hasta el gran roble donde estaba enterrada Rebeca, la madre biológica de Jimena, e hice una inscripción sobre la corteza del tronco para no olvidarme nunca de cuál era el lugar exacto. La verdad es que, visto a la luz del día y en verano, era un lugar excepcional. Al borde del río Miño, rodeado de un merendero con mesas de madera y barbacoas de piedra donde, en algunos de sus árboles, colgaban carteles anunciando que en menos de un mes habría un festival de música rock, el *Verdoejo Art Rock Fest*. La noche de San Juan crucé a España.

Tampoco tuve grandes contratiempos para llegar hasta Lobios, ya que las tropas republicanas habían recuperado toda la provincia de Ourense y ya estaban bastante avanzados en la de Pontevedra. Tuve suerte. El primer coche que me paró me acercó hasta la mitad del camino, luego me costó conseguir que alguien me parase, pero era algo normal, aún no estábamos en una situación de completa paz y no sabías con quién te estabas cruzando en la carretera. Pero después de un par de horas me paró un camión que se alejó de su ruta y me llevó hasta Lobios, desde ahí seguiría caminando hasta adentrarme en las montañas de la sierra Do Xurés para buscar el lugar donde se escondían los miembros de la Resistencia Galega, pero no hizo falta.

Entré en la panadería Salgado y allí había dos miembros de la resistencia haciendo la compra, no me habría hecho falta verles las pañoletas moradas para identificarlos, por su comportamiento se veía que eran partisanos. En cuanto me dirigí a ellos, el más joven detuvo mi discurso y me preguntó si yo era Álex, era evidente que conocían alguna de las falsas leyendas y me había reconocido por la cicatriz. Se ofrecieron para llevarme hasta su escondite.

Me bajé del coche y vi a Rubi junto a Violeta y otros compañeros dándose un baño en las termas públicas pegadas al borde del río Caldo. En ese momento Rubi salía de aquella poza termal al aire libre enrollándose una

toalla blanca a la cintura, le silbé y le grité: «¡Ponyboy!». Él, incrédulo, se quedó quieto tratando de adivinar quién era, pese a que yo era el único que le llamaba así. Solté la mochila, me acerqué sonriendo y nos dimos un largo abrazo.

Después de darme un baño con ellos, le conté todo lo que había pasado y le pregunté por cómo lo estaban llevando allí. Todo estaba muy tranquilo por aquella zona y que no tenían pensado marcharse de allí hasta que no acabase la guerra.

Yo tenía otros planes, y en cuanto se lo conté me dijo que no era mala idea alistarse en el ejército republicano. Allí estaban como dios, o como realmente dijo: «Esto es lo puto mejor». Pero estaba decepcionado con la parte de la resistencia que había sobrevivido, ya que allí no hacían absolutamente nada destacable. Solo habían bajado de las montañas de la sierra para tomar el Hotel Balneario que había sido abandonado, y pasaban los días bañándose en sus aguas termales. Él necesitaba más acción, se sentía inútil. A Violeta no le costó mucho convencerla, se le veía tan enamorada de él que hubiera ido a cualquier lugar que le pidiera.

A la mañana siguiente ya estábamos en las oficinas del ejército republicano, en Ourense, guardando nuestro turno en una larga fila para alistarnos.

Aquel mismo día, el 26 de junio por la mañana, firmamos el contrato que nos uniría al ejército de tierra republicano durante los siguientes nueve meses, o hasta el término del conflicto nacional y con la posibilidad de renovar automáticamente hasta los tres años. Al enterarse de que habíamos participado en la defensa de Vigo bajo el mando de la teniente Enríquez, nos comunicaron que nos enviarían tres semanas de instrucción militar a las cercanías de la Base de helicópteros de Toén, cerca de Ourense, donde habían instalado una especie de base provisional de instrucción militar. Al resto los enviaban más de un mes a León. Nos hicieron entrega de la ropa; botas militares, pantalón, guerrera, trinchas para la munición, mochila, intercomunicador, ropa interior, casco, armamento y nos metieron en un camión con una veintena más de nuevos soldados en dirección a Toén. Cobraríamos 1 016'62 euros mensuales de suelo base, más incentivos de guerra en el que sumaríamos 565'23 euros por cada mes en el frente. En cuanto nos quedamos solos miré a Rubi y le dije que después de cobrar el primer mes me iría del país. Lo tenía muy claro. No iba a pasar ni un solo segundo más allí, en cuanto pudiera sacar el dinero de mi cuenta, cogería los cerca de mil seiscientos euros y me bajaría a Tui, le

daría los trescientos euros a Don Benito, le pagaría a Adao lo debido y me cogería el primer avión a Londres.

Estuvimos poco más de tres semanas en la base de instrucción militar. Para mí fue como revivir el servicio militar veinte años después, pero mucho menos exigente que entonces. Lo que se me hacía más duro era el ejercicio físico, que me destrozaba las rodillas, y las maniobras que realizábamos por los montes cercanos en las que pasábamos varios días durmiendo a la intemperie. Lo que más me gustó de esas semanas fue aprender cosas nuevas y técnicas actuales; cómo manejar los útiles de telecomunicación, cómo medir distancias, aprender a desmontar y montar los fusiles, etc. Y lo que se me daba mejor de todo, evidentemente, eran las prácticas de tiro.

El 25 de julio, día de Galicia, nos volvimos a subir a un camión para llegar hasta la línea enemiga y comenzar la reconquista de Vigo.

Un día después, allí estaba yo, a las puertas de la ciudad donde, para nosotros, había comenzado la guerra en aquel día sin datos. En el mismo lugar exacto en el que, dos años antes, había estado con Sara y nuestros amigos Ana y David, paseando a caballo por aquella sierra de O Galiñeiro, en aquel domingo de elecciones que lo cambió todo.

Después de aquellos maravillosos minutos totalmente absorto por los colores de la puesta de sol más impresionante del mundo, con el océano Atlántico a lo lejos y el sol desapareciendo detrás de las Islas Cíes, esperé a que acabara la canción *Come Away* de Sons of the East y me quité los auriculares para llamar por teléfono a Sara, sin bajar de la roca en la que estaba sentado y echándola mucho de menos. Me sentía a gusto y en paz escuchando sus voces. Sabía que en unas pocas semanas todo aquello acabaría y me podría reunir con ellas. Lo mejor de todo era que cuando estaba hablando con Sara y mientras me decía que tuviera cuidado, que no corriese ningún riesgo tonto, detrás de su voz, al fondo, se escuchaba a Jimena hablar con Keira. Le pregunté que estaban haciendo y me dijo que estaban sentadas en la alfombra del salón tomando el té con una vajilla de juguete que le había regalado la tía Noa, y Jimena estaba tratando de hacer que Chuchi bebiese agua de una taza. Nos echamos a reír. Fue fantástico tener en mi cabeza esa imagen de ellas en casa, tranquilas, en paz y jugando. Me despedí de ella diciéndole que la volvería a llamar en cuanto pudiese, ya que en los próximos días no podría hacerlo.

A las 06:00 de la mañana del 27 de julio de 2018, comenzó la reconquista de Vigo.

No sabíamos el porqué de no encontrarnos con un enfrentamiento directo hasta que nos adentramos en la ciudad por el sur, pero hasta que llegamos a la avenida de Castelao procedentes de la avenida de Samil, no tuvimos resistencia alguna. Allí nos tuvimos que detener e hicieron acto de presencia nuestros cazas, ya que comenzaron a disparar desde los edificios, detrás de las barricadas e incluso desde el interior del buque Alfageme, un barco pesquero de treinta metros de eslora que estaba adornando, monstruosamente, la rotonda frente al supermercado Alcampo, en lo más alto del barrio de Coia. Fue uno de los pocos momentos de tensión de aquella mañana. Antes de atacar, alguien de los nuestros gritó: «¡Por la libertad, por la república!», pero aquel grito de aliento quedó un poco ridículo, ya que la oposición no duró más de unos pocos minutos. Pensábamos que iba a ser un enfrentamiento mayor, una batalla épica, pero no fue así.

La ciudad parecía desierta. No había movimiento alguno en las ventanas y en las barricadas no había oposición. Allí no quedaba nadie. Parecía que todos hubiesen abandonado la ciudad, militares santistas incluidos. Apenas algunos disparos de alguna compañía que se estaba batiendo en retirada hacia el norte en cuanto descubrieron que no nos podían hacer frente. Antes del mediodía ya estábamos montando el campamento en la plaza de América para preparar la *Limpieza* del centro de la ciudad.

La limpieza consistía en ir avanzando en pequeños grupos por las diferentes calles del centro y en círculos, para encontrarnos unos con otros. Luego de asegurar la zona que habíamos recorrido, iríamos edificio por edificio, casa por casa y hacia el centro del círculo, volviendo por donde habíamos venido para tratar de hacer prisioneros a los santistas que quedaban escondidos. Por medio de unos drones supimos que, en el barrio de Pizarro, en los alrededores del Hospital Xeral, aún había bastante movimiento y era una zona en la que teníamos que ir con pies de plomo. Pero el escuadrón de limpieza al que estábamos asignados Rubi y yo no llegaba hasta allí, aunque sí muy cerca. Nosotros teníamos que ascender por el largo boulevard de la avenida Gran Vía hasta llegar a la plaza de España, y esperar allí por nuestros compañeros que, rodeando el monte del Castro, subirían por el otro lado de la Gran vía hasta la misma plaza de España. Una vez que hubiéramos hecho el contacto, nosotros volveríamos a bajar de vuelta por la Gran Vía y comenzaríamos la limpieza puerta a puerta en cada edificio.

Hacía muchísimo calor, solo con ir caminando cuesta arriba con el ritmo lento que llevábamos ya era agotador. Y eso que habíamos dejado las

mochilas en el campamento y tan solo llevábamos encima los fusiles. A pesar de eso, toda la subida fue tranquila. No había ni un alma en la calle, no se movía nada, tan solo papeles que rodaban por el asfalto con algún golpe de viento esporádico, procedentes de los restos de algún edificio en ruinas. Y en los edificios no veíamos nada más que algunos pocos civiles que, sin salir a las ventanas, asomaba pañuelos o sábanas blancas en señal de paz. Algunos hasta se atrevieron a colgar sus banderas tricolor republicanas con la estrella de cinco puntas en medio.

Tanta calma no me daba buena impresión, y a mis compañeros tampoco les tranquilizaba tanto relax. Pero caminábamos sin decirnos nada. Nos movíamos lento, desplazándonos en tres hileras peinando la calle. En la tercera fila íbamos Rubi y yo, con un compañero en medio. Poco a poco me fui acercando a Rubi, que subía por la acera derecha, pegado al muro de la Gran Vía.

—No me mola un *carallo* esto, Ponyboy —le dije cuando ya estaba a su lado— Tanta tranquilidad.

—Bueno, ya dijeron que no habían visto a nadie hasta la zona del hospital. Es normal, ¿no? Se estarán retirando por el norte y solo quedarán por allí los heridos, sanitarios y civiles. No sé —respondió Rubi masticando chicle.

—No sé, tío. Hay mucha calma. Pero se palpa algo, lo noto. Hay como una tensión extraña en el ambiente. Ten cuidado, ¿vale? —le di un golpe en la espalda y volví a mi sitio, unos metros a su izquierda.

Ya habíamos pasado el McDonald's abandonado, a nuestra derecha, y nos faltaba muy poco para llegar a la plaza de España, ya divisábamos la fuente de los caballos. En el oído derecho llevaba el auricular del iPhone y apagué la música, me daba muy mal rollo todo aquello. Al hacerlo, por el pinganillo del oído izquierdo nos comunicaron que tuviéramos mucho cuidado, hacia el norte y el este de la ciudad había comenzado el ruido. Se referían al ruido cada vez que había un ataque, pero, aunque estaban a varios kilómetros de distancia, se podían escuchar las explosiones y los disparos a lo lejos. Nos costó entender lo que nos habían comunicado, ya que había interferencias y no se escuchaba con claridad, pero hablamos entre nosotros y confirmamos el aviso.

Aquel silencio tan escandaloso me volvía loco, y me daba una mala espina de cojones. Tenía muy claro que algo iba a suceder.

Y sucedió...

—Ponme una música de las tuyas, Álex, por favor. Quiero... quiero escuchar tu música.

Me rogó en una frase que se le ahogó en el pecho entre lágrimas y sangre. Sin gritos de dolor. Resignado a morir en los próximos minutos.

—Claro. Pero no hables, Ponyboy... no digas nada—le dije sonriendo en tono suave, tratando de ocultar mis lágrimas.

Le puse *This Bitter Earth* de Dinah Washington, uno de los temas que yo usaba para relajarme y que, sabía a ciencia cierta que también lo haría con él. Pero una versión que alguien había subido a YouTube y yo me había descargado, donde ese alguien había mezclado en perfecta sintonía la voz de Dinah con el tema instrumental *On the nature of daylight*, de Max Richter. Le coloqué los auriculares, pero él, llevándose la mano ensangrentada a su oreja, se sacó uno de ellos y me lo acercó para que yo escuchase también. La música comenzó a sonar.

—Tú... tú también..., juntos.

Agarré su mano temblorosa y se la coloqué despacio en su pecho sin soltarla. Su barbilla tiritaba al igual que todo su cuerpo, y con la otra mano le acaricié la cara y el pelo para que se tranquilizara.

—Esta es muy tranquila, ya verás cómo te gusta y te relaja. Y no hables, Rubi. Solo escúchala tranquilo, ¿vale?

This bitter earth... [\[76\]](#)

La voz de Dinah apareció.

Mientras el doctor se quitaba el fonendoscopio yo ya sabía que no podía hacer nada más por él; me miró e hizo un sutil gesto de negación con la cabeza. Había hecho todo lo posible y yo había sido testigo de ello. El doctor Aguirre, que se había pasado al bando fascista para salvar su propia vida y la de su familia, nos había ayudado por ser Rubi el hermano de Aitana, su antigua enfermera, y también él se había jugado el cuello. Colocó un biombo blanco para darnos una mayor intimidad y ordenó a las enfermeras que se fueran mientras se quitaba los guantes de látex y la mascarilla.

—Es preciosa, Álex.

—Sabía que te iba a gustar, Ponyboy.

—¿Qué dice?... La canción, ¿qué... dice?

—Habla de la vida..., de la tierra.

—¿Qué más? *Sssigue...*, me relaja.

—Del amor. De que la tierra parece muy amarga y fría. Pero mientras estés en ella siempre va a haber alguien a quién amar y quién te ame. Que la

juventud pasa muy rápido. Y que, después de todo, la vida merece la pena y hay que aprovechar el tiempo, por muy jodida que nos parezca a veces.

—Es preciosa, Álex... es... —repitió, atragantándose al esputar sangre.

Yo pensé que ese era el momento. Él me apretó con fuerza la mano sin emitir ninguna queja y tensó todo su cuerpo tratando de retener los espasmos y el dolor de sus entrañas.

—No hables, Rubi. Tranquilo, tranquilo. ¡Eh, Ponyboy! Tranquilo, que estoy aquí. Estoy contigo.

Las lágrimas ya llevaban un tiempo resbalando por mis ojos y cayendo encima de él, que miraba para mí, pero estoy seguro de que ya no me veía. Sus pupilas se dilataban cada vez más.

*...What good am I?
Heaven only knows...^[77]*

—Es la... canción más bonita del mundo —consiguió pronunciar, cuando comenzaron a sonar los violines.

Le costaba horrores pronunciar cada palabra.

—¡Shhh! Calla, ¿ves cómo no solo escucho Bon Jovi? Hubieras perdido la apuesta, *parvo*^[78] —le sonreí— Venga, no hables.

—¿Álex?... —Trató de buscar mi cara con la mano— ¿Álex?...

—¡Ey, estoy aquí, estoy aquí! —contesté, volviendo a cogerle de las manos.

—Tengo miedo... —susurró— Y frío...tengo mucho frío. No quiero... morir...

—Ya lo sé, Rubi, ya lo sé ... —Fue lo único que acerté a decir, mientras le cubría con su chaqueta y le daba friegas por los brazos.

—Quiero ver a Tana... dile...dile que me entierren con mamá, y que la quiero. Díselo

—Se lo diré, te lo prometo.

—No me dejes aquí, Álex... tengo miedo. Que no me tiren a una fosa, quiero...con mi madre, quiero... Tana... Tana...

No fui capaz de reaccionar para levantarme y tratar de escapar de allí. Caí redondo, llorando como un párvulo sobre su cuerpo, en cuanto emitió un profundo y último suspiro dejando la mirada perdida en el techo y sus ojos parecieron haberse teñido de gris. Sus pupilas ocuparon todo el espacio posible. Tan joven. Tan pronto. Nunca había perdido a un amigo, nunca. Y él

no tenía por qué haber estado allí. Había sido mi culpa.

Apenas unos minutos antes estábamos fuera de todo peligro, acojonados, pero tranquilos. Incluso nos llegamos a reír porque me contó que se había acostado por primera vez con una chica, con Violeta. Yo le di ánimos. Sabía que íbamos a llegar a tiempo, de verdad que lo creía así, no fueron falsas esperanzas. Mientras me contaba su experiencia sexual, yo acabé de hacerle los torniquetes en lo que quedaba de sus piernas y lo cargué a mi espalda. Sabía que estaba perdiendo mucha sangre y no quería que se dejara ir, por eso le pedí que me contara algo, y que me lo contara con detalles, que no dejase de hablar. Durante todo el camino me habló de Violeta, y de cómo el haber hecho el amor con ella había sido la experiencia más maravillosa de su vida.

Estábamos ganando la guerra, estábamos liberando la ciudad de Vigo, mi ciudad. Los republicanos habíamos conseguido entrar por la costa, al sur, y nos constaba que la mayor parte del ejército nacional se había batido en retirada hacia el norte. Ya no existía una línea del frente que estuviera clara, aunque aún quedaban algunos lugares concretos por donde había que ir con más cuidado. En muchas de las zonas ya no había ni un solo militar santista, o eso creíamos. Durante bastante recorrido, Rubi, yo y dieciocho soldados más, solo nos habíamos cruzado con vehículos militares abandonados, coches calcinados, compañeros guiando a rehenes con los brazos en alto por la Gran Vía abajo, y una ciudad en ruinas. Por eso nos relajamos cuando subíamos la Gran Vía desde la plaza de América, hasta que llegamos a la plaza de España. Demasiado relajados.

Entonces comenzamos a ser atacados. Sabíamos que otros compañeros nuestros estaban subiendo por el otro lado de la Gran Vía hasta la misma estatua de los caballos, donde estábamos nosotros, así que supusimos que algún grupo del bando nacional se había quedado sitiado en medio, en el principio de la calle Pizarro y en varias Manzanas alrededor del Hospital Xeral.

Decidimos retroceder nuestros pasos para esperar a más efectivos mientras se lo comunicábamos a nuestros superiores.

Al darnos la vuelta para comenzar a bajar de nuevo la misma calle por la que habíamos subido, escuchamos un disparo y uno de los nuestros cayó redondo con un tiro en la cabeza que le atravesó el casco. Luego otro, y otro, y otro más. Cayeron cuatro de los nuestros en una fracción de diez o quince segundos. Había francotiradores en los edificios de la Gran Vía. Nos desperdigamos, y nosotros dos corrimos hacia el este en dirección a la

avenida de Madrid. Nos detuvimos cuando dejamos de escuchar los disparos, pero no sabíamos dónde estaban nuestros compañeros. Hacía un calor horroroso, cerca de 40 grados, y allí estábamos, además de demasiado expuestos, recibiendo el sol del mediodía sobre nuestras cabezas. Rubi quería bajar por el barrio de la Salgueira y escapar de allí hasta llegar a la base, en la plaza de América, de la que nos separaban dos kilómetros y medio. Pero yo lo convencí para resguardarnos allí cerca hasta que llegasen los refuerzos. El insistía en que le daba mala espina que nos quedásemos por allí, pero nadie contestaba por el equipo de telecomunicación que teníamos pegado a la oreja. Finalmente accedió a quedarse allí conmigo, él sabía que yo conocía la zona perfectamente y confió en mí. Tenía que haberle hecho caso, él había confiado en mí y era mi deber protegerlo. Solo era un niño, joder.

Cruzamos de acera en la Avenida de Madrid frente al sanatorio Concheiro y corrimos pegados a las vallas publicitarias hasta que tomamos la primera calle a la izquierda, para adentrarnos en un parque que está bastante escondido por detrás del Hotel *Los Galeones*, de hecho, me apuesto lo que sea a que ni siquiera muchos vigueses saben dónde se encuentra ese sitio. No había movimiento alguno, ni detrás del hotel ni en los edificios que esconden el parque.

Era un buen lugar para ocultarnos entre los árboles y esperar.

...This bitter earth... ^[79]

Allí podríamos estar tranquilos, lejos de las balas y refugiados a la sombra hasta que nos vinieran a buscar. Comunicqué por radio nuestra posición y nos adentramos en el parque, pero la comunicación seguía sin funcionar correctamente. No tenía la certeza de que me hubieran escuchado. Rubi venía unos cuantos metros detrás de mí y a la Izquierda. Le hice un gesto señalando a uno de los banquitos de piedra a la sombra, para sentarnos allí y esperar ocultos. Escuché un pequeño ruido metálico: *¡Clic!*, seguido de una explosión que me lanzó varios metros hacia delante.

Cuando me recuperé del aturdimiento, aún con el pitido en mis oídos, comprobé que no tenía ni un rasguño, aunque me dolía todo el cuerpo. Entonces escuché los gritos desgarradores de Ponyboy.

Sabía perfectamente que, desde donde nos encontrábamos, llegaríamos mucho antes al hospital Xeral, en el bando nacional, que a los sanitarios nuestros en la base republicana. Pero también sabía que llevándolo allí nos

jugábamos el cuello; los dos. Cabía la posibilidad de que lo atendieran, lo curasen y nos apresaran —ojalá hubiera sido así—. O que llegásemos y se negaran a salvarlo; ¿para qué salvar a un rojo cuando a sus soldados los estábamos matando? La tercera opción era que nos dispararan nada más vernos, o que pisáramos otra mina, pero teníamos que arriesgarnos; si retrocedía hasta nuestro hospital de campaña, Rubi no habría llegado con vida. Eso si no nos mataban antes los francotiradores.

Hasta el hospital había poco más de doscientos metros y conocía cómo acceder por detrás pasando por la plaza de Santa Rita. Lo cargué al hombro, lo dejé apoyado contra la parte de atrás del edificio y corrí hacia arriba por la cuesta que daba a la puerta trasera de urgencias. Allí tenían el mismo jaleo o más que en el frente, nadie reparó en que yo tenía puesto el uniforme del ejército republicano. Nadie. Ni si quiera me miraron a la cara, no daban abasto. A la primera persona que se cruzó delante de mí vistiendo una bata blanca, le pregunté si era médico y asintió con la cabeza. Lo agarré del pecho y me lo llevé a la fuerza por la puerta de atrás hacia afuera, amenazándolo con volarle los sesos allí mismo si se oponía o gritaba. Era un hombre mayor, atractivo, de pelo canoso y bigote espeso y negro. Le pregunté cómo se llamaba.

—Aguirre, soy el Doctor Aguirre —respondió asustado.

Yo en ese momento no caí, de lo nervioso que estaba no até hilos. Nunca me hubiera imaginado que era el mismo doctor Aguirre que había sido el jefe de Aitana.

—Pues bien, doctor. Va a usted a curar a mi amigo, ¿de acuerdo? —le solté de carrerilla comenzando a llorar, empapado en sangre, sudando y desesperado, mientras le apuntaba con la pistola en el pecho—. Nos va a ayudar ¿vale? Si se niega a atenderlo le pego un tiro; si mi amigo se muere le pego un tiro; si veo que no lo intenta le pego un tiro; y si usted nos delata ahí dentro, también le pego un tiro. Así que, usted verá... Por favor, no deje que mi amigo muera. Se lo ruego.

No fue una amenaza, fue un ruego en forma de lamento desesperado.

—¡Sí, sí, sí, de acuerdo! Lo he entendido.

Llegamos hasta Rubi y estaba completamente blanco, no algo pálido, blanco. Cuando el doctor se agachó para ayudarme a levantarlo no se lo podía creer.

—¿Rubén? ¿Eres Rubén Villar? ¿El hermano de Aitana?

Está claro que el mundo es un pañuelo, pero aquella coincidencia era

totalmente rocambolesca.

Antes de entrar de nuevo al hospital, el doctor Aguirre me hizo poner su bata para que cubriera mi uniforme. Me despojé del casco, el equipo de comunicación, el cinturón y las trinchas con la munición, dejé el fusil, y lo metí todo dentro de un contenedor para recuperarlo más tarde. Solo me quedé con la pistola que escondí en mi espalda por dentro del pantalón. El uniforme de Rubi apenas se distinguía, ya que además de la sangre, que lo tapaba todo, le faltaba la pierna izquierda entera y la mitad de la derecha, que le colgaba desde la rodilla. Le quité el casco en el que él había escrito con letras mayúsculas: «PONYBOY», y le colocamos la guerrera del revés por encima del pecho. Nadie se percató de nosotros, a nadie le llamamos la atención.

Entramos directamente a un quirófano donde estaban operando a otros tres soldados santistas a la vez, y el doctor hizo lo que pudo.

Después de un buen rato en el que Rubi ya no volvió a respirar, y al darme cuenta de dónde estaba, me quité la bata para irme de allí. Pero antes de largarme, cogí un trozo de venda y un bolígrafo para escribir unas letras y se lo guardé en su mano cerrando su puño. No le pude decir aquellas últimas palabras, no me acordé de hacerlo, por esos se las escribí, para que las llevase siempre consigo. Entonces me di cuenta de que, al haberme quitado la bata, tenía el uniforme republicano a la vista, así que me quité la guerrera para atármela a la cintura quedándome en camiseta de asas para que no se viera la bandera tricolor de la república, dejando así los brazos tatuados al descubierto. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Guardé el iPhone con los auriculares ensangrentados en un bolsillo del pantalón, pensando en que tenía que salir de allí cuanto antes, pero no quería dejar a Rubi solo, no sabía qué hacer. El doctor me dijo que él se encargaba, que no me preocupase, que su cuerpo lo iba a bajar al depósito él mismo y me prometió que se pondría en contacto con Aitana para contárselo, pero yo me tenía que ir de allí enseguida.

No me dio tiempo.

En algún momento, recorriendo aquel laberinto de pasillos buscando la salida; llorando, ausente, con la mirada perdida, sin creerme aún que mi amigo acabase de morir cogiéndome de las manos... alguien me reconoció por los tatuajes, la cicatriz o por la oreja, no lo recuerdo bien. Sentí que se echaban encima de mí. Yo no me resistí. Me daba igual que hicieran conmigo lo que quisieran. Yo estaba allí físicamente, pero en ninguna otra forma.

Luego, en uno de tantos golpes todo se volvió blanco y volví a sentir muy cerca las puertas de la niebla.

19. Luna de Sangre

Costa Atlántica, Galicia, 27 de julio de 2018

Desperté con el tercer codazo que mi compañero de viaje me acababa de propinar en el costado; eran las 21:30 del último viernes de julio.

—¡Despierta, coño! ¡Mira ahí arriba, flipa!

Aún sentía tener los ojos hinchados de llorar tanto la pérdida de Ponyboy, y me costó enfocar la vista para ver hacia donde me había señalado mi compañero. Además de eso, también me dolía la muñeca izquierda, la que tenía esposada a la cadena de hierro que estaba fijada al suelo de aquel camión militar que nos transportaba, pero lo que más me dolía era el puntiagudo sentimiento de culpa que me atormentaba. En parte, me sentía responsable de la muerte de Rubi.

—¿Pero...? ¿Qué *carallo* es eso, macho? —preguntó señalando al cielo otro de los presos, el que estaba sentado frente a mí.

Aquella luna llena parecía estar sacada de una película de ciencia ficción; enorme y totalmente cubierta de un color anaranjado que poco a poco fue tornando a rojo intenso con el paso de los minutos.

—Es una luna de sangre —respondí, mientras rebuscaba en mi bolsillo derecho tratando de sacar el paquete de tabaco con la mano que tenía liberada. Cuando lo conseguí, encendí un Lucky y ofrecí tabaco a los hombres que me rodeaban—. Es por el eclipse. El sol está en un lado, al otro la luna y en medio la tierra, perfectamente alineados.

—¡Hostia!, pero... ¿Y ese color? —preguntó otro.

—Son los restos de los rayos del sol que pasan alrededor de la tierra. Como cuando hay un atardecer de esos bonitos de verano en los que el cielo se cubre de rojo. Pues parecido.

Agradecí aquella conversación. No tenía muchas ganas de hablar con nadie, pero a falta de mis auriculares y mi iPhone, que en algún momento alguien me había quitado, hablar con aquellos tipos era mucho mejor que estar en silencio. Me haría el viaje más ameno y me obligaría a no pensar demasiado.

Tan solo conocía a uno de los veinte hombres de aquel camión, lo recordaba de haberlo visto en el frente el día anterior pero no habíamos tenido tiempo para hablar. Fue él, el único que creía saber hacia dónde nos llevaban, los demás no teníamos ni idea.

—Creo que nos llevan a la cárcel de Teixeiro, en Coruña. Aunque hay quién dice que están construyendo un campo de concentración cerca de Lugo, pero solo son habladurías. A uno de los dos sitios, fijo —aclaró desde el

fondo del camión, pegado a la cabina, donde había una ventanilla estrecha y rectangular de cristal opaco, por la que asomaba cada rato uno de los militares que nos custodiaban y nos ordenaban guardar silencio.

De que íbamos hacia el norte no cabía la menor duda, por suerte, la parte de atrás del camión no tenía lona, tan solo unos trozos colgando con la evidencia de que el resto había ardido hacía poco. Así que podíamos ver perfectamente el camino que llevábamos por la costa Atlántica. Al cabo de media hora llegamos a Santiago de Compostela. Ya era de noche. Los que estábamos sentados en los bordes del camión pudimos ver las torres iluminadas de la majestuosa catedral, a lo lejos. El camión no siguió hacia el norte, tomó la carretera que llevaba a Lugo, hacia el este. El que estaba a mi lado y me había dado los codazos para despertarme se llamaba Julián, era de Piñeiro, una pequeña aldea cerca de O Carballiño, en Ourense, donde Keira y yo habíamos dormido una noche hacía ya casi un año. Añoré aquellos días y los que pasamos luego con Jimena, y los de después con Sara. Las echaba mucho de menos. Y cerré un instante los ojos para poder imaginármelas en casa de Fran y Natalie en Londres; Sara hablando conmigo por teléfono, y las niñas en el suelo jugando a tomar el té.

Julián se había alistado hacía tan solo dos meses, cuando las tropas republicanas habían llegado a Ourense. Era bajito pero corpulento, de unos treinta años, totalmente rapado al cero y al presentarse a mí me aclaró que sus amigos le llamaban Búfalo, por el bigote y perilla extravagante que llevaba, a lo Buffalo Bill. Fue él quien me dijo que estuviera atento a cada señal que viese, sobre todo que estuviera atento en los cruces, para saber hacia dónde íbamos, pero, sobre todo, para saber de dónde escapar. Él lo tenía claro; si no nos escapábamos nos iban a fusilar.

A la guerra en Galicia le quedaban dos telediarios. Las tropas republicanas habían conseguido ir arrinconando poco a poco a los fascistas y solo quedaban cinco grandes ciudades por liberar; Pontevedra, Santiago de Compostela, A Coruña, Ferrol y Lugo. Pasaba igual en el resto del país. Los enemigos habían quedado divididos en dos bloques; el del norte, que estábamos a punto de liberar, y en la costa mediterránea, donde estaba costando un poco más y sus dominios aún se extendían desde Benidorm hasta Barcelona. Pero nuestras tropas ya habían conseguido llevar el frente hasta una línea entre tres puntos; Albacete, Teruel y Lleida. Se decía que todo acabaría en cuatro o cinco meses, pero en la guerra, la situación podía cambiar de manera drástica en una sola semana. Por eso mi nuevo amigo Julián, o Búfalo, decía que precisamente por

eso había que buscar la manera de escapar de allí cuanto antes. Si nuestras tropas se acercaban rápido, nosotros tendríamos los días contados.

—*Así que ti xa podes ir contando o que ves, para que che quede na cabeza e saber onde carallo nos levan.*^[80]

Pasamos Santiago en dirección a Lugo, ese tramo yo lo conocía muy bien ya que había hecho el camino de Santiago y me sabía los pueblos por los que tendríamos que pasar. Dejamos atrás Arzúa y el camión siguió la misma dirección, pero al llegar a Melide —donde comiera uno de los mejores pulpos a *feira* de mi vida— el camión se adentró en el pueblo y en la rotonda giró a la izquierda. A partir de ahí yo ya no tenía ni la menor idea de hacia dónde íbamos, así que agudicé la vista para describir los cambios de dirección a mis compañeros. Para cuando habíamos llegado a Melide, ya había pasado una hora desde que dejáramos Santiago atrás. La luna de sangre ya estaba desapareciendo para volver a su color blanco habitual, entre eso y que la luz de las farolas ya estaba encendida, podía ver, aunque con dificultad, los detalles del camino. En Melide volvimos a cambiar de dirección en un cruce que tenía un cartel a la altura de la acera, pegada a una valla, y con forma de flecha, que anunciaba seis kilómetros hasta la aldea de Toques. Se lo canté a Búfalo.

A partir de ahí la carretera se hizo más estrecha, de un solo carril, asfaltada hacía mucho tiempo y sin ningún tipo de pintura en ella. Ni siquiera había sitio para arcenes, tan solo se veían campos de labranza, robles, pinos y eucaliptos. Muy de vez en cuando pasábamos por delante de alguna casa, pero no era posible tomar ninguna referencia clara. Luego solo vi campos y más campos. También pasamos un cruce de caminos donde continuamos recto y había un cartel, pero no había ninguna luz, por lo que no lo pude leer.

Después llegamos a una aldea de pocas casas que, al salir de ella, pude leer el cartel: «Vilamor de Arriba». El camión aminoró la marcha hasta casi detenerse, chirriaron los frenos y comenzó a girar muy despacio hacia la derecha, sentimos bajar una pequeña cuesta donde el camino se hacía muchísimo más estrecho, pero aún asfaltado, aunque daba pena del mal estado en el que se encontraba, por allí, durante unos metros fuimos atravesando otra aldea, o la misma, no lo sabía con certeza, en la que solo había cuatro casas, una farola, una iglesia y un cartel que ponía: «Igrexa^[81] de San Estevo». Al cabo de dos o tres minutos, aquel camino estrecho pasó a ser una pista de tierra, y ya no se veía nada más que el polvo alumbrado por las luces rojas traseras del camión, y ninguna otra farola más durante tres o cuatro kilómetros.

Fuimos ascendiendo una colina para bajarla y subir la siguiente, hasta que los árboles a ambos lados de la carretera se empezaron a ver con claridad cada vez más y más, iluminados por alguna luz a lo lejos que fue incrementando a medida que nos íbamos acercando a ella. El camión se detuvo entre una nube de polvo cuando ya todo estaba iluminado. Los que aún conservábamos el reloj, calculamos que habíamos tardado casi veinte minutos desde el centro de Melide, probablemente estábamos en algún lugar muy cerca de la frontera imaginaria entre las provincias de A Coruña y Lugo. En medio de la nada.

Fui el primero al que ordenaron bajar del camión, después de que un chaval de unos veinte años, vestido con el uniforme del ejército fascista, me soltara de la cadena y me esposara a la muñeca de Búfalo.

Ya estábamos dentro de un recinto al que habíamos accedido con el camión atravesando un arco en la base de un gran torreón de madera, del que partía, por ambos lados, una larga alambrada de unos seis metros de alto y, a pocos metros de distancia, otra valla rodeando a la primera. Por el espacio que quedaba entre las dos alambradas paseaban varios militares armados, separados entre sí por unos diez metros de distancia, os que, al bajarnos todos del camión, comenzaron a chillarnos, insultarnos y escupirnos. Nos giramos y delante nuestro teníamos una edificación alargada. Eran dos bloques de madera con dos plantas de altura cada uno, unidos por una especie de puente sobre el cual había otro torreón de vigilancia, y del que salían los dos focos que nos deslumbraban. Intuí dos figuras armadas allí arriba, en lo más alto de la atalaya. Era más parecido a un campo de concentración nazi que a una cárcel. Pasamos caminando en formación por debajo de aquel arco, donde había un cartel que rezaba: «Campo de Reclusión do Careón», y debajo: «Viva el Rey». Cruzamos dos portalones metálicos enormes hasta llegar a una especie de pequeño patio de armas con el suelo de tierra, cuadrado, bordeado por un edificio de una sola planta, también de madera, con varias ventanas cuadradas y enrejadas. Dos militares nos ordenaron seguirles y nos introdujeron en una sala nívea y fría, de paredes blancas y baldosas del mismo color en el suelo, sin nada más que una mesa alargada al final de ella, donde había cuatro hombres sentados, cada uno con un iPad delante suyo. A ambos lados de la mesa se apostaban varios soldados rasos. La única decoración de aquella habitación eran dos fotografías enmarcadas que colgaban de la pared, detrás de los cuatro oficiales; una de su general, el golpista García Santos, y otra del Rey.

Nos repartieron en cuatro hileras, nos ordenaron quitar la ropa y depositar

en una bandeja los objetos que llevásemos encima; anillos, colgantes, relojes, pulseras, etc. Yo solo tenía encima el paquete de tabaco, del que tan solo me quedaban dos cigarros y el Zippo, lo demás supuse que ya me lo habían quitado al apresarme —aunque de eso no me había enterado—. Le pregunté al soldado si me tenía que quitar las pulseras de mi muñeca izquierda y me contestó que no. Solo eran dos de cuero, una de conchas y otra de tela de color celeste con el escudo de Celta de Vigo. Si teníamos un carné que nos identificase teníamos que entregárselo, pero yo no lo tenía conmigo.

Ahí estaba yo, completamente desnudo, con las pulseras en mi muñeca como única vestimenta y tratando de tapar mis genitales con las manos, muerto de vergüenza, impotencia y frío. El soldado me mandó colocarme delante de la pared blanca y me hizo fotos así, desnudo y con los brazos en cruz. Por delante, por detrás, de cara y de perfil. Algunos, que se negaron a quitarse los calzoncillos, recibieron culetazos de fusil hasta que se los arrancaban los mismos soldados. Luego, el más joven de los soldados que estaban en aquella sala, sacó fotos de cada uno de mis tatuajes con más detalle; el dragón de mi tobillo izquierdo, la silueta de las islas cías con sus coordenadas de mi tobillo derecho, encima la media concha de vieira —que era el símbolo de mi grupo de baile— con el nombre escrito debajo: *Lembranzas Galegas*, el brazalete celta de mi bíceps derecho, el búho de mi antebrazo interior derecho, Peter Pan con Campanilla, Wendy y sus hermanos volando sobre mi hombro izquierdo, el escudo del Celta en mi espalda, y las estrellas de mi antebrazo izquierdo con la frase de *El Principito*: «Si te gusta la flor que hay en una estrella, es dulce mirar al cielo por la noche». Todos. Sacó, con detalle, varias fotografías de cada uno de mis tatuajes.

Me sentí muy vulnerable.

La sensación era de total descontrol de mi cuerpo, impotencia, y mis horribles ganas de no querer estar ahí, que aquello fuese un mal sueño y querer despertar acostado en mi cama. Entonces me entraron unas ganas tremendas de llorar a raudales y me faltó muy poco para reventar, pero no podía permitírmelo, y tampoco quería darles el gusto de verme así.

Mientras me volvía a vestir con lo que traía puesto; calzoncillo, pantalón, camiseta blanca de asas, la guerrera de camuflaje militar, botas... Y después de que otro soldado revisara mi ropa, el oficial que tenía delante de mí me preguntó mis datos personales. No sabía si darle los datos correctos o mentirle. Lo pensé en cuestión de segundos. Deduje que, si mentía, el tipo que se hubiera llevado mi móvil, de haberlo entregarlo, podía ver que no era

verdad al cotejar mis datos de la cartilla de racionamiento digital. Así que le dije la verdad.

—Nombre —preguntó.

—Álex Nogueira Ariza

—¡Coño, Álex el Rojo! ¡Bienvenido! ¡Pero..., si no eres más que un mindundi! Y yo creía que me iba a encontrar con un gigante a lo Dwayne Johnson... ¡Manda carallo! —Soltó una carcajada enorme y cambió su gesto para proseguir con seriedad—. Dirección, número de identidad, clave del CRD y número de teléfono.

Contesté a todo lo que me preguntó. Entonces sacó de debajo de la mesa una bolsa de plástico transparente con mi móvil, el cargador, mi cartera de piel marrón, el Ventolin y la fotografía que guardaba de nosotros cuatro, la que nos habíamos hecho en Portugal el día anterior a que se marcharan ellas a Londres, delante de la fachada de piedra de la casita en Rio Tinto. Tuve el impulso de pedirle la foto y el Ventolin, pero no me atreví a decirle nada que no me hubiera preguntado. Para mi sorpresa, fue él mismo el que, al preguntarme si esos objetos eran míos y responder afirmativamente, me preguntó si necesitaba el Salbutamol. Lo llamó así; Salbutamol, por lo que deduje que aquel hombre conocía qué era aquello. Quizás él mismo lo necesitase o algún allegado suyo. Le contesté que sí, lo sacó de la bolsa y me lo lanzó por el aire.

—Sabía que los rojos erais gilipollas, pero no me imaginaba cuánto; fumador y asmático. Contigo tendremos suerte, si no te pudres aquí dentro, te matarás tu solo. Al menos tienes buen gusto futbolístico —recalcó, señalando la pulsera del Celta de mi muñeca.

Luego volcó el resto del contenido de la bolsa transparente encima de la mesa, sacó mi DNI de la cartera y confirmó los datos que le había dicho. Después de comprobar que había dicho la verdad desbloqueando mi teléfono, volvió a meter todo dentro de la bolsa excepto el iPhone y el cargador, y me la entregó con todo lo demás. Hizo un gesto con la mano y el soldado que me había hecho las fotos me agarró por el brazo para llevarme delante de una puerta, al fondo de la habitación. Nos hicieron un examen médico rápido, y a los que tenían heridas graves se los llevaron a otra sala. Yo solo tenía rasguños y golpes, ninguna herida de consideración, así que, el mismo soldado que me había acompañado arrancó el velcro con mi apellido del pecho de mi chaqueta y me pegó uno nuevo con un número; 84334. Me hizo entrega de una manta, una toalla y un pequeño paquete que contenía un cepillo de dientes,

dentífrico y una pastilla de jabón lagarto. «Carpa C23. Has tenido buena suerte, *meu*», me dijo el soldado ordenándome cruzar la puerta.

Fui el primero de mi grupo en pasar directamente a otro espacio exterior, diferente al que habíamos atravesado antes; desmedido, rectangular, donde había cientos... miles de presos. Mujeres y hombres caminando con *libertad* por aquel campo que, con las luces de los focos, no se adivinaba a ver el final. Rodeado por las dos rejas metálicas paralelas entre sí, repleto de enormes carpas verdes que solo tenían techo, montadas sobre troncos de madera de unos dos metros de altura clavados a la tierra, abiertas por los cuatro costados y llenas de catres militares de color verde, pero no los suficientes como para que todo el mundo pudiera dormir en ellos, ya que muchos estaban afinados en el suelo. La mayoría ya estaban durmiendo, pero otros estaban sentados a una mesa charlando distendidos, otros caminando y algunos de ese grupo se acercaron a nosotros, nos dieron la bienvenida y fueron preguntando a qué carpa habíamos sido asignados.

Mientras nos acompañaban, nos iban taladrando a preguntas sobre cómo estaba la situación en el frente; qué zonas habíamos liberado o cuántas bajas habíamos sufrido. Cuando les dijimos que en Vigo apenas habíamos tenido resistencia y que nuestras tropas marcharían hacia Pontevedra en pocos días, saltaron de alegría, se abrazaron unos a otros y hasta alguno soltó más de una lágrima.

Con el paso de los días aprendimos a convivir allí.

Era como una pequeña ciudad con cerca de cinco mil cuatrocientos habitantes, aunque la cifra iba variando según el devenir de los días. Era como un campo de refugiados que se hacía escaso para la cantidad de personas que estábamos dentro, y bastante precario. En el lado opuesto a la entrada del campo había otro portalón verde que daba acceso a una nave tan grande como el recinto donde nos encontrábamos, pero con techo de uralita y paredes de hormigón, allí dentro era donde trabajábamos durante el día. A ambos lados de aquel portalón, por dentro del recinto, había tres carpas cerradas de lona verde; la C31, C32 y C33. Las dos primeras eran la cocina y el comedor, la tercera era la lavandería. En medio del campo, y situados a ambos laterales, estaban los sanitarios portátiles de color verde. En total había veinte, diez a cada lado. Pegado a estos se encontraban las duchas; unas casetas metálicas del mismo color verde que los sanitarios, cada una dividida en diez cajones con duchas, y cada una de ellas con una puertecita que te cubría desde las

rodillas hasta los hombros. A aquella zona la llamaban *El hipódromo*, por el parecido de las duchas con los cajones de salida en las carreras de caballos. Solamente había dos, un hipódromo a cada lado del campo, en total, también eran veinte duchas.

Había treinta encargados de recoger y disponer la comida para todos; los jefes del campo. La colocaban sobre una mesa alargada en la carpa C32, por donde teníamos que ir pasando en diferentes turnos para comer. También eran los encargados de preparar las raciones, pero ellos se quedaban las mejores partes, como las piezas de fruta de los sábados, los yogures de los domingos o las veinticinco chocolatinas *Snack Crunch* que nos daban dos veces al mes para toda la carpa, eso se lo repartían entre los treinta dirigentes de cada una de las carpas. A ese grupo de presos les llamaban *La Mafia*.

Búfalo y yo estábamos asignados a la carpa C23. Tuvimos más suerte que algunos, ya que nuestro jefe de carpa era conocido mío, de Vigo, al igual que yo. Tenía 68 años y había sido mi profesor de literatura del Instituto Castela, donde yo había estudiado. Además, también nos daba las clases de gimnasia y era un auténtico forofó del fútbol, por supuesto, también era del Celta. Se llamaba Jaime Barreiro.

—Usted igual no se acuerda de mí, pero me dio clases hace más de veinte años. Soy Alex Nogueira..., Ariza —pronuncié mi segundo apellido con más detalle, sabiendo que sería por el cual me reconocería.

—Nogueira Ariza... —repitió despacio, tratando de hacer memoria—. Ariza... Recuerdo haber tenido entre mis alumnos a un Ariza, como el protagonista de la novela de Gabo.

—El mismo que viste y calza. Un poco más viejo, pero soy yo —contesté sonriendo, y sorprendido con su memoria.

—Perdona que no te haya reconocido, es que tu habrás cambiado mucho, claro. Además, habéis pasado tantos por allí que es imposible recordar todas las caras.

—Pues sí, de los quince a los treinta y siete años he cambiado bastante, es normal. En cambio, usted está igual. El pelo más blanco, pero igual.

Luego nos pusimos al día.

Me preguntó cómo había sido la participación de la selección española en el mundial de Rusia. En el campo sabían que, pese a la guerra, España había participado en el mundial. Le conté que el campeonato lo había ganado Francia y que Rusia nos habían eliminado en octavos de final. También se interesó en saber si Manel Loureiro había publicado *Veinte*, su nueva novela.

A lo que mi respuesta fue: «¿Pero, cuánto tiempo lleva usted aquí dentro?». Sí, la había publicado en octubre del año anterior, pero yo aún no había tenido la suerte de leerla.

Don Jaime era lo que se conoce como un hombre bueno, además era afable, de conversación culta e interesante y siempre se dirigía a ti con una sonrisa. De estatura media, cara afilada y nariz prominente, delgado, pero en buena forma, con pelo y barba blanca. Había sido apresado por pertenecer a un sindicato y llevaba allí desde el principio, cuando solo había cinco carpas y el trabajo de aquellos primeros presos había sido, precisamente, construir aquel campo, la nave de hormigón a la que estaba unido y levantar la valla. Pero gracias a aquella maravillosa coincidencia tuvimos, casi siempre, nuestra fruta y nuestro yogurt. El chocolate no siempre nos lo daba, pero no hacía como los demás jefes de la mafia que se lo guardaban para hacer negocio ellos mismos a cambio de tabaco, mantas, o jabón, él se lo guardaba para dárselo a los que más lo necesitaban. No solo para quien necesitase azúcar en el cuerpo, sino también para quien necesitase hacer algún trueque con él. Lo que más valor tenía era el tabaco y el alquiler de los catres para dormir.

A la carpa veintitrés estábamos asignados 177 presos; 74 mujeres y 103 hombres. De los cuales el más joven de la nuestra era Lois, con dieciocho años, y el mayor era Pepe, que rondaba los ochenta, el segundo más viejo del campo.

Cada día, a las 5:45 de la mañana, nos despertaban con una sirena y teníamos diez minutos para hacer lo que quisiéramos antes de formar y cantar el *Cara al Sol* antes de pasar a la nave de trabajo. Podías tratar de asearte, estirar el sueño o comer algo que te habías guardado del día anterior, ya que no daban desayuno, solo dos comidas al día; a las doce del mediodía, y al acabar la jornada, a las 20:30/21:00. Las que constaban, casi siempre, de un puñado de arroz blanco o pasta, con puré de patatas y un mendrugo, casi siempre duro. Muy rara vez había una patata o un huevo cocido sobre la bandeja.

El trabajo en la nave estaba dividido en diferentes funciones, casi todas dependientes de la fábrica de armas y munición. También había un taller donde se arreglaba la maquinaria y algunos automóviles. Y después estaban los privilegiados, los mismos que en el campo. Durante el turno de trabajo la mafia solo supervisaba, daban vueltas alrededor de los trabajadores manteniendo el orden y obligaban a que la cadena de trabajo mantuviera el ritmo exigido por el régimen santista. Eran los que mejor vivían.

El día a día era muy sencillo, agotador, pero sencillo.

Yo casi siempre me levantaba un poco antes de que sonara la sirena, así que me iba directamente al hipódromo para ducharme, o asearme cuando había agua, y volvía para comer la mitad del trozo de pan que había guardado de la cena anterior, relleno con algo de arroz o pasta para darle sabor y rápidamente formaba delante de la carpa para cantar su puto himno falangista.

Mi trabajo consistía en organizar las pilas de cartuchos, ya acabados, del calibre 5,56 X 45 mm y meterlos en unas cajas metálicas con capacidad para ochocientas unidades, e ir apilándolas en un palé de madera. Así durante trece o catorce horas. Al acabar, si estaba muy cansado, me tiraba a dormir un par de horas en el catre de algún compañero, ya que yo no tenía ninguno asignado aún, hasta que él se echase a dormir. Entonces yo me tiraba en el suelo en mi sitio reservado, pegado a la espalda de Búfalo. Pero algunas noches, antes de echarme a dormir, simplemente paseaba por el campo durante un rato.

Así como cada tanto iban entraban presos, otros salían para no volver. Casi siempre en mitad de la noche o poco antes de amanecer. Eran los que sacaban a darles el *paseiño*. Entraba un grupo de soldados, llamaban a los números que requerían y se los llevaban, entonces se montaban unos jaleos enormes, unos gritaban, otros se escondían, algunas veces se montaban riñas y peleas, pero nunca llegaban a más. Los jefes de las carpas se encargaban de que ninguno le hiciera perder el tiempo a los guardias por miedo a las represalias. Luego, cuando desaparecían por el portalón de entrada, todo el campo se quedaba en silencio. Un silencio absoluto, rotundo, en el que solo se escuchaban los grillos y algún pájaro tempranero. Nos volvíamos a acostar, aunque nadie consiguiera dormir, y permanecíamos así; callados e inmóviles durante un buen rato, pero con los ojos aún abiertos. Al cabo de quince o veinte minutos aquella quietud desesperante se rompía con una ráfaga de disparos a lo lejos. Aquel sonido siempre provenía del mismo sitio, algún lugar en la cima de la sierra que nos cubría, hacia el este, entre un pinar espeso. Luego, diez segundos de más silencio que volvía a romperse con los tiros de gracia, uno por cada compañero que habían sacado al *paseiño*. Y entonces, a veces a lo lejos, a veces cerca, entre todo aquel mutismo siempre se escuchaban lamentos acompañados con llantos y a alguien consolando a otro.

Aquellas noches costaba encontrar el sueño, pero acababas sucumbiendo por puro cansancio, físico y emocional. Nunca adivinamos cuál era el método de elección de los sacados, asumimos que era totalmente aleatorio. A la

mañana siguiente, los cinco mil y pico formábamos en silencio para pasar a la nave de trabajo, como si fuera una muestra de respeto hacia los familiares y amigos que se habían visto afectados, que los había, y muchos. Allí había familias enteras; padres con sus hijos, tíos, hermanas, madres, amigos, vecinos, incluso abuelos.

Yo, de manera absolutamente egoísta, a veces sentía envidia de ellos y pensaba que eran afortunados porque estaban acompañados de algunos de sus seres queridos de los que poder despedirse y acompañarse, y yo allí estaba solo, con Búfalo de Piñeiro, pero sabía con certeza que el que tenía auténtica suerte era yo; mi hermana y su novio estaban en Vigo sanos y a salvo, mi mejor amigo con su mujer e hijos también, y Sara, Jimena y Keira ya estaban paseando por Notting Hill, en Londres, lejos de aquel despropósito y viviendo en paz. A ellas ya no les podía pasar nada malo.

Las echaba mucho de menos. También echaba en falta mi música. Por las noches, antes de dormir, me imaginaba que me enchufaba los cascos y trataba de recordar la letra entera de alguna canción. Era más complicado de lo que creía. Hasta que conocí a Lucía, una joven que cantaba de puta madre, y nos amenizaba algunas veladas con su voz. Con el tiempo, y tras conocer mis gustos, me cantaba la misma canción; *She used to be mine*, de Sara Bareilles.

*It's not simple to say,
That most days I don't recognize me... [\[82\]](#)*

Decía que aquella canción hablaba de ella. Contaba la historia de una chica que había cambiado, que ya no era la misma de hacía años y no le gustaba la mujer en la que se había convertido.

*...It's not easy to know,
I'm not anything like I used to be... [\[83\]](#)*

Cuando supe la letra, también aquella canción hablaba de mí. Del hombre que yo había sido, de la persona que yo solía ser. Aquel hombre, que solía ser mío, ahora ya no me pertenecía. No era yo, era otro. Aquella persona que me había pertenecido no mataba a nadie, no disparaba a nadie, no peleaba con nadie.

...She is imperfect, but she tries, She is good but she lies...

...*She is gone, but she used to be mine...* ^[84]

Yo había llegado al campo a finales de Julio bajo una luna de sangre, media hora antes de cumplir los treinta y siete años, y ahora, a principios de septiembre, algo había cambiado. Pero antes, el 28 de agosto, charlando con Don Jaime, el feje de mi carpa con el que ya había forjado una gran amistad, le conté que hacía un mes que había sido mi cumpleaños. Me dijo que tenía que hacerme un regalo, a lo que yo me negué y él insistió, pero quedó ahí la cosa.

Al cabo de tres días, una fresca noche de verano que aliviaba la ola de calor que sufríamos durante el día, y al volver del hipódromo con el cuerpo sin secar y la toalla por la cintura, me asaltaron varios de mis amigos dándome collejas y tirándome de las orejas; Don Jaime, Búfalo, Bruno, Cristóbal, María, Nico, Lucía y Lois, además de otros compañeros con los que tenía menor trato. Me cantaron el cumpleaños feliz y Lucía, una de las más jóvenes de la C23, me acercó un pedazo de chocolatina *Snack Crunch* donde habían pinchado un fósforo encendido. Después de soplarlo, Don Jaime me entregó un paquete envuelto con la tela de un saco de patatas y lo abrí entusiasmado. Era una carpeta de anillas con cientos de folios; unos cuadriculados, otros rayados, unos blancos y lisos, otros amarillos, rojos, con manchas de café... Todos de diferentes tamaños y colores. Además de un bolígrafo de tinta azul, con el capuchón mordisqueado y enganchado a la anilla superior de la carpeta con un trozo del cordón de una bota.

—A mis amigos siempre les regalo un libro. Siempre —dijo Don Jaime—. Pero aquí, aunque puedo conseguir casi de todo, estos soldados fascistas no son muy dados al arte de la lectura, así que lo único que se me ha ocurrido es que tú escribas uno, el tuyo propio —Se acercó más a mí, puso sus manos sobre mis hombros y continuó diciendo en un tono más íntimo—. Deberías escribir todo lo que me has contado. Tu hija debe conocer su historia —Se separó y volvió a levantar la voz—. ¡Y todos han colaborado, eh! Cada uno a puesto su granito de arena. Unos han vendido colillas para conseguir la carpeta, Lucía ha cantado canciones e intercambiado un buen trozo de jabón para conseguir el bolígrafo, y la mayoría hemos intercambiado yogures y fruta por hojas de papel. Así también contarás nuestra historia. Al menos, todo lo que pasó aquí.

Me sorprendió tanto que no supe reaccionar como hubiera querido. Solo pude repetir una y otra vez: «Gracias. Gracias. Gracias». Completamente emocionado y sin cambiar el gesto, absorto y con la boca abierta, solo acerté a

seguir dándole las gracias a todos y me abracé a Don Jaime. Luego fueron pasando uno por uno para besarme y abrazarme.

—Si escribes sobre mí no pongas que estoy calvo y gordo, que te mazo a hostias. Di que estoy rapado al cero y fuerte o corpulento —me aclaró Búfalo sonriendo.

—Vale, así lo hare.

Y así lo hice.

Aunque nunca había escrito nada, ya que no creía ser muy ducho para esas cosas, me gustó mucho la idea de hacerlo. Don Jaime me dio un consejo: «Escribe tal cual como lo pienses. No elijas las palabras que creas más adecuadas. Ellas pueden ocultar cosas, pueden mentir; los recuerdos no». Esa misma noche, el 28 de agosto, comencé a escribir mi historia. La historia de mi hija.

Tu historia, Jimena.

A la semana siguiente, ya entrados en septiembre, fue cuando comenzamos a notar ciertos cambios en las rutinas de los soldados.

Al principio lo notamos en que la carga de trabajo, así como la exigencia que ejercían sobre nosotros en la nave, era mucho menor. Más adelante nos dimos cuenta de que los militares que rodeaban el perímetro del vallado también eran muchos menos. Y el detalle que ya nos hizo confirmar con certeza que algo raro estaba pasando, fue cuando la comida empezó a escasear y los *paseños* a aumentar. Ya no nos daban dos comidas al día sino una. Solo arroz con pan, nada más, a veces alguna patata cocida, pero lo peor es que era muy poca cantidad. Tan escasa que empezó a haber problemas entre los presos. Las enfermedades comenzaron a hacer estragos y algunos golpeaban a otros solo por quitarle un trozo de pan, sobre todo se cebaron con la gente mayor. El carácter de la gente comenzó a cambiar; hubo violaciones, más peleas, más abusos. Todo ello provocado por la falta de comida, además, si tenías alguna enfermedad era el fin. Al principio aun te dejaban pasar una noche bajo techo en la enfermería y durmiendo en una cama de verdad, pero a las pocas semanas ya no había tal enfermería y mucha gente que enfermó comenzó a morir con una rapidez abrumadora. De hecho, ya no sacaban ni los cadáveres y tuvimos que improvisar un cementerio en una de las esquinas del campo.

A mediados de septiembre presencié algo que nunca olvidaré, además de otras muchas cosas, pero, era la primera vez que veía algo así y me marcó.

Un grupo de unas cincuenta personas de diferentes carpas, casi todos jóvenes, se echaron a escalar las vallas al unísono y desesperados, todos a

una. Con la esperanza de que alguno sobreviviera a los disparos y poder escapar, al ser ellos tantos y los soldados muchos menos, pensando en que no iban a dar abasto para dispararles a todos, pero no fue así. Murieron todos acribillados.

Supuse que alguien les había dado el chivatazo, ya que, aquella operación era vox populi en el campo, y cuando había llegado la hora, los soldados estaban concentrados en la zona por la que iban a saltar. A mí me habían pedido consejo sobre cómo llevarlo a cabo, mi leyenda seguía teniendo peso y algunos se acercaban para conocerme o preguntarme algo, pero yo a aquellos chavales les aconsejé que no lo hicieran, les rogué que no lo hicieran; era una locura. Y fue una masacre que quedó marcada en mi retina. La imagen de aquellos hombres y mujeres con toda la vida por delante siendo asesinados frente a nuestras narices no la podré olvidar nunca. Lo único bueno de todo aquello fue que conseguí impedir que los jóvenes de mi carpa se unieran a ellos. Desde entonces me dio la sensación de que la gente del campo me tenía en mayor consideración, nunca supe el porqué.

Justo al día siguiente de aquel acontecimiento, nos anunciaron por megafonía de que ya no habría que ir a la nave de trabajo; se habían paralizado las labores momentáneamente por complicaciones en la entrega de materiales y las vías de distribución. Era sábado, 15 de septiembre de 2018. Todo el campo estalló en júbilo con gritos, cánticos, abrazos y llantos de alegría. No por el fin del trabajo de catorce horas diarias, sino por lo que significaba aquello. Sabíamos que la guerra, al menos en Galicia, estaba a punto de terminar. Los republicanos estaban cerca, aquello solo podía significar eso. Y yo, por mi parte, lo que hice las semanas siguientes en las que no teníamos nada que hacer, fue escribir, escribir y escribir más. Hasta hoy, 12 de octubre de 2018.

Veo que me quedan pocas hojas. Tengo que ir administrando el papel, ya que no hay dónde encontrar más. A partir de ahora escribiré a modo de diario para ahorrar espacio. No sé cuándo se va a acabar esto, si en quince días o un año.

20. Diario de un Preso

Viernes, 19 de octubre de 2018

Hoy la situación ya no es tan fácil aquí, si alguna vez lo fue. Estamos a 19 de octubre y ya quedamos muchos menos en el campo; calculamos que tres cuartas partes, unos cuatro mil. Ahora soy el jefe de la C23, a Don Jaime lo sacaron de *paseo* hace tres días y los demás me han elegido a mí. Hay camas para casi todos, la frecuencia de los *paseños* ha aumentado y salen compañeros en grupos de quince o treinta todas las noches, en algunas hasta repiten la operación. Echando cuentas, los que tengan más suerte tienen alrededor de cuatro meses y medio para ser liberados. Ahora tengo muy claro que yo no saldré de aquí con vida. Antes sí, aún tenía esperanza, creía que las tropas republicanas iban a llegar de un momento a otro para liberarnos, pero ahora ya no lo creo. O por lo menos, no creo que lleguen a tiempo. Sería un auténtico milagro. Os echo mucho de menos.

Domingo, 28 de octubre de 2018

Perdonad si escribo con muchos días de diferencia, pero no encuentro más papel por ningún lado. Me queda poco.

El ambiente es triste, enfermizo, apagado y silencioso. Apenas hablamos entre nosotros y desde hace dos semanas ya solo nos tiran pan mojado, como a las gallinas. Cada dos o tres días algunos soldados se ponen en el tejado del edificio principal de madera y desde ahí vacían los sacos de pan por los que hay que pelearse, ya que no da para todos. Si hay suerte también tiran algunos pequeños paquetes individuales de mantequilla.

Yo ya no tengo fuerzas para pelearme con nadie, cada vez estoy más débil. En poco tiempo he bajado de peso una barbaridad. Estoy perfecto de salud, pero muy débil. Hace unos días me vi en el único espejo que hay en el campo y no parece que tenga 37 años, parece que tengo 60. Lo peor es cuando llueve, ya que no tenemos paredes y el frío se me clava en los huesos como un punzón, pero echo mano de nuestra foto y recuerdo aquella tarde calurosa de verano en Río Tinto, el día anterior a que partierais en aquel avión con el que sueño en subirme junto a vosotras casi todas las noches; entonces entro en calor. La noticia positiva; ¡Que ya no tengo barriga cervecera! Ríete tú del *Crossfit* o del *PaleoTraining* ese que está tan de moda.

Lo bueno es que los más jóvenes de nuestra carpa y que se encuentran mejor de salud, reparten con nosotros el pan que consiguen. Sobre todo, Lucía y Lois, ellos se preocupan mucho por mí y me tienen gran estima, como yo a ellos. Tanto es así que en unos días vamos a celebrar su boda y Lucía me ha pedido que fuera su padrino. Son muy buena gente. Ellos se conocieron aquí dentro. Lucía, la cantante, es una joven de veinte años de Betanzos y, cuando Lois comenzó a cortejarla, ella siempre me venía a pedir consejo. Pero lo divertido del caso es que también él hacía lo mismo. Desde hace un tiempo es uno de mis mayores entretenimientos en el campo, además de escribir, pasear y jugar a las cartas. Esa es otra; las cartas. No sé cómo, pero le pedí a un guardia unas cartas para poder ocupar nuestro tiempo y al día siguiente, contra todo pronóstico, nos trajo varias barajas.

Con respecto al tema de Lucía y Lois —que me lío—Yo me imagino a mí mismo como el Cyrano de Bergerac de la película; escribiendo poemas para que él se los lea a Lucía. La diferencia con la peli es que yo no estoy enamorado de Lucía, al menos no del modo en que entendemos como enamorarse, aunque si estoy enamorado de su juventud, de su inocencia....,

pero también de su valentía, su entusiasmo y de la admiración que tiene hacia Lois de Candeán, mi Christian de Neuville particular. A veces me imagino que Lucía eres tú, Jimena. Te imagino así de mayor.

Quizá es porque también tiene los ojos verdes y el cabello negro. Muchas veces me acompaña en mis paseos alrededor del campo agarrada de mi brazo y entonces, en mi mente, ella se convierte en ti y también aparece Keira con nosotros unos metros por delante olisqueándolo todo. Y luego llega Sara por detrás y se une al paseo también.

Le hablo mucho de vosotras.

Es una suerte tener a alguien cercano con quién hablar y que parece ajeno a todo lo que nos rodea aquí dentro. Ella me canta y habla de su *Amigobio*, como llama a Lois; de sus padres, que tenían una panadería; del futuro, que le gustaría montar una panadería con Lois cuando salgan..., pero también me habla de ropa, de sus amigas, de la música que le gusta... y a mí me encanta escucharla porque lo hace como si no estuviera aquí retenida, parece que estamos paseando por el campo y contándonos nuestras cosas. Quieren vivir entre Santiago y Betanzos porque él tiene familia en la capital. Es muy injusto que esté retenida aquí, con toda la vida que ~~tenía~~ tiene por delante. Son una pareja estupenda. Se entienden muy bien y se ríen mucho juntos.

Espero que salgan con vida de esto. Alguien tiene que hacerlo.

Tampoco tengo a Búfalo ya, lo fusilaron hace dos noches. Que descanse en paz; Julián Pereira Mourelo. Te quiero, amigo. TEELN.

Al igual que había hecho con Ponyboy, pues tampoco me dio tiempo a despedirme de él, también escribí en un papelito esas cinco letras. Luego enterré el papel debajo del catre en el que solía dormir.

He pensado que, después de la boda —ahora ya estoy muy cansado y necesito dormir—, tendré que escribir despidiéndome de vosotras. No quiero quedarme dormido mientras escribo alguna tontería y que esa noche me despierten diciendo mi número, marchándome de aquí sin poder despedirme.

Os quiero. Os amo. Os echo mucho de menos.

Lunes, 5 de noviembre de 2018

Ayer celebramos la boda. Fue fantástica, preciosa, a pesar de los pocos recursos con los que contamos.

Montamos una especie de altar en la carpa del comedor y decoramos un camino con ramas y algunas mimosas amarillas que crecen a lo largo de la base de la valla. A Lucía le hicieron un vestido blanco con dos fundas de almohada unidas, quedando un vestido de una sola pieza sin mangas, con escote de barco y hasta por encima de las rodillas. Tan perfecto... Le recogieron el pelo con una diadema hecha con ramas y pequeñas margaritas blancas, que hacían resaltar la belleza de sus ojos verdes y su pelo negro. Maribel, de la C19, le prestó un colgante precioso que había sido de su madre y que nunca nos contó cómo lo había pasado al campo. Para el ramo contamos con la humanidad de uno de los soldados, que se apiadó de nuestras súplicas y nos hizo llegar, entre las rendijas de la valla, varias flores silvestres de la zona, sobre todo ramas verdes, varias petunias de color violeta y una enorme pasiflora del mismo tono violáceo.

A Lois lo vestimos de gala. Algunos oficiales y suboficiales de la república habían llegado al campo con su traje militar de bonito, y uno de ellos nos dejó su chaqueta verde con los galones de sargento sobre los hombros. La camisa blanca se la dejó otro compañero junto con la corbata negra, otro le prestó unos guantes blancos del ejército del aire, otro los pantalones. El peluquero del campo le hizo un corte a la melena larga de Lois y afeitó su barba. Estaba muy elegante, aunque aquello le hacía mucho más joven de lo que ya era. A mí también me regaló un afeitado. Pero el detalle final fue toda una sorpresa. Alguien de otra carpa, conocido solo de vista para mí, se me acercó con una gorra de plato de color verde granito, con barbuquejo y botones dorados, galleta con laureles y el escudo de la república, y galones de oficial del ejército de tierra. Ni él mismo sabía de quién era, hacía meses que lo había encontrado bajo su catre y se lo había quedado: «Es un regalo de la C11 para el camarada Lois», dijo. Fue todo un detalle, pero no el único.

El regalo de nuestra carpa para los novios consistía en prepararles todo lo posible para que tuvieran una noche de bodas en la más absoluta intimidad. Los compañeros de la C30, frente a las de cocina y lavandería, nos ayudaron a llevarlo a cabo. Aquel lugar era el más tranquilo y menos transitado del campo, así que cortamos gran parte de la lona de la carpa de lavandería y, colgándola sobre el alambre del tendedero de ropa, les hicimos una habitación

para ellos solos, luego, con dos catres unidos entre sí, les preparamos la cama. Lo decoramos todo con las flores que nos habían sobrado, además de dejarles pan y una jarra con agua fresca. Lo hicimos así no solo para la noche de bodas, sino para que se pudieran instalar allí definitivamente ellos dos solos, como si fuera una especie de luna de miel. El regalo de la madrina, una jefa de la carpa C8, fue media chocolatina. Y el mío, como no tenía nada que poder ofrecerles, fue escribir, leer y officiar la ceremonia.

—¡Tito, me falta algo Azul! ¡No tengo nada azul! ¡Qué mierda! —gritó Lucía, entrando en la carpa como un vendaval y agachándose delante de mí. Mientras yo me ataba las botas sentado a los pies de mi catre. El novio ya estaba esperando en el improvisado altar—. ¡Joder! —exclamó maldiciendo — A ver... tranquila, Lucia —se dijo así mima en voz alta—. Como algo nuevo me vale la diadema de flores, como algo prestado me vale el colgante de Maribel y... bueno, también como viejo, ¿no? ¿Pero de dónde saco yo algo azul? —me preguntó.

Yo pensé en alguna solución mientras me incorporaba, hasta que caí en la cuenta.

—Pues mira, esto te valdría como regalado, viejo y también te vale como algo azul. Es azul celeste, pero azul, al fin y al cabo.

Desaté de mi muñeca la pulsera del Celta y se la ató a la suya.

—¿Te gusta?

—¡¡Me puto flipa!! —respondió tirándose encima de mí, abrazándome y besuqueando, haciendo que cayésemos hacia atrás sobre el catre. Me recordó a Ponyboy con ese «Me puto flipa»— ¡Ay, eres el mejor padrino del mundo!

Cómo me gustó llevarla del brazo. Cómo me gustó imaginarte así, Jimena.

Os quiero. Os amo. Os echo mucho de menos.

Domingo, 18 de noviembre de 2018

¡Feliz cumpleaños! ¡¡¡¡Felices 36!!! No puedo enviarte nada, pero te regalo una sonrisa, la que tengo ahora mismo puesta recordando los anteriores cumpleaños que celebramos juntos. Es una mierda, lo sé. Pero yo me lo estoy pasando pipa recordándolo y contandoselo a mis compañeros. ¿Te acuerdas de aquella paella que nos pegamos en aquel restaurante al lado del Guadalquivir? Fue cuando celebramos tus 33 años en Sevilla, de vacaciones, ¿te acuerdas? ¿Y la borrachera que nos pegamos? Que al levantarte de la mesa para ir al baño te mareaste, para volver a sentarte diciendo: «Uy, uy, uy, uy que tengo un globito», *jajajajajaja*. Que yo quería bajar al río para tirarme al agua, pero tú lo impediste por el frío que hacía, y ¡menos mal! Si es que... ¡no se puede cumplir años en invierno, hombre!

Pues este es mi regalo. Espero que aquel recuerdo te dibuje una sonrisa, de verdad que lo deseo así. Te quiero.

Me da a mí que, en nada, ya estoy con vosotras.

Ayer escuchamos varias explosiones. Deben ser los nuestros que se están acercando.

Os quiero. Os amo. Os echo mucho de menos.

Martes, 4 de diciembre de 2018

Hoy no tengo un buen presentimiento, y como había dicho, prefiero escribir ahora mi despedida. Espero que lo entiendas y ... perdóname por tener que hacerlo. Además, no me queda más papel que este en el que te escribo. Creo que mi final está muy cerca y no puedo irme sin decir nada. Sin despedirme de vosotras. Lo haré corto, de verdad. Y si es demasiado escueto, perdonadme, tampoco ando muy bien de la cabeza ya, igual es la falta de alimento. Como dijo mi madre anoche en un sueño: «Eso es debilidad. Come algo». Ojalá pudiera, mamá.

Sara, cariño. Viviré contigo siempre, como te prometí nada más conocerte. Porque sabía que eras tú. Sabía que eras la mujer de mi vida.

Sé alegre con Jimena, como lo eres siempre. Que no vea ningún pesar en ti. Que crezca feliz, que haga tonterías, locuras, hazla reír mucho y edúcala para que se parezca a ti. Cuando creas conveniente, si esta carpeta llega a tus manos, entrégasela. Pero cuando tenga edad suficiente para entenderlo todo. Que entienda que la guerra y el odio no llevan a ninguna parte, pero que el mundo, la vida, no es una mierda, es muy bonita. Y siendo feliz y positivo, el poco tiempo que pasemos aquí será mucho mejor. Que no ocupe espacio en su corazón con odios sin importancia que no le llevan a nada. Lo mismo te digo a ti; guardaos solo cosas bonitas, lo otro no merece la pena. Sin rencores de ningún tipo. Si guardáis rencor y odio dentro, habrán ganado ellos. Yo he sido muy feliz, ya lo sabes, he tenido los mejores padres del mundo, la mejor hermana del mundo, la mejor chica del mundo y las mejores hijas del mundo, a pesar de que con una solo he podido disfrutar unos pocos meses maravillosos. Y tú, ¡VIVE! Vive feliz. Hazlo por ti, por mí, por tu padre, por tu abuela, por todos los que no pueden serlo, además te lo debes a ti misma. Encuentra alguien bueno, un compañero, un amigo, un padre para Jimena, y enamórate de nuevo. Alguien que te haga reír mucho a ti también. Si no lo encuentras no pasa nada, ya lo sabes, eres suficientemente poderosa e independiente como para vivir una vida plenamente feliz y educar de una manera perfecta a Jimena. Sé que no necesitas a nadie, pero si lo encuentras entrégate al cien por cien, no tengas miedo por el mañana.

Te amo como nunca he amado a nadie en mi vida y me siento orgulloso de haber sentido un amor tan grande. Solo puedo dar gracias al destino por haberme puesto en el mismo camino que el tuyo. Si volviera a nacer, pediría volver a vivir la misma vida. Otros no han tenido tanta suerte como yo.

Y recuerda:

Si no nos vemos en la tierra... Te Encontraré En La Niebla.

Keira, Chuchi. Se que no puedes leer esto, cariño. Pero cuida de mamá y de tu hermana pequeña como solo tú sabes hacerlo, de manera incondicional. Y gracias, mi vida, gracias por poder haber dejado que fuera tu padre, por acompañarme siempre, por hacerme caso y por darme la compañía tan inmensa cuando más lo necesitaba. Perdóname si alguna vez me enfadé contigo, soy humano, y los humanos somos estúpidos por naturaleza, no como vosotros. Y perdóname también por haberos abandonado. Sé que lo harás porque eres la hija más bonita, más buena y cariñosa del mundo entero.

Si muero aquí, te esperaré impaciente. Pero ven lo más tarde posible. *Te quiedo mamá.*

Jimena, si estás leyendo esto —aunque no sé qué edad tendrás..., si 15, 18 o 21— seguro que te has convertido en toda una mujercita. Sabrás que te llamabas Candela y que tu madre biológica se llamaba Rebeca, que quiso darte una vida mejor escapando de la crueldad de la guerra. Sabrás que yo no soy tu padre, pero me siento así, lo sentí desde el primer momento porque me enamoré de ti. A Rebeca, sé que no le reprocharás nada porque, aunque no lo creas, te conozco muy bien y sé que no lo harás. Ella dio su vida por ti. Y con respecto a la decisión que tomé de adoptarte, de la manera en que lo hice, no tenía otra opción. No sé qué hubiera sido de ti de haberte dejado en un orfanato, además, fue imposible dejarte después de haberte conocido. Mamá tiene una foto de tu madre, junto con otras más, espero que la haya podido conservar y te la entregue para que sepas cómo era ella. A tu madre, a Sara, no le tengas en cuenta que no te haya contado nada de esto antes, porque el día que elija hacerlo será el día adecuado, con los años verás que ha sido lo mejor.

Siento no poder estar a tu lado en los momentos en los que un padre debe de estar con su hija. Lo siento de verdad. Lo único que me fastidia de perder la vida es no verte crecer, o al menos, no poder verte una vez más, solo una. Daría lo que fuera por verte una vez más, aunque solo fuera a través de una ventanita. Pero quiero que sepas que siempre voy a estar ahí, en algún lugar dentro de ti, aunque tú no te acuerdes bien de mí. Ama a la gente que te quiere y cuídala. Cuida de tus amigos, cuida y respeta a los profesores que dedican su tiempo en educarte, a los compañeros de trabajo, a los jefes que tengas, a los

novios que te eches —pero tampoco te pases con los novios, ¿eh? jejeje—. Y elige al que te trate bien, que te ame y, además, que te haga reír. Eso es esencial, hija. Es la clave de la vida. Y solo te doy ese consejo; sonríe. Pero sonríe de verdad, sintiendo el bien que hace tanto a ti como a los demás. Siempre hay un motivo para sonreír, hasta en los momentos más duros. Además, la sonrisa es la herramienta que más corazones envuelve y más puertas derriba. Te quiero infinito. ¡Ra, Ra, Ra!

¡Ah, por cierto!, escucha mucha música y lee mucho. ¡Y ve al cine!, al menos una vez al mes. Canta a gritos y baila como si no hubiera un mañana. Baila mucho. Y cuando tengas mayoría de edad, haz siempre lo que tú quieras hacer, teniendo en cuenta los consejos de tu madre, obviamente, y sin hacer daño a nadie, pero haz siempre lo que tú quieras. Que nadie te obligue a hacer algo que no quieras. Que nadie te diga que algo es imposible; si lo imaginas quiere decir que existe y que lo puedes conseguir. Y no hagas algo de lo que no estés muy convencida; si tienes dudas sobre algo, quiere decir que no es lo que estabas buscando, así que, a otra cosa mariposa. Y protesta si ves algo que es injusto, no te quedes callada, lucha por ello.

Jimena, solo deseo que seas tan feliz como lo he sido yo, así será.

Te prometo que así será.

Te quiero *infiiiiito*.

Domingo, 6 de enero de 2019

Ya han pasado las navidades y creo el final está muy cerca. Pero hoy me he despertado con la esperanza de llegar hasta el final y sobrevivir. Hoy estoy feliz. Muy feliz. He conseguido más papel y os voy a contar el porqué.

Ha de faltar muy poco, ya que los pocos soldados que quedan nos tratan mucho mejor. Y los *paseños* ya no se hacen todos los días, ni mucho menos, ya hace tiempo que no sacan a nadie a pasear. Deben de tener miedo de que los republicanos liberen pronto esta zona, de hecho, algunas noches no solo escuchamos los bombardeos, sino que también vemos el resplandor de las explosiones entre las nubes y los cazas republicanos pasando muy cerca de nosotros. Creemos que nos han visto.

Hace unas semanas, cuando la nieve lo cubrió todo, el frío era tan intenso que, después de hablar con los guardias, nos metieron dentro de los edificios principales y ahora ya estamos instalados aquí dentro. A lo lejos, detrás de la sierra completamente nevada, si está despejado vemos el humo del frente. Ahora se está muy bien aquí, la verdad. Nos han dejado quemar muebles y todo lo que encontrásemos para calentarnos.

Buscando entre los armarios, que casi todos estaban vacíos, encontré folios y los escondí para que no los quemasen mis compañeros y poder escribiros unas palabras más.

En nochebuena incluso nos tiraron sobres de sopa y varias botellas de vino, se portaron bien. Y en nochevieja... ¿Nos lanzaron turrónes?! No nos lo creíamos. Eran unas cajas azules con el escudo del ejército fascista donde había turrónes y mazapanes; nadie se negó a comerlos pese a saber de dónde procedían. Pero no quedó ahí la cosa, también nos dieron cacao y ¡leche en polvo! Yo creí morir de placer cuando Lucía me trajo una taza caliente de algo parecido al Cola Cao, para mí, esa taza ha sido lo más sabroso que he probado en mi vida, a pesar de que lo vomité todo.

Creo que algunos ya sentimos una especie de cariño por esos hombres. Debe de ser el famoso síndrome de Estocolmo. Supongo que quieren redimirse y portarse bien con nosotros esperando que, cuando nos liberen, las represalias no sean tan duras contra ellos. Algunos que se dirigen a nosotros nos comentan eso, lo van dejando caer: «Nosotros somos unos mandados», dicen, «Solo cumplimos órdenes». Al fin y al cabo, son hombres y mujeres igual que nosotros, y han matado a tantos de los nuestros como nosotros también lo hemos hecho a los suyos.

Si me matan, esta carpeta se la quedarán Lois y Lucía. Ya lo hemos hablado y así lo haremos. Les he dado la dirección de tu hermano Fran en Londres, nunca la olvidé. Os la enviarán en cuando puedan.

Lucía está embarazada y me ha dicho que, si es niño, lo llamarán Álex en mi honor. He llorado cuando me han dado la noticia. Estoy muy contento. Estoy que exploto de felicidad. Me gustaría que algún día los conocierais, son fantásticos, y no sabéis cuánto me ayudan aquí dentro. Si no fuera por ellos dos..., no creo que hubiese sobrevivido.

Os quiero. Os amo. Os echo de menos.

P.D: Me da a mí que pronto os lo podré decir en persona.
¡Arriba la república!

Lunes, 21 de enero de 2019

Jimena, ¿sabes qué es lo que he soñado hoy? Que entrábamos de la mano a Balaídos para ver un partido del Celta. Tú ya eras una adolescente y te parecías a Lucía, pero eras tú, de eso no tengo la menor duda. Con la camiseta puesta y la bufanda al cuello. Y te lo pasabas genial gritando el final de la canción que te enseñé. ¡Celta..., Celta...!, ¿te acuerdas?

Cuando salga de aquí y acabe la guerra, te prometo que algún día te llevaré conmigo y te sentarás en mi sitio de siempre, el mejor de todos; el asiento 10 de la fila 10, en la grada de Río Bajo. Y cuando crezcas, si te gusta el fútbol, te haré socia a mi lado.

Te quiero INFINITO, hija.

21. Sargento de hierro

Londres, 2 de febrero de 2029

El día de su decimosexto cumpleaños no podía haber comenzado mejor para Jimena. Y encontrar aquella nota de Eric Pickford entre la correspondencia había sido toda una sorpresa inesperada.

Ella había hecho preguntas, sobre todo cuando era más pequeña y aún se acordaba de su padre. Su memoria había borrado que aquel hombre no era su padre, ya que desde que lo conoció le había llamado Papá. Pero de niña solo recordaba que habían caminado mucho, durante muchos días, y que viajara acompañada de Keira, su hermana mayor no humana.

«*Daddy*^[85] era guapo, ¿verdad, *Mom*^[86]?», le preguntó una vez con ocho años.

Además de aquel lejano recuerdo, de pronto y sin venir a cuento, la niña tenía lo que los alemanes llaman un *Ohrwurm* —gusano en el oído—, una palabra que no tiene traducción al castellano y que, con esa comparación del gusano en el oído, refleja perfectamente la sensación de estar tarareando una melodía que no puedes quitarte de la cabeza en todo el día. Pues cada tanto, Jimena tenía un *Ohrwurm* con el himno del Celta de Vigo. Y, a veces en el metro, a veces en medio de una clase o por la noche al acostarse, en su interior tarareaba aquella sintonía de la que no recordaba la letra. Una de las tantas canciones que le había cantado su padre en aquel viaje lejano que tenía en su recuerdo casi borroso, pero aquella en particular a ella le encantaba porque le hacía mucha gracia el final, cuando gritaban juntos: «¡Celta, Celta! ¡Ra, Ra, Ra!», de eso sí que se acordaba.

A medida que fue creciendo también fue dejando de preguntar, aunque no del todo.

—*Daddy* era soldado, ¿verdad, *Mom*? La señorita Dalloway nos hizo escribir la profesión de nuestros padres y escribí eso. Está bien, ¿no? A ti te puse limpiadora y librera.

Por aquel entonces Sara ya tenía dos trabajos; por las mañanas limpiando casas, gracias al cuál había conocido a la señora Farhills, y por las tardes en la librería del barrio.

En algún momento durante los comienzos de su pubertad comenzaron otra vez las preguntas. La más importante, Sara la resolvió muy fácil sin tener que mentirle; su padre había fallecido en la segunda guerra civil española, meses después de que ellas emigrasen a Londres. A veces, aunque Jimena sabía que aquel tema le dolía mucho a su madre, le preguntaba cómo era él, pero ella

solo le decía que era muy bueno y rápidamente cambiaba de conversación. A los trece años ya era consciente de que a su madre le dolía hablar de él, así que dejó de preguntar durante algún tiempo. Justo hasta aquel triste día, un año antes de que Jimena encontrara aquella nota de Eric en el suelo de su portal.

Ocurrió el 14 de febrero de 2028.

La señora Farhills les dejó que enterrasen a Keira en el jardín trasero de su edificio. La idea había sido suya y había insistido en ello, porque Alice Farhills también amaba con locura a Keira, al igual que todo aquel que la había llegado a conocer. Mientras madre e hija recordaban entre lágrimas lo buena que había sido siempre su hija y hermana, Jimena se agachó junto a su madre, que estaba sentada en el suelo a los pies del montículo de tierra, y le pasó el brazo por encima. Se quedaron así un rato; abrazadas y sin decirse nada.

Hasta que el llanto fue desapareciendo para llegar una fase de semi inconsciencia, dejando la mirada perdida con los ojos cansados y enrojecidos...

—¿Sabes, *Mom*? —pronunció Jimena, rompiendo el doloroso silencio— El primer recuerdo que tengo de Chuchi es durmiendo con ella y despertarme con sus lametazos por toda la cara mientras movía su rabito a toda velocidad. Y..., yo no sé por qué, pero siempre me sentí segura con ella. Invencible. Recuerdo pocas cosas de *Daddy*, pero si hay algo que nunca se me quitará de la cabeza es que siempre repetía, una y otra vez, que cuidara de mi hermana mayor, que me necesitaba. Pero yo creo que era ella la que cuidaba de mí. Cuando por las noches se escuchaban bombas o disparos a lo lejos, me abrazaba a ella y ya no tenía miedo —Jimena hizo una pausa larga, levantó la cabeza al cielo y, soltando un suspiro extenso, se le escaparon dos lágrimas de sus grandes ojos verdes—. ¿Por qué estuve tantos días caminando con Keira y *Daddy* sin ti? Es que... ¡no me acuerdo, *Mom*! —exclamó, reventando a llorar otra vez—. Me acuerdo de ella y de pequeños flases confusos. Recuerdo que los tres nos bañáramos en un río y que nos reímos mucho. Primero se metió *Daddy* con Keira y luego yo. El agua estaba muy fría y además aún no sabía nadar, pero ellos estaban cerca de la orilla y me metí andando hasta donde estaban ellos. Cuando llegué, él soltó a Chuchi y ella fue nadando rápido hasta la orilla, luego se sacudió y se rebozó entera en la arena. Para mí aquello parecía haber sido un milagro, creo que fue la primera vez que la vi nadar y rebozarse así. Estaba tan bonita con el lacito por encima del agua... Él salió corriendo del agua y le gritó para evitar que ella siguiera retozándose, pero ya

se había puesto perdida, así que se tiró a su lado y la imitó hasta quedar igual que ella; con todo el cuerpo cubierto de arena —Jimena soltó una carcajada recordándolo, mientras las lágrimas y los mocos se mezclaban con su risa—. Ay, cuánto me reí: «¡Vamos, Jimena! ¡Ven a hacer la croqueta con nosotros!», me gritó desde la orilla. Creo que también fue la primera vez que me reí tanto, *Mom*. También recuerdo las canciones que me cantaba y alguna cosa más, pero...

Su semblante volvió a ponerse serio y triste. Hizo una larga pausa jugando con la tierra entre sus dedos y siguió hablando, con el llanto incontrolable haciendo gemir sus palabras.

—¿Por qué no vino con nosotras aquí? ¿Por qué no me hablas de él? ¡Es que no recuerdo el porqué de aquello, ni cómo era él! A veces cierro los ojos e intento recordar su cara, pero no logro hacerlo. ¡Me esfuerzo *Mom*, de verdad que lo intento! ¡Pero no lo consigo! Y sé que no te gusta hablar de él, que te hace daño recordarlo. Pero no quiero olvidarlo, quiero saber cómo era. ¡Necesito volver a recordarlo!

Sara, que estaba sentada con las piernas cruzadas, acariciando entre sus dedos la correa rosa de Keira, la dejó sobre la tierra que cubría sus restos y la colocó bien, en su forma correcta, como si su pequeña la fuera a necesitar allá donde fuese. Giró la cabeza para ver a su hija y le secó las lágrimas con sus manos.

—Hija, tu padre era un hombre valiente, divertido y la persona más buena que he conocido nunca. Mereces conocerlo y que te cuente cómo era él. Lo haré, de verdad que lo haré. Pero, aunque ya haya pasado más de una década, para mí parece que fue ayer cuando ocurrió. Tienes que entenderlo. Cuando tenga fuerzas para hacerlo y seas mayor, te lo contaré todo. Y cuando te lo cuente entenderás por qué he tardado tanto. Te lo prometo. Y lo recordarás todo, te lo aseguro.

Subieron a casa y Jimena se encerró en su habitación, cogió su guitarra y comenzó a cantar su canción favorita; *Sargento de Hierro*, un viejo tema del grupo español Morgan.

A pesar de su voz suave y fina, aquel dolor que tenía en el pecho le ayudaba a cantar aquella canción de una manera completamente desgarradora. Lo hacía con la memoria de su padre y con el recuerdo de su hermana.

*Voy a pensar en ti, y no olvidar tu nombre.
Creo que me perdí, no sé por qué ni dónde.*

*Tengo nubes en los ojos, y en los recuerdos humo.
Tengo los pies rotos, y en la garganta un nudo.
Cúrame viento, ven a mí y llévame lejos...*

Un año después, cuando Eric Pickford deslizó aquella nota por la rendija plateada en la puerta gris de Jimena y escuchó como caía al suelo, se dio cuenta de que Mss. Souto aún no se había hecho con un buzón. Frunció el ceño como si acabase de cometer un error: «Shit!^[87]», maldijo en voz alta. Temía que su *Candle* no fuera a encontrarla cuando volviera del instituto, pero ya no había nada que pudiera hacer.

Ya llevaban más de un año siendo novios, a pesar de que llevaban toda la vida estudiando juntos en el Cañada Blanch Spanish School, y casi cinco años siendo vecinos, ya que antes ellas habían vivido en otra zona del barrio, algo más al norte. Pero él sabía que estaba completamente enamorado de ella porque nunca se había atrevido a hacer lo que acababa de hacer.

Eric era un adolescente educado, con los mismos dieciséis años que Jimena, tan solo unos meses mayor; rubio, más fuerte y alto que los demás chicos de su edad, de ojos azules y demasiado tímido como para entregarle él mismo las flores que había encargado hacía unos minutos en la floristería de la señora Farhills. De familia humilde, a pesar de alardear siempre de que tenía dos leones de piedra a ambos lados de la puerta de su casa. Y no mentía, pero aquella casa con ladrillos estrechos a la vista, pintados de rosa palo y de dos plantas, era mucho más humilde de lo que podría imaginarse y, sobre todo, muy vieja, en la que habían vivido varias generaciones de los Pickford. Tenía tan poco dinero en el bolsillo que tuvo que ahorrar durante muchas semanas para aquel ramo de rosas blancas, las favoritas de ella.

—Si tuvieras que elegir una flor para hacerte un tattoo, ¿cuál te harías? — le preguntó una tarde al salir de clase, mientras compartían media docena de churros que acababan de comprar en el restaurante Galicia, al lado de su instituto.

—Yo no me hago un tattoo ni loca, ya lo sabes.

—Ya, pero... ¿Si tuvieras que hacerlo? —insistió.

—¡Que no! ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Quién me obliga? —preguntó ella sabiendo que le estaba haciendo rabiar. Conocía perfectamente lo mucho que le molestaba a Eric que ella le respondiera con otra pregunta. Estaba claro que era gallega— ¿Me obligas tú?

—¡Ay, *Candle*! ¡Contesta! Hay un atracador en un banco que te secuestra a

punta de navaja y te obliga a decidir. ¿Cuál eliges?

—Con una navaja no se lo digo, le doy una patada en sus partes y me escapo corriendo. ¿Puede ser que me esté apuntando con una pistola?

—¡Joder, que terca eres! *Vaalee*, te está apuntando con una pistola y te dice... —Eric puso la voz lo más grave que pudo e hizo como si la apuntara con una pistola con sus dedos—. ¿Qué flor es tu favorita? O me lo dices o te disparo.

—¡Pero..., señor atracador! —contestó poniendo la voz aguda—. ¡No dispare, por favor! Son las blancas, las rosas blancas.

—Muy bien, entonces queda usted libre —Y Eric le dio un beso en los labios.

—Así que... Me vas a regalar flores por mi cumpleaños, ¿eh? Pero tú que te crees, ¿que yo soy tonta? Si siempre te pillo. Siempre adivino qué me vas a regalar —le dijo Jimena echándose a reír.

—Sí, ya te gustaría. ¿De dónde saco yo la pasta? ¡Era una pregunta, nada más! —contestó Eric tratando de salir del paso. Y, señalando al jardín exterior de una casa, continuó su excusa—. Se me ocurrió ahora al ver esas flores ahí.

—Bueno, es verdad, si no tienes un duro —respondió acercando su cara a la de él. Dibujando con la boca una mueca de pena y sacando el labio inferior hacia fuera, y así, fue intercambiando el gesto con pequeños besitos que le iba dando por diferentes partes de su cara—. Mi pobre Eric. Pobre Eric Pickford que no tiene dinero. Pobrecito —Y comenzó a hacerle cosquillas.

—¡Para! —Eric se retorció de risa protegiendo su cuerpo con los brazos— ¡Para! ¡Mira qué cara más fea pones! ¡jajajaja! ¡Para! —Cada vez, Eric se reía más, y más se retorció de la risa ya en el suelo. Se tuvo que levantar de un salto para escapar de Jimena y que no le siguiera haciendo cosquillas.

—¡Cuando yo sea el portero titular del Fulham ya verás si seré pobre! —continuó diciéndole mientras se alejaba de ella, que comenzó a perseguirlo— ¡Y si me ficha el Chelsea, ni te digo!

—Hasta que no fiches por el Celta no tendrás mi admiración —contestó Jimena, cuando ya había llegado hasta él para abrazarlo—. Y lo sabes, baby.

De las libras que le daban sus padres cada día para coger el autobús número 228, que los llevaba desde Holland Park hasta Chesterton Road para ir al Instituto Español donde estudiaban, decidió ahorrar cada penique posible, convenciendo a Jimena para que volvieran a casa caminando. Siempre iban y venían juntos, ya que sus casas solo estaban separadas por unos escasos cien metros. En varias ocasiones hasta contó los pasos; desde los leones de piedra

de su puerta, en el 141 de Landbroke Road, hasta la puerta de ella, siempre le daba la misma cuenta; 129 pasos. Del dinero que le daban los días de entrenamiento para coger el metro hasta casa de su compañero Jesse Rashford, que vivía en Drayton Gardens, para ir en coche con el padre de este, desde allí hasta Montspurt Park —los campos de entrenamiento del equipo juvenil del Fullham FC—, de esos solo podía ahorrar cuando no llovía. Y eran pocas veces. Pero si hacía buen tiempo, él se los guardaba e iba caminando los cuarenta y cinco minutos que lo separaban de la casa de su amigo.

Había planeado cuánto necesitaba tener para la fecha indicada, pero sus cálculos no habían sido del todo exactos y solo podía permitirse el lujo de pagar el ramo, y no el envío, algo con lo que no había contado. Así que, aquella mañana del viernes 2 de febrero de 2029, en vez de encargarse el ramo por internet para no tener que pasar la vergüenza de ir a una tienda en persona, entró en la floristería *Bursting Bud*, pegada a la puerta gris del edificio de Jimena. Levantó la vista para ver la ventana del dormitorio de ella, la situada más a la izquierda en el último piso de aquel edificio de fachada azul celeste y justo encima de la floristería; tenía las cortinas abiertas. Eric sabía que, a esa hora, Mss. Souto ya estaría trabajando, y su chica, en ese mismo instante, ya estaría en el bus camino del instituto. Él no la había acompañado porque le había mentado hacía unos minutos, cuando le enviara el mensaje felicitándola por su cumpleaños y diciéndole que por la mañana no iba a primera clase, ya que tenía que ir al médico por una mala caída en el entrenamiento, nada grave.

La señora Farhills le dijo que ella misma le entregaría el ramo: «Faltaría más, si solo son dos pasos». Pero Eric le pidió que no lo hiciera; él mismo le dejaría una nota para que lo recogiera Jimena en la tienda. Y es que, al más joven de los Pickford le entraba un sudor frío y se ruborizaba tan solo de pensar que el ramo lo recibiese la madre de su novia antes que ella. El mismo sudor que sintió al encargarse las flores a su vecina de toda la vida, que lo había visto crecer con una pelota en los pies por aquellas callejuelas.

A mediodía, volviendo del instituto, se despidieron en la esquina de Landbroke con Clarendon como cualquier día normal, y él echó a correr hasta su casa. Cuando Jimena abrió la puerta, y mientras se acordaba por enésima vez de que tenían que comprar un buzón, leyó la nota de Eric. Su corazón comenzó a latir con fuerza; estaba completamente enamorada de aquel chico. La señora Farhills mantuvo una sonrisa pícaro debajo de aquellas gafas con cristal redondo, desde que la vio entrar por la puerta de su floristería y hasta que se marchó con el ramo de rosas blancas entre sus brazos. Jimena subió las

escaleras saltándolas de dos en dos para, cuanto antes, poner las flores en un jarrón con agua. Se dejó caer de espaldas en su cama y llamó por teléfono a Eric.

—¡Lo sabía! Pero estás loco, lo sabes, ¿no?

Estaba entusiasmada. Era la primera vez que recibía un ramo de flores y tan solo quería que llegase su madre de trabajar para poder contárselo. Porque se lo contaban todo, a excepción de lo concerniente a su padre.

Sara llegó con una tarta enorme cantando el cumpleaños feliz en castellano. La había encargado en la tienda de chocolates *Melt*, en edificio de al lado. Tenían suerte de vivir allí; a un lado la floristería y al otro la tienda de chocolates.

Un par de años antes nunca se hubiera podido permitir compra allí nada, ya que aquella tienda de chocolates no era precisamente económica. Pero ahora sí, desde que empezara a combinar los dos trabajos había podido comenzar a ahorrar y podía hacer ese esfuerzo.

Antes de que Jimena soplasen las velas con el número dieciséis, le recordó que tenía que pedir un deseo. Su madre nunca lo supo, pero pidió estar toda la vida con Eric; un deseo que se cumpliría. Después, haciendo rebotar varias veces seguidas su trasero contra la silla de la cocina dando pequeños saltitos, le pidió los regalos.

—Tienes cuatro —dijo Sara—. Y te mereces muchos más, cariño. Pero sabes que hay que ahorrar y no está el horno para bollos.

—¡Vamos, *Mom!* ¡Vamos! ¡Déjate de ñoñerías y dámelos! —insistió Jimena. Sara sabía que el pensamiento que se le acababa de pasar por la cabeza era completamente imposible, pero le parecía la viva imagen de Álex, sobre todo cuando estaba feliz y alegre. Le recordaba muchísimo a su padre cuando estaba así—. ¡Dámelos ya, por favor! ¡Porfi, porfi, porfi!

—¡Ya va, hija! —Entró en su habitación para cogerlos y volvió con ellos hasta la cocina cantando el Cumpleaños feliz, esta vez en inglés—. *Happy birthday to you...!* —Luego el Feliz en tu día, en castellano. Y acabó la tradición con el... «¡Ahora que cumples un año más, en compañía de tu mamá...!».

El primero era un conjunto de gargantilla y pendientes de plata.

—Porque al final, la plata y el oro son lo único que vale de verdad en tiempos de guerra, hija. Y una nunca sabe cuándo...

—¡Ay, *Mom!* —Jimena no le dejó terminar la frase— ¡Ya estás con la guerra a vueltas! Pero... ¡¡Me *encantaaa!*! —y excitada, exhaló un grito agudo

pataleando contra el suelo, como si estuviese corriendo— ¡Me encantaaa!

El segundo regalo era el libro que acababa de publicar su *Influencer* favorita. En aquellos regalos su madre había acertado de lleno, pero con el tercero incluso se llegó a emocionar.

—¿Vigo? ¡Unos billetes a Vigo! ¡Ay, Mom! ¡I love you, I love you, I love youuu! —gritó el último con más ahínco que los demás— ¡¡Ay, cuánto te quiero!!

Jimena llevaba mucho tiempo pidiéndoselo, quería conocer sus orígenes, su tierra. Y ahora, que ya hacía tiempo que había acabado la guerra en España y volvía a ser una república como antes, era el momento adecuado. Además de eso, había llegado el día. Así lo había decidido Sara. El cuarto regalo se lo explicó antes de dárselo. Y venía acompañado con algunas fotos que se había encontrado entre su ropa dentro de la maleta, hacía casi once años.

—*Honey*^[88], este es el más especial de todos. Pero escúchame atenta —dijo con tono suave antes de hacer una larga pausa. Y en ese punto sus ojos comenzaron a humedecerse más y más con cada palabra que iba pensando en decirle, mientras cogía con su mano derecha la de su hija y la otra la posó sobre el paquete rectangular, jugando entre sus dedos con el lazo que lo envolvía, casi acariciándolo—. Ya tienes edad suficiente para conocer la historia de tu padre, que también es la mía, la de Keira y, sobre todo, la tuya. Esta es tu historia, hija. Pero antes de que leas todo esto... —La primera lágrima resbaló hasta caer encima del regalo—, has de saber que eres lo que más quiero en este mundo y tu padre también te quería con toda su alma. Solo te pido una cosa, cariño; que lo leas con calma y tranquila. Encuentra el momento oportuno y léelo sin prisa cuando tú quieras. Después te responderé a todas las preguntas que quieras hacerme y te aclararé cada duda que tengas.

En el mismo instante en que los ojos de Jimena comenzaron a brillar por ver llorar a su madre delante de ella, sin llegar a comprender qué contenía aquel paquete, emocionada y con la voz temblorosa, consiguió pronunciar.

—Pero... ¿Qué es, Mamá? —preguntó. Llamando a su madre *Mamá*, en castellano y por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—La historia de tu padre, hija. —A Sara las lágrimas se le acumulaban en la garganta y le costaba seguir hablando. Tragó saliva y concluyó—. Lo escribió él mismo antes de morir. Sabiendo que le quedaba muy poco tiempo.

—Pero, mamá... no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, mamá. Te quiero mucho.

Sara no dijo nada más. Tampoco Jimena.

Después de fundirse en un abrazo que traspasó sus almas, Jimena se fue a su cuarto sin abrir el paquete y se dejó caer de espaldas sobre el colchón con el regalo entre sus brazos, al igual que hacía con Chuchi cuando había tenido un mal día; la cogía en brazos, ya que Keira no podía saltar a la cama por su edad, se dejaba caer con ella, la abrazaba fuerte y ella, acto seguido, la consolaba con diez mil lametones descansando sobre su pecho. Aquel era uno de esos momentos en los que necesitaba a su hermana mayor. La echó mucho de menos.

Después de un largo rato se tranquilizó y dejó de llorar. Salió de la habitación para beber un vaso de agua, volvió y se encerró en la habitación para leerlo de un tirón. Antes llamó a Eric para darle las gracias otra vez, decirle lo mucho que lo quería y cuánto le había encantado la sorpresa del ramo de flores. Le dijo que se iba a pasar la tarde leyendo aquello, tenía que hacerlo cuanto antes. Iba a apagar su viejo iPhone para que no la molestara nadie y que, al día siguiente, ella aparecería en el campo de fútbol al finalizar el entrenamiento como hacía todos los sábados, para luego ir a comer juntos e ir a comprar un vestido para su fiesta de cumpleaños de esa noche.

Tenía unas ganas tremendas de conocer su historia, la tan misteriosa historia de su padre. Y la de ella. Pero, por otro lado, tenía un miedo horrible de descubrir algo que no le gustara. «Recuerda que eres lo que más quiero en el mundo», le había dicho su madre. Eso la había asustado. No sabía a qué se iba a enfrentar.

«Mi nombre es Álex Nogueira Ariza. Nací en Vigo el 28 de julio de 1981, y voy a contar cómo sobreviví a los primeros meses de la segunda guerra civil española...»

La negrura de aquella noche comenzó a tornarse azul, ya estaba amaneciendo cuando terminó de leerlo. Mientras leía las partes en las que su padre —que no era su padre— hablaba de su madre biológica, ella iba recordando. Fue algo muy extraño para ella porque con cada frase iba recordando cosas. Las que estaban escritas y las que no; las que habían pasado antes de que conociera a su padre. Fue como recordar un sueño en el que solo llegas a ver pequeñas imágenes. Tenía aquellos recuerdos guardados en algún rincón profundo de su mente, pero no habían salido a flote hasta que fue leyendo aquello. Unas imágenes eran totalmente claras, además, en aquella carpeta también había fotos que incrementaban aún más el recuerdo, pero otras

imágenes le venían a su memoria como salpicaduras de recuerdos muy vagos, como si fueran en blanco y negro y, además, borrosas. Nada concretas.

Pero recordó bastante.

Recordó la niebla blanca y fría en aquel río negro, a Keira durmiendo a la intemperie entre ella y su padre. Recordó las canciones, se vio a ella misma tirando piedras al mar haciendo que rebotasen en el agua. Recordó un pueblo mágico con casitas muy pequeñas en una isla donde vivían elfos, ninfas, duendes y unos seres traviosos que le tiraban piñas. Sintió el calor asfixiante caminando en brazos de su padre cuando ya no podía más, una casita rodeada de un muro enorme, el cielo cubierto de estrellas, recordó canciones, un conejo de peluche, un cura, al pequeño Cid. Recordó el barro en su cara. Las veces que tenían que esconderse y no hacer ruido, e incluso recordó aquel tocadiscos mientras pintarrajeaba en un papel. Pero también recordó una iglesia, un avión, una despedida y a su mamá llorando. No recordó todo, era muy pequeña, pero sí muchas de las cosas que iba leyendo.

Cuando vio la foto de ella, casi bebé y con su madre en una hamaca, la recordó. Recordó a Rebeca, pero no sabía si era un recuerdo de aquella foto, el recuerdo de un recuerdo o si realmente se acordaba de ella. Era la imagen más clara de todas, pero no sabía si era real. Recordó su pelo rubio, sus manos frías y su voz suave cantándole nanas.

Revivió su amor, explosiones y miedo. Recordó que ella lloraba mucho con su madre tirada a su lado, sin hablar. Sintió la sangre caliente en una habitación fría y oscura esperando a que llegase su padre. Recordó la estrella Polar; más miedo aún. Pero también recordó amor, el de Keira, el de Álex y el de Sara. Recordó muchas cosas durante aquella noche de su vida.

Y también, gracias a aquello, supo cómo era su padre. El que la amó y protegió durante seis meses. El que salvó su vida. El que le había dedicado su último: «Te quiero infinito, hija», antes de morir. Sin saber que aquellas cuatro palabras eran las últimas que escribiría. Al único padre que había tenido y al que nunca dejaría de amar. El que se enamoró de ella desde el primer momento. Lo lloró mucho y lo echó mucho de menos.

Tres meses después, viajó con su madre a Galicia.

22. Justo a Tiempo

Vigo, 5 de mayo de 2029

En Vigo visitaron el antiguo edificio donde había vivido su padre durante 36 años, hasta que estalló la guerra. Donde había sido el más feliz del mundo, como decía en sus memorias. En aquel piso en el que, mientras estaba escondido, se había forjado la leyenda de Álex El Rojo. Allí aún vivía la hermana de Álex, su tía Tere, y subieron para que Jimena la conociera. Sara y Tere se abrazaron llorando nada más verse en el umbral de la puerta, pues hacía casi doce años que no se veían.

Ese mismo día por la tarde fueron al nuevo estadio *Abanca Balaidos* a ver, nada más y nada menos, que el Celta-Barcelona de la antepenúltima jornada de Liga. Y, por supuesto, Jimena se sentó en el que había sido el asiento de su padre durante tantos años, el 10-10 de Río Bajo. Alucinó con lo cerca que estaba su asiento del que era su ídolo, Hugo Mallo, actual miembro del cuerpo técnico del club de sus amores. También se le resbalaron las lágrimas al comienzo del partido, cuando sonó el himno y vio cómo todo el estadio se ponía en pie para cantarlo con las bufandas al viento.

Al día siguiente bajaron desde Vigo hasta Tui para cruzar la frontera hacia Portugal y visitar el lugar en el que había sido enterrada su madre biológica. No sabía si sus restos aún descansaban allí, pero Jimena quería ver aquel lugar con sus propios ojos, también, para ver si le ayudaba a recordar algo más.

Antes cruzar la frontera hicieron una parada en la iglesia de San Francisco, pero el cura no estaba; Don Benito había fallecido por una bala perdida en el otoño del 18.

Cruzaron a Portugal y aparcaron en la misma puerta del restaurante *O Cozinheiro*, pero ya no se llamaba así, ahora se llamaba restaurante *Nuno* y tenía los carteles y los toldos rosas.

Lo atendía un chico de unos veintitantos años, aunque vieron como un señor mayor de semblante serio, pero cara bondadosa, bajaba unas escaleras y se metía en la cocina. No tenía el pelo canoso y bigote negro como lo había descrito Álex, su cabellera era totalmente blanca al igual que su bigote, aun así, supusieron que aquel hombre era Adao Manoel. Pidieron dos refrescos de cola y debatieron entre ellas sobre si aquel señor era o no, el mismo Adao. Jimena quería preguntarle directamente al chico de la barra, pero su madre, más cauta, quería esperar sin saber a qué. Es verdad que le sonaba su cara, pues lo había visto cuando cruzaron el Miño antes de irse a vivir a Oporto,

pero no estaba segura de que fuera él, había pasado mucho tiempo. Al rato, Jimena se levantó y se dirigió a la barra para pagar. Después de hacerlo habló con el chico.

—Perdone que le moleste. ¿Este restaurante se llamaba antes O *Cozinheiro*?

—Sí, señorita —contestó el joven, en un perfecto castellano y algo confundido con la pregunta.

—Y, por curiosidad, ¿no conocerá a Adao Manoel, su antiguo dueño? O..., si nos puede decir dónde encontrarlo...

—¿Adao Manoel? —preguntó sorprendido— Adao es mi padre.

El chico entró en la cocina y a los pocos segundos salió acompañado por el mismo hombre que habían visto entrar hacía unos minutos. Era él.

Jimena sacó del bolso una de las fotografías que le había regalado su madre, donde se veía a ella con Álex y Keira en la aldea Grobit.

—Hola, Adao. Perdone que le moleste. Quería hacerle una pregunta... ¿Se acuerda de este hombre de la foto? —le dijo entregándole la fotografía.

El semblante de Adao cambió por completo y levantó las cejas al instante.

—*Acho que sim. Não me lembro dos nomes, mas sim de seus rostos. Lembro do homem, a menina e o cachorro. Os tres.* ^[89]

—Yo soy ella, la niña. ¡A menina!

—*¿Você é a menina?!* —Adao, en ese momento, con la cara iluminada, dejó sobre el mostrador el vaso y el paño con el que lo estaba secando y, quitándose el mandil que llevaba a la cintura, rodeó la barra para salir junto a Jimena—. *¡Fernanda! ¡Vem aqui!* —gritó, llamando a su mujer.

Se abrazó a ella como si fuera una hija que hiciera tiempo que no veía. Jimena se quedó congelada, asombrada y abrumada. No sabía que aquel hombre le pudiera guardar tanto cariño, con tan solo unas horas que había pasado en su casa hacía más de once años. Sara se levantó y también se abrazaron. Ella no le sonaba tanto, pese a recordar que los había cruzado el Miño.

Se sentaron y Jimena le contó qué hacían allí y qué había sido de su padre. Él le contó que, después de aquello, Álex había vuelto a visitar la tumba de su madre en una ocasión. Unos tres meses después de haberlos cruzado a Portugal por última vez. Necesitaba entrar en España y pasó un fin de semana con ellos hasta que contactaron con Don Benito para poder darle cobijo. Ella ya sabía aquello porque lo había escrito Álex, pero de todos modos dejó que el hombre se lo contara.

Le pidieron a Adao si les podía indicar por dónde podían llegar hasta allí, pero no hizo falta, él mismo las acompañaría. Subieron al coche y cruzaron la carretera en dirección al Miño. Jimena no recordaba nada de aquello, nada en absoluto. Pero cuando se bajaron del coche para atravesar el merendero a pie, un árbol enorme, a lo lejos, llamó su atención.

Parecía el mismo que había descrito Álex en sus memorias. Y así era.

En el tronco de aquel robusto roble, a un metro y medio del suelo, su padre había quitado parte de la corteza y grabado con una navaja:

Rebeca Expósito De la Iglesia

23/9/79 - 25/12/2017

Madre de Candela

Jimena no lloró. No tenía un recuerdo claro de su madre biológica, pero si le embriagó la pena. Sintió rabia, desazón y tristeza. Mucha. Gracias a aquella mujer desconocida, que le había dado la vida y que decidió arriesgar la suya para darle a ella una mejor, había conocido a Álex. Y aquella Candela había pasado a ser Jimena. Y gracias a aquel padre del que tenía un recuerdo vago, una historia escrita de su puño y un gusano en el oído, había tenido una hermana mayor no humana, una madre que le estaba dando una vida feliz, un futuro en el que vivir y amor, mucho amor. Por fin conocía todo su pasado y podía cerrar el círculo. Ahora el futuro ya solo le pertenecía a ella.

Ese mismo día volvieron a Pontevedra, donde pasaron cinco días hospedándose en casa de su tía Noa, la hermana de Sara que ya llevaba viviendo allí siete años, y conoció a su primo pequeño Noel, el que hasta entonces solo había visto por fotos y en alguna videollamada por Skype. También visitaron el lugar donde había vivido Sara con su padre y sus hermanos en la juventud. Aquel edificio ya no existía, como muchos otros que destruyeron durante la guerra, pero conoció el barrio y la cafetería *El dulce de leche*, que había vuelto a abrir en el mismo lugar que hacía años, pero en un edificio distinto, y probó aquel café acompañado con un mini cruasán que tanto le gustaba a su padre. Sara le enseñó a su hija todos los rincones de la ciudad; su colegio, la tienda de ropa donde había trabajado, el instituto donde había estudiado, la alameda por donde paseaba con Keira, la plaza de la Verdura donde cada sábado empezaba la noche con sus amigas, la Peregrina, el paseo del río Gafos, la plaza de la Herrería... Todo.

Esa semana también fueron hasta Bueu, al cementerio donde reposaban los

restos de su abuelo Paco y su bisabuela Mar.

Acabarían sus vacaciones subiendo al norte de la comunidad gallega, ya que su avión de vuelta a Londres saldría del aeropuerto de Santiago de Compostela. Pero antes aún les quedaban dos visitas por hacer.

Los restos de Álex estaban en A Coruña. El ayuntamiento había construido un cementerio al aire libre en el terreno que hay entre la Torre de Hércules y el parque de Punta Herminia, frente al océano, con todos los fusilados que habían sacado de varias fosas comunes en los alrededores del *Campo de reclusión do Careón*. A la entrada del parque se levantaba un monolito de mármol donde rezaba una leyenda en memoria de los más de 4 000 cuerpos que no habían podido identificar. Detrás, a lo largo y ancho de todo el terreno bañado por un prado verde, se extendían cerca de 2 000 cruces blancas de piedra, cada una con su nombre y fechas cinceladas.

Allí estaba la cruz de su padre; la octava por la izquierda de una larga hilera, frente al acantilado y el océano inmenso.

Álex Nogueira Ariza (Tito)
Vigo, 28/07/1981 - Toques, 24/01/2019

El olor a mar, a salitre y algas, embadurnaba de recuerdos y melancolía a Jimena, que se arrodilló en la hierba frente a la cruz mientras sacaba un pañuelo para secar sus primeras lágrimas. Sara permaneció de pie al lado de su hija.

—Ya estamos aquí, Papá —pronunció Jimena en voz alta, acariciando el relieve con el nombre de su padre—. Ya estamos aquí —repitió una vez más, mientras su llanto era ya imparable.

Sara, que no tenía voz entre tantas lágrimas, no pudo decir nada durante todo el tiempo que permanecieron allí. Fue muy duro para las dos, mucho. Lloraron juntas como sólo habían hecho el día en que se había ido Keira. Después de permanecer varios minutos en silencio, le dejaron un ramo de flores y Sara le pidió a su hija que fuera hacia el coche y la esperara allí, necesitaba estar un rato a solas con él. No tardó mucho. El tiempo justo para agacharse y escarbar un pequeño agujerito entre el césped y la base de la cruz, quitando un poco de tierra con los dedos. Sacó algo de su bolsillo, lo besó y lo enterró allí con él.

Era una pequeña chapa metálica con forma de hueso donde estaba escrito el nombre de Keira, para que estuvieran juntos allá arriba, entre la niebla, a la

que él se refería siempre que hablaban de la muerte. Sacó una pequeña navaja del bolso y, por detrás de la cruz, escribió con ella: TEELN.

A la mañana siguiente tenían que coger el avión de vuelta a Londres. Partirían desde Santiago, así que esa noche la pasarían en un hotel de la capital gallega. Salieron de A Coruña después de comer, pero a la media hora de camino Sara salió de la autopista y entró en la localidad de Ordes; esa visita era una sorpresa para Jimena. No tenía ni la menor idea de a dónde se dirigían, su madre no se lo quiso contar. Sara buscó en el GPS del coche alquilado la dirección que tenía apuntada en el móvil y al llegar a la Travesía do Piñeiro se detuvo. Estaban delante de una casita amarilla y tejado naranja, de una sola altura, con una enorme palmera a la derecha, rodeada de un muro de piedra con cientos de flores en lo alto, y en medio, un portalón cobrizo de hierro entre dos columnas con dos farolillos sobre ellas.

Llamaron al timbre mientras Jimena preguntaba a su madre quién vivía allí. No respondió nadie.

Insistieron un par de veces más hasta que la puerta se abrió y apareció una niña de unos diez años con pelo mojado, vistiendo un bañador, chancletas y con un flotador naranja a la cintura. Salió escopeteada para cruzar el pequeño camino hasta el portalón y recibirlas con una amplia sonrisa.

—¡Hola! Soy Alejandra.

Lucía, Lois y Sara se pasaron toda la tarde hablando de Álex, mientras que Jimena y Alejandra, a la que sus padres llamaban Álex, se bañaban en la piscina del jardín trasero de la casa.

—¿Cómo fue? ¿Cómo ocurrió? —se atrevió a preguntar Sara, bien avanzada la tarde.

—Él no se fue como todos los demás, ni lo sacaron como a los otros —comenzó a contar Lucía—. Estaba feliz, decía que íbamos a salir juntos de allí. Sabíamos que a aquel lugar le quedaba muy poco tiempo, ya que las tropas republicanas estaban muy cerca. Era cuestión de días. Y así fue, el campo lo liberaron el 30 de enero. Recuerdo que aquel día, el 23, había caído una nevada tremenda y nos fuimos a dormir como una noche más, ya hacía mucho que no hacían ningún *paseiño* para fusilar a nadie y teníamos la certeza de que no iba a haber ninguno más. En un principio ni siquiera encendieron las luces. Con él no lo hicieron. Y aquello no era normal, pero supongo que no querían que nadie se enterase para no tener que hacer frente a una revolución allí dentro. Aunque no la hubo. Cuando nos despertamos y nos dimos cuenta de que se lo estaban llevando, Álex se encargó de que nadie intermediase, que

nadie se jugara la vida y pidió calma a todos. Cuando las protestas se acabaron y viendo que no habría altercados, entonces iluminaron la sala hacinada de presos. Él era como un símbolo para todos nosotros, no solo para los de la resistencia. Porque era diferente; era educado, risueño, divertido y tenía algo que los demás no tenían; un carisma abrumador. Todos lo respetábamos enormemente. No solo se convirtió en el jefe de nuestra carpa como escribiera en sus memorias, era el jefe del campo. Parece mentira, pero con lo joven que era acabó siendo de los más mayores. Llegaban de otras carpas para pedirle consejo o preguntarle dudas. Desde que llegó al campo promovió cambios haciéndose amigo de los guardias; consiguió traer libros, varios tableros de ajedrez, barajas de cartas. Cuando el hambre comenzó a hacer estragos y la actitud de algunos presos cambió, él convirtió una de las carpas en una cárcel. Una pequeña prisión dentro de otra, donde se quedaban reclusos los que habían violado a alguna de las compañeras o compañeros, los que comenzaban peleas, o los que robaban comida. Hasta en una ocasión convenció a los guardias para que nos trajesen turrón por nochevieja y alguna botella de alcohol. No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero fue gracias a él. Aunque él nos contó que había sido cosa de los guardias, pero Lois habló con uno de ellos y le confesó que había sido Álex el que se lo propuso a ellos, para que nosotros les tuviéramos una mayor estima. Simplemente los embaucó para que lo hicieran y así hacerles pensar que no los íbamos a odiar tanto, o que si testificábamos contra ellos pudiéramos decir que nos habían tratado bien. Yo creo que también lo hizo para autoconvencerse y confirmar que aquellos hombres y mujeres del régimen santista eran humanos o para saber si aún les quedaba algún resquicio de piedad hacia nosotros. O, simplemente, para que pudiéramos comer algo más que no fuera pan. Fuera como fuera, lo consiguió él.

—¿Te acuerdas del torneo de fútbol? —interrumpió Lois preguntándole a Lucía. Y dirigiéndose a Sara, continuó—. Organizó un torneo mixto de fútbol sala entre todas las carpas. Joder, si hasta convenció a los guardias para que participasen, Y, por supuesto, ellos acabaron ganando. Aquellas tardes fueron maravillosas. Una auténtica vía de escape en la que nos divertimos como nunca allí dentro.

—Como cuando comenzó la época de las heladas —continuó Lucía—. Hacía un frío de mil demonios y también negoció con los Garciers para que nos dejaran dormir en alguno de los salones del edificio principal que ya no usaban, y lo logró. Así como nuestra boda, todo lo hizo él. Es que Álex ... él...

Él era muy bueno con todos —recalcó sin poder continuar hablando, ahogada con la emoción de revivir aquello.

—Y... ¿Cómo murió? Lo fusilaron, ¿no? —preguntó Sara, con la voz temblorosa.

—Como decía Lucía, con él todo fue diferente. Normalmente sacaban a fusilar a ocho, quince o treinta personas, pero esa noche solo lo sacaron a él. Hasta los guardias que lo vinieron a buscar estaban compungidos, se notaba que les costaba hacerlo y se lo llevaron con delicadeza, pidiéndole disculpas. Alex, con una sonrisa, les dijo que no había nada que perdonar. Hasta los propios guardias nos ayudaron a vestirlo. Ya estaba muy débil. Se despidió de mí y de Lucía dándonos las gracias, ¡A nosotros, fijate tú! Nos abrazamos, nos besamos y me hizo prometer que te haría llegar lo que había escrito. Luego hizo algo insólito; se dio la vuelta y comenzó a cantar mientras se dirigía a la puerta —Lois se detuvo y comenzó a reír al mismo tiempo que también se emocionaba— ¡Se fue cantando! Madre mía, ¡cantando! ¿Te lo puedes imaginar? Era increíble. Levantó el puño y se puso a cantar *La Internacional*: *¡Arriba parias de la tierra! ¡En pie, famélica legión! Atruen la razón en marcha; es el fin de la opresión.* Ya estábamos todos en pie, y levantamos el puño para acompañarlo con nuestras voces: *Agrupémonos todos en la lucha final. El género humano es la Internacional.* Todos, absolutamente todos con lágrimas en los ojos cantando a voz en grito mientras se lo llevaban. Fue uno de esos momentos mágicos y maravillosamente emotivos que no olvidaré jamás en la vida. Jamás. No he conocido otra persona como él; con ese poder de iluminarlo todo. Hasta a la persona más oscura, él le hacía sonreír con su sonrisa. Al cerrarse la puerta, y pese a la nevada que repuntaba otra vez, salimos al patio para escuchar si seguía cantando al subir al camión. ¡Y lo seguía haciendo! Pero ya se había pasado al *Bella Ciao* en italiano. Una canción de la segunda guerra mundial que cantaban los partisanos italianos y que se había hecho muy viral a mediados del 2017 gracias a una serie de televisión donde la cantaban. Al alejarse el camión guardamos silencio, pero no se movió nadie de allí en aquellos minutos. Todo el campo estaba allí, entre la nieve, con el vaho de nuestros alientos helados y abrazados unos con otros para darnos calor y consolarnos juntos. Sabíamos que en unos minutos escucharíamos el disparo. El único disparo que ninguno queríamos escuchar. Y entonces ocurrió algo más maravilloso aún, si cabe; se escuchó a Alex gritar muy a lo lejos: «¡Por la libertad! ¡Viva la república! ¡Hala Celta!». Toda la sierra se volvió a quedar en silencio con el sonido de aquel disparo que lo

inundó todo. Ese disparo no solo lo recibió él, con aquella bala nos dispararon un poquito a todos. Incluidos los guardias. Más de un santista derramó sus lágrimas por él. Solo hubo un disparo. Uno. Fue el último fusilado del campo. Cinco o seis días después entraron las tropas republicanas para liberarnos —acabó de contar Lois, mientras Alejandra y Jimena entraron con los pies mojados en el salón, secándose con las toallas y tiritando de frío.

Cuando comenzó a anochecer y mientras se despedían en el jardín de la entrada, Lucía se acordó de algo y les dijo que esperasen allí, se había olvidado de lo más importante. Cuando volvió y vieron lo que traía en la mano, ninguna de las dos se lo podía creer. Aún guardaba la pulsera celeste del Celta de Vigo que le había regalado Álex el día de su boda; estaba despedazada y ya no se leían las letras.

—Es lo único que pude conservar de él. Nunca imaginó este encuentro, pero estoy segura de que él querría que la guardases tú —le dijo Lucía a Jimena, mientras le entregaba la pulsera.

Mientras sobrevolaban el mar Céltico de vuelta a Londres, Jimena no podía dejar de ver la fotografía que se habían hecho los cuatro en el porche de aquella minúscula casa de Río Tinto, en Oporto. Cerró los ojos para tratar de dormir algo, pero no hacía más que darle vueltas a toda la historia que había escrito su padre; el día sin datos, las muertes, la guerra, las canciones, su historia, la de Keira. Repasó todo en su memoria. Y de toda aquella triste historia, solo tenía una duda. Una gran incógnita a la que le daba mil vueltas. Algo que solamente podría aclarar la mujer que tenía sentada a su lado. Abrió los ojos y habló con ella.

—Mamá, cuando me diste el regalo de papá en mi cumple, me dijiste que después de leerlo me aclararías todas mis dudas. Y, pues que... que tengo una.

—Claro, cariño. Pregúntame lo que quieras.

—Me da un poco de vergüenza, pero la suelto directamente, ¿vale?

—Venga. Dispara, tonta.

—¿Por qué habíais dejado de salir juntos papá y tú?

Sara guardó silencio durante unos largos segundos antes de contestar.

—No lo sé, hija. Por miedo... por cobardía. Yo estaba en una etapa rara. Con un trabajo nuevo, viviendo en ciudades distintas... Empecé a conocer a alguien y... no sé, no puedo darte una respuesta exacta como tampoco se la pude dar a él en su día. Por estúpida, al fin y al cabo. Lo bueno de todo es que, como dice la que era la canción favorita de tu padre: «You found me, just

in time»^[90] —le sonrió he hizo otra pausa antes de continuar—. Yo estaba perdida, cariño. En todos los sentidos. Pero al final, y como cantaba Nina Simone, él me encontró justo a tiempo.

Doce años y catorce días después, el 27 de mayo de 2041, Jimena estaba bajando de un Rolls Royce negro con su vestido blanco.

Antes de entrar en la humilde iglesia de San Francisco de Asís en Notting Hill, su barrio de toda la vida, giró su cabeza hacia la izquierda para dirigir la vista hacia las columnas blancas de la entrada al parque Avondale, a menos de cien metros, donde ella le había robado un beso al tímido y joven Eric Pickford. De no haber sido así, solo dios sabe cuánto tiempo habría tardado su amigo de la infancia en atreverse a besarla.

Caminó del brazo de su tío Fran por el pasillo central del templo viendo cómo su prometido, emocionado, la esperaba a los pies del altar. También dirigió la mirada hacia su madre, que estaba sentada en el primer banco. Mientras lo hacía, iba acariciando la pulsera celeste que llevaba en su muñeca izquierda, para que su padre, entre la niebla, se hiciera un hueco por el que poder verla y estuviese lo más cerca posible de ella.

Personajes

Álex Nogueira Ariza (Tito), ex pareja de Sara.

Sara Souto, ex pareja de Álex.

Keira (Chuchi), Yorkshire. Hija de Sara y Álex.

Jimena Nogueira Souto, antes Candela. Hija de Sara y Álex.

Candela Expósito De La Iglesia, hija de Rebeca.

Rebeca Expósito De La Iglesia, madre biológica de Candela.

Rubén Villar (Rubi/Ponyboy), amigo de Álex y hermano de Aitana.

Aitana Villar (Tana), amiga de Álex y hermana de Rubi.

Teresa Nogueira Ariza (Tere), hermana de Álex.

Don Benito, párroco de Tui. Amigo de Rebeca y Candela.

Lois y Lucía, amigos de Álex. Presos en el campo de reclusión.

Francisco Souto (Paco), padre de Fran, Noa y Sara.

Fran y Noa, hermanos de Sara.

Mar, abuela de Sara.

Doctor Aguirre, cirujano. Jefe de Aitana.

Adao Manoel, dueño del restaurante *O Cozinheiro*.

María, dueña de la taberna *O Cazador*.

José Enrique García Santos, jefe del Estado Mayor. Golpista.

Teniente Enríquez (Irene), teniente del ejército de tierra republicano.

Capitán Moreiras, líder de la Resistencia Civil de Vigo.

Violeta, miembro de la resistencia. Novia de Rubi.

Jaime Barreiro, jefe de carpa en el campo de reclusión.

Julián Pereira Mourelo (Búfalo), compañero de Álex en el campo de reclusión.

Chinto, amigo de Álex.

María, amiga de Álex.

Ana y David, amigos de Sara y Álex.

Marina, vecina de Álex.

Manolo, vecino de Mar.

Antonia (Tonia), abuela de Aitana y Rubi.

Breogán, segundo jefe de la resistencia.

Rita y Julita, cabras, amigas de Keira.

Música

- Cap. 2 — Come Away, **Sons of the East**
- Cap. 3 — All I Want, **Kodaline**
- Cap. 4 — You Give Love A Bad Name, **Bon Jovi**
- Cap. 5 — Inner Demons, **Julia Brennan**
- Cap. 6 — Only The Winds, **Ólafur Arnalds**
- Cap. 7 — This Is War, **30 Seconds To Mars**
- Cap. 8 — Due Tramonti, **Ludovico Einaudi**
- Cap. 9 — You Shook Me All Night Long, **ACDC**
- Cap. 10 — Sing Of The Times, **Harry Styles**
- Cap. 11 — Wings, **Birdy**
- Cap. 12 — I'll Be There For You, **Bon Jovi**
- Cap. 13 — Love & Hate, **Michael Kiwanuka**
- Cap. 14 — Concierto De Aranjuez, **Joaquín Rodrigo**
- Cap. 15 — Belfy y Lilibit, **Los Chiquitines**
- Cap. 16 — Iron Sky, **Paolo Nutini**
- Cap. 17 — Ven, **Camila Gallardo**
- Cap. 18 — This Bitter Earth / On The Nature Of Daylight
Dinah Washington / Max Richter
- Cap. 19 — She Used To Be Mine, **Sara Bareilles**
- Cap. 21 — Sargento De Hierro, **Morgan**
- Cap. 22 — Just In Time, **Nina Simone**

-
- [1] Mamá
- [2] ¡Sorpresa! Hola, Candela. La señora Farhills tiene algo para ti. Con Amor. Eric.
- [3] ¡Buenos días, Candela!
- [4] Ella se sienta y espera junto al árbol, y piensa que nadie viene hacia mí.
- [5] Ven conmigo, nena. Acompáñame en mi coche.
- [6] Podemos irnos muy lejos, lejos de aquí.
- [7] Perfil, horizonte.
- [8] Adelantamiento
- [9] Me gusta
- [10] Pontevedra
- [11] Todo lo que quiero, no es más que oírte llamar a mi puerta.
- [12] Pero si me amabas, ¿por qué me dejaste?
- [13] Para encontrar a alguien. Encontraré a alguien.
- [14] Destrozar
- [15] Abreviatura de la expresión coloquial en gallego: «Meu amigo» (Amigo mío).
- [16] En gallego; hacer un asiento con las manos y los brazos a la altura del pecho.
- [17] Lista de reproducción
- [18] Disparo al corazón y tú eres culpable. Cariño, le das mala fama al amor.
- [19] Confederación Intersindical Galega
- [20] Su padre.
- [21] Ellos dicen: “No los dejes entrar. Cierra los ojos y aclara tus pensamientos otra vez”.
- [22] Pues los demonios internos pelean sus batallas con fuego.
- [23] Así que ángeles, ángeles, por favor, seguid luchando.
- [24] Así que ángeles, por favor, por favor quedaos aquí. Tomad el dolor, tomad el miedo.
- [25] Ángeles, por favor, protegedme de esos rebeldes. Esta es una batalla que no quiero perder.
- [26] Pues los demonios internos no se van... así que, ángeles, por favor.
- [27] Tomad el dolor, tomad el miedo.
- [28] Demonios internos.
- [29] Jugadora de videojuegos.
- [30] Recuerdos gallegos.

[31] Es el momento de la verdad y el momento de mentir, el momento de vivir y el momento de morir. El momento de luchar. El momento de luchar, luchar, luchar, luchar.

[32] Ruiseñor

[33] Águila

[34] Pobrecita

[35] Vete hija, vete. Que yo aquí estoy bien. Tú haz lo que tengas que hacer.

[36] Me sacudiste durante toda la noche.

[37] Teléfonos inteligentes.

[38] Bosque de Catasós

[39] Tenemos que escapar, tenemos que escapar.

[40] Dos platos típicos de Brasil. El *Acarajé* es una especie de bollo relleno de judías carillas y la *Moqueca de peixe* es un cocido de pescado servido en cazuela de barro.

[41] *Mi madriña* (Mi madrina), es equivalente a la expresión en castellano: Madre mía.

[42] Alma que lleva el diablo.

[43] Leyenda gallega sobre una procesión de ánimas que vagan por los bosques gallegos de noche, anunciando que tu muerte llegará pronto.

[44] La luz del sol entra arrastrándose, ilumina nuestra piel.

[45] Me hizo pensar en ti.

[46] Me hicieron pensar en ti

[47] Recordaremos esta noche para el resto de nuestras vidas.

[48] ¡Oh! Las luces se apagan, al momento nos perdemos y encontramos.

[49] Si estas alas pudieran volar.

[50] Rama del árbol

[51] «...y tenía que estar, y tenía que haber; algún galleguiño junto al belén. Junto al Belén no podía faltar, algún galleguiño para *aturuxar...*»

Aturuxo: grito agudo, fuerte y prolongado que se emite en señal de alegría en fiestas y celebraciones.

[52] Supongo que en este momento te estás yendo. He oído a tu maleta decir adiós.

[53] Estoy rezando a Dios. Dame una oportunidad más, chica. Yo estaré allí por ti.

[54] Sé que sabes que tenemos momentos buenos. Ahora ellos tienen su propio lugar oculto.

[55] Siempre juntas

[56] *Smiley*; representación esquemática de una cara sonriente y de color amarillo.

[57] Etiquetas

[58] Porque quería ser tu Valentín. Seré el agua cuando tengas sed, nena.

[59] Cuando respires, quiero ser el aire para ti. Yo estaré allí por ti.

[60] Pobrecita

[61] Harina (cocaína) y putas por la noche, y por la mañana a misa de doce.

- [62] En pie ahora, llamando a la gente aquí para ver el espectáculo.
- [63] Creo que ella no me va a llevar a ningún lugar en el que no deba estar.
- [64] No me puedes derribar, no me puedes doblegar.
- [65] No me puedes derribar, no me puedes doblegar.
- [66] Ahora siento algunos días de problemas. Estoy en la casa de la guerra.
- [67] Rasgueo
- [68] Gruñendo
- [69] ¡Pero usted tenía que traer a dos chicas!
- [70] Está echando mucha sangre, herida. Le han disparado. Está en el apeadero.
- [71] Unidad de Primera Acogida
- [72] Somos individuos gloriosos viviendo en la ciudad. Pero las llamas no podrán llegar demasiado alto.
- [73] Elevarse por encima del amor, y por encima del odio. A través de este cielo de acero.
- [74] «A los que puedan oírme les digo: No desesperéis (...) Vosotros, la gente, tenéis el poder de hacer esta vida libre y hermosa. Haced de esta vida una aventura maravillosa. ¡Usemos ese poder! ¡Unámonos todos!
- [75] Centro de control de mascotas.
- [76] Esta tierra amarga.
- [77] ¿Cuán bueno soy? Solo el cielo lo sabe.
- [78] Tonto
- [79] Esta tierra amarga.
- [80] Así que tú ya puedes ir contando lo que ves, para que te quede en la cabeza y saber a dónde carajo nos llevan.
- [81] Iglesia
- [82] No es sencillo decir, que la mayoría de los días no me reconozco.
- [83] No es fácil saber, que no soy nada de lo que solía ser.
- [84] Ella es imperfecta, pero lo intenta. Ella es buena, pero miente. Ella se ha ido, pero solía ser mía.
- [85] Papi
- [86] Mamá
- [87] ¡Mierda!
- [88] Cariño
- [89] Claro que sí. No recuerdo los nombres, pero sí sus caras. Recuerdo al hombre, a la niña y a la perrita.
- [90] Tú me encontraste, justo a tiempo.